

Gerónimo Pérez Rescaniere



COLECCIÓN

Pensamiento Crítico / Luis Beltrán Prieto Figueroa

De Cristóbal Colón a Hugo Chávez Frías

Tomo



DE CRISTOBAL COLÓN

A

HUGO CHÁVEZ FRÍAS

TOMO I

COMANDANTE HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

ING. HÉCTOR NAVARRO DÍAZ
Ministro del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme
PROF. FAVIO MANUEL QUIJADA SALDO
Presidente

ING. JOSÉ ALBERTO DELGADO
Vice-presidente

PROF. PEDRO MIGUEL SAMPSON WILLIAMS
Secretario

Fondo Editorial Ipasme
LIC. JOSÉ GREGORIO LINARES
Presidente



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

GERÓNIMO PÉREZ RESCANIERE

DE CRISTOBAL COLÓN

A

HUGO CHÁVEZ FRÍAS

Prólogo

LUIS BRITTO GARCÍA

TOMO I

De Cristóbal Colón a Hugo Chávez Frías

Autor: Gerónimo Pérez Rescaniere

Depósito Legal: ??????????????

ISBN: 978-980-401-?????????????

Diagramación y Montaje: Duiliana A. Medero Cornejo

Impreso por: ??

Comité Editorial

José Gregorio Linares
Sagrario De Lorza
Alí Ramón Rojas Olaya
Ángel González
Nelly Montero

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Victoria
(Presidente Medina) Urbanización Las Acacias,
Municipio Bolivariano Libertador, Caracas. Distrito
Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 633 53 30

Fax: +58 (212) 632 97 65

E-mail: fondoeditorial.ipasme@yohoo.com

Página Web: <http://fondoeditorialipasme.wordpress.com>

A Lourdes

INDICE

<i>Prefacio</i>	IX
<i>Prólogo</i>	XV
I. Descubrimiento de America, Conquista y Colonia	1
II. 1777-1812. Miranda, Gual y España, plan de Napoleón Bonaparte para repartirse con Estados Unidos la América Española.....	87
III. 1813-1824. Guerra de Independencia	165
IV. 1826-1828. Atentado Contra la Vida de Simón Bolívar	305
V. 1828-1830. Estados Unidos y la Disolución de la Gran Colombia.....	371

PRÓLOGO

UNA VISIÓN MUNDIALISTA DE NUESTRA HISTORIA

I

Con dos finalidades se estudia la Historia. La primera, intelectual, intenta auscultar el pasado para entender el presente y quizá augurar el porvenir. La segunda, hedonística, espera disfrutar de un relato que conjugue las idiosincrasias individuales y las fuerzas colectivas en un contrapunto apasionante. El libro de Gerónimo Pérez Rescaniere, *De Cristóbal Colón a Hugo Chávez Frías: Una visión mundialista a la historia de Venezuela*, cumple a cabalidad con ambas, y ofrece una tercera virtud: una exposición de novelista, que presenta los protagonistas históricos con la penetración, la vivacidad y la fuerza de personajes narrativos. Todavía otra cualidad exigimos a la buena Historia: que revele las tramas que subyacen tras la ficción de las apariencias. Y debemos añadir que también cumple este cometido Pérez Rescaniere de manera brillante. Ya lo enuncia el mismo título: *la empresa es la visión mundialista a la Historia de Venezuela*, a la cual tantos cronistas han considerado una nación sin contexto, un país sin circunstancias. Desde la Conquista, casi todo en Venezuela tiene que ver con el mar, con la encarnizada competencia de los imperios, con los flujos y los reflujos del comercio mundial, y sin embargo buena parte de nuestros historiadores narran nuestro pasado como si fuéramos el Paraguay,

un país sin costas, o inmune a las grandes corrientes del devenir planetario. Decía Voltaire que cada vez que se disparaba un cañonazo en El Havre, resonaba en las Indias y en Coromandel. Abramos esta Historia afinando el oído para captar los ecos y los contraecos de las grandes artillerías de las potencias hegemónicas, y quizá comprenderemos un poco más.

II

Quien dice Imperio, dice océano, y quien dice océano, dice canal. El canal es la prolongación continental del poderío naval. Un segundo tema oculto en la Historia, el de los canales. A la vez camino y barrera entre los océanos Atlántico y Pacífico, América es al mismo tiempo muralla o puerta para una dominación planetaria. El casi impracticable paso del Norte y el exigente Cabo de Hornos son estrechos filtros para el comercio, a la vez que pasos estratégicos tan fáciles de controlar como el Gibraltar que permite o clausura el acceso al Mediterráneo o el estrecho que custodia el Mar Negro. La clave del dominio sobre América y el mundo está ligada a la posesión de una vía interoceánica practicable para el comercio y defendible contra las flotas hostiles. Así como sobre el Gibraltar español vino a aposentarse como por una maldición geopolítica la ocupación británica, sobre el Panamá colombiano acabó asentándose un canal y un enclave militar estadounidense, y sobre todas las posibles vías alternativas de trazados canaleros debatieron ferozmente todas las potencias mundiales. Lúcidamente, Gerónimo Pérez Rescaniere demuestra que esta trenza de intrigas geopolíticas, o más bien talasopolíticas, no es casual. Con diafanidad irrefutable demuestra que desde la llegada de Colón, y quizá antes, ha sido una de las contenciones decisivas de América. En el mapa de Juan de la Cosa, una imagen religiosa cubre el

todavía inexplorado espacio acuático por donde se esperaba que habría un paso hacia el Pacífico. Alonso de Ojeda lo buscó en vano, y Cristóbal Colón zarpó en 1502 en su procura, vislumbrando el valor que tendría el lago de Nicaragua como vía naval. Bolívar comprendió perfectamente la importancia estratégica de Panamá y de Centroamérica. Actuando en consecuencia, los ingleses intentaron instalar enclaves en la zona con la coartada de la defensa de supuestas autoridades indígenas, y no descansaron hasta plantarse en Belice. Para nada o casi para nada consta en la historia oficial u oficialista que Fermín Toro concurre ante la Embajada de Estados Unidos en Venezuela a solicitar una mediación de la gran potencia a favor de la oligarquía, y que esa mediación, de haberse materializado, habría costado a nuestro país ceder la isla de Margarita, o alguno o varios de nuestros principales puertos, y quizá la secesión del Zulia, evolución que no era ajena al plan constante de dominar el Caribe como un preámbulo del dominio sobre el ya vislumbrado canal interoceánico. El bloqueo que desatan Inglaterra, Alemania e Italia sobre nuestras costas en diciembre de 1902 no es más que un episodio de esta secular batalla. Si no se comprende esto, no se comprende nada, o casi nada.

III

Señalemos sólo otra concatenación de sucesos que puede revelar una hojeada mundialista a nuestra Historia. Las dos invasiones de Walter Raleigh han sido tema de comentarios que exaltan la vanidad cortesana del caballero y celebran sus apasionados encomios de la belleza de los parajes vislumbrados. Pocos advierten que la elegante prosa del caballero está tachonada de la mención del oro, y que ésta era apenas cebo para desencadenar sobre nuestro territorio nuevas expediciones

que, mediante el dominio del río, terminaran por afirmar un imperio sobre el continente. Raleigh y otros piratas isabelinos son las piedras miliare del constante plan británico que proseguirá despojándonos de la Guayana Británica, arrebatándonos Trinidad, protagonizando constantes escaramuzas en la región y pretendiendo, durante el bloqueo de 1902 y 1903, controlar nuestra costa del Delta hasta Caracas. En las primeras décadas de la explotación petrolera, predominan las compañías inglesas sobre las estadounidenses, y ello será fuente de numerosas peripecias mundialistas en nuestra historia local que finalmente harán preponderar el capital estadounidense, y que no concluirán con la nacionalización de la industria.

IV

A título de mero ejemplo de otro de estos enlaces magistrales entre *Historia Universal* e *Historia de Venezuela* nos permitimos señalar el tema oculto: el de la influencia de las rencillas eclesiásticas en nuestra realidad. Acostumbrados a una imperturbable catolicidad impuesta a sangre y fuego, tendemos a considerarla monolítica. El ingenuo ignora u omite que dentro del cristianismo real hay una continua lucha por el poder que marca escisiones, cismas, guerras intestinas entre órdenes, en un momento triunfantes, en otras reprobadas e incluso expulsadas. Sólo así entenderemos por qué el Papa se coliga con los musulmanes contra Felipe II, defensor de la fe. Los jesuitas toman partido en la guerra de Sucesión que revienta en España en la divisoria entre los siglos XVII y XVIII, y trasladan el conflicto a Venezuela. Asimismo, el clero americano se divide ante la guerra de Independencia, y termina apoyándola ante el temor de que en España se declarara una separación entre Iglesia y Estado por obra de los liberales de Riego y del jan-

senismo de Amat, tal como lo revela el magistral capítulo que Pérez Rescaniere dedica a la entrevista entre Simón Bolívar y Pablo Morillo. La posición de la Iglesia no ha sido nunca ni inalterable ni monolítica. Por ese dédalo de contradicciones llegamos a los proyectos de creación de una Iglesia nacional venezolana que abrigan Antonio Guzmán Blanco en el siglo XIX y algunos acciondemocratistas a mediados del XX, y al enfrentamiento ideológico entre Conferencia Episcopal y Teología de la Liberación.

Para entender a Venezuela hay que entender el mundo, y para entender el mundo hay que comprender a Venezuela, la cual, por las evoluciones y las revoluciones de la Historia, ocupa un lugar cada vez más decisivo en el planeta. Cómo y por qué, es lo que Gerónimo Pérez Rescaniere explica en forma lúcida, irrefutable y excitante.

LUIS BRITTO GARCÍA

PREFACIO

No existe el imperialismo, existen los imperialismos. Este libro, aunque es una historia de Venezuela en general, está atravesado por el duro pelearse de los imperios por el dominio de la América española. Es un proceso a veces público, a veces secreto, iniciado por lo menos tres siglos antes de la llegada de Colón según se desprende del archivo Medina Sidonia, de reciente revelación. Tal pelea tiene un saliente grande en la guerra de Independencia pero ya se había mostrado en 1797 y se acelera en 1803 con las actividades imperialistas de Napoleón Bonaparte, muy poco conocidas. Bonaparte es el verdadero padre de la Doctrina Monroe y del expansionismo norteamericano hacia el sur, echa a andar esa mecánica con la “venta” de Luisiana a los Estados Unidos, un regalo en realidad. Contra la conspiración napoleónico norteamericana para recolonizar el continente latinoamericano actuará el imperio británico con estrategias múltiples, incluida la de una corona para Simón Bolívar y otra para José de San Martín. La británica y la napoleónica son corrientes permanentes, personajes de un drama secreto que, con cambio de protagonistas, subsiste hoy. Este libro hace luz sobre eso.

Al escribir he carecido de prejuicios, igual caben en estas páginas la masonería latinoamericana y mundial que los canales interoceánicos, virtual mecanismo de unión comercial del

continente y objetivo principal y poco conocido de la Doctrina Monroe. A su rol mundial se refirió Simón Bolívar en la Carta de Jamaica y, derivado de eso, programó a Panamá como capital del mundo. Los canales son herramienta maestra de la industria y el Libertador escribía en los momentos de la revolución industrial. Constituyen clave de la historia latinoamericana, mantenida semisecreta a causa de ser la riqueza principal del subcontinente y estar secuestrada por potencias mundiales. Ironía, cruel ironía hay en que Centroamérica, a la que denominó el Libertador como “feliz región” viva en la pobreza.

Se trata de canalismo en profundidad en capítulos dedicados a Simón Bolívar, a Cipriano Castro y a las décadas que tienen por centro la guerra de las Malvinas y el genocidio centroamericano de los años 1980-90, última gran floración pública del asunto que quizá existía como mitad ocultada en el Plan Puebla Panamá, lleno de canales y obras de infraestructura, presentado en la década de los noventa del siglo XX, cuando la globalización puso de moda el anexionismo latinoamericano hacia los Estados Unidos. La idea tiene presente en los años de Chávez, estuvo en el derrocamiento del presidente Manuel Zelaya. El siglo XXI se abocará a la construcción del canal de Nicaragua además de a un segundo por Panamá, que ya hacen los Estados Unidos.

Centroamérica no es lo único adecuado para hablar del tema. A Venezuela y Colombia las articula funcional, conflictiva y desenfatizadamente el curso del Orinoco y el de los ríos que desembocan en el lago de Maracaibo. La puja británico-norteamericana por el Orinoco es otro tema de este trabajo, otro lo es la república del Zulia.

Los libros de historia venezolanos no notician los vaivenes de la política española ni la de los Estados Unidos, ni hablan de la relación de éstos con Inglaterra, por eso crean una historia parcelada. A su vez, en las historias norteamericanas y europeas los componentes latinoamericanos sencillamente no existen. Monsem, por ejemplo, ignora el peso de Centroamérica en la Primera guerra mundial, por ello este texto constituye una indeliberada historia secreta de Europa, particularmente de Alemania y de la dicha guerra mundial.

Si el lector cree percibir en los capítulos de este libro una cierta monomanía de secesiones y fronteras, está percibiendo bien. El negocio de fronteras es el más rentable del mundo, en él se ganan o se pierden países completos. La globalización lo ha puesto en funciones nuevamente como un mecanismo útil para ganar regiones o para suspender la secesión a cambio de concesiones.

El tiempo de las verdades regresa por la ventana de historia universal que está abriendo América Latina. Sí, con fuerza la está abriendo, y el paisaje depositado enfrente es universal. El hambre mundial de petróleo, aumentada por el estúpido y creciente consumismo occidental, agigantada además por la entrada de China a esa lógica voraz, coloca a Venezuela en la posición de unir el subcontinente con uso de la mina de petróleo sobre la que caminan sus habitantes. Y América Latina parece aleccionada por las experiencias que no poseía cuando Bolívar convocó unión en el Congreso Anfictiónico de Panamá. El Brasil quizá esté preparado para permitir que su enorme tamaño y su potencia industrial lo transporten hacia un destino latinoamericano.

Claro, proporcionales a las grandes fuerzas son los peligros, las solicitaciones adversas. Ya las vimos en Venezuela en abril

del 2002 y en diciembre del mismo año. Tal vez las veamos otras veces a nivel del mundo, aunque derivadas de mecánicas distintas, porque la irrupción de escándalos norteamericanos o europeos no habla de que haya negociados o corrupción, esos siempre los hay, habla de que los negociantes están en desacuerdo y pueden irse a las manos.

La encrucijada tiene su lado bíblico, «New Age». El catolicismo reservó las historias de Daniel o Juan a aulas de seminarios pero el protestantismo lee las sagradas escrituras cada día o al menos el domingo. Con ellas en la mente trabajó George W. Bush, miembro de sectas como Skull and Bones, que no nacieron con él ni terminarán con él. Los protestantes nos llevan quinientos años de ventaja en eso. En la medida en que entremos en ésta y otras geologías internas de la nación norteamericana, de los bloques que la constituyen y la mecánica de sus arreglos, y en similar conocimiento acerca de Europa podremos decir que jugamos con los ojos abiertos nuestro destino. He puesto en este libro todo lo que considero útil.

Venezuela es hoy uno de los pivotes del mundo. Y pivota a su vez sobre la actual generación. Y ésta sobre un hombre fortísimo. Fortísimo cuando ríe lleno de amor ante la Venezuela que Andrés Eloy Blanco describió como «sin maldad y sin zapatos»; fortísimo cuando despide a los gerentes de PDVSA, partícipes de un plan racista porque, si robarle Panamá a Colombia en 1903 fue un golpe de jerarquía histórica contra la América hispana, quitarle a Venezuela el petróleo tendría una jerarquía similar. En eso estaban y es un plan que no dirigían. Fortísimo cuando los reinstala el 13 de abril de 2002 y cuando los despide finalmente por estar implicados en la huelga petrolera que hizo perder a Venezuela 13.000 millones de dólares; fortísimo cuando hace una gira mundial no consultada con el Congreso, que salva el precio mundial del petró-

leo, lanzado a la catástrofe como secuela de la voladura de las torres gemelas. Aquel viaje fue causa de un juicio secreto que le hicieron los generales golpistas. Es fortísimo, en fin, Hugo Chávez cuando por adhesión a él, una multitud concentrada ante el palacio de Miraflores no corre aunque francotiradores disparan sobre ella. No corre y eso desordena los planes de un golpe de Estado, lanza a sus directores a la improvisación y al avorazamiento suicida que los llevará a la derrota, y confunde a los directores de los directores, nada menos que el equipo que había derrumbado a la URSS.

Es casi imposible que aparezca el papel donde tal presidente, tal conspirador, tal exiliado, adquiere tales compromisos contra su patria, pero se lo adivinará por contraste con el futuro, aparecerá poco a poco, como aparecían los retratos en la bandeja de ácidos del estudio de revelado antes de que existiera la fotografía computarizada. Imagen pálida, subalterna, del descomunal desfalco imperial.

GERÓNIMO PÉREZ RESCANIERE

I

DESCUBRIMIENTO DE AMERICA, CONQUISTA Y COLONIA

Llega la Parusía – ¿Cristóbal Colón lee al Dante? – Descalificación descomunal de la historia – Colombia queda en África – Bogotá es la Meca – Los templarios – La ciencia – Colón en Nicaragua – Tesoros de Atahualpa y Moctezuma II – Los Welser – Bartolomé de las Casas, fraile dominico – Los hombres de Mafondo – Aprovechamiento intensivo del espacio – República del Zulia y Gran Colombia, desde entonces – Walter Raleigh – El Mercader de Venecia – Nace la Guayana Británica – El Dorado en Otelo – Protohistoria de la Independencia de América española: Guerra de sucesión española – La Compañía Guipuzcoana y la historia del Carajo – Comunismo jesuita y odios antijesuitas – Proceso de fabricación de Venezuela – Ilegalización de la Compañía de Jesús.

Capítulo 1

Llega la parusía

Cristóbal Colón, detenido con sus barcos ante una de las bocas del río Orinoco, escribe a sus reyes católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, ponderando la vegetación preciosa de la costa de Paria y la suavísima temperancia de la tierra, y agrega acerca de las personas:

«Certifico a sus altezas que no existe mejor tierra ni mejor gente: aman a su prójimo como a ellos mismos y hablan la lengua más suave del mundo».

Concluyendo, afirma que «grandes signos son estos del Paraíso terrenal». Colón no hace la metáfora de un sitio bonito, como podría pensar nuestro tiempo descreído. No, el almirante notifica su llegada a un objetivo de conquista, a un punto concreto y real de su viaje, punto geográfico, pues para él el Paraíso Terrenal es perfectamente terrenal. Y es punto evidentemente interesante para el Rey y la Reina que le han encargado explorar las regiones del mar Océano, descubrir y tomar posesión, en nombre de ellos, de los territorios que encuentre. El informe de Colón es militar aunque no refiera las características ideales de cabeza de playa que tiene la zona para una conquista territorial grande. Tampoco nombra sus virtualidades como sitio donde algún día se abrirá un gran puerto. Ello es obvio,

tratándose de la boca de un gran río. Otro tipo de razones tiene Colón para el entusiasmo. Este hallazgo del Paraíso corona la más grande conspiración de la historia —de la que ya participara el Dante Alighieri—, conspiración centrada en la Parusía, vale decir, en la segunda visitación de Cristo a la tierra. Cristo fue el Mesías, a la espera de su regreso se llama expectación mesiánica.

En este Paraíso habitaban, según podía colegir un hombre de esa época leyendo a santos y abundantes doctores de la escolástica y a autorizadísimos geógrafos de la Antigüedad, las diez tribus perdidas de Israel, tribus cuyo destino y escondimiento estaban imbricados al nudo central de la historia y descritos en el Antiguo Testamento. El mundo se anudó así: Nabucodonosor II, rey asirio¹, en una campaña de conquistas asoló a Israel, destruyó el Templo, apresó a las tribus judías y las llevó encadenadas a Babilonia, «la ciudad portento, la más bella concebida por el hombre y por la fantasía del hombre», podría decir la cosmovisión de Colón. Pero no siendo perfecta ninguna felicidad, brotó un sueño en Nabucodonosor, un sueño repetido, del que despertaba sin saber la anécdota y menos aún el significado, recordando únicamente que había sido angustiosísimo.

Llamados los sabios babilónicos y derrotados por las preguntas del rey acerca de su sueño, sólo Daniel, uno de los prisioneros judíos, pudo describir sus figuras: aparecía caminando un gigante por un campo en tempestad. Cuatro partes hacían al gigante y a cada una formaba un metal: la cabeza de oro, el pecho de plata, las piernas de bronce y los pies de hierro y barro. También desbrozó Daniel lo que el sueño escondía: el campo era la historia universal, las cuatro partes humanas mostraban los cuatro imperios que habría en la historia. Durante esa larga época, comenzada justamente por Nabucodonosor con la destrucción de Israel y del Templo y con aquel cautiverio babilónico, sufriría castigo el pueblo de Israel. Era

castigo justo, por haber caído una de las tribus en pecado de antropofagia y haber desoído la enseñanza.

Acaso parte del castigo fuera la desaparición de diez de las doce tribus que habitaban Israel cuando llegó Nabucodonosor. Así fue, sólo dos regresaron del exilio babilónico, las otras diez desaparecen inexplicablemente de la historia. La fantasía las encontraba en Turquía, con el nombre de reino jázaro, de donde nacieron los ashkenazim de Europa oriental y central. Otros las hallaban en China, con el nombre de Dinastía Yuán. Otros las veían más lejos, en un reino antípoda del europeo, al cual nadie había visitado.

Tras el imperio asirio vino el persa, que fue el segundo, luego el imperio romano, tercero, luego un cuarto, acerca del cual discutían los sabios sin ponerse de acuerdo en cual había sido pero que varias cosas indicaban haber sido el Sacro Imperio romano germánico. Un día advendría el Quinto imperio. Para ello reaparecerían las tribus desaparecidas, concluiría con ello el caminar del hombre soñado, llegaría el fin del período de castigo de los judíos y la segunda visita del Mesías. Se llama Parusía a esa segunda visita. La esperaban todos los judíos y no pocos cristianos, incluidos papas, y sería iniciación del Quinto imperio, un reino judío sobre el mundo, un período de felicidad de mil años, tras los cuales llegaría el fin de los tiempos.

Colón cree que los aborígenes que ve en la playa de Paria son los miembros de las diez tribus desaparecidas, cree estar iniciando la Parusía. Sabía que los iba a encontrar, de otra manera no se explica que traiga una carta firmada por Fernando e Isabel para el Gran Khan, rey de la India, habitación extrema de los judíos, a donde cree haber llegado. A estos súbditos del Gran Khan llamará caribes.

Grande era el río a cuya entrada se asomaban sus barcos. Los verdes claros de él se disolvían en verdes más oscuros del mar. Y cuán lejos de la costa sucedía aquel mezclar, cuán mar adentro,

permitiendo deducir la grandeza de aquel río, fuerte y hondo y la grandeza del continente capaz de parirlo, grande como jamás lo vieran ojos de hombre. De isla pequeña no saldría agua de tal tamaño. Para llegar aquí, el barco de Colón había subido el día anterior sobre una montaña de agua semejante en la forma a una teta de mujer, teta que, estaba escrito por el Dante Alighieri, se alzaba en la puerta del Paraíso.

Capítulo 2 ¿Cristóbal Colón lee al Dante?

Figura de luz era el gran poeta Dante, altísimo templario, como templarias eran las cruces que traía pintadas en sus velas el almirante, cruces con los cuatro brazos de igual dimensión, cuyas puntas se ampliaban dibujando una figura de golfo en los espacios intercruceiros.

El Dante había pintado en su *Divina Comedia* esta América,² iniciaba tal descripción cuando el poeta, conducido por el dulce Virgilio, topa con Ulises en el Infierno. El héroe de *La Odisea* es ahora una llama, nada más, y se mueve como trabajado por el tifón. Ya no es el héroe fabuloso de gruesas rodillas y estatura imponente, crepita. Mordido de la admiración y de la nostalgia y auxiliado por la traducción de sus palabras a la lengua griega que hace el amable Virgilio, el Dante interpela a la llama:

«...decidme dónde fuisteis a morir, llevado de vuestro valor».

Responde la llama:

«...ni la piedad debida a un padre anciano, ni el mutuo amor que debía hacer dichosa a Penélope, pudieron vencer el ardiente deseo que yo experimentaba de co-

nocer el mundo.../...sino que me lancé por el abierto mar sólo con un navío y los pocos compañeros que no me abandonaron nunca. Vi una y otra costa desde España hasta Marruecos.../...Mis compañeros y yo nos habíamos vuelto viejos y pesados cuando llegamos al estrecho paso donde Hércules plantó las dos columnas para que ningún hombre pasase más adelante...»

Fácilmente comprensible debió ser este discurso para Colón. Los héroes se alejaban de Europa y el Mediterráneo al cruzar el punto donde se tocan España y África, aquel donde el propio Hércules había clavado un cartel señalando «Non plus ultra». No hay más allá pero ellos van más allá a bordo de su nave movida por remos, van a romper el sello como lo habría de romper él, Colón, mil años después.

Sigue hablando la llama:

«Dejé Sevilla a mi derecha como había dejado ya a Ceuta a mi izquierda.

«—¡Oh, hermanos! —dije— que habéis llegado al Occidente tras correr cien mil peligros; para lo poco os queda de vida, no os neguéis a visitar más allá del sol ese mundo sin habitantes. [...]» «Y volviendo nuestra popa hacia poniente, hicimos alas de nuestros remos para proseguir tan desatentado viaje, avanzando siempre hacia la izquierda».

Igual había hecho Colón, que saliendo de España descendió por la superficie de la esfera terrestre hacia el sur, desviándose siempre un poco a la izquierda. En cuanto a estrellas, Ulises ponía en el nuevo cielo una constelación no conocida en Europa, pero sí en el hemisferio antípoda: la Cruz del Sur. La describía enseguida:

«La noche veía ya brillar todas las estrellas del otro polo y estaba el nuestro tan bajo que apenas parecía emerger fuera de la superficie de las aguas».

Luego habla del largo viaje:

«Cinco veces se había encendido y otras tantas apagado la luz de la luna desde que habíamos entrado en aquel gran mar, cuando apareció una montaña oscurecida por la distancia...».

Si por encenderse la luna se entiende un mes, en el que vuelve a ser nueva, Colón había sido más rápido que Ulises, pues no cinco sino tres veces habíase encendido la luna para él en la misma trayectoria. Era razonable el ahorro de tiempo, atribuible a ser su viaje hecho con naves más acrisoladas por el cálculo, dotadas de astrolabio y otras industrias del genio que no se conocían en el trescientos temprano. Tres meses: agosto, septiembre y octubre. Así llegó Colón a la isla de Santo Domingo. Sólo hasta allí, porque no avanzó en aquel primer viaje hasta este punto del Paraíso terrenal.

Ahora en este tercer viaje sí. Tornó la boca de la llama a hablar, dice que alcanzaron a ver el continente antípoda. Miran una inmensa montaña «oscurecida por la distancia». Es lo único que ven del nuevo continente. Evidentemente les está vedado el Paraíso porque

«...de aquella tierra se levantó un torbellino que chocó contra la proa de nuestra embarcación: tres veces la hizo girar ayudado por las encrespadas olas y a la cuarta levantó la popa y sumergió la proa [...] hasta que el mar volvió a unirse sobre nosotros».

He ahí el fin de Ulises y sus hombres. Él, Cristóbal Colón, era más afortunado, sin olas y con extensa paz de agua se le abría el Paraíso terrenal que le fuera negado a ellos.

No lograba ver la gran montaña pero sabía detalles de ella por lecturas, de su situación en la India, la India que visitara Tamerlán, la India donde naciera la religión de bondad que predicó Cristo. Era la más alta del mundo, en su copo alberga un lago en el que se miran las estrellas de la Cruz del Sur reflejadas como puntos de

diamante. Del lago baja un río desaguadero, que se bifurca en los cuatro ríos de la Creación, ríos que se dirigen a los cuatro puntos cardinales y se llaman el Tigris, el Éufrates, el Nilo y el Ganges³. Éste sobre el que está montada la nave de Colón es el Ganges, el más santo, por ser el que riega al Paraíso Terrenal, según el dicho poeta Dante.

Hay en tal Paraíso, según autoridades muchas y distintas, un imperio. Cubre toda la montaña y el inmenso valle, y florece aquí y allá en templos de oro. En el centro está el emperador pero dicen que más atrás mora el propio Dios, sentado en su trono, repartiendo las mercedes. Si tal era el caso, Colón, remontando aquel río podría llegar a presencia de aquel a quien Jesucristo se dirigió, rogándole: «Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz».

Entonces vio en la costa a los habitantes del Paraíso. No eran los primeros indios que veía. En las islas que descubrió en su primer y segundo viaje los vio, desnudos y rientes, reunidos al borde de la playa, alzadas las manos en saludo hacia él. Trató con ellos, a unos pocos llevó a la corte de Castilla para maravilla de los reyes. A muchos esclavizó. Pero éstos eran distintos a pesar de su continente parecido y desnudo, eran judíos. Él estaba parado en el centro del mundo. La visión de aquellos seres volvía naturales, perfectos y bien colocados en un plan, cada sacrificio de su vida, cada humillación, cada mal aliento de viuda follada para robarle mapas de mares que el esposo le legara, cada lágrima vista en los ojos de los que sinceramente amara. Lo saludaban. Eran judíos, eran las diez tribus perdidas. Escrito estaba que llegará el reino judío universal cuando hubiese judíos en todas partes del mundo. Este momento cumplía la reunión de estas diez tribus con las otras dos que restaban en Palestina y Europa, traería en necesaria cadena de causas y efectos, la destrucción de los pies de hierro y barro del gigante de la historia visto por Daniel, la parusaica vuelta de Cristo y el inicio del feliz reino judío de mil años.

Capítulo 3

El Concilio de Florencia

Muerto Carlo Magno se partió el Sacro Imperio Romano Germánico por rivalidad de los descendientes del emperador, pero más por rivalidad del Papa con el Emperador. Se negaba a obedecerlo y el Emperador por su parte veíalo como el desobediente obispo de Roma, al cual debía castigar. Hubo guerras por ello, muchas, y en ellas se apasionó el Dante. Nadie persiguió más que el Dante la unidad de Europa. Elogió y ponderó a Julio César, fundador del Imperio Romano, y defendió con su espada y con su verso al Sacro Imperio.

En la *Commedia* puso en el cielo a los gibelinos y a los güelfos en el infierno, sufriendo castigos cuya terribilidad creó el adjetivo «dantesco». No jugaba a las pinturas Aleghieri, a los imperiales alemanes se llamaba gibelinos, a los partidarios del papa, güelfos. Contra el Imperio, los güelfos creaban los Estados, Francia el primero. Era religiosísimo el poeta y la tierra era para él el cuerpo de Dios y crimen su fragmentación política. A un príncipe gibelino que desde Alemania avanzó sobre Italia para someter de una buena vez al Papa y a sus partidarios lo declaró Dios bajado en la tierra, le escribió que no se detuviera por nada, que quemara Florencia, la ciudad más bella de Europa, aquella donde el Dante había nacido, porque de allí salía el dinero que permitía sobrevivir a los güelfos. Debía quemar Florencia y seguir sobre el Papa y acabarlo. Todo le estaba permitido a este Dios que adelantaba el gran trabajo. El príncipe murió por la hostia que en comunión le dio un confesor mojada en veneno. Crecería la pelea de unidores de Europa y fragmentadores al tiempo que la tristeza de Dante. Moriría entregado a trabajos minúsculos, pero quedaba su escrito para que lo recogieran y usaran los hombres. Había puesto en versos la ignominia de los güelfos y la trayectoria de Ulises, con lo primero acusaba a

los destructores del Cuarto imperio, con lo segundo daba la pista para construir el Quinto, labor que hacía Colón. Construir imperio significa imperar, a España y los reyes católicos y a Colón como su enviado les tocaba imperar sobre el continente que se descubría.

Un siglo y tres años después de muerto Dante y 54 años antes de este 1492 advino el Concilio de Florencia, donde ya se trabajó para descubrir. Y ello, por supuesto, junto al gibelino intento de reunir a Europa. La amenaza de los turcos presionó, Turquía concluía la forja de cañones cuyo alcance superaba cualquier distancia y quebraba la más gruesa muralla. Estando el Imperio Romano dividido en sus dos mitades, la de Occidente, con capital en Roma, y la de Oriente, con capital en Constantinopla, el Imperio Romano de Oriente sobrevivía a duras penas, reducido a la ciudad de Constantinopla. Sin una alianza militar con Occidente, sin una nueva cruzada europea que armara el Papa, con Francia y Alemania, contra el turco, Oriente sería destruido. Y vino el Concilio de Florencia, de 1438.

Para el Concilio de Florencia, el emperador bizantino Juan VIII Paleólogo se hizo acompañar con sus mejores doctores, particularmente con uno llamado Besarión, de señalada superioridad. Pero dividía a los dos bandos un punto de religión, el Filioque. Se iniciaron las discusiones, acordarse en torno al Filioque no era simple. Los barcos turcos aparecían ante la costa de Toscana y disparaban cañonazos pretendiendo alarmar al Concilio, incitando a Oriente y Occidente a que se pusieran de acuerdo, mostrando que no les temían, ni juntos ni separados, pero la discusión seguía, pues en el filioque no podía ceder ninguno de los dos partidos. Eran las discusiones bizantinas, un nombre que el futuro tomó como sinónimo de discusión necia pero que no lo era para aquellos hombres sabios.

Las discusiones sucedían en la catedral de Florencia, inaugurada para la ocasión. En el punto de cruce de las nervaduras de la prodigiosa

cúpula central creada por Brunelleschi, quedaba la lámpara por donde entraba la luz del día al templo, blanca a diferencia de la coloreada de los vitrales. En las noches, cuando los teólogos y príncipes estaban en sus habitaciones pensando alturas o bajezas, o en fiestas, un cosmógrafo local, Paolo del Pozzo Toscanelli, subía a la lámpara a estudiar los astros por el telescopio para leer en el aire oscuro poblado de esferillas color plata, el futuro de Bizancio, de Turquía y del mundo, la voluntad de Dios en síntesis.

Al final el emperador Juan VIII Paleólogo, viendo fracasado el objetivo político del concilio, porque ninguno de los dos partidos cedía, declaró aceptado el Filioque por obra de su autoridad y aceptada la supremacía de Roma y del papa de Roma sobre las dos Iglesias y sobre los dos imperios. Fue el fin de las discusiones bizantinas, se firmó la alianza y los lujosos visitantes orientales regresaron a sus ciudades en la seguridad de que se había superado el Gran Cisma de Occidente y dominado el peligro turco.

Pero fue inútil, la autoridad de Juan VIII no pudo cambiar los espíritus en Constantinopla, el rito romanizado que imponía se enredó en desobediencias y rebeliones de obispos. Tampoco el Papa lograba capturar el apoyo efectivo de los reyes occidentales, que hicieron una cruzada tonta, y finalmente los turcos tomaron Constantinopla. De allí advinieron varias consecuencias, una fue la fuga del secreto de la redondez de la tierra, suministrado por Toscanelli, que, en 1474 hizo llegar al rey de Portugal Alfonso V, a través de su amigo el canónigo lisboeta Fernando Martins, una carta y una esferilla de madera que representaba la tierra con sus mares y sus continentes. Martins la puso en manos de Cristóbal Colón. Pero no debió estar sólo Toscanelli en ese estudio, todo el Concilio de Florencia debió pensar en eso, todo el de Ferrara y el de Basilea, que fueron anteriores, todos los sabios y los militares, tanto de Roma como de Constantinopla. Era inevitable, quien se preocupa por la posibilidad de que los turcos tomen Constantino-

pla se pasea por las consecuencias de ello, por una tan principal como el cierre del camino a Asia. En ello estaban los comerciantes de Constantinopla, los más activos de mundo, que subvenían de tal tráfico enormes cifras pero también sus correspondientes en Occidente por cuyas manos Europa compraba las sedas y las especias. Era el mercado más rico del mundo. Cerrado el camino de Oriente habría que buscar uno alterno.

A más de Toscanelli, hizo revelaciones sobre la existencia de América el inefable Aeneas Silvio Piccolomini, vinculado también al concilio de Florencia, al principio como enemigo y luego devenido Pío II. Escribió la *Historia rerum ubique gestarum*, de mucha consulta por Cristóbal Colón. Igual hizo el cardenal y teólogo francés Pierre d'Ailly, participante en dos asambleas que se proponían acabar con el cisma: el Concilio de Pisa (1409) y el Concilio de Constanza (1414-1418). D'Ailly catalogó y ofreció las riquezas de América en su libro *Imago mundi*, también leído por el Descubridor.

Capítulo 4

Descalificación descomunal de la historia

Mientras las décadas palidecían el recuerdo de la cruzada tonta, las casas españolas de Castilla y de Aragón se fortalecían. Crímenes y matrimonios, unos y otros arreglados por la Iglesia, le dieron fuerza. El principal matrimonio fue el de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, ofició en él el cardenal español Rodrigo Borgia, asesino, espadachín, amante de su hija Lucrecia. La nueva pareja real actuó contra el ocupante árabe de la Península y contra los judíos, hasta expulsarlos. Al mismo tiempo en Roma, derrotando a la masa de cardenales franceses, Rodrigo Borgia se convertía en Papa. Y en el mismo mes en que concluye la expulsión de judíos y árabes de España viaja Cristóbal Colón para descubrir. Ya hemos

visto que hay conspiración judía en él, a buen seguro conocida por los reyes que le mandan pero imposible de evitar por ellos, como era imposible que desconocieran la judaidad de Luis Santángel y otros que aportaron para el viaje, a los que la historia escondió detrás del cuento de frailes de haber Isabel vendido sus joyas para financiarlo.

Ésta es la historia conocida del Descubrimiento de América, mejorada aquí y allá con detalles de sinceridad. Tremendamente distinta es la versión de ello publicada recién en el año 2000 por Luisa Isabel Álvarez de Toledo, Duquesa de Medina Sidonia, en su libro *África versus América*, la fuerza del paradigma⁴. Conocida como la «duquesa roja» a causa de sus altercados con Francisco Franco, la autora ofrece una lectura absolutamente novedosa del descubrimiento de América y, por irradiación, de toda la historia española. Excepcionalidad y solidez le confiere a sus planteamientos el estar basados en el archivo de la Casa de Medina Sidonia, compuesto por 6.224 legajos, según Wikipedia, que añade en el respectivo artículo «se considera uno de los archivos privados más importantes de Europa». El material está digitalizado, experticias científicas hacen casi imposible una falsificación*.

África versus América es acaso el más descomunal trabajo de demolición de una historia oficial emprendido alguna vez. La demolición se hace desde adentro, la autora está íntimamente integrada al corazón de la élite gobernante de su sociedad, tanto que, por ejemplo, Alonso Pérez de Guzmán, séptimo duque de Medina Sidonia, fue el comandante de la Armada Invencible, con la que España se jugó su papel mundial en 1588 y lo perdió. En las jerarquías hispanas, el apellido Medina Sidonia es el segundo después del rey.

Los archivos no se construyen por casualidad, la lectura de *África versus América* deja la sensación de estar tocando interioridades de

* Debo a Hernán Rubín la información de que esto existe en Internet, así como también una interpretación del Delirio sobre el Chimborazo, que va en el capítulo respectivo.

un pacto o alianza católico-musulmán contraído en la época de bonanza árabe en España. Se originan en la existencia de una gigantesca mina de oro —de tal mina habla centralmente el libro— y en la necesidad de que tienen los pactantes de ocultarla. Tocamos un arreglo de silencio y reparto tan fuerte que subsistió a la expulsión de los moros, al Descubrimiento de Colón y a cinco siglos corridos desde entonces. En casos así, el respeto de ambas partes se garantiza mediante la existencia de papeles probatorios. Sería el sentido de éstos, tan ocultos como la mezquita en la que practicaron ritos musulmanes los condes de la dicha familia mientras públicamente aparecían como fanáticos católicos, auspiciadores millonarios de cardenalatos, cofradías y misas. Sólo en 2000 se ha revelado la existencia del dicho templo, como lo narra Mansur Escudero, miembro del Instituto Cervantes y de l'Association Al Muniya de Marrakech, a propósito de una visita a la duquesa:

«Otra de las sorpresas que nos deparó la visita fue la de encontrar los restos de una mezquita dentro de su palacio, mezquita en la que tuvimos el honor de hacer la azalá un grupo de musulmanes españoles y marroquíes con gran emoción».

De este libro desmontador de la historia española, tomaremos sólo los puntos pertinentes a la latinoamericana.

Si el basamento en legajos da su fortaleza al libro de Medina Sidonia, su debilidad está en la carencia de bloques sostenidos de hechos que substancien definitivamente sus afirmaciones. De los papeles sólo salen datos sueltos que, conectados por la autora mediante un trabajo sumamente erudito, propenden a convertirse en demostraciones. ¿Basta eso? Sólo el tiempo y el trabajo de historiadores que ya están abocados a estudiar el archivo dirán la verdad definitiva.

Colombia queda en África

La autora parte de que la clara distinción entre África y América que existe hoy no la tenía Europa en la Antigüedad ni en la Edad Media. América era parte funcional de África, secreta para la mayoría de Europa pero no, por ejemplo, para los fenicios, primeros grandes navegantes de la historia:

«Es que ha habido una confusión histórica —afirma la autora— Había viajes a América desde los fenicios: los relatos que tomamos por viajes a África ¡eran, en realidad, viajes a América!».

Atención, los fenicios son llamados sidonios en el Antiguo Testamento, fenicios, sólo a partir de Homero. Y la capital de Fenicia fue Sidón. En cuanto al Medina, venía de las palabras árabes *Madinat-al-Nabi*, «Ciudad del Profeta»; o *Madinat Rasul Allah*, «Ciudad del apóstol de Dios». Los restos de Mahoma reposan en Medina. A eso hay que añadir la principalía Medina Sidonia en la región de Cádiz, fundada por los fenicios o sidonios como factoría con el nombre de Gadir, que contiene el puerto de Palos, sitio de partida de Colón. Los fenicios fundaron asimismo Útica y Cartago en el norte de África, además de muchas otras colonias comerciales en el Mediterráneo. Detalle significativo es que cerca del 538 antes de Cristo, Fenicia fue incorporada al Imperio caldeo de Nabucodonosor II, el conquistador y esclavizador de Israel y receptor de la premonición de Daniel sobre los cinco imperios de la historia. Esto concatena al apellido Medina Sidonia con la aventura de los cinco imperios. Fenicia pasó luego a formar parte del Imperio persa, el segundo señalado en la premonición.

Vayamos a un contenido que constituye alucinante historia de Colombia y Venezuela. La autora comentada afirma que el Reino de Granada de España, árabe, era, desde siglos antes, poseedor del Dorado, situado en la actual Colombia. El dicho Reino se extendía a África, a Marruecos, que sería el centro administrativo de la explotación del Dorado, que se realizaría en connivencia con algunos

de los reinos cristianos de España, entrando durante toda la Edad media las riquezas a la península por el Guadalquivir, «pues, sencillamente (porque) Granada es el paso hacia el oro». Dadas sus simultáneas condiciones árabe, fenicia y española, y su control sobre la región de Cádiz, la familia Medina Sidonia habría sido desde siempre la portera o aduanera o la administradora en territorio hispano del tráfico proveniente de la riquísima y secreta colonia.

La posesión de ese oro constituiría el motivo central, prácticamente único, de la guerra descrita por la historia universal como de unificación de España. La unidad cristiana de España sucedió pero

«La idea de unificación de España yo no la he visto hasta Enrique IV y, aún éste, no tiene las miras en la unificación peninsular sino en el oro»,

opina la historiadora citada. La historia de España en los siglos previos al viaje de Colón estaría marcada por el manejo secreto de una gigantesca, inagotable mina. Y la de la región que hoy ocupa Colombia por el respectivo saqueo, en una realidad que refuerza terriblemente la descripción del imperialismo.

Otra afirmación es que la conquista del Reino de Granada habría conferido a los reyes Católicos el derecho a dominar las posesiones ultramarinas de dicho reino, concretamente el Dorado americano. Extraña, muy extraña continuidad jurídica es ésta, lo lógico hubiera sido lo contrario, que los reyes árabes de Granada intentaran impedir el despojo de «su» riqueza americana, tratando de salvarla aún estando perdido lo hispano, sin cuidarse de que ello acarrearía necesariamente la revelación al mundo del secreto. Lo que estaba en juego era enormemente más importante. Si se retiraban de América apaciblemente, respetando un supuesto derecho de conquista y manteniendo el secreto, ello tiene que deberse a alguna causa, causa que sólo puede residir en una complicidad entre derrotados y derrotadores. Tal vez sea mentirosa una leyenda

histórica española muy consagrada según la cual, ante las lágrimas que vertía Boabdil, el último rey de Granada, en los momentos de abandonar esa ciudad definitivamente, su madre, Fátima, le habría dicho airada: «Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre». Veamos. Boabdil había sido derrotado nueve años antes, en 1483, por Fernando el Católico y hecho prisionero. El trono de Granada lo ocupó su padre. Pero tres años después, en 1486, Boabdil aceptó gobernar Granada como reino tributario de Castilla, por lo que Fernando el Católico le restauró en el trono. Así, el futuro perdedor de Granada es un rey colocado en el trono por el que en definitiva se lo quitará. Es un extraño juego. Llegó la época de la guerra definitiva y a la vez estalló una guerra civil en Granada, que enfrentó a Boabdil con su tío, el Zagal (Abu ‘Abd Allah Muhammad), que reinaba en parte del reino y ello «facilitó el avance cristiano hacia Granada», sitiada desde la primavera de 1491.

«A pesar de la defensa que de ella hicieron los musulmanes, Granada cayó en enero de 1492», dice la versión oficial, pero acota prudentemente datos rarísimos sobre esa defensa:

«...la ciudad estaba profundamente dividida sobre si debía o no rendirse, por lo que antes de la capitulación entraron en la ciudad tropas castellanas para evitar revueltas de los irredentistas».

Traducido, esto significa que Boabdil actuó en los últimos momentos como aliado de los invasores. Ello, en sí, puede significar una actitud política sensata —ante la derrota inevitable, se impone la rendición—, pero es imposible separar a Boabdil de su condición de protegido, que implica siempre, aunque gradualmente, la de instrumento. Y si a ello se suma el manejo del invisible Dorado, se insinúa una lectura integrada por sospechas de intereses comunes entre el rey árabe y Fernando, el Católico, con negociación inconfesada, autodemolición del poder, traición a la Patria y reparto. Quizá Boabdil no había sido tan débil como su madre lo creía,

según la leyenda. Quizá la leyenda fue forjada para estabilizar una lectura de la historia.

La casa Medina Sidonia, por sus vínculos con ambos bandos, debió ser usada para estos delicados procesos, en los cuales es indispensable una instancia alta y mediadora. Ello va con el poder enorme que detendrá ese apellido en la vida española.

El viaje de Colón se produce inmediatamente después, casualidad que es interpretada en el texto de Álvarez de Toledo como nada casual, como natural resultado de la entrada en posesión por Castilla y Aragón del Dorado, al que razonablemente se pasa a denominar Nuevo Reino de Granada o Nueva Granada. A esto habría que añadir la pintura de la cruz templaria en las velas del almirante y la condición de templarios que atribuye la escritora al puerto de Palos y sus habitantes, para perfeccionar la intuición de un arreglo trascendental detrás del Descubrimiento.

Y hablando de nombres:

«En Colombia —reza otro párrafo— existe una población, Cartago, que no ha perdido su nombre. Cartago era, como es sabido, una ciudad situada en el actual Túnez que fue islamizada en el siglo VII».

En el entorno de la Cartago colombiana

«...aparecen topónimos que difícilmente pudo imaginar un castellano descubridor en el siglo XVI: Antioquía, Palmira, Armenia y Susa».

Mirando el territorio americano, extendido del Polo norte al Polo sur, se descubre que sólo en el rincón que es Colombia se da la profusión de nombres de resonancia fenicia.

Capítulo 5

Bogotá es la meca

En un mundo tan inmenso y sólo como la Colombia de los días del descubrimiento era difícil que se encontraran dos europeos pero a la misma hora y en el mismo punto de la muy fría meseta de Cundinamarca, se toparon tres. Jiménez de Quesada, Nicolás Federmann, que llegaba de Venezuela, y Sebastián de Belalcázar, subido del Perú. Es caso único en el mundo. En América todas las ciudades tienen un fundador, no dos ni tres. Como llave para entender tan tupida casualidad, puede ser útil un punto del discurrir de la dama Medina Sidonia, descriptivo de diversas geografías de Venezuela y la Nueva Granada, centrado en la nominación original del río Meta como Meca:

«Negada la existencia del Dorado, situado por los geógrafos, a orillas del lago Perimée, junto al Orinoco, lo es igualmente la de Meça, Meta o Massa. En 1447, (45 años antes del viaje de Colón) castellanos y portugueses frecuentaban su puerto, consiguiendo los últimos, a cambio de 18 moros, 51 negros guineos y león de regalo, que Enrique el Navegante mandó a Irlanda».

El reino de Meça sería pues la Meca de estos musulmanes dirigidos a América, ello sería la explicación de la competencia de los tres conquistadores por fundar una ciudad en tan sagrado sitio. Lo de Bogotá sería la vividura del Dorado, más allá de la elaboración que presentó la fama. Más sobre la Meca-Bogotá:

«La Casa de Meta albergó ídolos de oro, hasta que los robaron los de Santa Marta, cargándolos en costales, cuando fueron a descubrir el valle de Alcázares.../... Antes de ser desalojados por el poder de Castilla, los naturales vivían en casas de adobe. Chapas de oro cubrían los templos del Bogotá, como los del Inca, rindiendo culto al sol y secundario a la luna, a imitación de casi todos los americanos. Las mujeres vestían a la moda de Nicaragua. Hacían torres octogonales, similares a los

“cués” de Nueva España y transmitían mayorazgos, por línea de primogenitura. Veneraban ídolos domésticos, con carácter de manes familiares, siendo el respeto tributado al señor, proporcional al número que poseía. Por las inmediateces de la ciudad, pasaban los dos caminos, que comunicaban Perú con Cartagena: el fluvial del Cauca y el de herradura, del valle de Neiva».

Los templarios

Arreglos administrativos sobre el puerto de Palos, de donde partiría Colón, precedieron significativamente al Descubrimiento. Señala Medina Sidonia:

«¿Y por qué los Reyes Católicos, antes de lo de América, compran la mitad de Palos? Para poder sacar barcos, porque si no Colón no hubiera podido salir de allí. Se crea una armada de Encargo Real. Y no la encarga como Encargo Real, sino como Señora de Palos, porque si no, no hubiera podido salir”.../... los Templarios tenían una gran relación con el Islam. Los Templarios, ya sabe usted que son exterminados en 1309, pero aquí también, así como en Portugal no: se convierten en la Orden del Cristo y aquí no ha pasado nada.../...va a seguir funcionando la Orden Templaria con sus normas, en los pescadores de Palos, de Huelva, de Sanlúcar, razón por la cual ellos podían comerciar con aquella parte y los Reyes Católicos no, porque ellos (los templarios) habían heredado este acuerdo con los musulmanes».

No eran tan omnipotentes los reyes católicos si necesitaban comprar un puerto que era propiedad de los templarios, y al tiempo, por cierto, de los Medina Sidonia.

En el siglo XIII corrió mucho oro y mucha plata por Europa, visiblemente a causa de las entregas en uno u otro metal que, como préstamos, hacían unos caballeros apellidados templarios a los reyes. La palabra templario provenía de haberle sido entregados a

un grupo militar, durante las cruzadas, los terrenos donde estuvo el Primer templo judío, destruido por Nabucodonosor. Sitio cargado con leyenda, fue excavado por los templarios que habrían encontrado en él la tumba de Hiram, el arquitecto del Templo, enterrado allí por disposición de Salomón. Tapando la tumba estaría una piedra de ágata en la cual aparecían grabadas informaciones que dotaron a la Orden templaria de poderes múltiples: devinieron los mejores soldados de Europa, crearon la posada, de donde les vendría el título de Hospitalarios, inventaron la catedral gótica, milagro de piedra y vidrio, belleza y física, desconocido hasta entonces; la letra de cambio, sistema por el que el peregrino que viajaba a Jerusalén lo hacía sin cargar su oro sino un papel en el cual constaba haberlo depositado en la casa templaria de su localidad de Europa. El oro le era entregado en pequeñas cantidades en las casas templarias de Jerusalén.

Siendo así banqueros, los templarios se volvieron ricos, entrando a actuar como «prestameros» de los reyes, cobrando intereses que los hacían más prósperos. Aún así, su riqueza era inexplicable por demasiado grande, prestaban oro, pagaban con oro y plata que no existían en las minas de Europa. Se señaló a África como la sede de las minas de donde extraían los metales, se dijo que habían accedido también al secreto de las Minas del rey Salomón, cosa lógica como que Hiram, además del arquitecto del Templo, había sido el mandante de la flota salomónica. El almácigo vendría a ser lo que hoy se conoce como Sudáfrica. La geografía adivinatoria de ese tiempo llamaba Ofir al país de donde salían el metal amarillo y el blanco. Pero, recordemos, América sería parte de África según Álvarez de Toledo. Ella alude el punto en los siguientes párrafos:

«De pronto en el siglo XIII en Europa hay un auge económico brutal.../...de pronto, a Europa llega mucho oro.../...Se dice que el tesoro cogido al rey de Marruecos, que es el vencido en las Navas de Tolosa,

cambia el pulso del oro en Europa. Es tal la abundancia de oro, que baja. ¿De dónde tiene Marruecos tanto oro si nos atenemos al Marruecos actual? ¿Me lo quieren ustedes explicar?».

El funcionamiento de las minas es examinado retrocediendo a los tiempos de Salomón, de diecisiete siglos antes, en el siguiente párrafo. Nótese que judíos y fenicios (o sidonios) vienen a ser mineroamente casi lo mismo:

«De las navegaciones de Salomón, a principios del primer milenio, nos informa la Biblia. Dotado para el comercio, se asoció con Hiram de Tiro, que aportó navegantes y embarcaciones. Judíos y fenicios armaban dos flotas: la de Ofir, que hacía viaje de doce meses, importaba 666 talentos de oro, piedras preciosas y maderas de Algumin: “nunca en tierra de Judá, se había visto madera semejante”. La de Tharsis, que navegaba tres años, además de oro, traía plata, marfil, simios, pavos reales, especies y ungüentos. Curiosa la reina de Saba, país de Etiopía, se personó en Jerusalén, con regalo de incienso, piedras y metales preciosos, para conocer al promotor del negocio. Del encuentro surgió inclinación recíproca, realizando Salomón viaje de tres años, para devolver la visita. Recuerda el pasaje la isla de Saba, una de las Vírgenes».

En los años que precedieron al descubrimiento de América, no había en Huelva un armador y navegante más famoso que Martín Alonso Yáñez Pinzón. Cuando se propagó por la zona que Martín Alonso iba a participar en el viaje de Colón como capitán de la carabela *Pinta* y su hermano Vicente como capitán de la *Niña*, la idea tomó prestigio y muchos se enrolaron. En el tomo IV de *Pleitos Colombinos*⁵, recopilación del larguísimo juicio abierto contra Colón por los reyes españoles para despojarlo de sus descubrimientos, supuestamente cuando descubrieron la inmensidad de éstos, se

inserta un testimonio de Yáñez que muestra conocimientos de la existencia de América previos al viaje de Colón, con descripción de una trayectoria de viaje que viene a ser equivalente de la versificada por el Dante Aleghieri.

«Arias Pérez, hijo de Martín Alonso Pinzón, rememoró al rey judío. Estando con su padre en la biblioteca vaticana, le vio departir con familiar de Inocencio VIII, en torno a cartas de marear y el “mapamundi” del Papa. Antes de marchar le instó a “descubrir”, entregándole “escritura”: “era sentencia del tiempo de Salomón, que rezava: navegarás por el Mar Mediterráneo hasta el fin de España e allí al poniente del sol, entre el norte e el mediodía, por la vía temperada hasta 95° del camino e fallarás una tierra de Çipango, la qual es tan fertyl e abundosa, que con la su grandesa sojuzgaras África e Uropa».

Comenta sobre esto la Medina Sidonia: «Nos guste o no, Méjico está a 95° del Guadalquivir». Añade, a propósito de las Antillas:

«Según Hurtado de Mendoza, geógrafo del siglo XVII, “Antillas” quería decir “ante-islas”, porque “los primeros que descubrieron las Islas Occidentales”, las encontraban antes de llegar a “Nueva España”, es decir al Cipango mencionado, “adonde se dirigían”. Tardaban 3 meses a la ida, prolongándose el regreso 7 u 8, por ignorar que rebasados los 30°, se reducía la distancia- tiempo».

En verdad no es extraño a los procedimientos del poder español de la época, el mantenimiento del Secreto de estado, el disimular detrás de mentiras aparatosas, movimientos de la historia de España que tuvieron por motivo el control de las riquezas de América. Ello se verá en el capítulo que contiene la entrada de Napoleón Bonaparte en la Península en 1808, disfrazada como causada por la necesidad del curso de controlar Portugal cuando que se articulaba

a un intento de conquistar Buenos Aires. El disfraz casi logró ser eterno.

Desde unos siglos antes del descubrimiento, había competencia entre España y Portugal por la posesión de las regiones del océano Atlántico y en ésta actuaba la mano de los papas. A pesar de la existencia en el Vaticano de documentos como el descrito por Vicente Yáñez Pinzón y de los libros de Aeneas Silvio Piccolomini y Pierre d'Ailly, el reparto se concretaba a lo oficialmente conocido, vale decir a África. Por las bulas *Romanus Pontifex* (1455) e *Inter Caetera* (1456), Portugal había consolidado su expansión atlántica a la vez que limitó la de Castilla. El Tratado de Alcáçovas, firmado por los Reyes Católicos y Alfonso V de Portugal en 1479, y confirmado por la bula *Aeterni Regis* (1481), delimitaba con claridad las zonas de expansión de Portugal y España once años antes del viaje de Colón: Castilla podría navegar hasta el paralelo de las islas Canarias, mientras que el resto del océano y tierras africanas al sur, hasta la India, quedaba reservado a Portugal. A pesar de que los documentos y bulas asumían la inexistencia de otras tierras, el rey portugués, que conocía largamente las cosas, señaló a Cristóbal Colón en entrevista realizada en Valparaíso de Portugal al regreso del almirante de su primer viaje, que lo descubierto por él pertenecía a Portugal.

Figura en el libro comentado una miríada de informaciones relativas a los indígenas americanos, llamadas a introducir novedad en los estudios de esa área, y un capítulo completo se dedica a la presencia de negros en América antes del Descubrimiento, que califica de abundante y deberían ser objeto de estudio crítico por los respectivos especialistas.

Subsiste la pregunta: ¿Cómo es que no hay documentos detallados, abundantes, de lo que aparece como el más grande lucro secreto de la historia? Según la autora, el archivo Medina Sidonia sería lo

único sobreviviente a un trabajo de destrucción de papeles que habrían ejecutado la casa real española y la iglesia católica durante siglos, metódicamente, en la península. El objetivo sería mantener el secreto económico y apuntalar el castillo legal que se construía para sustentar una suerte de donación del Nuevo mundo que le habría hecho Dios a España. Hay que suponer un trabajo correspondiente ejecutado en Marruecos por los causahabientes de la casa Nazarí y otras del poder.

Capítulo 6 La ciencia

Como judíos y adamitas vio Colón a los que llamó indios, visiones científicas⁶ los cuantifican en 350.000 y agrupan a los que vivían en la actual Venezuela en seis áreas culturales y, por sus hábitos en: Comunidades nomádicas que se movilizaban en bandas de hasta treinta individuos viviendo de la caza y recolección; Comunidades semi nomádicas que trabajan algunos meses del año; Comunidades semi permanentes, que se anclan y trabajan el conuco con la roza y la quema, donde la mujer siembra y recoge la yuca y el maíz, la batata, el ají, calabaza, cacao, guayaba, guanábana y algodón. Además cazan y pescan y hacen con la tierra vasijas, y cestería con las palmas, y tejen el algodón. Cultivan la misma tierra uno o dos años y luego la abandonan. Sus aldeas podían llegar hasta el millar de habitantes.

En el oeste de esta misma costa están otros, llamados caquetíos, en proceso de expansión y los jirajaras, que sufren la expansión caquetía y le hacen guerra, y los cuibas. Todos éstos embalsan el agua y la conducen al regadío y comercian por trueque. Son alfareros, tejedores, constructores de armas. En la región de las grandes montañas —muy lejana al punto de la llegada de Colón— habitan

los timoto-cuicas, que las cortan creando terrazas artificiales para mejor cultivo y tienen instrumentos de labranza y graneros para almacenar. Sus aldeas son con casas de piedra y barro fortificadas con una empalizada redonda. Los del Piedemonte occidental de los Andes, primos del tronco caribe como los motilones y otros del tronco chibcha, están regados sobre todo el sur del Lago de Maracaibo, pescan y conservan la pesca salándola y ahumándola y cuando no la comen la truecan. Habitan en palafitos de cuya colocación en el agua lacustre vendrá el nombre de Venezuela por asociación con Venecia, la aristocrática república italiana, como si castillos lujosísimos pudieran metaforizarse en chozas de barro y caña por el sólo estar en el agua. Fernández de Enciso, que estuvo en el descubrimiento de aquel punto, escribió en su obra *Summa de Geografía*:

«...cerca de la tierra está una piedra grande que es llana encima della. Y encima della está un lugar o casas de indios que se llama Veneciuela...».

De esta manera, el nombre de Venezuela es autóctono y no un diminutivo veneciano.

Finalmente, están los habitantes de la península de la Goajira, recolectores de conchas marinas, pescadores y cazadores belicosos, actividades que, como la de los otros indígenas, no serán encontradas útiles por el colonizador, que esclavizará a estos hombres y mujeres buscándoles uso. La única salida de ellos es retirarse a zonas inaccesibles.

Colón en Nicaragua

Tan temprano como en el cuarto viaje de Colón aparece el hilo temático principal de este libro: los canales interoceánicos. Aparecerán en todos los capítulos con jerarquía de clave de la historia latinoamericana, clave mantenida semisecreta y riqueza principal

secuestrada que el siglo XXI develará porque tiene en la construcción del canal de Nicaragua un trabajo miliar.

En su viaje del Descubrimiento, Colón había buscado la India, la había buscado tanto como al oro, a las sedas y la especiería. La búsqueda de la India venía a ser la misma que la de las tribus perdidas de Israel, porque en la adivinación geográfica de aquel tiempo, llegar a la India era lo mismo que llegarle por detrás a Palestina, acto generador de ventaja militar para una nueva cruzada, la máxima y definitiva, cruzada la cual él estaba llamado a encabezar y que iba, por fin, a recuperar de las manos de los infieles la tierra que caminó Cristo. Al menos para los cristianos ése era el objetivo de la cruzada, otra podía estar formulada para los judíos y las dos cabían en su pecho de judío, hijo de un judío nacido en los alrededores de Barcelona y al servicio de majestades cristianas. Para los cristianos la Parusía cristiana, para los judíos la Parusía judía. Él tendría en las manos todas las claves del juego.

En la década y media transcurrida desde el viaje donde descubrió a América, en los cuatro años corridos desde que tocó en Venezuela e informó de la llegada al Paraíso, las ideas de Colón parecen haberse acrisolado, parece haberse convencido de que la India no está en la región del Orinoco. No son sólo de él estas ideas, muchos otros exploradores han recorrido las costas de América, la exploración se hizo metódica. Además de la extensísima tierra visible, los exploradores persisten en buscar la ruta a Oriente, que es, además de lo ya dicho, sedas, especias. Pero hay obstáculos. Extendido desde el norte del mundo hasta su extremo sur, el continente americano era una barrera interminable para seguir camino. Buscando un paso que atravesara el continente, Alonso de Ojeda había corrido hacia el norte, hasta la Florida, y probablemente esa intención había tenido su viaje por las costas del norte de Suramérica, donde bautizó a Venezuela. Con el mismo objeto recorrió Américo Vespucci hacia el sur, muy largamente, hasta las bocas del

río de La Plata. En algún momento debieron informarse los españoles de que había una región más delgada, un istmo en la latitud que ahora conocemos como Centro América. Es lógico que fuesen los indios los informadores. Y debieron correr descripciones de un mar más allá y de pasos para llegar a él, pues en mayo 8 de 1502, Cristóbal Colón sale a su cuarto viaje hacia «el escurridizo paso al oriente». Estaba viejo, los reyes católicos, particularmente Fernando de Aragón, no lo miraban con amor ni respeto, pero fue autorizado, en octubre de 1501, a preparar la expedición. A esa costa centroamericana, extendiéndola hacia el sur, hasta la de Venezuela, hasta la boca del Orinoco justamente, se había reservado para sí cuando los reyes le quitaron el almirantazgo de todo lo que descubriera, como rezaba su contrato original. A la región así reservada la llamó Veragua y él era el duque de Veragua.

En agosto de 1502 llegaban los barcos de Cristóbal Colón a la actual Honduras; fue costeano el istmo centroamericano hacia el sur, bordeando Nicaragua y Costa Rica hasta llegar al río San Juan, donde hizo penetrar sus naves en busca de lo que llamaba en su cartografía «el retrete» para significar el lago. Ese retrete era el lago Nicaragua, situado en el centro de aquel país. Del lago Nicaragua desciende el río San Juan, hacia el mar Caribe y otro río hacia el Pacífico; los dos, con el lago, forman un canal interoceánico al cual sólo faltan para que crucen por él barcos, algunos trabajos de barrenado aquí y allá. Algún oro «rescató» Colón de los indios pero sus barcos no tenían calidad para el ascenso del río San Juan, menos para cruzar las partes difíciles. Hubo de renunciar al ascenso, devolverse y recalar un año en la isla de Jamaica, donde engañó a unos indios belicosos anunciándoles que, de no conciliar con él, haría desaparecer el sol. Era un eclipse, que su conocimiento de cosmografía podía predecir... y lo salvó. El 13 de septiembre de 1504 salió hacia España, donde moriría poco después dejando intocado el canal y creado el «Escudo de Veragua» que mucho daría que hacer.

Capítulo 7 Tesoros de Atahualpa y Moctezuma II

En lo que es hoy el Perú estaba el imperio inca. Una novedad ofrecía y era su organización comunista, que acaso fue origen del argumento de la *Utopía* de Tomás Moro. No se conocía allí lo tuyo y lo mío, ni la moneda que todo vuelve portable y termina teniendo vida propia. Todo estaba calculado y medido en aquel imperio, de modo que ni a un solo habitante faltaba su pan, su casa y su trozo de tierra. Los incas tenían técnicas agrícolas. Cortaban la montaña en terrazas y mejoraban la tierra con el abono, y el agua se hallaba domesticada en su correr y las plantas mejoradas de generación en generación por el cálculo. Altos conocimientos de astronomía les hacían sembrar con base en el calendario que ordenaba los actos de religión, porque las dos cosas eran la misma. Y por orden de Dios las cosechas se guardaban en grandes almacenes en reserva para las crisis y no se pudrían los frutos porque se poseía el arte de la conservación. Y el mismo Dios disponía que de los depósitos fueran surtidos los necesitados, enfermos, viejos, impedidos y viudas.

Había enemistad entre el país dominado por el Cuzco y el de los quixos, situado en el actual Ecuador, y era histórica e importante. La unión la impuso a la fuerza Huayna Capac y entonces, actuando ya como inca, expulsó de los cenáculos del poder a la nobleza del Cuzco, que, según él, era mucha, cara, y no servía para nada. Huayna organizó al Perú con preeminencia de Quito y sumisión del Perú y tuvo un reinado próspero, pero durante su gobierno ve aparecer a lo lejos, en el mar, las naves de Francisco Pizarro.

Tanta era la exaltación imperial de un inca, tan suma su aristocracia que, como entre los egipcios, se hizo ley que casase con su hermana, la *coya*. El inca tenía otras muchas mujeres, un verdadero harén, que le daba gran descendencia, formadora de parte de la aristo-

cracia, pero para heredero se escogía al más inteligente y capaz de los hijos tenidos con la *coya*. A la muerte de Huayna se agrietó el imperio. Su hijo Huáscar fue declarado inca heredero pero le hizo la guerra Atahualpa, hijo también de Huayna, príncipe rival. Guerra civil, o quizá más bien lo era entre dos naciones, el Perú y el reino quixo, porque sobrevivía la separación que Huayna intentó cegar. Atahualpa venció, Huáscar supuestamente habría huido con sus nobles navegando por los ríos que van hacia el norte, hasta la Parima hoy venezolana. Habría llevado todo su oro, fundando allá un reino que españoles e ingleses buscarán bajo el nombre de El Dorado. Atahualpa era el inca en plenitud cuando desembarcó en tierra peruana Francisco Pizarro.

El imperio inca fue destruido por aquel jefe y unos pocos hombres, hecho que constituye uno de los mayores misterios de la historia universal. Según una plausible hipótesis, allí sucedió un quiebre simbólico de carácter alucinante: el inca portaba sobre la cabeza el *mascaypacha*, suerte de sombrero ritual que contenía las acciones míticas de Mama Huarco, diosa que caracterizó sus guerras con el canibalismo. La visión del *mascaypacha* concentraba el miedo y terror al inca y cuando un simple soldado español arrebató a Atahualpa aquel símbolo y todos lo vieron, su poder se desmoronó. Fue cosa de instantes. Otra versión habla de indios traídos de Nicaragua por el conquistador, manejadores del arco y la flecha, que desconocían los peruanos. Con ello los habrían masacrado.

Otra se puede desprender de la existencia de relaciones anteriores, sistemas de pactos que hasta entonces hubieran funcionado y generaran confianza cuando, en nombre del rey de España, Pizarro le solicitó a Atahualpa por rescate una habitación llena de plata hasta el techo. Atahualpa entrega los tesoros acumulados en Cuzco y en el templo de Pachacamac y sus ajuares personales y los de sus antepasados, pero igualmente es muerto por un proceso que se llamaba el garrote vil, porque consistía en la aplicación de una garra

de madera a la garganta del hombre. Los objetos se fundieron, se separó el quinto real y se añadieron algunas piezas espectaculares, que se enviaron a Carlos V para conseguir su apoyo a una empresa que daba beneficios.

Las divisiones en el imperio inca habían contribuido a su fin, los cañaris, huancas, chancas, caracaras y cierto sector de la nobleza del Cuzco fueron los más empeñados en contribuir a la destrucción del Imperio de Atahualpa, porque había heridas todavía abiertas. Estos indígenas libraron batallas a favor de los españoles, y subvencionaron su guerra. Los incas habían vencido enemigos más importantes, pero no pudieron enfrentar a estos hombres con caballos y máquinas de fuego. A sólo mes y medio del ingreso de los españoles al Cuzco, los aborígenes de aquella ciudad, nombraron como inca a Manco Inca, celebrando la derrota de Atahualpa con una fiesta en honor a los españoles que duró un mes entero y fue tan pomposa y con tal derroche que los agasajados nunca verían una igual, conforme lo relata Miguel de Estete en su crónica⁷. La oposición entre Quito y Perú la veremos reaparecer a lo largo de la historia latinoamericana, y aún en los inicios del siglo XXI, como un obstáculo a la unidad política del continente, que manipulan con inteligencia los imperios.

Casi idéntico había sido el caso del otro gran imperio indígena americano, el azteca, caído ante una fuerza española irrisoriamente inferior, gracias a la colaboración de un Estado tapón anexo, presidido por la Malinche. En ambos casos el saqueo es a fondo: Antes que Hernán Cortés, Juan de Grijalva, enviado desde Cuba, había tocado en las tierras de Cozumel, Tabasco y en lo que después sería San Juan de Ulúa. Traía órdenes de «rescatar» los indios, y así lo hizo; de paso consiguió cerca de quinientas piezas de oro, mantas de algodón y objetos de arte plumario que remitió rápidamente a Cuba mientras él seguía con sus pesquisas. Cortés recopiló varios miles de piezas entregadas por las poblaciones indígenas

y por los mandatarios de Moctezuma II. Primero le donaron los atavíos sacerdotales dignos de Quetzalcóatl, al que creían recibir en la persona de Cortés; una vez convencidos de que era un ser humano, le obsequiaron —pretendiendo con ello preservar intacto el imperio azteca y mostrar el acatamiento al emperador lejano y poderoso— piezas que Francisco López de Gómara, al narrar la conquista de México, enlista como turquesas, rodela de plumas de muchos y finos colores, mantas de algodón y de pluma y máscaras, pectorales y otros ornamentos de oro, incluso «todas las piezas que son menester para armar un hombre de oro delgado». También ídolos y representaciones de animales, también algunos habitantes. Después el propio conquistador llegaba a la Península cargado de presentes. Pero hubo problemas. Un cotejo de los datos aportados en las crónicas de Bernal Díaz del Castillo, Francisco López de Gómara y fray Bernardino de Sahagún y los números de lo remitido a España no cuadraban, lo entregado nunca llegó a la décima parte de lo recibido por el extremeño y sus hombres.

Ambos tesoros dotarán al hasta entonces «pobre Rey de Castilla» —y no era ironía, Castilla era un pedazo de España, uno más— para terminar de dominar la península. Después intentará la unión de Europa, para lo cual casan a su hija, la princesa Juana, con Felipe, de la casa de Austria, sobrenombrado «El hermoso». La unión se daría, lógicamente, en el hijo. A Juana la historia la apellidó «la loca» a causa de su encaprichamiento con el cuerpo de su marido ya muerto. Quizá también pudo parecer locura que cruzara, viuda y embarazada de seis meses, los torpes caminos que unían a España con Flandes, en los mal contruidos carruajes de la época, haciendo saltar su crecidísimo vientre con peligro de pérdida, pero es que ella quería que naciera su hijo en Gante, hoy Brujas. Necesario era que viese el niño la primera luz allá para que tuviese los títulos de Carlos I de España y V de Alemania, lo que valía decir príncipe del Sacro Imperio romano, dotado legalmente para unir a Europa.

Capítulo 8 Los Welser

Llegado Carlos a la edad de hombría y al momento de morir los reyes anteriores y recibir herencia, le tocó pujar por las dichas coronas con Francisco I de Francia. Trascendental era el momento. En el proyecto del francés estaba el de los Estados nacionales de acuerdo con la fórmula güelfa, como existen hoy; Carlos representaba lo gibelino, que traducido a hoy quiere decir la Unión europea. Güelfos y gibelinos eran nombres caídos en desuso, lo que estaba vivo eran los respectivos proyectos. Los dos candidatos tenían derechos equivalentes, en consecuencia, la decisión favorecería a quien diera más dinero a los grandes electores alemanes. Los banqueros de Lyon apoyaban a Francisco I, haría falta una montaña de dinero para vencer a la perla industrial de Francia. El emperador Maximiliano, abuelo de Carlos, trató con Bartolomé Welser y con los Fugger, banqueros de Hamburgo y ellos aportaron la montaña y Carlos devino Emperador Carlos V y Sacro emperador romano. Estaba echado a andar el plan de unidad de Europa. En pago, los Welser recibieron unas minas de cobre situadas en Almadén y una provincia lejana, Venezuela.

Con la concesión Welser reaparece el hilo temático de los canales interoceánicos, pero enredado con la moralidad de la Conquista, con el padre Fray Bartolomé de las Casas, con el dinero y su conflictiva relación con la salvación del alma. Ocupémonos del alma primero. Sucedió que por autoridad del Papa y redacción del jurista Juan López de Palacios Rubios, los conquistadores leían a los indios un documento —el Requerimiento— el cual describía la doctrina cristiana y enumeraba los derechos que los cristianos tenían para someter a los aborígenes. Tras la lectura se les requeriría que aceptasen a la Iglesia, al papa y al rey como señores de las tierras por donación papal. La aceptación voluntaria suponía que se

respetarían sus propiedades y no se les obligaría a hacerse cristianos. La negativa, aunque fuese causada por ignorancia del idioma castellano, autorizaba la conquista violenta y la conversión de los vencidos en esclavos, pues se les declaraba una «guerra justa». El Requerimiento fue utilizado por primera vez por Pedro Arias Dávila en 1514 y leído por el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo a los indios del Darién.

Relación entre la comedia de costumbre y el término contracultura

Bartolomé de las Casas, Fraile Dominicó

Avanzó la conquista y se emprendía la colonización que implicó el reparto de las tierras de América en trocitos llamados Encomiendas. Legalmente, la Encomienda consistía en una concesión a un español por la Corona de un número específico de indígenas residentes en un área determinada. Los encomenderos podían exigir tributos a los indígenas a cambio de protegerlos y evangelizarlos. Según el discurso de los abogados, la Encomienda no incluía la concesión de tierras, pero en la práctica, quien controla a los hombres más fácilmente controla la tierra, y así fue. Si bien la intención original era «reducir los abusos» pasó a ser una forma de esclavitud. Era cruel. Bartolomé de las Casas, fraile dominico, escribiría en su libro *Destrucción de las Indias*:

«Todas estas universas e infinitas gentes *a toto genere* crió Dios las más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas y fidelísimas a sus señores naturales e a los cristianos a quien sirven; más humildes, más pacientes, más pacíficas e quietas, sin rencillas ni bollicios, no rijosos, no querulosos, sin rancores, sin odios, sin desear venganzas, que hay en el mundo. Son asimismo las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complisión e que menos pueden sufrir trabajos y que más fácilmente mueren de cualquiera enfermedad (...) Son también

gentes paupérrimas y que menos poseen ni quieren poseer de bienes temporales; e por esto no soberbias, no ambiciosas, no cubdiciosas. Su comida es tal que la de los sanctos padres en el desierto no parece haber sido más estrecha ni menos deleitosa ni pobre. Sus vestidos comúnmente son en cueros, cubiertas sus vergüenzas, e cuando mucho cúbrense con una manta de algodón (...)

Sus camas son encima de una estera e, cuando mucho, duermen en unas como redes colgadas, que en lengua de isla Española llamaban *hamacas*. Son eso mesmo de limpios e desocupados e vivos entendimientos, muy capaces e dóciles para toda buena doctrina, aptísimos para recibir nuestra sancta fe católica (...) En estas ovejas mansas, y de las calidades susodichas por su Hacedor y Criador así dotadas, entraron los españoles desde luego que las conocieron como lobos e tigres y leones cruelísimos de muchos días hambrientos. Y otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta parte hasta hoy, e hoy en este día lo hacen, sino despedazallas, matallas, angustiallas, afigillas, atormentallas y destruillas por las estrañas y nuevas e varias e nunca otras tales vistas ni leídas ni oídas maneras de crueldad, de las cuales algunas pocas abajo se dirán.(...) En tanto grado que, habiendo en la isla Española sobre tres cientos de ánimas que vimos, no hay hoy de los naturales della docientas personas. La isla de Cuba es cuasi tan luenga como desde Valladolid a Roma; está hoy cuasi toda despoblada. La isla de Sant Juan e la de Jamaica, islas muy grandes e muy felices e graciosas, ambas están asoladas. [En] las islas de los Lucayos, (...) no hay hoy una sola criatura; todas las mataron. (...) La causa por que han muerto y destruido tantas y tales e tan infinito número de ánimas los cristianos ha sido solamente por tener por su fin último el oro y henchirse de riquezas».

La doctrina de la donación papal entró en crisis por las denuncias de Bartolomé de las Casas. Carlos V ordena que en Valladolid disputen los teólogos la legitimidad de los procedimientos hispánicos a la luz de la voluntad de Cristo. Siente don Carlos que aquello «carga su conciencia» y teme condenar su alma a los fuegos del infierno. Mientras se dilucida el punto queda detenida la Conquista del continente americano. Es 1550. Desde los escaños de oscura madera labrada de un convento, se enfrentan detalladamente Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas. Sepúlveda es el confesor del emperador, está muy cerca de éste, conoce los abismos de su juicio, puede mandarlo al infierno o perdonarlo, por eso constituye grave descalificación para él que el punto de América se discuta. Pero Las Casas puede hacerse oír, expone analíticamente los detalles del genocidio, Sepúlveda defiende la empresa colonial, cuyo objeto, entiende, no es otro que la evangelización de la población autóctona. Esto constituye un acto de caridad que los indios, inferiores a los españoles y, por tanto, susceptibles de sufrir la «guerra justa», sólo deben compensar accediendo a someterse a servidumbre. Son ideas que expresará en su obra *Democrates alter*⁸. Con Las Casas se alinean teólogos como fray Francisco de Vitoria, que crea a partir de esto el Derecho de gentes. La Conquista fue pronto reiniciada, con la supresión del Requerimiento y enfatizándose en los aspectos evangelizadores.

Capítulo 9

Los hombres de Macondo

Con el arribo a América del primer Welser en 1529 queda fundada la gobernación de Venezuela. Su concesión abarca desde Maracapana hasta La Vela. ¿Maracapana es la Vela de Coro? ¿Es Cumaná? Si fuese la Vela sería la región de Maracaibo lo asignado a

los Welser, si fuese Cumaná abarcaría toda la costa de Venezuela. Las marcas llegan hasta Santa Marta, en la actual Colombia. La cartografía de la época era adivinación. Los Welser exploran partiendo de La Vela de Coro, buscando oro que, de acuerdo a una teoría en boga en toda Europa, se «cría» mejor en la región cercana al ecuador del mundo. Pero también se interesan en canal, ya el primero de los gobernadores Welser, Ambrosio Alfinger, cuando hace una «entrada» en las densas selvas que están más allá de Coro, busca «el paso y la especiería» (También las perlas eran objeto de mucha gula). La especiería era la canela y otros vegetales de aroma que ya movieron la codicia de Colón porque eran carísimos en Europa, algo así como un dije de oro que podía ponerse a las comidas. Acerca de «el paso» ello se había convertido en una obsesión después que Balboa notició la existencia de un Mar Nuevo tras el istmo de Panamá. Carlos V incluyó el paso en el contrato Welser. El documento no dice qué grado de importancia le confiere el emperador a este asunto del paso ni si sufrió disgusto cuando los teólogos, tan activos, tan acatados, prohíben la apertura de un canal con base en una cita del Nuevo Testamento, acerca del matrimonio: «Lo que Dios, pues, ha unido, no lo desuna el hombre». [Mateo, XIX, 5-6].

No conocemos la profundidad del pensamiento geopolítico del hombre más poderoso del mundo en aquel momento, pero es lo cierto que su proyecto era perfeccionar su imperio, conquistar a Francia y con ello unir a Europa. ¿Pensaba, o pensaban sus ministros y cartógrafos en dominar también a Asia? ¿En navegar y conquistar y dominar hasta el Japón, entonces llamado Katay? Cristóbal Colón había pensado en todo eso al emprender su viaje y de éste venía la parte americana del imperio de Carlos. El caso es que en 1524 Carlos Quinto creó una comisión de ingenieros que estudiase el canal de Panamá. Cuando cuatrocientos años después Alemania reúna los principados que la forman y cree un imperio o

Reich, el segundo, bajo Guillermo II Habsburgo, comenzará una carrera obsesiva tras la posesión de un canal centroamericano. Es que ha devenido una potencia industrial y una potencia industrial sin un canal que la ponga en contacto con todo, pero todo el mundo, está castrada. Esto aparecerá en los capítulos dedicados a los años de Cipriano Castro, porque el bloqueo de 1902 y la Guerra de los mil días colombiana y la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial, son etapas, síntomas, ásperos intentos de Alemania por superar la castración y, después, unir a Europa. Estos intentos, con uno u otro protagonista internacional, público o secreto, propenderán a reaparecer en las primeras décadas del siglo XXI, tocando principalmente a Nicaragua. Hablamos del derrocamiento del presidente Manuel Zelaya porque, como se verá más adelante, Guatemala, Belice, El Salvador, Honduras y Costa Rica son micropaíses creados en función de impedir que se construya ese canal. Carlos V era alemán y alemana era la casa Welser. Él no unió a Europa pero hoy propende a estarlo.

El 3 de mayo de 1530 Alfinger regresó a Coro. De los 180 hombres que llevó, sólo le acompañan 70. Pero trae oro por valor de 7.000 pesos. El 9 de julio de 1531 salió de nuevo de Coro con destino a Maracaibo, que tal vez funda en ese momento. Cree que el extenso lago es la ansiada comunicación con el mar del Sur. Desde Maracaibo emprendió una nueva expedición que lo llevó a la Ciénaga Grande de Santa Marta, laguna costera, combinación de aguas del mar Caribe con aguas dulces que llegan por el río Aracataca, entre otros, un ecosistema de manglar que pintó Gabriel García Márquez fantaseada e hiperbólicamente, en *Cien años de Soledad*, en el capítulo donde los hombres de Macondo emprenden un viaje a través de la selva con el fin de llegar a la tierra donde se producían los grandes inventos. El sabor árabe que sueltamente tienen algunas escenas de la saga de Macondo, resuena con el atribuir el texto

de Medina Sidonia poblamiento musulmán a estas tierras. Acerca de la Ciénaga, acota:

«Muy significativo es el documento en el que unos pescadores que faenan entre las aguas del cabo Ciénaga, en la actual Colombia, se niegan a pagar impuestos al rey Felipe II alegando que son aguas que pertenecen a los moros y que ellos pagan impuestos al Cherife de Fez».

Alfínger retrocede, vuelve a Maracaibo. Torna a avanzar por la región de Valledupar y envía a Coro oro recogido por valor de 24.000 pesos. Derivando, estos jinetes llegaron al valle de Chinácota donde se vieron súbitamente rodeados de indios. Hiere a Alfínger en la garganta una flecha con veneno. El 2 de noviembre llegan a Coro los sobrevivientes de la expedición con nuevos 30.996 pesos de oro. Alfínger murió el 31 de mayo de 1533. Deja fundada la ciudad de Maracaibo.

Los nombres alemanes se suceden: Gerónimo Sailer, Hans Seisenhofer, Nicolás Federman. Todos derivan hacia el sur y el occidente en busca del reino donde basta estirar la mano para tomar el oro. Regresan barbudos, enloquecidos, con la marca del asesino. Nicolás Federman hace dos viajes, en el segundo también busca «el paso hacia el Pacífico». Y hay un camino para llegar a él, es un río, se lo aborda en un punto de la costa interior del lago de Maracaibo. El río se llama Sarare o Carare o Zulía, por él se atraviesan montañas. No se sabe si Federman remonta ese río, sí que cruza llanuras y Santa Marta y la región de pantanos y sube a una meseta que de tan grande que es no se ve. Allí sucederá la casi imposible coincidencia de los tres conquistadores comentada antes. Añadamos que uno de ellos, Jiménez de Quesada, ha sido rastreado por Germán Arciniegas como el modelo del Quijote, por la afinidad de su apellido por el Quijada del personaje de Cervantes, por el parecido de carácter y hazañas.

Dado que los tres se atribuyen la posesión y amenazan apelar a las armas, se van a ventilar su discrepancia en la corte de Madrid, pero queda fundada Santa Fe de Bogotá. También es fundada una discordia geopolítica que constituye el segundo tema de seguimiento de este libro. El futuro verá una oposición de pulsiones entre una, que asume a la actual Venezuela y al virreinato de Nueva Granada, la actual Colombia, como un solo país, que vendría reforzada por la concepción de Bogotá como la Meca, el centro, y el río Meta como emisión de esa Meca a cuyo extremo opuesto o desembocadura arribó Colón, calificando sintomáticamente a la tierra como El Paraíso terrenal, y otra que propende a separar a Venezuela y Bogotá. Álvarez de Toledo alude a esto así:

«Fracasado, Ordás repitió, entrando por el Huyapari, que es el Orinoco, pero salió a La Trinidad, por la boca de Cabo Verde, en las inmediaciones de una San Miguel, recién fundada. Regresó a Cumana, costeano Porto Santo y la “isla” de Cáliz».

Empeñado en su conquista, pasó a Coro. Preparada una segunda expedición, remontó el río Oppia, hasta salir al Meta. Navegando contra corriente, durante 14 días, dio en el monte donde estaba su nacimiento, entre yacimientos de un oro de 22 quilates.../...Ricos los naturales, pero hábiles en el manejo de la honda, el dardo y la hierba ponzoñosa, el reino de Meça, que alcanzaba el Amazonas, estuvo cerrado a los castellanos. Penetraron esporádicamente, encontrando o creyendo encontrar poblados, de mujeres guerreras que considerando superfluo al varón, no los admitían en su compañía. (Esta aparición de las amazonas las extiende a sitios donde nunca las ha colocado la historia, o extiende el «reino de Meça», de Cundinamarca al centro del actual Brasil).

La diferencia de lecturas entre la que asume a Venezuela y Colombia como un solo país, y otra que propende a separar a los dos países funcionará como un bajo continuo de la historia de las

dos naciones a través del tránsito de casas reales españolas, de la de Austria a la Borbón, y luego, con la Independencia, en forma de construcción de la Gran Colombia por Francisco de Miranda y Simón Bolívar, por Tomás Cipriano Mosquera y Cipriano Castro y Rafael Uribe Uribe y las respectivas fragmentaciones.

Si el narrado choque de fundadores de Santa Fe de Bogotá es su primer acorde, el segundo sonará unas décadas después con la forma de la gestión de Antonio de Berrío, heredero de Jiménez de Quesada.

Los Welser despertaban la envidia de los españoles y su odio, pero era trabajo perdido, pues en Madrid, Filipina Welser, hija de Bartolomé Welser, se matrimonió con el archiduque Fernando, hijo de Fernando I y sobrino de Carlos V, con lo cual creció más la influencia Welser en la Corte. Todo matrimonio genera un árbol genealógico, el que baja de Filipina y el archiduque Rodolfo cruzará la obscura tierra de los siglos, en busca de camino. Mientras tanto, Carlos V está avanzando su Sacro Imperio Romano Germánico, guerreando contra Francia, percibida por él como obstáculo enorme impuesto entre España y Alemania. Y la guerra se hace con dinero, con el oro y la plata peruanos y de América en general, además de «la explotación de la población castellana», según Ramón Carande⁹.

En esto se complica otra vez la religión. Carlos se arrodilla ante los cardenales, pero hay un sí que es no antivaticano en su proyecto. A Carlos V parece molestarle que los emperadores gibelinos ponían y quitaban papas de Roma pero él no puede hacer eso. Entonces se distrae. ¿Cuándo se distrae? Por ejemplo en el episodio llamado el Saco de Roma (1527). Una tropa de 35.000 soldados imperiales, 6.000 españoles, 14.000 Landsquenetes (alemanes y suizos) y algunos italianos asalta Roma. Terribles son las escenas del saqueo, con humillación al papa, asesinato de los hombres, violación de las mujeres, de las iglesias, conversión de los altares de las catedrales

en mesas de carne y vino. ¿Qué hace Carlos V? Llega tarde. Sus tropas ocupan Roma mes y medio después de iniciado el saqueo. Por pura casualidad, mientras el papa Clemente VII estaba escondido y en terror, se decretó el protestantismo en Inglaterra. En la Alemania natal de Carlos V también calientan las almas las muy críticas tesis de Lutero. Imposible acusar a Carlos V, defensor ínclito de la religión, al menos en vida, pero su hijo, el catoliquísimo Felipe II, hará quemar su osamenta por la Inquisición. ¡Suma injuria a un emperador cristiano! Aquello que pudo decretar Sepúlveda en un momento de rabia se comete... ¡y lo comete su hijo! Felipe también hizo quemar al doctor Cazalla, el secretario eterno de Carlos. Pero vivo, que duele más, y bajo acusación de haber usado su cargo para propulsar la conspiración protestante contra Dios. Ser protestante, en otras palabras. Secretario viene de 'secreto', Cazalla manejó el de Carlos V, que sólo de esa herejía pudo ser.

¿Qué tiene esto que ver con la lejana concesión de Maracapaná? En principio, nada. Los españoles están dispuestos a destruir la concesión Welser y lo consiguen. Carlos V anuló el contrato en 1546. Pero tal vez la anulación no es definitiva pues las correrías Welser continúan en Venezuela. A Felipe von Hutten, según Francisco Herrera Luque¹⁰, el mago Fausto en persona le había escrito una premonición según la cual moriría bajo la luna rosada, y así pasó. Al mismo tiempo el emperador cancela definitivamente la concesión Welser. ¿El emperador? Tal vez no ha sido él pues ya no manda, está recluso en el monasterio de Yuste y es un pobre viejo sin voluntad. Dos años antes ha aceptado la derrota de su sueño de crear una Europa unida y ha disuelto el imperio, repartiéndolo por mitades entre su hermano alemán y su hijo español, Felipe II. La renuncia a crear una Europa unida coincide totalmente con el fin del contrato Welser. ¿Casualidad? También el inicio del proyecto había coincidido con la firma del documento. El banco Welser guarda el contrato en una gaveta, es un negocio con futuro.

Aprovechamiento intensivo del espacio

Según la visión de la época, el simple ser humano no entiende estas altas cosas, por ejemplo el indio. Como una alternativa a los repartimientos, los misioneros creaban el Hato de la comunidad alrededor de una iglesia, y del ganado de donación por otras misiones o pueblos anteriormente formados. En tal hato existía el correspondiente pueblo de indios. Sólo en Venezuela, los misioneros fundan hasta trescientos pueblos de indios y en ellos enseñan la ganadería y la agricultura, la artesanía y la doctrina cristiana que sofoca y «desbrava» las religiones indígenas. No entraba ningún español, ni negro, ni mulato en tales pueblos de indios, sólo el misionero, que escogía de entre los indios, los capitanes, tenientes de justicia, alcaldes y alguaciles que a él rendían cuenta del ejercicio de la autoridad así delegada. Autoritarismo teocrático, en fin, ejercido con sentido paternalista marcaba aquella vida. Dios dotaba la autoridad, el indio era considerado como menor de edad, se le instruía en el trabajar, aprendían las artes de la lidia del ganado. El misionero es a su vez supervisado por sus superiores religiosos y por el Gobernador en visita. Otros indios sufren el genocidio a manos de españoles seculares.

Los esclavos negros viven peor. Su traída se arbitró para paliar la destrucción de indios. Se les secuestra en la costa africana y se les trae en barco en celdas, inmóviles por meses, para aprovechamiento intensivo del espacio. Algunos ya eran esclavos en África; a otros los capturaron los miembros de otras tribus de allá para venderlos a los blancos de los barcos negreros; otros son capturados por éstos. Darán vida a las grandes plantaciones sobre cuyo verde son puntos negros. La plata, el oro y la riqueza trabajada por ellos entra a España por Sevilla y pronto pasa a Francia, Inglaterra, Italia o Países Bajos, a cambio de las mercancías industriales o de política. España es rica, Francia e Inglaterra tienen que recurrir a la industria o al asalto.

Capítulo 10

República del Zulia y Gran Colombia, desde entonces

La isla de Margarita fue la primera *provincia* creada como tal en Venezuela. Carlos V la concedió el 18 de mayo de 1525. Decir Margarita es decir Cubagua, su isla vecina. Hostil, estéril y sin agua para el consumo humano, atraía a todos los conquistadores debido a las ostras, que producían las más preciosas perlas. Historias de codicia, sensualidad y terremoto se viven en Cubagua y serán sujeto de narraciones, por ejemplo, la novela de Enrique Bernardo Núñez, nombrada, precisamente, *Cubagua*. Pronto las mujeres de la corte de España decoran su coquetería con las perlas cubagüenses y también se adornan los hombres el atuendo a la vez adusto y barroco. Simonetta Vespucci, dama de Florencia, será pintada como *Venus saliendo de las aguas*, largos los cabellos rubios, desnuda y pudorosa, brotando de una ostra. Para 1539 los criaderos de perlas estaban secos y los millones de conchas sacadas por indios que duraban hasta dos minutos en inmersión y pronto tenían reventados los pulmones, forman arrecifes nuevos, batidos por el mar.

Respecto al occidente de la actual Venezuela, los viejos expedientes registran tan temprano como 1592 problemas geopolíticos en la región del lago de Maracaibo, mejor dicho entre la región del lago de Maracaibo y la región andina. Los motiva la fundación de un poblado en la angostura que comunica el dicho lago con el mar Caribe. Gibraltar es el nombre de la nueva población y es cabal porque la angostura cumple, respecto al gran saco que es el lago, función igual a la del estrecho de Gibraltar en el mar Mediterráneo. Con europeo sentido, el capitán Gonzalo de Piña Ludueña lo ha bautizado así. Ello sucedía por el mes de febrero de 1592. El problema venía de antes, generando escritos quejosos de los plantadores andinos contra el aduanamiento ejercido por la angostura,

hasta que el rey ordenó que se tenga a los productos de los valles montañosos como hechos en Maracaibo, lo que debió significar que se suprimieran los impuestos por salida al mar Caribe aplicados a éstos. Ignorando la gratuidad que esa legislación establece, se producía la extracción de los productos de las fértiles montañas del actual Trujillo por los ríos que bajan de Mérida al río Orinoco, vía que permitía evadir tanto el corto camino que pasa por Maracaibo como el largo del río Magdalena. La zona andina rompía intuitivamente con la dependencia de Nueva Granada. Los pleitos jurisdiccionales por la adscripción del Puerto de Gibraltar fueron interminables, pero un Maracaibo aduanador parece preponderar, pues en 1622 fue constituido en provincia por la corona (inicialmente con el nombre de La Grita) integrándole los territorios de Mérida, Táchira y Barinas. Gibraltar tuvo gran prosperidad, exportaba vegetales andinos, tabaco de Barinas y cacao suyo.

En 1676 resalen las diferencias entre región maracaibera y región andina. Estando Maracaibo ya desarrollada como puerto, apareció en plan de asalto un famoso pirata —enfamiliado por cierto con la casa real francesa—, Grammont de la Mothe. La flota hizo presencia el 9 de junio y se mantuvo saqueando las poblaciones a orillas del lago hasta el 9 de diciembre, cuando ascendió hasta Trujillo, que quemó. Al retirarse, el pirata deja encendida una dinámica. Las altas autoridades comprenden la urgencia de reforzar a Maracaibo en cuanto es la entrada de la ubérrima región andina. El primer gobernador será Jorge Madureira y hacia Maracaibo se desplaza la capitalidad, abandonando Mérida. Maracaibo ha adquirido por esta razón de dinámica militar, el rango de Capitanía General, desarrollará los hábitos y la importancia correspondientes a este estatus. Así vivirá cien años, exactamente hasta 1777, constituyendo en funcionalidad geoeconómica, una república del Zulia.

En esos días bajaba por el río Orinoco Antonio de Berrío. Afortunado, había hecho matrimonio nada menos que con la sobrina de Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Santa Fe de Bo-

gotá, «fembra honesta y de muy buen ver». Pero nada contenta a ciertos hombres, de modo que Berrío se llenó «la sesera» con las historias de El Dorado y decidió buscarlo, considerando que nadie era más dotado que él para mirar y poseer el país donde las casas eran de oro, pues en los documentos de herencia de su tío político figuraba El Dorado: constituía uno de los espacios discernidos al gran conquistador por su majestad agradecida. Antonio de Berrío emprende una primera bajada. Va con un grupo numeroso. Primero cruzó las sierras que están al este de Tunja y embarcándose en varios bajeles, navegó por el río Casanare, de éste pasó al Meta y finalmente descendiendo por el gran y ancho Orinoco en un viaje de meses. Está buscando El Dorado, pero en realidad está viviendo y cruzando y tácticamente definiendo, una enorme unidad política que se llama la Capitanía del Meta y más tarde se llamará Virreinato de Santa Fe de Nueva Granada y alguna vez Colombia y más tarde la Gran Colombia. Sí, la concesión de El Dorado se extiende, ya en esos tiempos vírgenes, hasta las bocas del Orinoco y cabe recordar que tiene por capital a Bogotá, situada en el extremo opuesto. Y su posesionario original fue el fundador de aquella ciudad.

Berrío fracasa en esa expedición y en otras dos de igual trayectoria. Lo que sí queda es el descubrimiento de los ríos Meta y Orinoco como uno sólo. Su tercero y cuarto viaje son ya de Estado. No es que se abstenga de mirar aquí y allá por si hay oro, pero trae soldados dádoles por el presidente de Nueva Granada, cuya decisión es unir a Paria y la isla de Trinidad con Bogotá anulando la vinculación directa que la dicha boca y la citada isla han desarrollado con Caracas, vinculación inaceptable para la Nueva Granada, causante de tensión si no riesgo de guerra entre Caracas y Bogotá porque implica tendencia separatista. Berrío viene autorizado para colonizar tanto Trinidad como Guayana, pero hay problema, el gobernador de la Nueva Andalucía en Cumaná se niega a hacer nada por él sosteniendo que Trinidad está dentro de su propia jurisdicción.

Berrío no se detiene por esto, funda una ciudad en la isla, San José de Oruña, que andando el tiempo se llamará Puerto España.

En toda la narración anterior ha sonado el nombre Orinoco, río Orinoco, como sonó a propósito de la descripción de su descubrimiento por Cristóbal Colón: «Cuán lejos de la costa sucedía aquel mezclar de aguas dulces y saladas, cuán mar adentro». La grandeza de aquel río permitía deducir la existencia de un continente capaz de parirlo. De isla pequeña no saldría agua de tal tamaño. El origen es simple: cuando unas montañas se enfriaron y contrajeron su masa separándose de las tierras llanas que están al norte, se abrió un socavón. Agua que baja de algunas montañas y que busca su camino encuentra el socavón y por él corre y llega al mar. Es así de simple, pura agua y ley de gravedad, pero los vaivenes, presiones y prodigios producidos alrededor de ese río, de su posesión y utilización, y que llenan muchas páginas de este libro, incitan a señalar desde ya que Venezuela es un don del río Orinoco. Porque no suceden cosas donde no hay cosas. Veamos.

Capítulo 11 Walter Raleigh

Felipe II tuvo interés en dominar a Inglaterra y en consecuencia el oro americano corre por las islas británicas, financiando un partido proespañol, vale decir, nobles, ministros y soldados, que señalan como línea de conducta ideal para Inglaterra la alianza con España. Ese partido está encabezado por la familia Estuardo, que ha dado reyes y dará muchos más. El partido español financia la conspiración para derrocar al partido antiespañol, el de la casa de Tudor, gobernante, que encabeza la reina Isabel. Proespañolismo y antiespañolismo tenían su lado programático y de hecho estaban creando el mundo moderno porque ser proespañol es ser católico, lo que significa papista, político obediente a las estrategias de Roma y

soldado preparado para defender eso y es someter a Inglaterra a las órdenes que salgan de don Felipe II Austria. Aquel que se adscribía a un partido, peleaba por sí mismo; se hacía rico si gobernaba dicho partido o iba a la ruina o la muerte si éste perdía.

Ser antiespañol es ser protestante, una religión entonces muy joven, que constituirá la base ética del capitalismo, cuyo Dios premia al que posee riqueza. Inglaterra está empezando un desarrollo que la convertirá en una potencia mundial, voraz. Cuarenta años después, un grupo ultraprotestante, subirá a un barco para ir a fundar los Estados Unidos. Siglo y medio después aquellos ingleses nuevos asumirán, mezclada con la independencia de los Estados Unidos, la misión protestante imperialista.

Walter Raleigh es un caballero adscrito al partido antiespañol y es amante de la reina virgen, en cuyo nombre denominará Virginia a unos territorios españoles que conquiste en Norteamérica. Londres hierve de aventureros ganosos de arrancar algo de las inmensas riquezas del rey de España y no es difícil para Raleigh armar una expedición, pues la victoria sobre la Armada Invencible ha abierto todos los apetitos. Invencible la llamó Felipe II y la concibió para tal, pero la Armada Tudor la demostró vencible. El poeta Quevedo atribuirá la derrota a una conspiración veneciana, conspiración de armadores que le cobraron a España para hacer barcos invencibles y suministraron a Inglaterra los secretos de las naves para facilitar su destrucción.

Historia con batalla de Salamina

El fondo de este desastre —y tal piensa mucha gente de valía de España y del mundo— es que Inglaterra es una colonia de Venecia. Es alto secreto. Lo piensa el poeta Quevedo y debe pensarlo Raleigh en tanto miembro del partido Tudor. Según este partido, el partido adverso, el Estuardo representa en Inglaterra los intereses de Venecia. Se disimula pero su verdad veneciana sale en los apellidos, el de lord Cecil, por ejemplo, es Sicilia, y así toda

la oligarquía Estuardo es veneciana. Pero en realidad es persa. La conspiración viene caminando desde hace dos milenios, desde los meses siguientes a la batalla de Salamina. Es así: Jerjes I, hijo de Darío I y Atosa, rey de la dinastía de los Aqueménidas, subió al trono de Persia a la muerte de su padre. Tras eliminar una rebelión en Egipto pasó tres años preparando una gran flota y un ejército que, decía, era para castigar a los griegos por ayudar a las ciudades jónicas en su victoria sobre su padre en Maratón. Pero en realidad buscaba algo más grande. ¿Qué buscaba Jerjes? Buscaba crear un Segundo imperio persa, una Persia segunda en la Europa que empezaba más allá de Grecia y concluía en las islas de la Britania, continente cubierto de bosques y niebla en ese tiempo. Necesitaba dominar primero a Grecia y para ello sus ingenieros construyeron un puente de barcas de más de seis leguas de longitud, el más largo hecho jamás. Cuando una tormenta lo destruyó lo hizo reconstruir más ancho, capaz de que por él avanzaran legiones de soldados, caballos, carretas con armas y generales adentro. Avanzaron, Jerjes supervisó el cruce de su ejército, que duró siete días y noches. El griego Heródoto cifra los guerreros en 2.641.000, o sea que el reino se movía completo sobre aquel puente. Según otros, más nuevos, aquel ejército ascendía a 360.000 hombres, apoyados por más de 700 naves. Era la primavera del 480 antes de Cristo. Ya en tierra griega, Jerjes marchó a través de Tracia, Tesalia y Lócrida pero en el paso de las Termópilas, Leónidas I y su ejército defendieron el lugar, retrasándolo diez días. Aún así, pasó, continuó hacia el Ática y quemó Atenas. Pero la abandonó porque le interesaba de Grecia primeramente el corazón, el Templo de Apolo, situado en Delfos, en la famosa pared suroccidental del monte Parnaso. Le interesaba el oráculo del dios Apolo, allí residente, que los griegos consideraban el *omfalos* o centro de la tierra. En Delfos hablaba la diosa de la tierra, Gaya. Centrados en la sacerdotisa principal, llamada Pitia, intoxicada por los gases que brotaban de la tierra,

los sacerdotes delficos convocaban las palabras de Apolo. Oía su oráculo tanto el hombre particular como el oficial.

El camino al templo estaba alineado con ricas casas, amonediación de las ofrendas de las ciudades griegas y por él pretendía caminar Jerjes con cuerpo de conquistador cuando un terremoto sacudió a Delfos, frenándolo. Fue atribuido a Apolo. En estado de susto estaba Jerjes cuando Temístocles, el almirante de los griegos, le envió un esclavo, diciendo que la flota ateniense, que él mandaba, estaba dispuesta a volverse contra los griegos y que los persas sólo tenían que atacar para construir la victoria. Jerjes atacó con su flota de 350 barcos y los griegos retrocedieron hacia la bahía, atrayendo tras ellos a los persas, que tenían en sus barcos su superioridad pero allí se vieron en la inmovilidad, embarazados por el pequeño tamaño de la bahía, sufriendo enseguida el ataque de los griegos cuerpo a cuerpo. La batalla fue el éxito de los griegos, que perdieron 40 barcos, mientras los persas perdían 200 y demasiados hombres. Como es costumbre, esa batalla tomó el nombre del punto donde sucedió, se llamó Salamina.

El poeta griego Esquilo, que militó en Salamina, representó en teatro ese día, a la madre de Jerjes en su corte, interpeándose angustiada sobre el resultado de la batalla lejana, y a Jerjes, tendido en su furia y dolor por la derrota y por ello casi muerto. Fue famosa la obra, que Esquilo tituló *Los Persas*. Pero al poeta le juzgaron por revelación de secretos del Templo de Apolo y muy por fortuna salvó la vida. Por tales secretos esa tragedia de teatro es sagrada.

Jerjes hizo azotar con cadenas al mar y se sumió en melancolía. Pero, como sucede siempre, un día salió de ella, y ese día tuvo su gran idea. Concibió una manera nueva de cumplir su conquista del continente de árboles y niebla. Nada de ejércitos, caballos y legiones. Sus generales viajarían solos, si acaso con algún o algunos sirvientes que cargaran las talegas donde iría el oro. Sí, oro lleva-

rían, porque no serían generales sino banqueros. Irían a los puntos de llave geográfica que marcaron sus sabios en el mapa de Europa. Había en ellos apenas aldeas de casuchas y lodo. Llegaría a ellas un extraño. Sería amado porque sería munífico. Tendría palacio o castillo y prestaría dinero, aprendiendo así en quién confiar y en quién no. Y haría poder, engordando a quien se le hiciera amigo, arruinando a quien le actuara en contra. Serían varios banqueros en varios puntos de Europa. Las ciudades irían naciendo, los persas se matrimoniarían con las mujeres ricas, irían creando oligarquías. En cada ciudad abrirían las puertas de una casa llamada banco.

Sabia era Persia. Y rica, y urbanizada. Mientras pensaba su invento, Jerjes inició construcciones en Persépolis, cruzándola de avenidas bien iluminadas. Su revés de Salamina era considerado en los campos el comienzo del declive de la dinastía aqueménida y él no se ocupaba en sacarlos de su error. Le preocupaba algo más importante, en Grecia la alianza contra él tomaba dureza. Era llamada Confederación de Delos. A Jerjes le llegaban las noticias. Eran más de doscientos estados en la liga o amphictionía, cada uno enviaba hombres y equipamiento. Griegos. Eran la puerta de Europa y sus enemigos. El oráculo de Delfos les decía la verdad y el futuro, y su lema «conócete a ti mismo» les daba centro y fuerza. Ese oráculo trabajaba con el viento, la tempestad que había hundido los barcos de Jerjes en Salamina había sido enviada por los sacerdotes. Ese de enviar tempestades era uno de los oficios de ellos y de él rentaban riqueza, porque aseguraban el viaje feliz de sus barcos a quien les pagaba. No los azotaría la tempestad. A quien se negaba a pagar se la enviaban, cuando no unos piratas que lo abordaran y apuñalaran. Tenían por industria el aseguro.

¿Qué hacer? Trabajar con oro. Jerjes compró el Templo de Apolo, el Oráculo de Delfos, los sacerdotes, los templos delegados de Sicilia, todo. Pero nadie lo supo. Para las gentes, el Templo

de Apolo siguió garantizando la unidad de las ciudades de Grecia y el feliz viaje de los mercantes o su desastre, arquitecturando y decidiendo las guerras contra Jerjes. Pero ahora Jerjes lo sabía todo y todo lo ordenaba, cuidadosamente, como ordena el bordador los hilos de su bordado.

Capítulo 12 El mercader de Venecia

Dominó así a Grecia, y en el norte de Italia creó a Venecia. Fue el enclave principal, el puerto, el punto de dominio y de irradiación. Fue labor de siglos, de veinte siglos, si se los contaba hasta los años de Walter Raleigh. Los Aqueménidas fueron condes, arzobispos, duces de la ciudad cuyos castillos rodea el agua, guerreros, cardenales, papas. Además de hacer su trabajo de ciudad, el oro se multiplicaba. Dieron entonces un nuevo paso, fundar una segunda Venecia. El sitio escogido fue las islas que habitaban los britanos. Nadie extraña a un sonriente viajero que llega a la playa con unas talegas y unos sirvientes, máxime cuando es de la raza de los que regalan. El trasiego fue el mismo, hombre y dinero, naturales, Iglesia, y al final el poder, condensado en una familia a la que se apellidó Estuardo. Y por supuesto, tanto en Venecia como en Londres funcionaba un pequeño Oráculo de Delfos oculto. Cuando hubo necesidad, sus primos de la república veneciana les hicieron a los Estuardo el servicio de información de secretos de la Invencible armada española y el de vientos. Frente a Gravelinas, tras la flota británica dispersar a las naves españolas, unos aires fuertes y sorprendivos impulsaron hacia el norte a los restos de la escuadra, que restó imposibilitada. Optó por un duro regreso rodeando las islas inglesas y nuevas tormentas, a la altura de Irlanda, aparecieron sobre ellos y remataron el desastre. Sólo la mitad de

las embarcaciones logró llegar al puerto de Santander. ¿Quién comandaba la Armada Invencible? Alonso Pérez de Guzmán, séptimo duque de Medina Sidonia, lo cual podía llevar el pensamiento por un pasado en el que los fenicios o sidonios eran súbditos del imperio persa. ¿Lo eran todavía en 1588? Desde el siglo VI antes de Cristo, Cartago impuso su dominación a las ciudades fenicias fundadas en Occidente ¿La impuso también a Sidón? ¿Podía ser persa el propio comandante de la armada derrotada por los persas? El desastre de la Invencible había quebrado la columna vertebral a España, el siglo siguiente sería de honda decadencia económica, pero Felipe Segundo no interrumpió su amistad con él, y las gentes que, en los campos y ciudades, escupían en dirección a su castillo, lo hacían desde muy lejos.

El discurso del poder veneciano o persa clandestino era el que creían los círculos en que militaba el caballero Walter Raleigh. Claro que algunas fracturas afloraban en él. La primera que, según el decir de ellos, fue la armada Tudor la que derrotó a la Invencible y si ello era verdad, venían los Tudor a ser los beneficiarios de la ayuda veneciana, a ser los verdaderos venecianos, al menos tan venecianos como los Estuardos. ¿Eran los Tudor venecianos sin saberlo? Sobre los prestamistas dados a la industria del seguro, beneficiados por tempestades que obligan a pagarles con creces escribirá Shakespeare *El Mercader de Venecia*. Justamente de Venecia es el mercader o prestamista pero Shakespeare no lo pone a cobrar en dineros sino en una libra de carne del hombre que no puede pagar. Es el liberalismo, la libertad de contratos llevada al extremo. Y entonces el abogado Shakespeare —porque el actor también es jurista de alto concepto— desarrolla una teoría legal confusa, quizá alocada, mezclada con magia y una historia de amor y máscaras, para anular la cláusula penal, y al final el mercader queda castigado. Tiempo después, en otra obra, que es su canto de cisne, el genial aventurero de la vida y del arte coloca como personaje a

un sabio que envía tempestades a sus enemigos. Es *La Tempestad*. Ya Jorge Luis Borges reparó en que a Shakespeare le interesan los temas ambientados en Italia: *Los dos hidalgos de Verona*; la Florencia de *Romeo y Julieta*; la Sicilia de *La Tempestad*; *El mercader de Venecia*, *Otelo*, *el moro de Venecia*.

Actuaban en Londres unos sectarios llamados puritanos, afines políticamente a los Tudor, que vestían de negro y daban gritos contra el pecado en las calles. Mueven la Biblia, también negra, en la mano ante la gente indiferente y pasajera, identifican a Jerjes como el Ahasuerus del Libro de Esther. Querían ser judíos, por lo que ponían a sus hijos nombres judíos, Daniel, Isaías, Isaac, aunque hubieran nacido en Northumberland. Un grupo radical de puritanos abandonaría pronto a Inglaterra a bordo de un barco llamado el *Mayflower*, para fundar en el norte de América una colonia que llamarían Nueva Amsterdam. ¿Por qué Nueva Amsterdam? Porque no queriendo ser de las islas británicas, podridas por el venecianismo, vivían, los principales, en aquella ciudad y porque la misma era judía. Estos puritanos leen y leen el Apocalipsis, están inficionados de las visiones tenidas por Juan en la isla de Patmos. El que fuera el más joven de los discípulos que caminaron con Cristo, vivió mucho; en la isla, ya muy viejo, recuperó al gigante de la historia que soñara Nabucodonosor, pero vio más que el rey asirio y más que el oniromántico Daniel, vio un número escrito en la frente del caminador, un 666, y lo calificó de número de hombre. En los cenáculos puritanos y en las iglesias de los papistas, en el palacio del Papa de Roma por igual se examina la profecía del Apocalipsis y se dice que el 666 está por venir, que ello sucederá el año de 1666, que faltan pocas décadas para ello. Será el Mesías en su segunda visitación y esperarlo se llama expectación mesiánica. Se discute si vendrá como Cristo o como Anticristo, la bestia. Esto se discute. Alguien dice que si viene como Anticristo será en la carne de un Estuardo, eso se dice y es posible. En ese caso deberá

traer los talegos. Lo que parece a otros cosa de jurar es que será judío. Los puritanos que desembarcan del *Mayflower* en la boca de un río que con el tiempo se llamará Hudson, viven la expectación mesiánica, saben que la venida del Mesías está articulada a la venida del Quinto imperio de felicidad judía, esperan que tal imperio nazca en la tierra incontaminada del norte de América.

Para el caballero Raleigh urge emprender nuevos actos de guerra contra don Felipe II porque éste ha ordenado el I Plan de Defensa de las Indias Occidentales, que puebla las costas de América de monumentales fortalezas abaluartadas. No ofenden pero defienden con fuerza sin par. La ofensa se mueve por otros caminos; lo que no pudieron las naves de la Invencible lo intentan cortesanos comprados con el oro español, y actúa cerca de la reina Isabel una señora que ostenta el título de santa. Produce apariciones de Cristo en el gabinete de la soberana y se dice que la ha convencido de convertirse al catolicismo secretamente y legar el trono a Carlos Estuardo. Carlos es hijo de María Estuardo, ejecutada por órdenes de Isabel. Devolviéndole el trono, el alma de Isabel comparecería ante el Padre divino aliviada del terrible crimen cometido contra su rival y contra la catolicidad. España está a punto de obtener con eso gravísima preponderancia en las islas británicas.

Capítulo 13 Nace la Guayana Británica

Inglaterra tenía la vista puesta en la América desde el Descubrimiento, cuando su rey protestó contra la bula de Alejandro Borgia, Papa, asignando el continente a los reyes de España. Desde entonces hubo tensión entre británicos e hispanos. Hacia finales del siglo de los 1500, la flota inglesa triunfa sobre una española jactanciosamente bautizada como Armada Invencible. La superior-

ridad inglesa en los mares queda establecida y será llevada a la plenitud en esos mismos años isabelinos. Se titulan así por Isabel, la reina virgen, y son también los de Shakespeare y los del corsario Walter Raleigh, dos de cuyas aventuras tienen por objetivo Venezuela.

Walter era hombre viril y exquisito, aparecía en los salones del castillo real de Londres deslumbrando con su armadura de plata. Poeta de altos vuelos, mago, poseía una cultura tan grande que escribió una historia del mundo. Se interesa en el río Orinoco y en una ciudad, mítica o real, llamada Manoa, que, según versiones que hacen furor en la Corte inglesa, habrían fundado en la región de Parima unos incas exiliados, huidos de guerras de sucesión del Perú. Raleigh llega, como Colón un siglo antes, a las bocas del Orinoco, ahí está Antonio de Berrío, buscador como él de El Dorado, fundador de una ciudad en la isla de Trinidad. Se escribirá que hubo un enfrentamiento entre españoles e ingleses que acaba con el saqueo de la población de San José de Oruña. Raleigh apresó al español y le interrogó acerca del Dorado y sus secretos, de nadie conocidos mejor que de él. Ni el uno ni el otro eran hombres ignorantes de modo que tal vez saben que en aquella pelea de pocos barcos y pocos hombres habita algo muy grande, nada menos que la estructura profunda de América del sur. De momento, buscando el oro, las naves de Raleigh penetran por el río Orinoco. Escribirá que vio el Dorado, tal vez no era cierto, pues altas caídas de agua, construidas con enormes piedras constituían pared insuperable para la navegación, máxime para los frágiles barcos en que iba subiendo. Es lógico que la corte de Huáscar haya traído algo o mucho del oro del Perú a la laguna Parima. Los indios dicen que creó una ciudad nueva, la llaman Manoa. En busca de la Parima y Manoa, los españoles se metían a las selvas del sur del gran río munidos de espada, cruz, armas de fuego, e indios que igual servían

para cargar el equipaje que para ser comidos a la brasa en caso de extrema cuita de la tropa.

Pero habiendo en las dichas Parima y Manoa mucho oro, hay en esta Suramérica otro oro más grande. Porque al fin y al cabo el del Dorado es un trasplante de rey en exilio. La base, el almácigo del oro y la plata, está en el Perú. Eso se sabe en España y se describe con envidia en la corte de Inglaterra. Lo sacan de una montaña que es toda oro los vascos, con los trucos de trabajo que han acrisolado en su tierra, en siglos de ejercicio de la ferrería con la que fabrican calderos, yelmos, espadas. Saben cavar, saben fundir, saben meter el metal líquido en los molde, sacar hermosuras. Está documentado y lo escribirá Humboldt, que Raleigh pensó en asaltar el Perú. En pensamiento remontó los más de tres mil kilómetros de río y selva que separan al Orinoco del Perú. El que busca Raleigh es un país casi tan largo como el continente suramericano, existe alrededor de la columna vertebral de altísimas montañas de los Andes, es parecido en su forma y un poco en su posición, al actual Chile, cubría todo el actual Perú y todo el país de los quixos o Ecuador y parte de la que fue Nueva Granada. Su largo sólo era superado por Rusia o la China.

Pero hay incertidumbre en el inglés, acaso no sea el Orinoco el río que conduzca al Dorado, tal vez haya uno más pequeño y confidencial. Debe encontrárselo, pero es esquivo. De tanto buscar y no encontrar el río, de tanto adjetivárselo de esquivo, la lengua enfática de los españoles ha terminado por llamarlo Esequibo. Raleigh piensa en el Esequibo y en eso coincide con los holandeses, obsesivos también en la búsqueda de dominio de aquel río que, además de llevar al Dorado, tal vez conduzca al Paraíso Terrenal pues en el mismo punto de costa suramericana lo colocó el Dante. Mucho alarma a los españoles toda presencia de herejes en el Paraíso pero los holandeses —es casi lo mismo que decir

judíos— han creado una colonia en los parajes donde debe estar el Esequibo, llamándola Nueva Holanda, y a la incipiente ciudad capital nombran naturalmente Nueva Amsterdam.

Había geopolítica en esta Nueva Holanda por ser vecina al río Orinoco. Y geopolítica es más que oro ya que es continentes completos, con su oro incluido. La Nueva Holanda repite en Suramérica el sitio que ocupa Holanda en Europa, como país puerta del río Rin, y estaba llamada a repetir su trabajo, pues la Holanda europea funcionaba —y funciona hoy— como la aduana de Europa del norte, de modo que todo producto que entra a Europa septentrional por el Rin o sale por éste tiene que pagar impuesto allí y destino igual de proficuo estaba guardado a la boca del Orinoco. Es que pensar en ríos es hablar de canales. En Europa se hablaba en aquel año de los 1600 iniciales, de la virtual unión canalizada del Rin y Danubio. Sería el desarrollo total de Holanda, dicho canal permitiría atravesar en barco Europa de norte a sur y de occidente a oriente, y al revés, por ríos que corren dentro de Alemania, Suiza, norte de Francia y Austria, hasta Turquía. Era un proyecto bosquejado desde los tiempos de Carlomagno, requería sólo unir los puntos de nacimiento de los dos ríos, que están bastante cercanos en Suiza, de donde bajan. En contra tenía la inexistencia de motores, a puro golpe de remos era difícil subir a las alturas suizas y esto obviamente tiene relación con que ese canal vendría a realizarse sólo al final del siglo XX.

Demasiado fácil era para los holandeses intuir los potenciales del Orinoco, era apenas utilizar la experiencia de cada día. Obvio igualmente les debió ser entrever un canal que lo uniera con el Amazonas, río ya conocido entonces, y con el Río de la Plata, que comenzaba a nombrarse. Ahora bien, la Nueva Holanda podía funcionar de varias maneras respecto a la navegación del Orinoco y del virtual canal, tal como funcionaba la vieja respecto al Rin.

Podía ser rentable permitiendo el paso de mercancías y gentes y cobrando por ello, pero también podía rentar impidiendo el paso. Son las dos mecánicas factibles de toda aduana, de todo Estado-tapón, para el caso. Podía ser un pivote de la unión canalera y política del continente o funcionar como ahorcamiento de evitación de unidad continental y desarrollo. En la cabeza de Walter Raleigh, a quien podemos imaginar mirando desde su nave el enorme río y el enorme paisaje, está naciendo una pulsión que marcará con tinta de vidas humanas a Suramérica. Se traducirá en el asentamiento británico en Guyana, que substituirá en doscientos años a la presencia holandesa. Se está nombrando también el fondo de los reclamos venezolanos y brasileros contra «la pérdida Albión». La función de la Guayana Británica será impedir la unidad de la América del Sur. Creará política secreta, traiciones de cancillería. Corporizando una política enfrentada al poder de los Estados Unidos, reforzó la estructuración del subcontinente en países separados.

Raleigh no subió al Perú ni llegó al Esequibo, tal vez tampoco vió al Dorado y regresa a su isla natal con las manos vacías. O no del todo. Enrique Bernardo Núñez ha descrito la muy teatral presentación que hizo Raleigh ante la reina Isabel¹¹:

«Ante ella desfilan caciques con brillantes plumajes, guerreros indios con ramos, flechas y escudos de oro y plata y portadores de aves de raros colores, piedras tersas de diferente color y guirnalda de flores, simbolizando todas las riquezas de Guayana. Se escuchaba una música invisible y deliciosa. Y avanzaba hacia él (el indio Topiawari) una mujer pálida como la estrella de la tarde, con una media luna en la cabeza, le tocaba con una vara en la frente. Tenía los ojos azules como las montañas lejanas. Y el río era él, Topiawari, y tenía sus mismos deseos y pensamientos».

También trae el aventurero la garganta llena de palabras, y la pluma, pues escribe su libro *The Discovery of the Large, Rich and Bewtiful*

Empyre of Guiana, pretendiendo entusiasmar la ambición británica.

El libro grita:

«¡Oro, hay mucho oro en la Guayana, tanto que los habitantes de aquella ciudad cubren a su Rey con polvo de oro soplado por delgadísimos tubos vegetales. Hay más oro que en el Perú. Vamos para allá!».

Probablemente lo que el libro postula es la posibilidad de alianza con los descendientes de Huáscar, que como rama de los incas eran poseedores de derechos de reclamo al trono inca y lógicos aliados de Inglaterra para un virtual ataque al Perú. Conquistar aquel Perú era privar a España de su caja de caudales y, de paso, matar al partido español. Es casi imposible que un político no haya pensado en esto último, pero lo que trascendió fue el mero anhelo de saqueo.

Capítulo 14 El Dorado en Otelo

La cosa pasa al teatro. Ahí reinaba Shakespeare. En realidad reinaban tres dramaturgos: Marlowe, algo anterior y el más centrado en el imperialismo —porque Shakespeare tiene temas de amor, de filosofía, tiene humorismo— y Ben Johnson, que ha llegado menos a nosotros, porque resulta como bufonesco para el paladar de hoy. Shakespeare toma las narraciones de Raleigh y las pone en boca de Otelo, protagonista de una de sus obras inmortales, de tema de amor, historia de un hombre ingenuo en el fondo, aunque sea un general, envenenado en sus pensamientos por Yago, intrigante que le cuenta historias falsas para llenarlo de celos, llevándolo a asesinar a Desdémona, amantísima esposa.

La obra empieza cuando Otelo está explicando cómo enamoró a Desdémona, responde acusaciones del padre de ésta de que la

embujó, de que usó pócimas y filtros para eso. Los espectadores del teatro *El Globo* de Londres escuchan a Otelio narrar su manera: «Yo narraba los recios golpes que marchitaron mi juventud». Entre esas aventuras de juventud está una donde vio al rey al que sus súbditos cubren de polvo de oro soplado por unos delgados tubos vegetales. También habla de los Iwapanomes, los hombres sin cabeza que tienen los ojos en el pecho, vecinos de las amazonas y del lago de Parima. Por voz de la geografía imprecisa, a la vez rey e Iwapanomes viven en Arabia.

El resultado es el enamoramiento de la dama. Shakespeare lo declara con su palabra sublime: «Ella me amó por lo que había sufrido, y yo la amé porque ella me compadeció». Tras esto se inicia la trama amorosa de la obra.

Antes de continuar hay que acotar que siempre se rumoró, y todavía se rumora en círculos eruditos ocupados en eso, que Walter Raleigh, poeta de altos vuelos, sería el autor de algunas de las obras de Shakespeare. También Francis Bacon y otros son señalados a partir de la abierta incongruencia existente entre la altísima erudición presente en varias obras shakespearianas y la persona de Shakespeare actor del teatro *El Globo*, hombre sobre todo de oficio.

Pero no hay teatro ni erudición que valga, el partido español neutraliza a Raleigh. Después es más derrotado, se le enjuicia y condena a muchos años de reclusión en la Torre de Londres.

En 1616 Raleigh es liberado dentro de una ola antiespañola. Es momentánea porque ya está mandando en Inglaterra el rey Estuardo, cabeza del partido pro español. Raleigh organiza una nueva invasión a la tierra del Orinoco, trata de convertir la ola favorable en maremoto. Imposible le resultó la conquista, los españoles han artillado a América con cañones poderosos y conventos a granel.

Regresa a Londres flaco, enfermo, habiendo perdido un hijo en Venezuela. No trae los oros con que iba a apasionar a la corte para

que declarara la guerra a España. Entonces juzgan al aventurero de la armadura de plata por violentar la paz firmada con aquella potencia. Ante los jueces, el aventurero habla de moral, enumera los crímenes de los españoles. No dice «derechos humanos», pero ésa es exactamente su prédica: los atropellos de los españoles contra los dueños originales de aquellas tierras justifican filosóficamente la intervención británica. Se debe «salvar» a aquellos aborígenes. Si de paso se conquista algún territorio y se hace uno que otro buen negocio ello no será sino premio de Dios, siempre amable con los buenos. Inútil es esta elocuencia, el partido español juzga a Raleigh, lo condena, y fragmenta su cuello con el hacha del verdugo. Pero lejos, en un punto situado al otro lado del inmenso océano Atlántico, queda sembrada una pulsión que estructurará la historia suramericana, la norteamericana y la británica hasta el siglo XXI y quizá más. El continente americano era jovencísimo, no existía ni el primer pilote de un puerto. La región del Delta del Orinoco, protagonista de todo, dotada de un potencial de ciudad puerto de importancia continental, será dentro de Venezuela una zona deprimida económicamente.

Protohistoria de la Independencia de América española:

Guerra de sucesión española

Recomendado a Luis XIV por el cardenal Mazarino, Jean-Baptiste Colbert fue economista genial, sirvió al rey Sol tanto en sus asuntos privados como en la administración del reino. Sus magníficas recetas industrialistas hicieron de Francia la potencia dominante en Europa. Este hecho positivo habría de crear, por la tal vez inevitable desviación funcional del poder, problemas en Europa y en el mundo que motivando respuestas y respuestas a las respuestas dentro de un gran oleaje, acarrearán causas propicias de la Independencia del continente americano, tanto del norte como del sur. Aclaremos, estas pugnas interimperiales no hicieron la Independencia, pero la propiciaron. Es que, aconsejado por su

potencia, Luis XIV se dio a crecer territorialmente y a estrechar a sus iguales, Austria, Inglaterra e Italia. También conquista enormes trozos de Norteamérica. «Se sobredimensionó», dicen algunos analistas y la sobredimensión trajo alarma.

En España todavía gobernaba la casa de Austria, la que formaran los reyes católicos en las décadas siguientes al Descubrimiento, pero ya mostraba achaques, en la real persona de Carlos II de Austria, el embrujado. Intelectual, enfermo y desafortunado es Carlos y pronto el rey Sol de Francia ve la oportunidad de meterse en España. Se la suministra el propio Carlos que, al no engendrar hijos en ninguno de sus dos matrimonios, quedó obligado a señalar un sucesor entre los príncipes con derecho. Uno es ellos el archiduque Carlos, un Austria apoyado por la reina Mariana de Neoburgo y el partido austríaco de España, otro lo es Felipe de Anjou, francés, nieto de Luis XIV y María Teresa de Austria. El siempre moribundo Carlos, aconsejado por el cardenal Portocarrero, decidió por Francia en la persona de Felipe V, el 3 de octubre de 1700. Está naciendo el Pacto de Familia, sistema de alianza de España y Francia que tendrá muchas expresiones irradiándose hasta la entrada de Napoleón Bonaparte en 1808 en Madrid que desató la Independencia de la América española.

Salvo el emperador Leopoldo, padre del príncipe pospuesto, las potencias europeas reconocieron a Felipe V como rey de España. Pero la avaricia rompió el saco. Inmediatamente Luis XIV ocupó los Países Bajos españoles, haciéndose nombrar rey de ellos por su nieto. Esto alarmó, se temió que el bloque de España y Francia rompería el «orden europeo», esto es, una división que impedía uniones de Austria con Francia, de Austria con España, de España con Francia. Inglaterra principalmente, organizaba este orden europeo y en ese interesado trabajo metía intrigas y las metería hasta la constitución de la Unión Europea de 1993. Ante la unión de España con Francia, declaraba su apoyo a las aspiraciones del

Austria. Pronto, el 15 de mayo de 1702, una Liga antiborbónica iniciaba la guerra de Sucesión española. Europa se dividió en dos bloques. Los dos partidos, con una excusa legitimista, buscaban sacar «raja» de España, de su futuro y posible desmembramiento, e inevitablemente, de América. La «raja» americana es el monopolio del comercio americano, ya manteniéndolo, los Borbones; ya abriéndolo, los ingleses. Hasta 1705, la guerra se desarrolló en el Rin, Flandes e Italia al tiempo que en Norte América. También hay una guerra dentro de España, azuzada por las respectivas Francia e Inglaterra.

En 1709 muere el emperador José, hermano del pretendiente Austria, y éste accede al vacante trono alemán, por lo que Inglaterra y sus potencias aliadas temieron que viniese de Alemania algo equivalente a lo que temían de los Borbones, o sea la reconstrucción de la situación que presidió el emperador Carlos V, un eje tremendo que rompiera el «sistema de equilibrio europeo». Por eso el 13 de septiembre de 1714 terminaba la Guerra de Sucesión Española, con la instauración triunfal de la casa Borbónica en el Palacio real de Madrid. De alguna manera, Inglaterra había mantenido el dividir para vencer. En ese mismo año un cambio sucedía en Londres. Accedía al trono británico, también por una situación de muerte de reyes y derechos de pretendiente, la casa de Hannover, dinastía de esa región alemana. Se han cambiado el mismo año las regencias de dos de los países que más van a influir en el destino mundial.

A diferencia de los ultraconservadores Austria, los Borbones traen a España el poderoso aire de la Ilustración. Apenas tres años después de ocupar el trono de la península, Felipe V Borbón forma el virreinato del Nuevo Reino de Granada. Dice la real cédula del 27 de mayo de 1717:

«...en la misma forma que lo son los del Perú y Nueva España...». Por territorio se le dan «...la provincia de Santa Fe, Nuevo Reino de Granada, las de Cartagena, Santa Marta, Maracaibo, Caracas, Antioquia, Guayana,

Popayán y las de San Francisco de Quito, con todo lo demás y términos que en ellas se comprenden...».

Se suprimía las Audiencias de Quito y Panamá, cuyo territorio se agregaba al virrey de Lima. Para sede del virrey se designó a la ciudad de Santa Fe de Bogotá, no obstante la pretensión de Cartagena, que la pedía como mejor situada para la defensa de las costas. Defensa contra Inglaterra.

Capítulo 15

La Compañía Guipuzcoana y la historia del carajo

Modernismo hay también en la creación de la Compañía Guipuzcoana, en su concepción y atribuciones se siente la influencia de las compañías francesas colbertianas. Sin abandonar la voraz extracción de metales de los primeros siglos, España se aboca a la explotación y la exportación agrícolas, actividades más estables. Por su precio, el cacao venezolano se coloca en el tercer lugar dentro de las cotizaciones, después del oro y de la plata y en la misma posición de la grana. Llegó a valer por encima de 80 pesos la fanega, y cuando la compañía Guipuzcoana hizo bajarlo a 45, esta suma equivalía al salario de un año de un peón. Por real cédula de 25 de septiembre de 1728 España otorga a la Compañía Guipuzcoana el privilegio del comercio recíproco entre España y la provincia de Venezuela. En 1728 dos naves de la Guipuzcoana condujeron a la Península 80.000 fanegas de cacao, compradas al precio de 10 pesos y vendidas a razón de 45 pesos, lo que arrojó un producto neto de 738.000 pesos. Tres años después de haber iniciado sus actividades, la compañía repartió un dividendo del veinte por ciento, una vez deducida la participación de la Corona en las utilidades.

Claro, no todos estaban contentos. El contrato de la Guipuzcoana provocaba perjuicios a los negocios de los cosecheros y mercaderes criollos. No era cosa para jugar. Los mercaderes y cosecheros habían dispuesto de un tercio de la capacidad de carga de las naves que salían de La Guaira, para cargar en ellas sus frutos. Cuando llegaron los primeros navíos de la Compañía intentaron hacer valer ese derecho. Fue inútil, los guipuzcoanos se negaron, apoyándose en la cédula real de constitución de la compañía. Poseían su flota mercante y no era para regalar o alquilar espacios. No satisfecha la compañía, intentó en 1738 apoderarse también del comercio con México, y ofreció pagar el cacao a 14 pesos la fanega en lugar de 11 a que la misma compañía la había descendido. Esa vez el marqués del Toro y el conde de San Javier llevaron el asunto ante el monarca, quien negó su aprobación al plan guipuzcoano. De veinte pesos la fanega en 1730, descendió a sólo ocho pesos en 1747. Hubo problemas, ruinas.

También actuaban en la colonia venezolana los jesuitas. Habían sido enemigos de Luis XIV, incitando inclusive su asesinato y otra forma de asesinato, asesinato de su condición real a través de un famoso pleito de destitución cuya verdad más profunda parece haber narrado mejor que nadie Alejandro Dumas en su novela *La máscara de hierro*. Porque es novelesca la trama, basada en la probable verdad de la existencia de dos hermanos de pasmoso parecido físico, uno de los cuales reina como Luis XIV, el Rey Sol, mientras el verdadero rey está recluido en prisión y enmascarado con el duro metal a fin de evitar formación de partidos alrededor de él y consecuentes guerras. La historia, traspasada de romanticismo y acción, sería distinta según otra versión: se remontaba a unos ciento ochenta años antes, cuando Felipe II España habría dispuesto, en ejercicio de su pacto absoluto con Dios, crear en unas islas menudas del archipiélago llamado Las Filipinas en honor a él, algo así como un segundo mundo político. Carajo se llaman las islas,

nombre que viene de Carey, tortugas. Las poblaban príncipes, hermanos y sobrinos de reyes de España, Austria, Portugal, Prusia, Italia y Francia, a los que Felipe II había hecho secuestrar recién nacidos o muy niños, para garantizar la ocupación de los tronos europeos por príncipes que le fueran afectos. Es un peñasco prisión y su entrada está camuflada con matas. Las naves no arribaban al Carajo directamente desde España sino desde otras islas, particularmente de una llamada Cebú, para preservar el secreto. La vigilancia armada impedía escapar a aquellos a los que se estiló decir que habían sido mandados al Carajo, palabra que era código que entendían Felipe y sus oficiales encargados del asunto. Cuando un rey de la superficie se hacía contrario o enemigo de Felipe era secuestrado y se le enviaba al Carajo, substituyéndoselo en el palacio por uno de allá traído. A este secreto habría tenido acceso Pedro Calderón de la Barca, el más sublime dramaturgo español, acaso porque se educó con los jesuitas, acaso porque, además de dramaturgo de la corte de Felipe IV, fue capellán de este rey y su confesor. En *La vida es sueño* se pregunta el personaje Segismundo

«Qué delito cometí
contra vosotros naciendo;
aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido».

Pareciera, si la leyenda es cierta, que el personaje ha sido extraído del presidio de oro, puesto a reinar y restituido a su prisión. Y Calderón se atreve a revelar disfrazadamente la anécdota:

«Hoy sueño que estoy aquí,
de estas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado,
más lisonjero me vi».

Sean o no verdaderas las historias de destitución al Rey Sol, los jesuitas ejercieron su ministerio en la Nueva Granada bajo el ojo de

aquel mal enemigo lejano, bajo el más cercano de su nieto reinante en Madrid, y bajo el más cercano aún del virrey.

Comunismo jesuita y odios antijesuitas

La actividad jesuita principal no está en Venezuela sino en las misiones que mantiene la orden en Paraguay, establecimientos que son comunistas. Han retomado la impronta que pudieron dejar los siglos de imperio incaico, los signos inconscientes que posibilitaron o crearon aquella experiencia de vida colectiva sin propiedad privada. Paraguay es sitio distante del Tahuantinsuyu peruano, pero no demasiado porque la región del Chaco, donde se ubican muchas de las «reducciones» jesuíticas, es conexas con el Alto Perú, la actual Bolivia. En todo caso, los jesuitas asumen explícitamente el comunismo inca como modelo. Si entre los incas el propietario de la tierra era el dios solar, el «Inti», los seguidores de Ignacio de Loyola predicaban un Cristo que juega ese mismo papel.

Contra todo eso se conspira en el palacio de Versalles. De uno de los despachos y no de otra parte debe haber salido la idea de una misión científica que la Academia de Ciencias de París propuso para determinar con verdad la forma de la Tierra y el grado terrestre sobre el Ecuador. Luis solicitó permiso a su nieto Felipe V para el viaje de dicha misión a la región de Quito. La presidiría un científico de alto vuelo, Charles de La Condamine, doctor de geodesia y naturalista. Felipe aceptó la misión pero consideró conveniente designar a dos oficiales españoles para participar en la expedición científica francesa. Los elegidos fueron los guardias marinas Jorge Juan y Santacilia y Antonio de Ulloa. Así, mientras La Condamine y todo el grupo hacían la medición y descubrían la quinina y el caucho¹², Jorge Juan y Antonio de Ulloa ejecutaban la misión que les estaba encomendada, de espionaje a los jesuitas. Su visión de honda antipatía por las misiones del Paraguay quedó plasmada en los

siguientes párrafos, tomados del prólogo de su informe, publicado un siglo después con el título *Noticias secretas de América*¹³:

«Tampoco había leyes civiles, porque entre estos indios era casi imperceptible el derecho de propiedad. Es verdad que a cada padre de familia se le adjudicaba una suerte de tierras, cuyo producto le correspondía en propiedad, pero no podía disponer de él a su albedrío, porque viviendo siempre como el pupilo bajo la férula del tutor, todo lo disponía el doctrinero o padre espiritual.../...Los terrenos se cultivaban en común, pero sus productos tenían una destinación limitada, ésta era el sustento de las viudas, huérfanos, enfermos, viejos, caciques, otros empleados en la administración y los artesanos ocupados en el beneficio del común. [...] La habitación, el traje, el alimento, los trabajos, el derecho a los empleos, todo era igual entre estos ciudadanos».

Para los encomenderos españoles y portugueses que estaban labrándose fortunas individuales con el trabajo esclavo de los indios, los jesuitas resultaban incómodos con su república teocrática y comunista¹⁴. La voz de Ulloa y Jorge Juan coincide con la de quienes quieren entrar a las misiones, capturar indios, recortarse haciendas de sitio tan rico.

Pero hay otras fuentes de problemas en la experiencia jesuita del Paraguay. Una es el poder, económico y militar que alcanzan. En un informe de 1730, las misiones integran 40.000 indios tributarios, y la población general es de 280.000 almas. Son cifras importantes, asustan a los reyes europeos y al papa, parecen substanciar sospechas de vocación mundial de la «Compañía de Jesús», que vienen de la época misma de su fundación, cuando se la percibió como una máscara de los templarios, una manera de éstos retornar disfrazados de católicos. Ante las resistencias papales a asignarles un instituto, los jesuitas dieron un paso al frente al proclamar que serían la milicia personal y directa del papa. Reciben el insti-

tuto y se instalan principalmente en el Nuevo Mundo porque han sido fundados con una vocación americana. Éste es un dato que cabe repetir: «con una vocación americana». La época de su fundación es la de muchas compañías seculares creadas para negocios en América. Conquistarán y colonizarán con patentes concedidas por el rey, que así no invierte y se garantiza la quinta parte de las ganancias, el Quinto real.

La felicidad económica de las misiones jesuitas del Paraguay generaba, como está señalado, envidias y ambiciones entre los plantadores de regiones vecinas. Intentaron asaltarlas. Ello sucedió en 1717 y luego en 1745 y en ambos casos las tropas del rey de España apoyaron a los jesuitas contra las ambiciones de los comuneros, como se llamaron, que fueron aplastados en la consiguiente guerra, condenándose a muerte a sus cabecillas. O sea que al principio los borbones no le tuvieron mala vista a estos curas, luego algo pasó. La figura del jesuita es la del intelectual superior, del hipócrita que coloridamente pintó Molière en la obra *Tartufo*. También son políticos maquiavélicos y sabios en geografía, geopolítica, magnos en sociología. Sirven a todos los reyes pero sólo sirven a su misión, que nadie sabe cuál es pero tiene un signo: el ser no-contemplativa. No buscan el reino de los cielos sino el de la tierra.

Capítulo 16 Proceso de fabricación de Venezuela

Al grupo que gobierna en España con los borbones se le llama «los ilustrados», también los «arbitristas», también los «regalistas». De ellos hay uno que protagonizará varias cosas en Venezuela, todas antijesuíticas. Es muy poco nombrado en las historias patrias, se llama José Iturriga y su proyecto será «laico y regalista». Como alto empleado de la Compañía Guipuzcoana, participó

en la defensa de La Guaira cuando en 1743 el almirante Charles Knowles la atacó con su flota. Igualmente se opusieron a Knowles Gabriel de Zuloaga, el gobernador, y el castellano de La Guaira Mateo Gual, pero Iturriaga en su informe al respecto atribuyó todo el mérito a la Compañía. Es que seguían las tensiones entre los potentados locales y la Compañía ilustrada y monopolista. En un *crescendo* de acusaciones de injusticia y atropellos silenciosos se llega a la revuelta encabezada por Juan Francisco de León. León desempeñaba el cargo de teniente de guerra en Panaquire, era un hacendado y el 2 de abril de 1749 reunió una multitud de más de 8.000 pobladores que armados desde el simple machete hasta el fusil marchó sobre Caracas en una rebelión que unía a todas las poblaciones de la zona de Barlovento. El 19 de abril este ejército irregular llegó a Chacao y el día 20 avanzó hasta la plaza principal de Caracas, donde se aposentó sin que las fuerzas locales quisieran o pudieran detenerlo. Después la masa se movió sobre La Guaira y habiendo el gobernador aparentemente aceptado las demandas de expulsar a la compañía Guipuzcoana, que era su exigencia, León dispersó su ejército y regresó a Panaquire.

La asamblea de la Compañía Guipuzcoana optó por mandar a Iturriaga a España para defenderla. Mucho se movió y gestionó el hombre en la corte. Buscaba desvirtuar los cargos que se le hacían a la Guipuzcoana desde antes de la rebelión de Juan Francisco de León y que ésta había vuelto escándalo. Los alegatos de Iturriaga pretenden probar el beneficio que la Compañía ha traído a la Corona y a la provincia. Era 1749.

¿Tenían mano los jesuitas en el levantamiento de Juan Francisco de León? En los días en que actúa en Madrid Iturriaga se preparaba la puñalada maestra contra los jesuitas, el Tratado de Madrid (firma en 1750). Por medio de dicho Tratado, el rey Fernando VI de España, entregaba el territorio paraguayo a Portugal a cambio de entrega por Portugal de la región y colonia de Sacramento. Era

la división de América del Sur, el Amazonas para Portugal, borbónico, y el Río de la Plata para España, borbónica. Los indios guaraníes serían extraídos de las humanas reducciones jesuíticas, deportados a otros lugares donde caerían en manos de los «bandeirantes», feroces capturadores de tierras y de indígenas que estaban extendiendo el terreno portugués hacia el este, hacia el norte y hacia el sur, con una actitud que recuerda la de los animales que en los incendios de bosques huyen transportando en su pelo la candela. Esos bandeirantes crearían el enorme Brasil.

Volvamos al norte de América del Sur., la Compañía Guipuzcoana no sólo continúa sus actividades sino que las ha intensificado. Y también continúa la rebelión campesina de Juan Francisco de León. Los rumores de fuegos en los campos corren por Caracas en voz baja. Las gentes bien abrigadas no detienen su ceremonioso caminar por calles y plazas para comentarlo, nadie puede probar que los potentados locales criollos e hispanos simpaticen con aquel caudillo o lo apoyen, máxime cuando que ahora participan en la directiva de la Compañía. Cierto, se les suben los colores en las discusiones de ésta porque continúan los asuntos, ventajas y abusos de aquellos guipuzcoanos apoyados, pero asisten puntualmente el domingo a la misa mantuana, mostrando un apego a la religión que es gemelo al debido a la autoridad del rey. Lejos, muy lejos deben estar de incurrir en desacatos que se pagan con ruina, prisiones e incluso castigo corporal. Tampoco los jesuitas aparecen involucrados en nada. Se les describe dedicados a la evangelización de los indígenas y al estudio y defensa de los grandes ríos, arterias de la tierra. Por otra parte, su estatuto les pautó una organización militar que supone obediencia ciega. Nadie en Venezuela tiene que ver con el alzamiento de Juan Francisco de León, pero el alzamiento continúa.

Los textos de historia no vincularán los problemas del Paraguay con el alzamiento de León, menos con la trayectoria de poder de la Compañía Guipuzcoana. Así lo señala Hermann González¹⁵:

«La mayor parte de las historias generales no vinculan a Venezuela y sus límites con lo que este tratado (el de Madrid, 1750) pretendió establecer, aunque con una rápida lectura se evidencie la significación que tuvo para todo el continente americano y su especial repercusión en la historia de las fronteras venezolanas. El tratado que comenzó a idearse como una respuesta localizada al conflicto hispano-portugués de la colonia de Sacramento en el Plata, se convirtió en un tratado general de límites para toda América, porque entraron en consideración las otras dos zonas conflictivas del Amazonas y del Orinoco».

El Tratado de Madrid pautaba en una instrucción complementaria que la línea divisoria entre las propiedades españolas y las lusitanas debía ser señalada sobre el terreno por Expediciones de límites y una expedición fue formada con marinos, militares, astrónomos, cartógrafos, tropa de escolta y personal de servicio para definir los límites entre Venezuela y Brasil. A este confeso propósito de trazado de línea se añadieron, como era costumbre, como se había hecho con la misión que midió la línea del Ecuador, otros no confesos ni geográficos, como la posible expulsión de holandeses; otros científicos como estudios de la canela, la quina y el cacao; otro económico y político: conocer el estado de las misiones y valorar las posibilidades productivas de la región. La Comisión gastó en prepararse tres años, inicia su exploración en 1763. Mientras tanto, el levantamiento de Juan Francisco de León había concluido.

Iturriaga regresa a Venezuela nombrado comisario de la Comisión de Límites. Entre las instrucciones que trae, una se refiere a la unión existente entre el río Orinoco y el río Negro. Especifica que, en acuerdo y conjuntamente con los delegados portugueses, se definan

«...de forma que se dejen cubiertos los establecimientos, que actualmente tengan los portugueses a las orillas

de este río y del Negro, como también la comunicación o canal de que se sirven estos dos ríos; y que no se dé lugar a que los españoles con ningún pretexto, ni interpretación puedan introducirse en ellos, ni en dicha comunicación; ni los portugueses remontar hacia el río Orinoco, ni extenderse hacia las provincias pobladas por España, ni en los despoblados, que le han de pertenecer».

La «comunicación o canal de que se sirven estos dos ríos» también llamado Caño Casiquiare, es el nudo en torno al que se habrán de definir las cosas. Aunque Alejandro Humboldt, que lo exploró a fondo, escribiría que caso igual hay en Italia, más pequeño en extensión pero el mismo, se ha considerado una rareza natural aquella vía que comunica dos hoyas hidrográficas. Por el Casiquiare se produce el fenómeno hidrológico denominado captura fluvial por la que el caño toma aguas del río Orinoco, llevándolas al río Negro, que pertenece a la cuenca del Amazonas. No faltarán quienes atribuyan la poco común vía a trabajo de extraterrestres aduciendo que la naturaleza no produce tales formas. Coincidentes en esta lógica «New Age» aparecen otras extrañas formaciones geológicas de la región, por ejemplo los Tepuyes, montañas a algunas de las cuales se les atribuye —los británicos no serán ajenos a una suerte de obsesión por ellos— albergar en su interior espacios donde quedaron capturadas por un cataclismo geológico, flora y fauna desaparecidas hace millones de años junto al aire, más cargado de hidrógeno u oxígeno, que les permitía vivir. La Danta abunda, asimismo escarabajos de 20 o 30 centímetros, tipo bachaco culón, bellísimos, con cubierta tornasol. En uno de los dos Tepuyes, dotado de entrada y salida, ulula el viento, suena dos tonos que los indios temen considerándolo la voz de Kanaima. De otro baja la caída de agua más alta del mundo, que los indios llaman Churún Merú y hoy se conoce como Salto Ángel. Y detrás de las montañas de dicho salto habría una suerte de pirámide igual a las de México,

construida en piedra blanca, translúcida, semitapada por las nubes y los árboles.

Décadas antes había habido tratamiento extraño jesuítico acerca del Casiquiare, pues el padre Gumilla negó que existiera en un libro que fue conocido en Europa, *El Orinoco ilustrado y defendido*. La supuesta no existencia del caño Casiquiare incidía en una polémica que oponía la adscripción de Venezuela a Nueva Granada a su separación de ese virreinato. Si el caño Casiquiare no existe ello significa que el río Orinoco es el mismo río Meta y nace en las cercanías de Bogotá, racionalizándose con base en esta unidad hídrica la unión política venezolano-neogranadina. Si, por el contrario, existe el caño, el Orinoco queda explicado como verdad aislada de Bogotá, venezolana, en todo caso brasileña. El padre Román, de la misma orden jesuita, corregirá las afirmaciones de Gumilla. Viajó por el río y constató la existencia del caño Casiquiare. Finalmente, había certificado el hecho La Condamine.

En la Misión de Límites vienen los marinos José Solano y Bote, Vicente Doz y Nicolás Guerrero, el botánico Pedro Loefling, que fuera asistente de Linneo, y los médicos Benito Paltor y Antonio Condal. Llegó a Cumaná en abril de 1754, dividiendo luego sus trabajos entre Trinidad y Guayana. Por las espesuras y los grandes ríos les tocaba avanzar hacia el lado portugués, pero fueron frenados por la Guerra Guaranítica que estallaba lejos, muy lejos, en el Paraguay pero concernía a la Misión en cuanto ser ésta un instrumento arbitrista, vale decir antijesuítico y ser jesuita aquella guerra en que la Compañía de Jesús se negaba a aceptar el Tratado y luchaba junto a los indios guaraníes contra soldados españoles y portugueses. ¿Qué había detrás del conflicto? Se asomó en la quiebra misteriosa de un economista en la isla de Martinica. Manejaba cifras enormes de dinero de los jesuitas y apareció muerto. Rumores espantosos corrieron sobre la misteriosa muerte, sucedida después de un negocio de compra de 5.000 esclavos negros y otros

bienes que parecían evaporados. Salió entonces el tema de un imperio diverso del español que estarían preparando los demasiado inteligentes ensotados. La homologación entre el «Inti» de los incas y Cristo recordó el caso de los Ritos chinos, escándalo que se objetivó en la constatación de que en las misas oficiadas por los jesuitas en aquel imperio oriental era imposible distinguir a Confucio del Cristo que caminó por la Calle de la amargura coronado de espinas. El «Inti» paraguayo quizá sea un nuevo Dios para un nuevo imperio. Los seguidores de Ignacio de Loyola estarían a punto de quitarse la máscara en América del Sur y recortarse un imperio. Y al mismo tiempo están conflictuados los extremos norte y sur de un canal de navegación intersuramericana cuya bisagra central es el caño Casiquiare y cuyas potencialidades hemos examinado a propósito de la presencia de Walter Raleigh y del reino de Holanda en la dicha boca norte, el Orinoco, 159 años antes. Tal vez sea casualidad, no son conocidos documentos al respecto, sólo habla aquí la cronología, pero cabe acotar que hablará en el futuro, abundante y más documentalmente.

Capítulo 17

Ilegalización de la Compañía de Jesús

Hay vaivén y maquiavelismo en las relaciones de Carlos III de España y la Compañía de Jesús. La combatió en la Guerra Guaranítica, tornó a reivindicarla en 1760 y finalmente los ilegaliza en 1767. Para ello dice tener averiguado que la Compañía organizó levantamientos contra su Corona en Paraguay, cosa conocida, y en Perú y la Nueva Granada, cosa sólo por él sabida. ¿Podía entenderse como tal el alzamiento de Juan Francisco de León contra la Compañía Guipuzcoana? Tal vez. Y por supuesto a la expulsión española no era ajena la mano del primo borbón Luis XV de Francia,

contra quien se enroscaban versiones emanadas de la orden jesuita —o realidades— que eran prolongaciones de la historia de la máscara de hierro. Al ser hijo del que pasó por Luis XIV siéndolo en realidad el hombre de la máscara, Luis XV resultaba también un impostor. A tal intento de desmoronamiento de su corona, el rey respondía con poderoso odio. En 1767 Carlos III decreta la ilegalización de la Orden con un documento donde figura, entre otras cosas, una alegación de que los jesuitas habían sostenido «relaciones traicioneras» con los británicos en las colonias. La gota que derramó el vaso de la paciencia real fue el robo de su propia mesa de noche de un libro escrito por el Obispo Palafox y Melcí que muy de su predilección era y que los jesuitas consideraban contentivo de calumnias contra la Orden. También se la expulsaba de Portugal.

Detalle pintoresco es que la decisión española, firmada por el conde de Aranda, fue copiada por niños, incapaces de entender el sentido de los documentos, para ocultarlo al omnipresente espionaje jesuítico. En días son apresados todos los miembros residentes en América, embarcados para España y enseguida para Italia, donde vivirán en régimen de libertad relativa. No contaban con la protección del papa Clemente XIV, franciscano, muy antijesuita, que los ilegaliza también, declarando fenecida la Compañía de Jesús.

¿Es masón borbónico el Papa? La masonería era la moda filosófica del poder en toda Europa. Primero estuvo la masonería británica, que se remonta quizá a 1300, centrada en los reyes y en la Gran Logia de Londres, y ahora existe la masonería borbónica. Varios ministros franceses son masones, entre ellos el famoso duque de Choiseul, y en la corte de Madrid lo son el conde Campomanes y el duque de Aranda. La guerra borbónico-británica es una guerra entre masonerías.

Imaginemos a los eclesiásticos subiendo en fila, maleta en mano cada uno, por la pasarela del barco que los conducirá al exilio. Si

la escena sucede en Venezuela, los vigila el gobernador militar de Guayana, Tomás Centurión, que ha heredado el cargo de su amigo y protector José de Iturriaga. En Italia conocerán a Francisco de Miranda, hijo del canario Sebastián de Miranda Ravelo y de la caraqueña Francisca Antonia Rodríguez de Espinoza, y nacido él mismo en Caracas. En los días de la expulsión, Miranda es un adolescente marcado por la humillación que los mantuanos hacen a su padre por ser éste comerciante, trabajo que, según ellos, lo inhabilitaba para desempeñar el cargo de capitán del Batallón de Milicias de Blancos de Caracas. Miranda Ravelo comerciaba en telas importadas de la metrópoli. Por tal condición los mantuanos le endilgan ser «indigno mulato vendedor de telas». Luce un poco absurdo dar el calificativo ‘mulato’ a alguien proveniente de las Islas Canarias, pero así hacen y logran que el gobernador José Solano y Bote le impida vestir el uniforme militar y utilizar el bastón de mando, correspondiente a Capitán de Compañía de Fusileros del Batallón de Blancos, grado que poseía en las milicias de Blancos Isleños de Caracas, en las que sirve hasta 1769.

Empeñoso y desde luego valorizador de la inclusión en la clase dominante —posee su tienda en forma, y muy próspera— don Sebastián logra en 1772 una carta de hidalguía de Carlos III, mediante informes de «limpieza de sangre», suya y de su esposa, pero nunca pudo mezclarse con la oligarquía local. En 1762 Miranda el hijo ha iniciado estudios de latinidad de menores y más tarde seguirá los de artes (bachillerato) en la Universidad de Caracas. Poco antes de cumplir 21 años se embarcará para España con mucho dinero, deseoso de servir en el ejército real y de abrirse campo en la vida.

El castigo de la vencedora Inglaterra

En la misma época aparece en Europa un caballero vestido con buen paño, llamado Benjamin Franklin. Circula en las cortes europeas de mediados del siglo XVIII, inteligente y masónico.

Se entrevista con ministros del Pacto de Familia, con monarcas borbones, con otros que no lo son. Pareciera el «non plus ultra» de los enemigos de la Gran Bretaña, objetivada en «la oligarquía veneciano-británica» en general, cosa lógica porque representa a los independentistas estadounidenses, que desempolvaban las ideas y prácticas de sus antecesores puritanos que huyeron de Inglaterra para fundar un mundo mejor. En la juventud Franklin organizó con un grupo de amigos un centro de debates al que denominaron *Junto*, que más tarde se convertiría en la Sociedad Filosófica de Estados Unidos. En septiembre de 1729 compró la *Pennsylvania Gazette*, semanario vulgar que convirtió en un periódico entretenido e informativo. En 1731 funda la primera biblioteca pública de Norteamérica. Mostraba eso su personalidad de granjero bienpensante, y más todavía cuando publica el *Almanaque del Buen Ricardo* en 1732 bajo el seudónimo de Richard Saunders, que se ganó rápidamente a un gran público por su saber práctico y sencillo. Hay un aire burgués en todo él.

Interesado en los misterios científicos y en los negocios, creó sistemas para controlar el exceso de humo de las chimeneas e inventó la «estufa de hierro Franklin», que producía más calor con menos combustible. Con sus experimentos sobre la electricidad adelantó la teoría de la botella de Leyden, lanzó hipótesis de que las tormentas son un fenómeno eléctrico y realizó su famoso experimento con una cometa para demostrarlo. Inventó el pararrayos. Desde allí se acerca a la política. Aparece en 1754 como delegado de Pennsylvania en el Congreso de Albany, que se celebró para debatir la actitud que se debía mantener ante la posible guerra francesa e india. Allí leyó su Plan Albany, que defendía la independencia local dentro del marco de la unión colonial británica. Eso fue palabras, jugarse con el santo pero todavía no con la limosna, pero cuando estalló la guerra, los propietarios de Pennsylvania Colony, descendientes del líder cuáquero William Penn, clamaron

lo que les decía Dios en oposición a toda guerra y se negaron a sufragar el conflicto. Franklin viajó entonces a Inglaterra para decir, en nombre de la Asamblea de Pennsylvania, esta verdad y solicitar al rey el derecho de los súbditos a recaudar impuestos por la propiedad de la tierra. Se quedó cinco años en Inglaterra como primer representante de las colonias estadounidenses sumisas al rey Hannover y ahí hizo amistad con el filósofo e historiador David Hume y el economista Adam Smith, postulador de la libertad económica absoluta.

Capítulo 18 Negoció con Charles Gravier

La mencionada guerra en Norteamérica dio a Inglaterra triunfos y poder ya mencionados pero duplicó la deuda pública. Alguien debía pagar y ese alguien debían ser los plantadores habitantes en el continente americano, defendido mediante la guerra. Se despertó la rabia de los colonos obligando a Benjamin Franklin a aplicar sus talentos en intentar disuadir del cobro al gobierno británico. En 1770 el gobierno británico retiró todos los impuestos a cobrar a Norteamérica excepto el del té. Pero la Compañía de las Indias Orientales avanzaba hacia la quiebra, la deuda crecía y el Parlamento concedió a esta empresa el monopolio de la venta del té a las colonias, estilo guipuzcoano. La venta, con fuertes impuestos y monopolio, redondearía las finanzas inglesas. También con ese impuesto sobre el té se sostenía el derecho del Parlamento a imponer tributos a las colonias. Pero las colonias no aceptaron la nueva Ley del Té. Así las cosas, arribaron tres buques británicos al puerto de Boston. Traían 342 cajas de té. Un grupo de bostonianos, instigados por Samuel Adams, muchos de ellos disfrazados de indios, abordaron los buques y lanzaron el té al agua. Cuando el gobierno

de Boston se negó a pagar el té, los británicos bloquearon el puerto. Había empezado la guerra de Independencia norteamericana.

Está encendido el puritanismo en el movimiento, laten en él ideas de Destino manifiesto y Quinto Imperio de felicidad judía. Otra cosa es la Democracia formal. Ya la hubo en el *Mayflower*. Preocupados de que algunos participantes pudieran partir a formar sus propias colonias, William Bradford y otros redactaron el pacto que los cohesionó en un organismo político, fue el mismo, no escrito —puritano— que los había subido al barco, y formó la base del gobierno de la colonia. En esta teocracia, sólo los elegidos podían votar y gobernar, aunque los privilegios de pertenecer a la Iglesia se hicieron extensivos a todas las personas bautizadas y ortodoxas. Si hubo asco y repudio por «lo británico» en aquellos Antecesores (todavía no se les llama *pilgrims*) ello revivía en la guerra de Independencia, o porque siempre vivió secretamente y conspiró o porque era sacado ahora como útil insumo ideológico.

Así, desde su mismísimo origen, los Estados Unidos tienen adentro la corriente que se llama *whig* y lee el origen y los objetivos de la Gran Bretaña en términos de la conspiración veneciana. La corriente whig enfrenta a otra, también independentista, que acepta o practica la lucha contra Inglaterra pero asume la inevitabilidad de una alianza futura de los dos países anglosajones. A veces con secreto, a veces con eventos públicos, estas dos corrientes marcarán de hostilidad o amor las relaciones de los futuros Estados Unidos con la isla inglesa, incidirán en la formulación del principal elemento de éstas, la Doctrina Monroe, y en consecuencia influirán a la América Latina. Pero eso viene después, de momento Benjamín Franklin está gestionando con España y con Francia, apoyos para la Independencia de los Estados Unidos. Es lógico el movimiento, es pro francés porque es adverso a Gran Bretaña.

¿Esta guerra de Independencia ha sido estimulada secretamente por Francia? Si el estímulo ha sido determinante o no, es algo a

indagar; que existió conspiración francesa es seguro. Ello está en la lógica de golpe y golpe que vivían Inglaterra y Francia. Ideologizando su odio a lo británico colonial, los franceses aúnan el deseo de imponer un mundo diverso del británico también en economía. Proponen una economía industrial, que anteponga el hombre industrial al manejador puro de dinero. Eso es un centro.

El apoyo francés se facilita, lógicamente, si se pertenece a una obediencia masónica borbónica. Benjamin Franklin pertenece. Su misión es urgente porque Inglaterra puede aplastar la acción independentista, reduciéndola a conato destinado a ser rareza turística y objeto de estudio especializado para historiadores. En España Franklin obtiene el apoyo del ministro Campomanes, el reino hispano invertirá en la Independencia norteamericana, y esto tiene un pago: los futuros Estados Unidos simpatizan con que se mantenga la posesión de América por España. Ideológicamente, esto se objetiva en el apoyo, por ejemplo, a la Compañía Guipuzcoana, vista como brillante ejecución económica colbertiana, aunque en realidad nació antes del famoso ministro francés.

En Francia, Franklin topa con la virulenta oposición del ministro de Finanzas Jacques Necker. Siendo extranjero —suizo, muy pro-británico— ostenta el cargo de Director general de finanzas de Francia. Es el enemigo y es poderoso, pero desde 1777, las victorias de las milicias norteamericanas en Saratoga y la lucha sostenida por George Washington en Germantown ayudan a convencer a Francia de que los estadounidenses tenían buenas posibilidades de ganar la guerra. El 6 de febrero de 1778 Franklin negoció con Charles Gravier, conde de Vergennes, los tratados de comercio y amistad con Francia que cambiarán el rumbo de la guerra. Sustanciosas concesiones y préstamos le otorga Luis XVI a los Estados Unidos en Independencia. Mientras tanto han sucedido cosas trascendentales en Venezuela.

NOTAS

1. *Diccionario enciclopédico de la masonería*, Editorial Kier, Buenos Aires, 1962. Voz Leyenda.
2. Dante Alighieri: *La Divina Comedia*, Editorial Bruguera, Barcelona, 1968. Véase su «Infierno», Canto XXVI.
3. Vladimir Acosta: *La humanidad prodigiosa*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, CA., Caracas, 1996.
4. Luisa Isabel Álvarez de Toledo, Duquesa de Medina Sidonia: *África versus América, la fuerza del paradigma*, www. webislam.com.
5. *Pleitos Colombinos*, Tomo II: *Pleito sobre el Darién (1512-1519)*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1983, pp. 158/Tomo III: *Probanzas del Almirante de las Indias (1512-1515)*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1984, pp. 458/Tomo IV: *Probanzas del Fiscal (1512-1515)*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1989, pp. 325.
6. Mario Sanoja e Iraida Vargas: *Antiguas Formaciones y Modos de Producción venezolanos*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1974.
7. Miguel de Estete: *Las noticias del Perú*, San Martín ed., Buenos Aires, 1994.
8. Véase su *Democrates alter* o *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, 1547. Hay edición del Fondo Cultura Económica de México, 1941, con advertencia de Marcelino Menéndez y Pelayo y un estudio por Manuel García- Pelayo.
9. Véase Ramón Carande: *Carlos V y sus banqueros*. Madrid, 1975.
10. Francisco Herrera Luque: *La luna de Fausto*, Pomaire, Caracas, 1983.
11. *El Universal*, 24 de abril, 1948.

12. Charles de La Condamine: *Relation abrégée d'un voyage fait dans l'Amérique méridionale* (Viaje a América Meridional por el río Amazonas, París, 1745).
13. Jorge Juan y Antonio de Ulloa: *Noticias secretas de América*, Ediciones Mar océano, Buenos Aires, 1953.
14. José del Rey: *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 1971. 2 vols./*Apuntes para una historia de la cartografía jesuítica en Venezuela*. Fundación John Boulton, Caracas, 1975./*Bio-bibliografía de los jesuitas en la Venezuela colonial*. Universidad Católica "Andrés Bello", Instituto de Investigaciones Históricas, Caracas, 1974./*Documentos jesuíticos relativos a la historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*. Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1966-1974, 3 vols.
15. Hermann González Oropeza y Manuel Donis: *Historia de las fronteras de Venezuela*. Lagoven, Caracas, 1989./Manuel Lucena Giraldo y Antonio E. de Pedro: *La frontera caribica: expedición de límites al Orinoco, 1754-1761*/Caracas, Lagoven, 1992. /*Laboratorio tropical: la expedición de límites al Orinoco, 1750-1767*. Monte Ávila, Caracas, 1993./*Pebr Loefling y la expedición al Orinoco, 1754-1761*. Real Jardín Botánico, Sociedad Estatal Quinto Centenario, Madrid, 1990.

II

1777-1812

MIRANDA, GUAL Y ESPAÑA,
PLAN DE NAPOLEÓN BONAPARTE
PARA REPARTIRSE CON ESTADOS UNIDOS
LA AMÉRICA ESPAÑOLA

La decisión más importante tomada sobre Venezuela – Miranda en los Estados Unidos – La América del conde de Aranda – La Revolución Francesa – Británica y altísima conspiración de Gual y España y de don Antonio Nariño – Rebelión en Maracaibo – El Acta de París – Juramentaciones masónicas – El eje secreto de la historia de América del sur – Plan de reparto de América española entre Napoleón y los Estados Unidos – Conocimiento de París – Miranda en Coro – ¿Por qué Napoleón invade España? – Venezuela se declara independiente – Continúa el plan secreto de James Monroe y Napoleón Bonaparte – La principalía de Caracas – Prisión de Miranda y fin de la Primera República.

Capítulo 1

La decisión más importante tomada sobre Venezuela

Varias decisiones administrativas había tomado España uniendo y desuniendo territorios en la región norte de América del Sur que hoy ocupan Colombia y Venezuela. Un día se une unas provincias, el otro se las separa. Pareciera no haber claridad en Madrid respecto a la manera de administrar las provincias o de defenderlas. En 1765 se subordina por real orden emitida en Madrid, Guayana al gobernador y capitán general de Venezuela, y el 4 de mayo de 1767, otra real orden comunica a Manuel Centurión, autoridad regional, que en lugar de la inmediata dependencia del virrey de Santa Fe, que hasta el momento cumplía, debía supeditarse al capitán general de Venezuela. Se está acreciendo a Venezuela a costa de Nueva Granada. Al año siguiente, 1768, se produce una decisión ambivalente, se fusionan las dos comandancias que formaban la Guayana, de manera tal que queden dependientes ambas del Virreinato de Santa Fe de Bogotá, pero supeditadas al gobernador de Caracas. En 1771 la región guayanesa regresó a la absoluta subordinación del virrey de Nueva Granada, pero en 1777 viene la decisión definitiva. Por la Real Cédula de 8 de septiembre de 1777, Carlos III Borbón separó las provincias de Cumaná, Guayana y Maracaibo del Nuevo Reino de Granada, agregándolas a la Capitanía General de Venezuela con capital en Caracas. Igual rige para las islas de Trinidad y Margarita. Queda estructurada Venezuela, como la conocemos hoy

Era como un castigo al Virreinato. El motivo argüido fue su incapacidad para defender del ataque portugués sucedido en 1776 a los seis o siete pueblos hispanos que existían en la cuenca del río Branco. Es verdad que llegaba mal el brazo de Bogotá a los límites de la Guayana y Brasil, pero menos de un mes después de la decisión sobre Venezuela, el 1° de octubre de 1777, firmarán portugueses y españoles el segundo Tratado de San Ildefonso, que marcó fin a las disputas de límites en las posesiones españolas y portuguesas de América del Sur. No eran pues esperables nuevos ataques portugueses, pero se mantuvo la situación defensiva acordada.

La decisión de separación de las futuras Venezuela y Colombia figurará en los anales como una más de las muchas que tomaba Carlos III; para los venezolanos y colombianos de hoy es parte de la bruma que llena el período colonial. Pero no es cualquier cosa. La Nueva Granada ha perdido o está en vías de perder el derecho a circular sus productos por el río Orinoco y por el lago de Maracaibo. El Orinoco es la principal salida para la agricultura, la cría y la industria neogranadinas en su extensa parte llamada Casanare, llanura atravesada por el Casanare y el Meta, que empalman con el Orinoco. El lago de Maracaibo por su parte resulta separado de las montañosas regiones conocidas hoy como Santander del Norte y del Sur y para la desértica península de La Goajira. Es época de fundación de tendencias y se inicia una tensión que por el lado colombiano es vivencia de una injusticia que llevará a aquel país a buscar extrañas alianzas, y por el lado venezolano es de alerta, de preocupación de que con la apertura de esas vías de navegación a Colombia, ésta absorberá a Venezuela. Está colocada una manzana de la discordia, abierta una caja de Pandora cuya acción tiene vocación de eterna, derrocará presidentes. Se crearán sistemas de intereses, de autoridad y dependencia que con los siglos se volverán duros como piedra y sostendrán la separación. Manzanas de la discordia semejantes serán puestas entre Costa Rica y Nicaragua,

entre Nueva Granada y Perú (con la zona de Ecuador), entre Perú y el Alto Perú, que a ratos será de Perú y a ratos de Río de la Plata (hoy Argentina) pariendo líos, guerras.

La oligarquía de Maracaibo, por su parte, vive la adscripción a Venezuela como sometimiento a Caracas, que hasta ese momento era su igual en estatus oficial y con realidad económica inferior. Parecido caso sucede en Guayana, aunque sin el componente económico...o con él, pues la Guayana alberga misiones, sobre todo de religiosos catalanes que, con ganadería, agricultura y artesanía —que comienza a mostrar procedimientos de industria— constituyen la empresa más potente de Venezuela, equivalente a lo que es hoy la industria petrolera¹. Esas misiones extraen por el río Orinoco sus productos hacia Cuba, los mercados europeos, en particular Holanda.

Miranda en los Estados Unidos

Francisco de Miranda estaba medido y espiado por la Inquisición española como masón con ideas independentistas. En 1780 fue destinado a La Habana, como capitán del Regimiento de Aragón al tiempo que edecán del capitán general de Cuba, Juan Manuel Cagigal. Francia y España están enviando tropas y oficiales a sumarse a las fuerzas que tratan de expulsar al inglés de Norteamérica. Miranda tiene ese destino, actúa como soldado español en la conquista de la colonia británica de Pensacola, en Florida, lo que le valió el ascenso a teniente coronel. Pero regresado a Cuba, debió escapar, acusado de facilitar información de las defensas habaneras a los británicos. El 1 de junio de 1783 se refugió en Estados Unidos, donde lucha nuevamente a favor de la Independencia norteamericana, pero ahora por propia voluntad. En esas acciones conoce a los «hermanos» masones Washington, Lafayette, Hamilton, lo cual no es poca cosa. Actúa, militar y masónicamente con estas personas de máximo nivel.

Es muy difícil que Miranda no adquiriera una cultura de alta política en los nacientes Estados Unidos, que no se impregne de las pugnas entre potencias, de concesiones, alianzas entre países e imperios. Cuando lance su plan de independencia de América española llamado «Colombeia» y conocido como «El Acta de París»², describirá, para ejemplificar el negocio con los británicos que propone, el pagaré que los independentistas estadounidenses le habían firmado a Francia y España a cambio de su apoyo a la independencia.

La América del conde de Aranda

La revolución triunfa en las trece colonias, Inglaterra se ve recordada de su apéndice más rico. Los ingleses responderán al golpe con dos acciones: una es estimular la Revolución francesa, otra, estimular la independencia de la América española. En ésta está pensando intensamente Miranda pero también lo hace el conde de Aranda, ministro de Carlos III Borbón. Aranda es el hombre que armó y ejecutó la ruptura del conato jesuita en Paraguay y América en general, que separó a Venezuela de la Nueva Granada y seguramente tuvo alta mano en el apoyo dado a los Estados Unidos. Aranda huele la venganza que vendrá de la «pérfida Albión» y para prevenirla escribe en 1783 el proyecto de organización de tres reinos españoles en América. Razona:

«Posesiones tan vastas y situadas tan lejos de la Metrópoli imposibilitan dar trato correcto a sus infortunados habitantes, que están expuestos a vejaciones y abusos (...) Esta combinación de circunstancias tendrá que producir el descontento inevitable entre los americanos, y habrá de impulsarlos a hacer esfuerzos para obtener su independencia, tan luego como se le presten ocasiones favorables».

Sí, eran posesiones muy vastas. España domina la América del Sur, la América Central y casi toda la Norteamérica. Inglaterra sólo posee la delgada franja costera del Atlántico. Aranda propone la

constitución de tres monarquías hispanas: México, Costa Firme y Perú. Príncipes hijos de Carlos se habrán de mudar a Lima, México y Caracas a constituir cortes poderosas y prósperas que eternicen el destino español del Nuevo Continente en una suerte de Pacto de Familia extendido y reforzado en sus nervaduras. Respecto a México lanza una premonición que resultará corroborada 65 años después. Los Estados Unidos, aunque comprometidos en agradecimiento con España y su soberano Carlos III, asaltarán alguna vez a México, buscando las ricas posesiones que allí hay. Aranda urge la instalación de las coronas sucursales y supeditadas a España para solucionar el tremebundo futuro. Cuando Napoleón Bonaparte ocupe España en 1808 desatando la Independencia de América española, se rumorará un proyecto secreto que la invasión habría frustrado, de subirse los reyes Carlos IV y Fernando VII a naves que los llevarían a América a instalar los reinos propuestos por Aranda.

Miranda ha adquirido la misión de la Independencia venezolana y suramericana, y para ello da un cambio de 180 grados en relación a Inglaterra. El que fuera oficial antibritánico en los campos de batalla estadounidenses se va a Londres y se hace amigo del primer ministro William Pitt. Tal vez también viró en lo masónico. Si buscaba apoyo inglés, le tocaba adscribirse a la masonería escocesa, vale decir británica, que, aunque venía de ser derrotada en Norteamérica, hacía la ley en Londres.

Miranda gestiona en Inglaterra la independencia de la América española, es respetado y agasajado por los lores más peraltados, es figurón de las gildas. Lo dota, además de su gran personalidad y además de sus contactos del nivel más alto, una suerte de delegación de poder que le han hecho los jesuitas exiliados. Miranda era una esperanza para ellos, los había visitado en Italia, encontrándolos furiosos, antiespañoles y conspiradores. La «Carta a los españoles americanos», de Pablo Vizcardo y Guzmán, alegato lúcido que le

entregan, lo ratifica en el rol de gran gestor de la separación de España de sus provincias americanas.

En 1790 Miranda entrega a Pitt unos mapas detallados del istmo panameño. Al solicitar explícitamente la ayuda, expone

«La posibilidad de formar sin mayor dificultad un canal de navegación en el Istmo de Panamá, que facilite el comercio de la China y el Mar del Sur con innumerables ventajas para Inglaterra, América...».

Ya en otros textos ha señalado la zona canalera como capital de los Estados Unidos de Sudamérica que propone y a la ciudad que estaría al lado de la vía la bautiza *Colón*. Había frecuentado el tema en sus estancias en La Habana y Jamaica como oficial hispano. Los mapas jesuitas integraban una colección de estudios detallados de toda la geografía y la geopolítica americanas que serán parte de su archivo, que titula *Colombeia*, como su proyecto continental, y que consta de 63 volúmenes con 14.740 páginas llenas de ideas de gobierno: fomento de la economía, librecambismo.

Los ingleses trataron de quedarse con los mapas. En esta década hacen con Miranda lo que harán siempre: le dan esperanzas, lo respetan, le dan dinero, le solicitan proyectos, pero terminan posponiéndolo. La venganza inglesa en América puede esperar. Y mientras llegue, la política de Inglaterra será publicitar su interés en los planes de Miranda para obtener concesiones de España. Así se evidencia en un caso que se llamó de Nootka Sound, donde se le dieron esperanzas al Precursor hasta que España cedió. Entonces le otorgan a Miranda ayudas pecuniarias, le dicen que debe esperar.

Cansado de engaños ingleses, el Precursor decide tocar otras puertas al tiempo que ver otros paisajes, otras culturas, cosa que va con su vocación —que combina con la política, tan urgente para él como ésta— de coleccionista de imágenes, de amigos, de ex-

periencias amorosas. Emprende su *Grand Tour*, lleno de castillos, duques, generales famosísimos, vaginas, prisiones visitadas.

Capítulo 2 La Revolución Francesa

La venganza británica contra Francia está pendiente. Y un caldo de cultivo la facilita porque tanto París como la campaña gala están crucificados de déficit, de hambre. El pueblo francés se escandaliza con el lujo epigonal de la corte de Luis XVI, lo adivina tras las rejas del palacio de Versalles. Luis XVI parece no notar el malestar social, es un rey racional, interesado en los progresos de la ciencia y en el dominio del mundo, para lo cual cuenta con los servicios del máximo genio diplomático nacido de mujer: Talleyrand.

También es indiferente a los asuntos mundanos, donde deja reinar a su mujer, María Antonieta de Habsburgo, delicada, frívola y deliciosa, amiga del teatro y dada a los amantes. Poco le interesa a Luis XVI esta princesa austríaca cuyo matrimonio con él fue estrictamente político, la entrada de Austria al Pacto de Familia. Eso sí era importante, el matrimonio de María Antonieta y Luis XVI creaba una unión entre Alemania y Francia intolerable para la isla inglesa, cuya línea de acción central respecto a Europa era mantenerla desunida. A través de intrigas, atentados o guerras formales, Inglaterra impedía desde hacía dos siglos la unión europea, que percibía como un peligro para su existencia en la medida en que el continente unido propendería a subsumirla políticamente en su seno, devorándola políticamente. La pérfida Albión continuaría la aplicación sistemática y repetida de esta política dos siglos más, hasta el, para entonces lejanísimo, año 2008. El matrimonio de Luis XVI y María Antonieta es, pues, un golpe borbónico maestro. Se trata de unir la casa borbónica con la casa de Austria, dejando a

Londres sola, aislada. Si la pérdida de Norteamérica la dañó, esto será el fin de su capacidad de hacer el mal.

Contrastando con tan grandes planes, Luis XVI parece no tener fuerza para eliminar la carcoma que consume su reino. Tal se deduce de que ha nombrado otra vez ministro del Tesoro a Jacques Necker, a quien había destituido bajo sospechas de ser agente inglés. Consecuente con esas sospechas, Necker fue adverso al apoyo a la Independencia norteamericana. El rey no aprobaba la confesión de su ministro, protestante. Además, el ministro se había ganado la enemistad de María Antonieta, a la cual había reprendido por los gastos exagerados en que incurría, acto que fue atribuido por sus enemigos a deseos del ministro de molestar la alianza con Austria, en aplicación de su sospechada condición de agente inglés. La corte y el estamento nobiliario no estaban dispuestos a aceptar su proyecto de reforma de la hacienda francesa, que los pechaba a ellos. Pero vino en agosto de 1788 la bancarrota y Luis XVI tuvo que recurrir de nuevo a Necker, nombrándole ministro de Estado. Sí, Luis no tenía el verdadero poder de Francia sino Necker, que al año siguiente, recomendó al rey que convocara a los Estados Generales, cuya última reunión databa de 1614. Luis XVI aceptó o acató la sugerencia del ministro, que en realidad es banquero suizo. Al tiempo, por órdenes de Necker, varios barcos llenos de trigo pasean por el Mediterráneo. Arriban a los puertos, zarpan otra vez, sin descargar, mientras crecen en tierra la hambruna y el odio al rey y la popularidad de Necker, que es visto como un hombre preocupado por el despilfarro de Luis, de María Antonieta (María Antonia, nombre verdadero) y de la corte.

Otras carcomas actúan contra el trono borbónico francés. Por ejemplo, un Alessandro conde de Cagliostro, trashumante, mago, huido de Rusia, donde dejó por huella el envenenamiento de un favorito de la zarina. Se dice que el teatral personaje, nacido en la pobreza, está pagado por el oro británico, sin que eso excluya que

lo jesuita actúe tras él. La corona está informada de que Cagliostro coincide en ciertos salones no inocentes con Robespierre, Fouquet Tanville y otros terribles masones con los cuales se ha juramentado. Adoran a la diosa razón en sus rituales, practican la masónica guerra al trono y al altar en una manera que recomienda el asesinato. El conde de Cagliostro, se dice, participa en la secta milenarista de los Iluminatis, logia de origen egipcio cuyo episodio más famoso fue un «convento» o convención en un castillo de Baviera³ bajo la dirección del «maestro» Adam Weissthaupt y en vinculación con el poeta Wolfgang Goethe, masón altograduado y director espiritual del conde de la localidad. Después de una semana de deliberaciones en las que dictaminaron como nefasta la alianza encarnada en el matrimonio de María Antonieta y Luis XVI, condenaron a éste a muerte y anunciaron una revolución para Francia. Asaltado el castillo por orden del Elector de Baviera, la policía creó un expediente el cual fue colocado en una vitrina en sitio visible y protegido de Maguncia, donde podía consultarlo quien lo deseara.

Tras un tiempo en que brilló en los salones de París, fascinando a las damas, el conde de Cagliostro debió huir de Francia por causa del escándalo del collar de la reina, que organizó inventando los amores de un cardenal Rohan y la reina María Antonieta. Vale la pena narrar brevemente el colorido *affaire*, que pinta la época.

Cagliostro había accedido a la privacidad de la soberana explotando su afición compulsiva por el juego de cartas, por medio del cual la privó de su herencia, que ella había invertido en acciones de los telares de Lyon. Luego convenció al cardenal Rohan, interesado intensamente en la señora, de que la reina le entregaría sus mejores delicias —a las físicas vendría añadido inevitablemente el roce del poder— si él adornaba su deseo con el regalo de un collar de diamantes, del cual se decía, para intentar ponderarlo «que corrompería a una reina». Cagliostro informó al cardenal que vendían el collar unos joyeros de París apellidados Bohem, y se ofreció para

comprarlo a fin de que no se viera al cardenal en esas actividades, «porque el hombre de Dios siempre está bajo las miradas». Los pagos se hicieron por partes, y en una ocasión en la que el cardenal consideró que ya había abonado bastante y exigió un encuentro con la soberana, Cagliostro lo organizó en un jardín de Versalles. La noche es cómplice de los amores pero también de las falsificaciones, de modo que una prostituta parecida a María Antonieta y retocada con todo esmero apareció entre los parterres, cubierto el rostro en fino velo, ante el cardenal. Pero, ¡desgracia!, se escucharon unos pasos y la supuesta soberana, dijo en voz dulcísima y urgente: «¡Viene alguien, huyamos!», lo que el cardenal obedeció a toda prisa.

Los pagos continuaron hasta que el conde Cagliostro desapareció de Francia. El cardenal se tragó la furia de haber sido estafado pero no los joyeros que, habiendo entregado al magista el collar tras el primer pago, creían la joya en poder de la reina y fueron ante ésta, en audiencia, para solicitar, con la natural delicadeza, la cancelación de la suma que faltaba. Grande fue el disgusto de la reina, grande el de Luis XVI, enterado por ella, mientras Cagliostro aparecía en Londres, bien protegido por el odio que mediaba entre las dos cortes. Había abandonado en París a su socia en todas las etapas del negocio, una joven aristócrata arruinada, familiar lejana de la casa real. Del collar no se sabía ni se volvió a saber jamás. Los Bohem perdieron, Rohan quedó humillado aunque en el fondo indemne, tal vez a causa de que factiblemente había tenido alguna alegría con la princesa durante el viaje de ésta desde Prusia a París como novia, o por causas más de Estado, pues antes del dicho viaje de acompañamiento, fue de los cortesanos que pactaron en la capital prusiana la unión que sumaba a Prusia al frente antibritánico que formaban España y Francia. El escándalo maculó la imagen de la reina y del trono francés en conjunto.

Algo tenía que ver por cierto el conde Cagliostro con historias venezolanas. Decíase que en Cádiz, mientras fundaba la masonería egipciaca, pues cumplía un viaje por España fundando logias, había entrado en la confianza del capitán Francisco Miranda⁴. Cagliostro, según decires, le insuflaba magia al capitán Francisco de Miranda para sus trabajos de destrucción del Imperio español y habíale puesto bajo la cama una piedra de meteoro que Miranda frotaba cada noche para hacer inmune su cuerpo y su casa de Londres a los atentados que le enviaba España. Cagliostro va a morir en las prisiones vaticanas, hecho que desatará lo que Américo Carnicelli califica de «guerra de venganza eterna de la masonería contra la Iglesia católica». Esa guerra va a tocar toda la historia mundial y obviamente toda la de América Latina hasta 1982, donde se solventa *coincidentalmente* con la guerra de las Malvinas.

Los ingleses financian a un príncipe que es primo de Luis XVI y se siente su igual menoscabado, Felipe de Orleans. A Orleans se le cognomenta de Felipe Igualdad, debido a su trato con los pobres, insólitamente cordial e igualitario. En los salones exquisitos e ilustrados de París ya se habla con cierto descaro de las bondades de una revolución, de su urgencia. Los dos partidos de ésta son estipendiados de los ingleses: igual los radicales jacobinos que los conservadores girondinos. Surgen radicales proyectos en los Estados Generales y ello provoca que Luis XVI destituya de nuevo a Necker el 11 de julio de 1789. Ya no podía, desencadenado el descontento popular, a los tres días se expresó en la toma de La Bastilla, primer episodio de la Revolución Francesa. La clase burguesa o preburguesa también participa, avizorando el poder y la fortuna que tendrá en un mundo sin nobleza ni reyes. Miranda estaba en Rusia, gestionando la independencia de América, se va a Londres y poco después su coche corre en dirección a París donde las calles están llenas de los trágicos y delirantes cuadros de la Revolución más trascendental y vocinglera de la historia.

El venezolano es acogido en los altos círculos girondinos y en la amistad del duque Felipe Igualdad de Orleans. Lo adorna el ser veterano de la Independencia norteamericana, también, seguramente, cartas de recomendación inglesas, y obvia y principalmente el representar un complot sobre América española, el mayor negocio del mundo. Con estas credenciales, además de ser un erudito militar, Miranda recibe un comando nacional de la revolución, que se dispone a jugarse la vida contra Austria y Prusia, comprometidas a defender la corona de Luis XVI Capeto por su matrimonio con María Antonieta. Si vemos que antes había participado en la Independencia de los Estados Unidos, y que es padre precursor de la Independencia hispanoamericana, no se le podrá negar al hijo del «mulato» de Caracas un cosmopolitismo revolucionario único en aquella encrucijada de siglos.

Miranda triunfa en la batalla de Valmy contra el ejército tenido por el mejor del mundo. Pero la victoria tal vez ha sido más política que militar. Parece haber sido un cañoneo con poca riña. Se ha dicho que tal vez los austríacos no tenían interés en ganar sino en devolverse pronto a su país, a vigilar de cerca a Polonia que, si ellos se demorasen en Francia —se «empantanaran», diríamos hoy— podría ser invadida por Rusia, cuya emperatriz Catalina, la grande, hace el papel de reina en este ajedrez y está muy alerta a las oportunidades que la revolución en Francia le abre. Ello es perfectamente lógico. Wolfgang Goethe venía en la retaguardia austríaca y, además de descubrir en aquellos días el pan francés —«blanco, el mejor del mundo»—, escribió sobre estos episodios un libro: *Campaña en Francia*. Dirá a los soldados que participaron en la batalla: «Hoy se ha hecho historia y ustedes han estado presentes». Tal vez se refiere al continente democrático que tuvo la acción bélica, porque el ejército francés fue popular, improvisado, sólo movilizado por la emoción revolucionaria, mientras que el austríaco era el mejor armado y más disciplinado de Europa. ¿El autor de Fausto

piensa al hablar así, en estos componentes sociales o en otros más lejanos? La batalla de Valmy movilizará la ejecución de Luis XVI, tal como estaba previsto en el Convento de Wilhelmsbad, según el abate Barruel, lo cual cambiará a Europa.

Y tal vez América. A continuación, Miranda recibe de la Francia revolucionaria una oferta que pretende interpretar y complacer sus diligencias: ir al frente de una fuerza francesa que desembarcará en Haití. Pero se trata de dominar una rebelión de esclavos y el rol de soldado imperial francés no es aquello para lo que él que ha empleado tanta vida y corrido tantos peligros. Se niega. Acepta, sí, enseguida, actuar al frente de un gran ejército enviado por Francia a Holanda. Pero decir Holanda es decir otra vez América y enfáticamente decir Orinoco y clave hidrográfica de unión de Suramérica. Como se demostrará en tiempos de Napoleón Bonaparte, en el interés de Francia en controlar Holanda, no sólo estaba el valiosísimo río Escalda, objeto de eterna pelea entre Francia e Inglaterra a causa de su potencia como aduana de la región alemana del Ruhr, también Francia visaba las propiedades guayanesas de Holanda. El venezolano va dentro de un ejército grande que comandaba en apariencias el príncipe de Orleans y en la práctica un general Dumoriez con Francisco de Miranda. El asunto se frustró porque Dumoriez y Orleans plantearon, una vez en Holanda, avanzar con su ejército sobre Francia y aplastar la Revolución francesa —«renverser», dice el respectivo expediente tribunalicio— instalando un nuevo régimen monárquico con Orleans como rey. Dumoriez invitó al venezolano a participar en el golpe de Estado y éste se habría negado, según la versión oficial, que resulta corroborada porque Miranda, en vez de huir, como lo hizo Dumoriez, regresó a París y voluntariamente se entregó al tribunal revolucionario. No pasaba día sin decretarse una pena de muerte en tales tribunales, y una que rodó por este escándalo fue la del príncipe de Orleans, pero el argumento mirandino confunde al acusador público más

terrible de Francia, Fouquet Tanville, quien al final retira la acusación y corre a abrazar al venezolano. Sin embargo, la facción más intransigente del Club de los jacobinos no le perdona y prolonga su prisión hasta el 16 de enero de 1795, o sea 26 de Nivoso en el calendario de la Revolución Francesa. Tras salir de “la Conserjería”, Miranda sigue en París, conspira al tiempo que es galán de las más nocturnas averías.

Capítulo 3

Británica y altísima conspiración de Gual y España y de don Antonio Nariño

Podía parecer un mínimo lunar en el gran cuerpo del Imperio español el Castillo prisión del Puerto de La Guaira, sito en la capitania general de Venezuela. Y que cuatro presos depositados en él se escaparan, una mínima mancha. Y el que hubiesen gozado de auxilio de sus carceleros no era dato a leer. Así pudo verse la conjura de Gual y España desde la mesa de trabajo de don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, valido del rey de España y macho de la reina, porque era buenmozo. Pero el lunar tenía abajo una gangrena y Godoy motivos para sentirla y ponerse en alarma porque los cuatro prisioneros escapados en La Guaira habían intentado previamente el asesinato del rey. Sí, Juan Bautista Picornell, Manuel Cortés Campomanes, Sebastián Andrés y José Lax, habían tenido en sus pensamientos regicidas a don Carlos IV de Borbón, a su real esposa María Luisa de Parma y al propio Godoy. Pensaron cometer su crimen durante el paseo real. Aquel conato fue conocido como «La conspiración de los cerrillos de San Blas» porque se cometería el 3 de febrero de 1796, día de San Blas. Hubieran debido sus majestades y don Godoy despedirse de la vida si un oportuno hombre del común no hubiese noticiado a las autoridades de los intentos

de seducción que sufría para que participase en ese acto. Hubiera tenido que despedirse España de su política, que con París la aliaba y unía, y habría quedado sometida al dominio británico, aunque dijeran los encartados en el tribunal que se proponían colocar en el poder los principios de los franceses. Los principios quizá serían franceses, pero sus fines hubieron ser británicos, porque con los británicos estaba España en guerra y matar reyes es achaque de guerra. Descomunal era pues el negocio en que andaban los cuatro atentadores, cambiar a España y cambiar a Francia. Hubiese salido mejorada Inglaterra y trastocada Europa. Y por supuesto, cambiada la propiedad de las Indias. El fondo de esto era un gran misterio. Imposible suponer que siendo teórico de la educación el uno, miembro del cuerpo de cadetes reales otro y los otros dos de anónima camada, fueran toda la conspiración. Se columbró en el conde de Montijo la mano tras la cosa, pero otra más alta debió haber, a buen seguro. ¿Hubo una firmadora de papeles en el palacio real de Londres? A nadie pequeño cabía matar rey.

En otra época, la gente que contra reyes atentaba era rota con tenazas calientes en plazas, delante de multitudes, a las que debía, según la ordenanza, alcanzar el olor de la carne quemada. Pero el embajador de Francia defendió a Picornell y sus amigos y, avanzando en el laxismo —y en consideración a que el Directorio francés se debía aún a algunas doctrinas jacobinas que había impuesto la revolución, y considerando igualmente que es el aliado de España por el Tratado de San Ildefonso—, se les dio condena de horca y conmutación de la pena por exilio y prisión perpetua, que deberían llevar en castillos y fortalezas desparramados en provincias diversas del imperio, con sistema que les impidiera volver a verse jamás el uno al otro, ni el cielo, y que les diera a sentir mediante la distancia que separa a una fortaleza sita en las Filipinas de otra de Portobelo en Panamá y de una tercera que está en Cartagena y una cuarta en La Guaira de Venezuela, la infinita extensión y ma-

ravilla del orden político de Dios que habían intentado descabezar. Salieron los cuatro de Cádiz en cadenas y bajo vergüenza pero por pura casualidad, una vez que la nave que los traía llegó a La Guaira, un barco de guerra inglés se paró ante ese puerto. Que no fue casualidad explicaría en su comunicación el Capitán General de Venezuela,⁵ sino que la guerra infestaba aquellos mares.

«Se retuvo a los tres por la impropiedad y falta de ocasiones para trasladarlos a Cartagena, cuya navegación por ser tiempo de guerra y estar las costas inundadas de corsarios enemigos, se halla interrumpida. A este tiempo se dejaron ver las dos fragatas de guerra inglesas al mando del comodoro Hug-Pigot, que tuvieron bloqueado el puerto de La Guaira. Fue necesario esperar que quedase libre para poderlos conducir».

Tiempo de guerra, sí, y particularmente intensa en aquella costa de Tierra Firme pues asaltaba la isla de Trinidad una escuadra inglesa a las órdenes del Almirante Harvey, abundante por 9 naves de guerra, 3 corbetas, 3 bergantines y una bombardera, con 6 regimientos británicos, 2 alemanes, un cuerpo de infantería ligera de mulatos y una división de artillería. Solamente dos naves españolas vigilaban en Puerto España, parte de la pequeña flota del almirante Ruiz de Apocada, que allí recalaba en busca de salud para sus hombres. El gobernador Chacón contó la superioridad numérica de los ingleses (o traicionó, según V.S. Naipaul⁶, por percibir a los ingleses como amigos en comparación con los revolucionarios franceses, que menudeaban en aquellos mares) y ordenó la retirada. España perdió a Trinidad y la fecha es el 17 de febrero de 1797. Y quedaba cambiada para siempre la historia de Venezuela.

Informa el Capitán general de Venezuela⁷ que la toma de Trinidad nació del dictamen que el Cónsul inglés en Cádiz Mr. Uff o Gouff,

«...dió a la Corte de Londres sobre la importancia de la conquista de la isla de Trinidad para abrir su puerto a todas las embarcaciones del tráfico de los Dominios Españoles y consternar a este gobierno con las consecuencias de ese comercio cifradas en la insubordinación de aquellos vasallos y aún de los de gran parte de las dos Américas.../...Cuyo dictamen fue adoptado inmediatamente y apoyado por el Ministro inglés (Henry) Dundas».

Añade el Capitán general que el gobernador británico, apellidado Picton, venía a bordo de las naves y tenía instrucciones del mismo Dundas de infartar el poder español en América, empezando por la Capitanía General de Venezuela y el Nuevo Reino de Granada, para desde ahí ampliar a «gran parte de las dos Américas».

Horacio Cabrera Sifontes, personaje centrado toda su vida en los problemas de la Guayana Esequiba y vinculado a un intento de asesinato del presidente Rómulo Betancourt —y no hay que excluir una vinculación entre temática guyanesa y atentado— escribe en su libro *La verdad sobre nuestra Guayana Esequiba*, respecto al episodio de la toma británica de Trinidad⁷, lo siguiente:

«Las Bocas del Orinoco fueron consideradas los “Dardanelos de Guayana.../...Pues por ella podía entrarse y seguir el río Meta hasta el corazón de Colombia, se podía bajar por el Casiquiare al Amazonas y controlar tanto al Perú como al Brasil...” Constituía “el Orinoco la vía más estratégica e inexpugnable para el dominio de la América del Sur”».

Derivadamente de la toma de Trinidad, es invadido el Esequibo por Inglaterra, en una ocupación informal. La causa concreta fue la captura en 1795 de Holanda por los ejércitos de la Francia revolucionaria, (en movimiento que repitió el realizado años antes con participación de Francisco de Miranda). Inglaterra ha reaccionado

en la Holanda de América del sur, despojando de ella a España, aliada de Francia y, supuestamente, a Holanda.

No se cumplía para nada el terrible castigo puesto por la corona española a los conspiradores de San Blas. Por el contrario, los hombres que habían ofendido de manera gravísima a Su Majestad española estaban vivos, juntos, bien atendidos y libres de cadenas en sus celdas, con todo lo cual estaba mostrándose el poder inglés, porque era imposible atribuir a la casualidad la similitud de componentes del acto de Madrid y el de Trinidad, y de los que empezaban en La Guaira. Inglés era todo aquello, como inglesa era la conspiración de don Antonio Nariño, que se movía al mismo tiempo en Santa Fe de Bogotá.

Picornell, Lax y Campomanes, porque Andrés llegó loco, recibían en su celda del Castillo a caballeros de viso de la colonia. Arriesgaban tales caballeros el mal visto del Capitán General y arriesgaban penas graves los carceleros que, diligentes, los introducían, pero a tanto se atrevían, por amor a la Libertad, o por creencia en que los ingleses muy pronto dominarían la Tierra Firme y les pondrían premio.

Manuel Gual, militar retirado y capitán, fue de los frequentadores de la celda de Picornell. Era guaireño y en la primera reunión de visita fue nombrado comandante militar del movimiento y Presidente de la República por declarar. Fue él quien dibujó la bandera que habría de arroparlos y él elaboró el plan militar y político, que nombraron plan general. Jefe también era José María España, que poseía el tenientazgo de justicia de Macuto. Eran ambos hombres instruidos y conocedores del francés. Otros de la conspiración son blancos criollos, como el cabo Agustín Serrano, otros peninsulares, como el sargento veterano José Rusiñol, y otros pardos y morenos como el artillero José Narciso del Valle. La esposa de José María España, Joaquina Sánchez, estaba al corriente de todo, alentaba

a los conspiradores y tenía su charpa de pistolas como el mejor soldado, sus pantalones y su cinturón con un sable y una chapa de cobre en que estaban las palabras de «Viva la libertad» grabadas por hundimiento. La noticia de los éxitos de los republicanos franceses en las islas eran recibidas por ellos con alegría, porque una cosa era el Directorio de Francia, gobierno de elegantes, reaccionario contra la revolución francesa y amigo del Borbón de España, y otra los republicanos que todavía «infectaban» a París. Abundaban estos republicanos en el castillo-cárcel de La Guaira, como prisioneros. El Capitán general adjetiva de «desconsiderada» aquella abundancia y recrimina con ello a España.

Dábanse los presos a repetir el cuento de que yendo un día el rey con la reina en su coche por Madrid, vio el soberano a Godoy cruzar una esquina en su coche, provisto bien de lujos y le comentó a ella: «Ahí va Godoy, qué bien viste. Dicen que está de amante de una vieja desdentada que le pone todo. ¿Sabe su merced algo de eso?» A lo que habría respondido doña María Luisa de Parma: «Nada sé, mi señor». Pero bien sabía la modosa, como que era la vieja desdentada mantenedora. Así se alegraban y reían presos y visitantes, con verdad ciertamente porque en la época de dicho cruce en Madrid era Godoy el amante y la pamesana le daba el resiste.

Profanar el temor y el respeto era trabajo de los presos, profanar a Godoy su respeto de valido, que pone ministros y los retira. Provisto de pluma, tintero y papel, Picornell redactaba los manifiestos y las instrucciones de la conspiración, combinando su experiencia de conventículos revolucionarios de Madrid con las informaciones producidas por la tierra. Se proponían llevar la revolución a otras provincias indianas, se llamaban entre ellos «hermanos» y éste era el santo y seña para reconocerse al entrar a las celdas. Crearon una escarapela cuatricolor blanco, azul, amarillo y rojo en representación de las cuatro razas, blancos, pardos, indios y negros. El estribillo de la Canción Americana que compusieron decía:

«...Viva tan solo el Pueblo
el Pueblo Soberano.
Mueran los opresores,
mueran sus partidarios...».

Picornell sostenía la indispensabilidad de un gobierno independiente, de que en la colonia todos fuesen iguales y se pudiera comerciar con todas las naciones. Todas las naciones es un decir, Inglaterra y su sistema era el punto.

En abril, mayo y junio de 1797 hubo reuniones de conjurados en casa de España, en la de un Ronán, en la de un Mendiri, lo que dice que los presos salían, y el 4 de junio se fugan los tres. Después de haberse apoderado de La Guaira y Caracas, enviarían comisionados a las capitales de la Capitanía General y a otras poblaciones, con una copia de las Ordenanzas que emitían y una circular dirigida a las primeras autoridades, con órdenes y amenazas.

Capítulo 4 Informó al gobernador Picton que Venezuela estaba preparada

El 26 de junio, Picornell y Cortés Campomanes pasaron a Curazao en una nave de pescadores. Además del viaje, que costó 300 pesos, llevaban 570 pesos recogidos entre los amigos del movimiento. Avanzan a la isla de Guadalupe, que estaba en poder del revolucionario francés Víctor Hugues y de ésta a la ciudad de Santo Domingo, también dominada por los franceses, donde Picornell hizo imprimir numerosísimos ejemplares de la *Canción americana*, ocho mil, al parecer, y más de dos mil del folleto titulado *Derechos del hombre y del ciudadano*, traducido por Antonio Nariño, con varias máximas republicanas y un discurso preliminar dirigido a los americanos, añadidos por Picornell. Puso al folleto un pie de imprenta

apócrifo «Madrid, en la imprenta de la Verdad, 1797». Se dedicó a mover su introducción clandestina a Tierra Firme. En julio Manuel Gual pasa a Martinica

«...donde informó al gobernador británico (Picton) que Venezuela estaba preparada para la revolución y le solicitó ayuda militar⁸. El gobernador estimó que Gual respondía exactamente al tipo de hombre que había estado buscando.../... Tanto Manuel Gual como José María España fueron a Puerto España, enviados.../... Su revolución no significaba la revolución simple, la oportunidad para una acción militar que Picton hubiese imaginado. Los cuatro colores del estandarte revolucionario también simbolizaban los cuatro objetos de la revolución: igualdad, libertad, propiedad, seguridad, y esos cuatro términos tenían un específico: igualdad para los mulatos, libertad para los negros, propiedad para los comerciantes y seguridad para todos.../... Por el momento había fracasado, los venezolanos (habla de las autoridades españolas en Venezuela) habían declarado una amnistía y los tres informantes mulatos habían sido premiados con una medalla de oro...».

El 11 de julio, mientras su barbero pardo Juan José Chirinos, que era también oficial de Milicias de Pardos, le afeitaba, el comerciante Manuel Montesinos Rico, acaudalado y español, trató de ganarlo, insinuándole que facilitara a los conjurados el acceso a la armería del cuartel el día 16 de julio, día de la Virgen del Carmen. Chirinos habló el punto con el capellán de su batallón y éste con uno de los párrocos de la catedral, y así, a través de otros sotanudos y de seglares, la noticia subió a oídos del gobernador y capitán general Pedro Carbonell ya avanzada la tarde del día 13. La persecución empezó inmediatamente, tanto en La Guaira como en la capital. Se formaron papeles de sospechosos. El artillero José Narciso del Valle, puesto en confesión, listó a más de un centenar de personas que él creía complicadas en el movimiento. Los mantuanos de

Caracas se ofrecieron al capitán general, formando dos compañías del Cuerpo de Nobles y se dieron a vigilar la cárcel pública donde se hallaban los presos que iban llegando; en una comunicación reiteraron su lealtad a Carlos IV. Informa Naipaul que

«...para Picton esto significaba una revolución. Tenía cabecillas dispuestos a obedecer sus órdenes. Picton escribió a Londres que «la revolución moral» había tomado gran vida en el continente y que no sólo era posible subvertir el gobierno en Caracas, sino también «sacudir el imperio español íntegro». Las tropas que había congregado el Capitán General en Angostura para descender a Trinidad, fueron obligadas a dedicarse a otra cosa».

Juntos unas veces y separados otras, Gual, España y Picornell saltaban por las islas eludiendo la persecución y a los agentes y espías, y los reclamos oficiales, pues las metrópolis eran aliadas de España o neutrales. Pasquines pegados de las paredes repetían que por la captura de Gual o de España se ofrecían 500 pesos y en caso de presentar resistencia la cantidad subía en 10.000 pesos por Gual, que era militar y en 5.000 pesos por España. Se encontraron en las casas papeles escondidos declarando que el movimiento era hijo de «la razón, de la justicia y de la virtud», que la esclavitud quedaba abolida y que los cuatro fundamentos de los derechos del hombre eran «igualdad, libertad, propiedad y seguridad». También se halló un manifiesto dirigido a los «habitantes libres de la América española», donde se les excitaba a la rebelión, y los textos de la Canción americana y de la Carmañola americana.

«Picton ordenó una incursión a través del golfo, una segunda resultó infructuosa; veinte hombres perdieron la vida.../...Martinica envió refuerzos a Trinidad, y el jefe Picton recomendó una «vigilancia muy severa».

Entre los papeles de Manuel Gual⁹ había sido hallado uno en verso y en cifra que rezaba:

«En Santa Fe se cree ya todo listo,
en España no se duda
y los anuncios provistos
no dejan la menor duda».

Capítulo 5

Las “satisfacciones” de Antonio Nariño

«En Santa Fe se cree ya todo listo» habla una extensión del golpe, tal vez la definitiva, porque el virreinato que tenía a Santa Fe de Bogotá por capital quedaba baldado por el sentamiento inglés en Trinidad, baldada toda su navegación y ruta comercial y militar por los llanos, baldado el río Meta, que cerca de Bogotá nace y saca por el Orinoco los productos de todo su oriente. En Bogotá venía de estallar la enorme conspiración don Antonio Nariño. Era Nariño personaje de la godarria virreynal, ilustrada en libros, abierta en clubes discretos pero no secretos donde se integraban intelectuales como Francisco Antonio Zea, los Azuolas, Joaquín Camacho, Francisco José Caldas y el propio Nariño. Presidía su salón de sesiones el retrato de Benjamín Franklin. Decir Benjamín Franklin era decir un amigo de España, gestor de dineros para la Independencia de los Estados Unidos, pero también nombrar la colonia que se había rebelado e independizado de su madre patria. Era nombre abominación de Inglaterra pero los papeles, cronología y declaraciones del propio Nariño, harán una de la conjura bogotana y la de Gual, Picornell, etc., donde la Gran Bretaña tenía la mano metida de tan ancho modo. Ya Nariño estaba preso.

En contrapunto con los escritos del Capitán general de Venezuela sobre Gual y España, llegan al escritorio de Godoy largos escritos del Virrey de Nueva Granada noticiando las prisiones que se ponen a Nariño, las preguntas que se le dirigen. Si el 19 de Julio 1797

escribe el Capitán general de Caracas sobre Picornell, Lax, Gual y España, el mismo 19 de agosto se fecha en Bogotá una larga concatenación de las «satisfacciones» de Nariño al interrogatorio y el mismo 19 de agosto el Virrey de Santa Fe noticia al virrey del Perú los decires de Nariño, sugeridores de brotes de la misma revolución preparados para aflorar en Lima.

Nariño había traducido tres años antes del francés *Los derechos del hombre*, suceso por el cual fue condenado a diez años de cárcel, confiscación de bienes y extrañamiento perpetuo de su tierra. En 1796 se fugó de la prisión de Cádiz y llegó a Inglaterra. De allí a Francia, donde pidió auxilios para la emancipación de aquel virreinato y la de toda América¹⁰.

«Regresó escondido y le fue puesta prisión. Respondiendo preguntas y bajo intimación, explica la larga peregrinación que lo llevó por París, donde conoció a un Americano muy notable que no recuerda el nombre y le habló de la libertad de América.../...y de allí pasó a Londres en donde según expone dejó concertado el plan de sublevar este Reyno auxiliado por los Ingleses con armas, municiones, y una escuadra que no sólo bombardease a la Plaza de Cartagena sino que atacada por dentro se rindiese y sirviese de socorro a lo interior del Reyno. Volvió a París y de allí a Bourdeaux en donde se embarcó, y después de haber tocado en algunas Islas extranjeras llegó a los Puertos de Caracas, se introdujo en el Reyno esparciendo la mala semilla de sus ideas, y llegó a esta ciudad en la que está preso, sin haber experimentado por ahora novedad particular de semejante intento. Este hombre expone entre otras cosas que de vuelta de Londres a París halló allí un Americano Don José Caro quien le comunicó que iba para Londres con el designio de solicitar el auxilio de la Inglaterra para el Perú. Que estaba en inteligencia con algunos sujetos principales de Lima».

Este José Caro era secretario de Francisco Miranda, que lo ha enviado a Trinidad a coordinarse con Picton mientras reúne en París americanos rebeldes a España para algún intento. El mismo 19 de agosto Nariño responde por los hechos que lo han puesto en prisión, así:

«Tampoco le manifesté un plan de ideas, pues sólo le dije que si mis cosas salían mal pensaba pasarme a Inglaterra y ver si de los Ingleses podía sacar algún partido ya que no lo podía conseguir en España.../...Si esto hubiera sido un plan concertado de mucho tiempo y en que hubiera precedido muchas conferencias, no dudo que podría satisfacer a las preguntas que se me hacen pero en una cosa que se ha hecho con tanta precipitación.../...En el caso de cometer un atentado contra la metrópoli no me parecía que podía cohonestarlo con vender mi patria a otra Nación, me parecía un doble crimen, no sólo a los ojos de la España sino de todo el mundo. Sacarla de la dominación de España para entregarla al duro yugo de los Ingleses, con otra religión, otro idioma y otras costumbres, era en mi concepto la acción más vil que podía cometer. Antes hubiera preferido la muerte que consentir en ella, y así aunque respecto a mi persona y de la empresa parece que había más seguridad, prefería la incertidumbre y los riesgos a su propuesta».

Extrañamente, aunque tan prevenido aparece contra el inglés, afirma en otra satisfacción:

«El número de Buques tocaba a ellos el disponerlo, como que a ellos tocaba el defenderse. No se trató de gente de desembarco. Que yo escribiría la noticia pública de la insurrección del Reyno y tengo dicho que por Cartagena, pero si el éxito de la cosa se daba antes por otros puertos es claro que yo avisaría. No he escrito desde que llegué a este Reyno pero escribí desde las Islas avisando mi llegada sin más noticias. En mi

propuesta pedí por la primera vez, quarenta mil fusiles, veinte mil sables o armas blancas, alguna artillería ligera y las municiones correspondientes...»

En Caracas y Venezuela el estremecimiento ha sido fuerte. Y esta vez, moral. Lo que en pronunciamientos anteriores fue rebelión contra la aduana, pelea entre quienes se sentían expoliados por ella y quienes de ella se beneficiaban, ha tomado elevación. El tránsito de lo crematístico a lo trascendente se siente en las dos siguientes partes, ambas comunicaciones de Antonio Nariño al Virrey de la Nueva Granada. El primero cita lo material:

«Los medios que me valí para sondear la disposición de los Pueblos fue moverles siempre alguna conversación que me trajese al asunto, unas veces preguntándoles alguna cosa sobre los alborotos del año de 82, por otra sobre los derechos que pagaban valiéndome de las circunstancias particulares que se me presentaban...»

Un párrafo de más adelante asume Nariño el punto de visión del Estado:

«Yo creo, señor, que el mal general no proviene de tener los pueblos estas, o las otras ideas de independencia, sino de su miseria y de creer que el gobierno la ocasiona».

El mismo 19 de agosto Pedro Mendinueta, el dicho Virrey de Santa Fe, en la carta donde avisa al Príncipe de la paz, Manuel Godoy, las precedentes satisfacciones de Nariño, que fueron 16, señala con penetración, tocado por ellas y más por el fondo causal de los golpes que viene de vivir y no sabe si han concluido:

«...ofendería los sagrados respetos de mi ministerio si no expusiera a V.E. que las tristes presentes novedades tienen íntima y estrecha conexión con las que experimentó este Reyno en los pasados años de 81 y 94. Es un enlace, o continuación de las mismas ideas,

más meditadas, mejor dirigidas, y con mayor proporción de su consecución por las críticas circunstancias de los tiempos».

Descendiendo uno a uno los escalones de las ideas independentistas, dice:

«Los movimientos de el año de 81 no llevaron otro fin al parecer que la oposición a los Estancos. Las turbulencias del 94 se extendieron a mayores pensamientos proyectando trastornar el gobierno y traer otro de independencia y libertad. Y los deseos del día se dirigen a realizar estos detestables proyectos. Ya no es tiempo señor Exmo., de perderle en persuadir esta verdad por investigaciones superfluas, formación de sumarios y actuaciones de procesos. Los hechos, la experiencia nos están demostrando que estos naturales sacudirán sin reparo el yugo con que se consideran oprimidos a la primera ocasión favorable que se les presente. En la presente lo hubieran logrado tal vez por medio de Nariño, quien hizo de su parte cuantas disposiciones pudo. La divina providencia por efecto de su piadosa misericordia dispuso las cosas de modo que sabida la venida de este hombre se proporcionase cortarse sus ideas con oportunidad...»

Pareciera prepararse a clamar el dicho Pedro Mendinueta que, si no se toman medidas y previsiones de Reyno, advendrán nuevas rebeliones que no se reglarán con las «investigaciones superfluas, formación de sumarios y actuaciones de procesos», que enumera como pérdidas de tiempo. Sí, hay altura de miras y ello aumenta el peligro.

Mendinueta circunscribe su análisis a la América, la historia oficial venezolana, por su parte, además de inhibir los componentes de Nueva Granada, Trinidad y el Orinoco de la rebelión de Gual y España, le ha troquelado el calificativo de independentista. Exámenes del componente estrictamente hispano del episodio podrían

arrojar luces distintas, quizá aspiró a derrocar la dinastía borbónica reinante en Madrid y mantener la relación colonial de América con una España afrancesada o britanizada. Valga como dato suelto al respecto el párrafo que trae el tomo 15, página 498 de la colección *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, interesante por tratarse de una publicación muy erudita:

«DON PEDRO CARBOÍÉLL: mariscal de campo, pasó promovido del gobierno de Cumaná: fue descubierta en su tiempo la revolución tramada por don Manuel Gual, Don José María Espada y otros, con el objeto de establecer en estas provincias la forma republicana, aunque dependiente de la metrópoli, que también debía proclamar la misma forma a ejemplo de la Francia—1799».

Por ahora las provincias parecen tranquilizadas. Pero no sucedía así.

Capítulo 6 Rebelión en Maracaibo

Días después caía bajo arresto un hombre llamado Francisco Javier Pirela en Maracaibo¹¹. Durante el interrogatorio confesó haber entrado en contacto con los capitanes Juan Gaspar y Agustín Gaspar Bocé, quienes con sus buques *El Bruto* y *La Patrulla*, se suponía habían apresado un barco inglés llamado *El Arlequín* y por ello las autoridades les permitieron permanecer en el puerto de Maracaibo, a fin de tomar provisiones y vender los productos de la presa. Pirela frecuentó los buques y en conversaciones con los franceses acordaron una revuelta para derrocar al poder español e imponer el régimen de «igualdad y libertad». Pirela reuniría 200 hombres y los franceses contribuirían con la tripulación de sus buques; se encargaría de la gobernación Pirela. Tomás de Ochoa, a quien Pirela invitó a participar en «la enormidad» lo había denunciado. El líder

fue enviado a Caracas y juzgado en la Real Audiencia, condenándosele a muerte, con conmutación por diez años de prisión en el castillo de El Morro (La Habana, Cuba) y prohibición de regresar a la provincia. Los franceses aparecían pues como los amigos de la revolución en Maracaibo. Se trataba, supuestamente, de jacobinos, aliados de los ingleses en su animadversión a la reacción que hacía retroceder la Revolución Francesa. Pero también debían estar convoyados con Gual y España, primero por la afinidad de tiempo, segundo porque Nariño había hecho trabajos políticos en la región. En las largas «satisfacciones» al interrogatorio virreynal¹², el precursor de la Independencia neogranadina había respondido que, habiendo regresado a Nueva Granada por Venezuela.

«Durante la travesía de la laguna de Maracaybo me dijeron las gentes del barco que si acabarían de venir los Franceses o los Ingleses. Preguntéles qué motivo tenían para desearlos, y me respondieron que con ellos estarían más aliviados porque al presente estaban de mal modo, que de seis u ocho arrobas de carne que llevaban en su Barco para su gasto si les sobraba alguna y no llevaban guía se la daban por decomiso. Que en los puertos de Altagracia, de donde eran, se pagaban derechos hasta por dar una puñalada a una res, y que había ejemplares de reses que antes de este derecho habían ya pagado más de lo que valían».

¿Hasta dónde había representado aquella rebelión a la oligarquía marabina de «notables» que, como decíamos en párrafo anterior, se sintió disminuida con su adscripción a la Capitanía General de Venezuela, percibiendo a la capital, Caracas, indigna de ser su superior política? ¿Ha sido separatista el pronunciamiento de Pirela? Cabe interpelarse sobre esto y sobre todo relacionar la producción de este movimiento con el que estremecía las bocas del río Orinoco pues aquí está apareciendo por primera vez una constante que veremos producirse en diez o doce episodios trascendentales de la historia

venezolana, hasta el siglo XX, a saber que, a una crisis en el Orinoco corresponde una crisis separatista en el Zulia. Pareciera que alguien tiempla a Venezuela por sus dos extremos al mismo tiempo.

El Acta de París

Miranda ha tenido varias involucraciones peligrosas en la revolución francesa, que hasta le valieron una prisión de años y el peligro de conocer «la sonrisa de la guillotina» en la época del Terror, ahora saca en París un documento que es un programa completo para la América española, y lo titula *Acta de París*. Es diciembre de 1797, vale decir cuatro meses después de los hechos de Gual y España. Firma en compañía de José del Pozo y Sucre, que pasa por peruano pero quizá es el mismo que impresionará al barón de Humboldt en Cumaná tres años después con sus inventos científicos. También firma el papel y quizá participó en su redacción, Pablo de Olavide, peruano, intelectual importante, amigo del conde de Aranda y de Diderot. Perseguido por el Santo Oficio, ha huido de España y se refugia en París, donde conoce a Miranda. Los tres suramericanos asientan en el Acta de París sus ideas de Independencia de la América española. Empiezan proponiendo una alianza con Inglaterra aunque no excluyen a los Estados Unidos. A quien excluyen decididamente es a Francia, que se ha comprometido por la firma de la Paz de Basilea, a apoyar a España para impedir dicha Independencia¹³.

«Las colonias hispanoamericanas habiendo resuelto en su mayor parte proclamar su independencia y asentar su libertad sobre bases inquebrantables, se dirigirán con confianza a la Gran Bretaña invitándola a apoyarlas en una empresa tan justa como honorable...»

Luego racionalizan su aspiración como la venganza británica por el apoyo que dieron los borbones de Francia y España a la Independencia norteamericana:

«En efecto, si en estado de paz y sin ninguna provocación, Francia y España han favorecido y proclamado la Independencia de las colonias angloamericanas, cuya opresión seguramente no era tan vergonzosa como la de las colonias españolas, Inglaterra no vacilará en colaborar en la Independencia de las colonias de América meridional, en momentos en que se encuentra empeñada violentamente en una guerra contra España y contra Francia...»

Este párrafo apoya y corrobora implícitamente la explicación de la Revolución Francesa como retaliación británica por la participación borbónica en la Independencia norteamericana. Más adelante entran en materia de colaboraciones militares y condiciones económicas, proponen:

«Por una parte la Gran Bretaña debe comprometerse a suministrar a la América Meridional fuerzas marítimas y terrestres con el objeto de establecer la Independencia de ella y ponerla al abrigo de fuertes convulsiones políticas; por la otra parte, la América se compromete a pagar a su aliada una suma de consideración en metálico, no sólo para indemnizarla de los gastos que haga por los auxilios prestados, hasta la terminación de la guerra, sino para que liquide también una buena parte de su deuda nacional. Y para recompensar hasta cierto punto, el beneficio recibido, la América Meridional pagará a Inglaterra inmediatamente después de establecida la Independencia, la suma de (...) millones de libras. (*La Revista de Edimburgo*, fija esta suma en treinta millones de libras).

Se establece alianza permanente y preferencias comerciales a Inglaterra

4. Una alianza defensiva entre Inglaterra, los Estados Unidos y la América Meridional está indicada de tal manera por la naturaleza, por la situación geográfica

de cada uno de los tres países, por los productos, la industria, las necesidades, las costumbres y el carácter de esas naciones, que al formarse la alianza tiene que ser duradera (...)

5. Se hará con Inglaterra un tratado de comercio, concebido en los términos más ventajosos a la nación británica; y aun cuando debe descartarse toda idea de monopolio, el tratado le asegurará naturalmente, y en términos ciertos, el consumo de la mayor parte de sus manufacturas».

Ventajas en los canales de Panamá y Nicaragua

- «6. El paso o navegación por el Istmo de Panamá, que de un momento a otro debe ser abierto, lo mismo que la navegación del lago de Nicaragua, que será igualmente abierto para facilitar la comunicación del mar del Sud con el Océano Atlántico, todo lo cual interesa altamente a Inglaterra, le será garantizado por la América Meridional, durante cierto número de años, en condiciones que no por ser favorables lleguen a ser exclusivas».

Nótese que, ya en esta fecha en que todavía no se ha producido la revolución industrial, el comercio internacional es una necesidad —obsesión más bien— de Inglaterra, y también, como veremos, lo era de España y lo será de Bonaparte. Nótese que Miranda y Olavide hablan de los canales interoceánicos para atender y seducir esa obsesión.

Olavide era peruano y pocos países más requeridos de la canalización centroamericana que el Perú, a un tiempo potente y separado de Europa por el istmo. No por casualidad los españoles tuvieron en Panamá la primera noticia de la existencia del Perú y allá organizaron la expedición que conquistó el Imperio Inca. Cuando floreció el Perú mineramente, Panamá se convirtió en el sitio de cruce

concurridísimo de los productos que iban al virreinato o venían de él. Albergó una feria famosa durante la colonia. Miranda también está escribiendo sobre canales aunque las vías interoceánicas no se inscriben en la geografía venezolana, igualmente Bolívar hablará de los de Panamá y Nicaragua. Es que Miranda, Olavide, Bolívar, trabajaban en términos continentales, planificaban continente. En este capítulo el tema es sólo un apunte, reaparecerá muchas veces, mostrando una lucha soterrada entre potencias por controlarlos, por construirlos, por impedir su construcción. De esos movimientos nacen países, se genera balcanización. Así hasta el renacer de la idea en los años de Chávez, donde moviliza los episodios —transcendentales— iconizados en lo público por el derrocamiento del presidente Manuel Zelaya.

Volviendo al Acta de París, se acota:

«11. Respecto de las islas que poseen los hispano-americanos en el archipiélago americano, la América Meridional sólo conservará la de Cuba, por el puerto de la Habana, cuya posesión —como la llave del Golfo de México— le es indispensable para su seguridad. Las otras islas de Puerto Rico, Trinidad y Margarita, por las cuales la América Meridional no tiene interés directo, podrán ser ocupadas por sus aliados, la Inglaterra y los Estados Unidos, que sacarán de ellas provechos considerables».

Capítulo 7 Juramentaciones masónicas

Poco después Miranda viaja a Inglaterra, donde parece haber ambiente de guerra contra España. Visitan su casa en Grafton Street jóvenes venezolanos, chilenos, peruanos, brasileños, que ven en él al enemigo público de España, al maestro de la alta política

européa, al experto de la difícil y flexible ciencia del mundo y por supuesto al hombre bien relacionado en el poder británico. Don Francisco los juramenta masónicamente en una logia, «La Gran Reunión Americana», que funciona en el segundo piso de su casa de Grafton Street. Por la casa del Ilustre y Poderoso Hermano Francisco de Miranda pasan Nariño, Caro, Pedro Fermín de Vargas, Simón Bolívar, Carlos Alvear, Monteagudo, Rocafuerte, Servando Teresa de Mier, O'Higgins. Son ricos todos, regresan a las colonias españolas a conspirar.

Pasan dos años. En enero de 1799 Gual y España continuaban en Trinidad. Naipaul informa que los ingleses habían concentrado 5000 mosquetes en la isla «para actuar en Venezuela»¹⁴. Picton ofrece barcos y hombres a Gual, quien se pone a adiestrar voluntarios en el islote de Gasparín. No comparte, como tampoco Picornell, el deseo de su amigo España de trasladarse a La Guaira para encabezar la asonada desde un escondite. Lo considera suicida. Pero España pasó clandestinamente a Barcelona y luego a La Guaira, donde descendió de un barco a fines de enero disfrazado de marinero y logró llegar a su casa de Macuto. Se puso secretamente en contacto con su esposa Joaquina Sánchez y se escondió en un cuarto alto de su propia casa. Los mensajes a los conjurados del litoral los llevaba personalmente Joaquina.

Por aquellos mismos días tomaba posesión el nuevo Capitán general de Venezuela, Manuel de Guevara Vasconcelos, que traía instrucciones de extirpar toda actividad de revolución. Tal vez movido por la recompensa de 5.000 pesos ofrecida por Guevara Vasconcelos a quienes lograsen capturar a España, o temeroso, el mandador Rafael España se puso en contacto con el corregidor de Caraballeda y Naiguatá, y le dijo el entaparado, tal vez con buen detalle. No lograron descubrir a España, que se hallaba bien escondido, pero se llevaron presa a Joaquina. Durante la noche del 29 al 30 de abril se oyó ruido en la parte alta de la casa de España;

un oficial entró y descubrió al conspirador escondido en la chimenea. Capturado a las 10 de la noche, fue conducido a la prisión e interrogado en la madrugada. Las patrullas recorrían las calles, fueron arrestados varios negros y mulatos que andaban armados con machetes y lanzas o catalinas. El capitán general activó el juicio sumarísimo. El 6 de mayo el tribunal condenó a muerte a José María España, disponiendo que:

«...precedidas sin la menor dilación las diligencias conducentes a su Alma, sea sacado de la cárcel arrastrado a la cola de una bestia de albarda y conducido a la horca, publicándose por voz de pregonero sus delitos; que muerto naturalmente en ella por mano del verdugo, le sea cortada la cabeza y descuartizado: que la cabeza se lleve en una jaula de fierro al Puerto de La Guayra y se ponga en el extremo alto de una viga de 30 pies que se fijará en el suelo a la entrada de aquel pueblo por la puerta de Caracas; que se ponga en otro igual palo uno de sus cuartos a la entrada del pueblo de Macuto en donde ocultó otros gravísimos reos de Estado, a quienes sacó de la cárcel de La Guayra y proporcionó la fuga; otro en la vigía de Chacón en donde tuvo ocultos los citados reos de Estado; otro en el sitio llamado Quita Calzón, río arriba de La Guayra, en donde recibió el juramento de rebelión contra el Rey; y otro en la cumbre, donde proyectaba reunir las gentes que se proponía mandar...»¹⁵.

La sentencia fue ejecutada con toda solemnidad. Una crónica dice que hubo crespones negros en las ventanas de Caracas. En los meses siguientes, los estancieros que pasaban por la puerta de Caracas en vía hacia La Guaira con cargas y recuas de mulas y esclavos que las dirigían, miraban con disimulo la hirsuta cabeza florecida de gusanos que los zamuros picoteaban a través de los barrotes de la jaula.

El eje secreto de la historia de América del Sur

Aquí termina la historia de Gual y España. En los libros de historia española no recibe mayor despliegue, como tampoco su antecedente, estrictamente hispano, de la conspiración regicida de los Cerrillos de San Blas. En los textos venezolanos sí aparecen los dos conspiradores aunque sin conocimiento del antecedente europeo y sus consecuencias británicas. Fue el primer intento de Independencia de Venezuela. No la logró y en realidad colaboró con la conquista por Inglaterra de la isla de Trinidad, vale decir el inicio de la balcanización de la zona de desembocadura del río Orinoco.

Bertolt Brecht resumía metafóricamente sus enseñanzas sobre la técnica para crear un drama aconsejando lanzar una llave inglesa entre las ruedas dentadas de un mecanismo. Todas las piezas serán puestas a prueba al paso de la herramienta. Con los británicos en Trinidad ha entrado una llave inglesa en el sistema de ríos no ya de Venezuela, sino de toda la América del Sur por la ya mencionada mecánica de ser el Orinoco la puerta norte de un canal —virtual— Intersuramericano, canal cuya boca sur sería la del Río de la Plata. El canal es virtual justamente por la existencia de este tapón británico a su boca norte, que le impide funcionar y existir. Cuando a partir de 1814 y 1815 la Gran Bretaña controle por acuerdos del Congreso de Viena, la Guayana Esequiba, habrá dado una segunda vuelta de tuerca a ese proceso que le permite recortarle soberanía a Nueva Granada y Venezuela. Pero este hecho, siendo muy grande, es apenas parte de una dinámica mayor, tal vez la máxima de la historia latinoamericana, pues la verdadera y descomunal función de la llave inglesa intercalada en las bocas del Orinoco es conflictuar la posible anexión de Suramérica a los Estados Unidos. La forma en que este trabajo geopolítico se produce, las respuestas que despierta y sus desarrollos, constituyen el tema trascendental de este libro, los seguimos a través de toda la historia de Venezuela. De momento constatemos que catorce años antes de que empiece la guerra de Independencia de la América hispana, Inglaterra ha to-

mado posesión de una llave de ella. Sus adversarios responderán en este punto.

Capítulo 8

Plan de reparto de América española entre Napoleón y los Estados Unidos

Dos años después de la toma de Trinidad, golpe inglés, se produce uno de sentido contrario, francés, napoleónico, que será a la vez norteamericano, en el mismo escenario. Comienza a gestarse en París, durante los días 9 y 10 de noviembre de 1899, cuando Napoleón Bonaparte encabeza un golpe de Estado militar que será conocido como el 18 brumario. Fue nombrado Primer cónsul, con poderes dictatoriales. La inmediata consecuencia es la radicalización de la guerra entre Francia e Inglaterra. Y con Francia está aliada España, que es dueña de América española, por lo que ésta pasa a ser un semiprotectorado francés. Bonaparte tiene planes para esa América. Está preparando —es el primer paso— un tratado con España por el que Francia recuperará la Luisiana, que algunas vez fue suya¹⁶. Será un tratado secreto al que seguirá el año siguiente otro, público, de venta de la Luisiana a los Estados Unidos. Pronto está discutiéndolo en París con James Monroe, enviado del **presidente Jefferson para eso**. Enorme, la Luisiana rodea como una cinta al río Mississippi, río de unión del subcontinente norteamericano. Esta región y este río serán su carta maestra para crearse un imperio americano arrancado a España, de la que Bonaparte es oficialmente aliado. ¿Cómo lo hará? Extendiendo el poder del Mississippi y su alianza con los Estados Unidos. Es en este punto donde toca presentar al barón de Humboldt. ¿Quién es Humboldt?

Cuando publique sus obras, se le considerará el Padre de la geografía moderna. Fue un naturalista de una polivalencia que no volvió a repetirse tras su desaparición, especializado al mismo tiempo en etnografía, antropología, física, zoología, ornitología, climatología, oceanografía, astronomía, geología, mineralogía, botánica y vulcanología, a lo cual añadió una gran cultura humanística y una notable valentía que le permitió adentrarse en selvas peligrosas, todo al servicio de la geografía. De momento es un joven aristócrata alemán, discípulo de Abraham Kästner, el colaborador científico de Benjamín Franklin, hombre al que hemos visto trabajar exitosamente en vincular a los borbones de Francia y de España a la independencia de los Estados Unidos. Eso ya sugiere a Humboldt como colocado en el campo antibritánico y como vinculado a estrategias norteamericanas y específicamente borbónico-norteamericanas. Pero además, viene permisado y protegido por Carlos IV Borbón, hijo del rey Carlos III que cultivó la alianza con Franklin y ahora, aliado de Napoleón. El permiso dado a Humboldt es excepcionalísimo, lo autoriza a revisar a fondo las posesiones españolas. Sólo a personas muy de su confianza daban derecho los reyes españoles a esculcar sus propiedades, en lo cual no se mostraban distintos a cualquier mortal.

Bonaparte es, pues, aliado de España al tiempo que su enemigo secreto, planea despojarla de sus colonias, pelea dos guerras al mismo tiempo, una frontal y pública contra Inglaterra y una secreta y traidora, contra España. ¿Cómo puede el rey Carlos IV estar aliado con un Bonaparte que se dispone a privarlo de su reino? Eso es un misterio casi imposible de resolver. Tal vez fue un imbécil autodestructivo, así lo sugieren las pinturas de Goya sobre él y su familia real, pero quizá estas pecaron de ánimo caricatural, pues el pintor era liberal. Además, no podían serlo Godoy y los otros asistentes del rey, todos. Lo que sugiere una visión panorámica es

que la enemistad británica no le dejaba a España otra opción que la de la peligrosa alianza gala.

En sus obras, el científico atribuirá a casualidades su llegada a las bocas del río Orinoco. Resume, creyéndole, Leonardo Altuve Carrillo:

«De pronto, nuevamente a bordo estalla el cólera que impone un cambio de rumbo. No será La Habana el puerto inmediato de la expedición. Se enrumban a Tierra Firme».¹⁷

Las casualidades se remontaban a antes, pues en otro subcapítulo titulado *El azar, siempre el azar*, Altuve informa:

«El mismo barón de Humboldt nos relata en la introducción al libro primero de sus viajes, las diferentes intentonas de otras expediciones de viajes ultramarinos que precedieron a su viaje a Tierra Firme. Fueron tres esas tentativas. La primera, la expedición a Egipto, organizada por Lord Bristol, obispo de Londres, una especie de Quijote inglés, que fue impedida por el Directorio; la segunda, la expedición auspiciada por el mismo gobierno del Directorio destinada a explorar los mares del Sur y Australia. Dirigía esta expedición científica el capitán Carlos Boudin y formaban parte de ella, Gay Loussac, Humboldt y Bonpland; a última hora la expedición también fue suspendida por el Gobierno francés. Y la tercera expedición, financiada por la Corte de Suecia, a cargo del antiguo cónsul sueco en Argel, Skjóldebrand. Humboldt y Bonpland eran los directores científicos de esta expedición, que debía explorar el monte Atlas y luego seguir hasta Persia para llegar a la India. Humboldt y Bonpland deberían embarcarse en Marsella en la goleta sueca Jeramus (Jeremías)...»

Sólo llevados por la preparación de la visita a La India, llegan los viajeros a la península ibérica, según Altuve: «Sin abandonar sus

trabajos científicos ni las esperanzas de embarcarse en la próxima primavera para África, invernaron en España». Allí habrían conocido, por pura casualidad, al ministro Urquijo, el cual simpatizó con la acción de los científicos y les introdujo ante Carlos IV con amable recomendación. Si revisamos la biografía de Urquijo, notaremos que en sus primeros choques de político, fue avalado contra la Inquisición por el conde de Floridablanca, el máximo afrancesado hispano, ministro muy adverso a Inglaterra y enteramente proclive a Napoleón, y aunque (Urquijo) fue destituido del cargo de ministro a instancias de Napoleón por no haberle prestado el apoyo pedido a la Armada Española, participó en el gobierno de José Bonaparte, por lo que incluso se le declaró reo de alta traición por los partidarios de Fernando VII. En síntesis, en el momento de apoyar a Humboldt, Urquijo era un importante político pronapoleónico.

Debido a que las ediciones de su *Viaje a las regiones equinociales* (Vicente González Arnao editor) se publicaron sin la carta de agradecimiento de Humboldt al rey Carlos IV, se impuso la razón accidental de su visita a Venezuela y concretamente a la región del Casiquiare, pero en la edición de Editorial Porrúa¹⁸ se transcribe la siguiente carta del sabio al rey español:

«A su majestad católica Carlos IV, rey de España y de las Indias: Señor, Habiendo disfrutado, durante muchos años, en las lejanas regiones sometidas al cetro de Vuestra Majestad, de su protección y de su alta benevolencia, no hago sino cumplir un deber sagrado al depositar al pie de su trono el homenaje de mi reconocimiento profundo y respetuoso. En el año de 1799 tuve la dicha en Aranjuez de ser recibido personalmente por Vuestra Majestad, la cual se dignó aplaudir el celo de un particular a quien el amor a las ciencias llevaba hacia las márgenes del Orinoco y hacia las cimas de los Andes. Por la confianza que los favores de Vuestra Majestad

me han inspirado, es por lo que me atrevo a colocar su augusto nombre al frente de esta obra, que traza el cuadro de un vasto reino».

El permiso había pues incluido básicamente la visita a Venezuela. Cabe la pregunta de por qué se acuñan y estampan en el libro casualidades que oculten eso y se suman otras casualidades en medio de las cuales llegan los exploradores a España. Diversos episodios que siguen a lo largo de este libro, hilvanados por lo que hemos calificado como Eje secreto de la historia de la América del sur, aspiran a responder esta pregunta. Acaso sirva de primer aclarante el hecho de que Humboldt está vinculado a Bonaparte por su amigo y compañero Bonpland, miembro del círculo íntimo de Hortense de Beauharnais, la hijastra de Napoleón. Bonpland será conocido como contertulio del emperador acerca de la América española. No es exagerado en principio percibir a Humboldt y Bonpland como pronapoleónicos y mirar su estudio de América como realizado bajo ese signo.

Desembarcan en Cumaná en 1799. Traen instrumentos de medición novedosos, aludidos en su documento de pasaporte¹⁹ con las siguientes frases:

«Ordena su Majestad a los Capitanes Generales, comandantes, gobernadores, regidores y demás justicias, no impidan por ningún motivo la conducción de los instrumentos de física, química, astronomía y matemáticas, ni el hacer en todas las posesiones ultramarinas las observaciones y experimentos que él (Humboldt) juzgue útiles, como tampoco coleccionar libremente plantas, animales, semillas y minerales; medir la altura de los montes; examinar la naturaleza de éstos y hacer observaciones astronómicas y descubrimientos útiles para el progreso de las ciencias; pues, por el contrario, quiere el Rey que todas las personas, a quienes corresponde, den al barón de Humboldt todo el favor, auxilio y pro-

tección que necesite. De Aranjuez, a 7 de mayo de 1779».

Afirma Wikipedia en su artículo dedicado a Humboldt:

«Uno de los objetivos más importantes del viaje de Humboldt, según, él, era el tratar de verificar científicamente, si existía o no una comunicación natural entre las hoyas hidrográficas de los ríos Orinoco y Amazonas. La existencia del Casiquiare, ese gran brazo de agua de más de 300 kilómetros de curso, había sido afirmada o negada durante muchos años y Humboldt quería comprobar cuál era la verdad científica al respecto»²⁰.

De San Carlos de Río Negro avanzó la expedición hacia la desembocadura del Casiquiare y navegó por éste durante once días, hasta entrar nuevamente en el cauce del Orinoco, demostrando así la comunicación entre las cuencas del Orinoco y Amazonas. ¿Qué hay aquí? Varias cosas. En primer lugar está demostrada la factibilidad de un canal que una a América del Sur. Funcionaría conectando ríos. A partir del empalme Orinoco —cuya desembocadura funcionaría como boca norte del canal— con el sistema Casiquiare-Río Negro-Amazonas, derivaría por el Madera, Mamoré, Guaporé, Paraguay, Paraná, hasta el Río de la Plata, cuyo enorme estuario constituiría su salida sur. Este canal lo predibujamos al narrar la instalación cerca de las bocas del Orinoco por el año 1580, de Holanda, país ocupante de las bocas del Rin y por ende imbuido de la cultura canalera, como que la actividad portera era —y es— el centro de su vida económica. Los holandeses eran doctores en la incidencia que en la economía y la historia de Europa tiene un canal y tal conocimiento, acrisolado en milenios, existía también en los otros poderes y coronas europeos, que habían sufrido a Holanda o la habían disfrutado. Y, por supuesto, extrapolaban tal conocimiento a la América.

No se quedan en un canal intersuramericano las potencialidades que está tocando Humboldt. Como anunciábamos en párrafo anterior, teorizará, aparentemente en base a su recorrido del Casiquiare, un segundo canal, un canal panamericano, constituido por tres tramos que, descritos de norte a sur, serían así: primero un canal norteamericano, que partiendo de los Grandes Lagos, en el límite de los Estados Unidos y Canadá, y desarrollándose a través de los ríos Illinois, Missouri y Mississippi, unidos mediante la perforación del tapón montañoso que los separa, vaya a desembocar en el Golfo de México; segundo, la continuación de éste, convertido en ruta marina que cruza el Caribe entre Cuba y la península de Yucatán, avanzando luego en una línea curva, para ir a caer, tercera etapa, a la boca del Orinoco, por donde penetraría, continuando por el canal suramericano hasta el río de La Plata.

Capítulo 9

América del Norte y América del Sur convertidas en un solo país

Esta teorización aparece ilustrada en el libro *La integración iberoamericana*²¹, editado por un grupo norteamericano descaradamente imperial y obsesivamente antibritánico. Un párrafo de la página 180 la describe así:

«En 1799, Alexander von Humboldt estuvo en el nacimiento del río Casiquiare, donde éste se divide y corre hacia las cuencas del Orinoco y del Amazonas, y se dio cuenta de la importancia de unir las dos redes fluviales. Humboldt vislumbró (también) una red de navegación fluvial y marítima muy semejante a la que se ilustra en el mapa 6-2, que va de los Grandes Lagos de los Estados Unidos y Canadá, pasando por el río Mississippi hasta

el golfo de México, cruza el Caribe y llega hasta el río de La Plata, vía la red del Orinoco y la del Amazonas».

También en algunas obras de Paul Georgescu, titular de un instituto de la Universidad Simón Bolívar de Caracas dedicado al tema, se ha escrito al respecto ²¹.

Imaginar esa línea formada por barcos circulando entre el límite de Canadá y Buenos Aires, es ver a América del Norte y América del Sur convertidos en un solo país, unidos con la funcionalidad del comercio en los dos sentidos, creando la más alucinante estructuración continental y el país más grande del mundo.

Reexaminemos con estos datos en la mano, la toma de Trinidad por Inglaterra. Interesada en ejercer el poder sobre América del Sur e imposibilitada de bloquear la parte norte de este canal interamericano, vale decir, las bocas del Mississippi, que estaba todavía en manos de España, Inglaterra taponó el Orinoco. Era una continuación en territorio suramericano de la rivalidad de Inglaterra y los Estados Unidos, iniciada y desarrollada con la guerra de Independencia norteamericana y vivida con vocación de siglos. Resumiendo los golpes de esta pelea, en 1797 Inglaterra controla Trinidad, en 1798 Bonaparte inicia los tratos para la entrega del Mississippi a Estados Unidos y en 1799 Humboldt arriba a Cumaná con Bonpland a estudiar el Orinoco y sus afluentes y teoriza el canal interamericano. Antes, en 1795, François De Pons había estudiado, por encargo del gobernador francés de Haití, Leclerc, a Venezuela y el Orinoco.

El proyecto humboldtiano-napoleónico-norteamericano continuará luego de la muerte de sus autores. Se convertirá en principalmente norteamericano y creará una guerra secreta británico-norteamericana que tuvo su última gran floración pública en 1982, con la guerra de las Malvinas. Esta pugna soterrada movilizará muchos de los hechos históricos venezolanos y latinoamericanos y ha estruc-

turado el mapa político suramericano, creando países, fragmentándolos, constituye, repetimos —es nuestra hipótesis central— el eje secreto de la historia de América del sur, ameritando que se revise la historia venezolana y latinoamericana en base a esa realidad profunda.

La idea debió existir como mitad ocultada en el Plan Puebla Panamá, lleno de canales y obras de infraestructura, presentado por el Banco Mundial en la década de los noventa del siglo XX, cuando la globalización presentó la anexión de Latinoamérica a los Estados Unidos como dogma intangible, como idea-eje disuelta en el Plan ALCA, al que el canal interamericano serviría de nervio de comercio. Sigue vivo el proyecto, la unión del río Mississippi con el Illinois hasta los Grandes Lagos funciona actualmente, concatenada con un canal del río San Lorenzo. Se la construyó tras la guerra de Secesión y actúa desde entonces manteniendo unidos a los Estados Unidos.

Dentro de una manera muy usada en política, después de hechos los trabajos de ingeniería, saldría la idea de la anexión, como sorpresiva y genial. Un libro proponiendo el canal interamericano con delicado lenguaje visual y escrito, fue editado en 1993 en Venezuela²¹. Se lo revisa en el capítulo relativo a las décadas 1980-1990. Y la idea está siendo abanderada a inicios del año 2010 por el *Tea Party*, organización que propende a dominar el Partido Republicano norteamericano.

Después de Venezuela, Humboldt y Bonpland visitaron Bogotá con el principal objetivo de entrevistarse con el botánico gaditano José Celestino Mutis. Remontan el río Magdalena y ascienden los empinados Andes neogranadinos. También conocen a José Ignacio de Pombo, prior del Consulado de Cartagena. Pombo era un comerciante muy próspero e ilustrado. Estaba interesado en la construcción del canal interoceánico de Panamá y sostenía

correspondencia con Jorge Washington, Mutis, Elhuyar y Caldas. Según Humboldt conocía todas las lenguas, gustaba de la ciencia «y educaba e instruía personalmente a sus hermosos hijos». También subió Humboldt al pico Chimborazo, que ningún europeo había hollado jamás y que Bolívar, al ascenderlo, pintará como escenario de su diálogo con el dios de América y el dios de la historia.

Conocimiento de París

El próximo episodio de este hilo argumental sucede apenas años después, cuando Simón Bolívar asiste en Amiens, Francia, a las llamadas Fiestas de la Paz, organizadas para enfatizar la alegría que traerían al mundo las conciliaciones que se discutían en esa ciudad entre Gran Bretaña, por una parte, y Francia, España y los Países Bajos por la otra. El 27 de marzo de 1802 se firmó solemnemente la Paz de Amiens, mediante la cual se suponía tenían fin las Guerras Napoleónicas y en realidad sólo se concluía la primera. Según los términos de la Paz de Amiens, Gran Bretaña entregaría a Francia todos los territorios conquistados por ella en la guerra que recién terminaba, excepto Ceilán (actualmente Sri Lanka) y Trinidad. Frágil, España obtuvo a cambio de la isla tapón al río Orinoco, la isla de Menorca. Nótese que el muy joven Bolívar ya está inmerso en esos temas, no comienza a internarse en ellos tras la muerte de su esposa, como se ha difundido. Dos meses más tarde Bolívar se casa en España. Regresa a Venezuela y menos de un año después muere su esposa, lanzándolo a un vagar bohemio, nocturno y ya mucho más político, en un París protagonizado por salones donde brillan el lujo y el talento. Los abren damas ilustres como Madame de Staël o Madame de Recamier y se conoce en ellos a los ingenios del momento, a René de Chateaubriand, por ejemplo, protegido de la Recamier, que le complace todos sus caprichos, a la Staël, que prepara una novela ambientada en Venezuela, o a Alejandro Humboldt, llegado días antes a París. Humboldt es el geógrafo con conocimientos apropiados al tamaño de los planes napoleónicos.

Bolívar conoce a Chateaubriand, que mucho tendrá que ver con él en el futuro, y a Humboldt.

Audaz es que un mozo indiano, adinerado pero en principio nada más que eso, entre en la casa y la confianza de un sabio de fama mundial pero así lo registran varios libros de historia y memorias de personajes de aquel tiempo. Humboldt representa América y se interesa en América y aquel joven oligarca venezolano debía ser ya impresionante por su inteligencia y carácter.

Tras abandonar Nueva Granada, el geógrafo había pasado a la Nueva España, el actual México, donde recopiló gran cantidad de datos sobre el clima, los oros y platas, la orografía, la flora y la fauna, previa condición de no revelar esa información al gobierno de Estados Unidos, a donde se proponía ir. Construiría como fruto de este viaje el libro *Ensayo político sobre el reino de Nueva España*, donde enumeró y detalló ingenierilmente siete rutas de canales interoceánicos de Centroamérica, región que entonces era parte de México o Nueva España. Pasó a Cuba, que también cartografió y analizó en páginas que formaron otro libro de su autoría: *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. Llegado a los Estados Unidos,

«...fue huésped del presidente Thomas Jefferson²², un aficionado de los estudios geográficos, en especial sobre la Nueva España, poco después **México**, gracias a los cuales Estados Unidos obtuvo información estratégica de la riqueza de su vecino y del estado de debilidad interior que lo aquejaba. Diversas biografías de Humboldt señalan que los servicios del alemán, aportados ingenuamente, fueron cruciales para avivar el deseo norteamericano por apoderarse de los territorios mexicanos, tal y como ocurrió posteriormente». «De hecho el “Mapa de la Nueva España”, que a la postre apareció publicado en su *Ensayo Político de la Nueva España* (1811), era conocido y utilizado por el ejército de Estados Unidos con miras a la guerra con México».

Calificar de ingenuo a Alejandro de Humboldt constituye un ejercicio de imaginación, otro artículo de Internet describe las cosas en los siguientes términos:

«El remate a la gran expedición americana fue una visita a los Estados Unidos, donde Humboldt ya era considerado como investigador y científico. Su visita fue aprovechada por el presidente Thomas Jefferson, quien lo tuvo tres semanas como “huésped” en Washington DC y Filadelfia. Además de sondear las ideas de su huésped acerca de los límites estadounidenses con relación a los ríos Río Sabina o Grande y un canal interoceánico, Jefferson ordenó al Secretario del Tesoro, Albert Gallatin hacer copias de los mapas y otros materiales del científico.

El 19 de junio, Humboldt tuvo que pedirle a James Madison que le recordara a Gallatin la devolución de algunos de sus materiales:

«Siento que volveré a este hermoso país, en unos pocos años. El camino desde el Missouri hasta el Océano Pacífico será abierto. ... A través del mismo correo, le ruego recordar al Sr. Gallatin mis mapas de México».

Todo está dicho en la expresión «El camino desde el Missouri hasta el Océano Pacífico será abierto» combinada con el que haya mapas de México. Las colonias que crearon los ingleses y que formaban los Estados Unidos en ese momento no alcanzaban al océano Pacífico. Sólo tomando parte de México podrían llegar a él. Esto refuerza las afirmaciones de Altuve Carrillo²³, de que el trato con Humboldt

«...permitió al futuro Libertador tener conocimiento de una importantísima entrevista entre Jefferson, Presidente de los Estados Unidos y Humboldt. Esa entrevista versó sobre el plan de organización del Continente colombiano y de la apertura del Canal de Panamá. Humboldt expuso al Presidente la idea de organizar y ubicar las varias naciones de América en tres grandes

Estados, determinados por los factores raciales constitutivos de cada grupo de naciones y por la lengua dominante en las respectivas naciones integradoras. La América estaría dividida en tres grandes naciones históricopolíticas: la nación hispanohablante, de Méjico al Plata; la lusohablante, el Brasil, y la anglo-hablante, los Estados Unidos y el Canadá.

Resalta la peligrosa circunstancia de que Humboldt en sus planes, agrega a la nación anglohablante, California, Tejas y otros territorios no angloparlantes que, para entonces, eran dominio de otros reinos.

La idea de esos planes impresionó extraordinariamente a Bolívar. Su inteligencia en proceso de maduración genial la procesó y elaboró conclusiones de trascendencia histórica que formarán parte de sus programas y realizaciones de estadista rubricado por el genio. Bolívar desde entonces previó el inmenso poder que llegarían a tener los Estados Unidos con su realización como instrumento de poder, y con las insinuadas anexioniones territoriales integrando un ámbito geográfico. En el futuro Libertador principió a germinar la vital necesidad de edificar una América poderosa y unificada en una gran nación madre de repúblicas, que fuera dueña por inherente soberanía territorial del futuro Canal de Panamá».

Capítulo 10 Napoleón Bonaparte vende Luisiana a Estados Unidos

¿Por qué comunica Humboldt al visitante estos conocimientos que eran secreto de alta conspiración en aquel momento? El historiador Ramón Díaz Sánchez halló en la Biblioteca Nacional de París el acta de inscripción de Bolívar en la logia parisina Saint

Alexander D' Escossey, el 7 de enero de 1805, año siguiente al de estos diálogos, lo cual es un índice. Fueran los que fueran los detalles, lo que parece visible es que Humboldt está invitando al joven a participar en planes y aventuras continentales, presumiblemente desde territorio venezolano.

Que Humboldt tuviera autoridad para plantear a Jefferson planes de estructuración de América es significativo. ¿De donde le proviene tan inmensa autoridad? Vale la pena notar que mientras el sabio visitaba los Estados Unidos se concluía la compra de Luisiana. Ya hemos narrado la gestación de esta operación por Napoleón Bonaparte, su sentido de engrandecimiento de los Estados Unidos y las ideas concomitantes de Humboldt de unión canalera del Mississippi y otros ríos norteamericanos con el Orinoco, Casiquiare, y varios ríos suramericanos, añadamos ahora algunos detalles de la enorme operación considerada el negocio más rentable de la historia: España negaba a los estadounidenses el acceso libre al río Mississippi y al golfo de México, lo que originó una situación que bien podría haber llevado a una guerra, pero, en su lugar, dio como resultado las acciones de Napoleón para entregar el río al país de Washington. Atento a esto, Thomas Jefferson envió a James Monroe a Francia en 1801 dando inicio a las conversaciones. Bonaparte presentó la venta como motivada porque Haití había declarado su independencia de Francia, situación que imposibilitaba a la armada francesa la buena defensa de la Luisiana. «Se la hubiera dado por nada, ya que cuando la guerra comenzó no hubiera podido protegerla y los ingleses se hubieran apoderado de ella», declaró, ocultando su verdadero plan.

Con la Luisiana, Napoleón Bonaparte vendió a Estados Unidos 2.144.476 km² (529.911.680 acres) un precio de alrededor de 3 centavos por acre (7 centavos por hectárea para un precio total de 15 millones de dólares. La vasta extensión comprendió los territorios de los estados de Arkansas, Missouri, Iowa, Oklahoma,

Kansas, Nebraska, Minnesota al sur del río Mississippi, gran parte de Dakota del Norte, casi la totalidad de Dakota del Sur, el noreste de Nuevo México, el norte de Texas, una sección de Montana, Wyoming, Colorado al este de la divisoria continental, y Luisiana a ambos lados del Mississippi, incluyendo la capital, Nueva Orleáns. La operación duplicó la superficie de los Estados Unidos.

En cuanto a la extensión del asunto hacia Suramérica, debe notar-se que el contertulio y asesorado de Humboldt, Thomas Jefferson, había lanzado ideas que preformulaban con unos veinte años de antelación, la Doctrina Monroe:

«Nuestra máxima fundamental, y la primera de todas, debiera ser no complicarnos en las discordias de Europa; la segunda, no permitir que Europa se mezcle en asuntos cisamericanos. América, así la del Norte como la del Sur, tiene un conjunto de intereses distintos de los europeos, y enteramente peculiares. Debería tener, por consiguiente, un sistema separado, distinto del de Europa. Mientras la última trabaja para ser el asiento del despotismo, nuestros esfuerzos indudablemente deberían tender a hacer de nuestro hemisferio el recinto de la libertad.

En las guerras de las potencias europeas, que tienen por objeto asuntos que sólo a ellas incumben, jamás hemos tomado participación, y el hacerlo es incompatible con nuestra política. El sistema político de las potencias aliadas difiere esencialmente del que se ha adoptado por los Estados Unidos.

La nación norteamericana está consagrada a la defensa de nuestro sistema, formado a costa de tanta sangre y de tanto dinero, y madurado por la sabiduría de sus más sabios ciudadanos, el sistema bajo el cual hemos alcanzado una felicidad sin ejemplo. La sinceridad y las relaciones amistosas que existen entre los Estados Unidos y aquellas naciones, nos obligan a declarar que

consideraríamos peligroso para nuestra paz y seguridad, cualquiera tentativa por parte de ellas que tenga por objeto extender su sistema a una porción de este hemisferio, sea la que fuere»²⁴.

Aquí está todo: la expulsión a los europeos, no permitir que Europa se mezcle en asuntos «cisamericanos», «consideraríamos peligroso para nuestra paz y seguridad, cualquiera tentativa por parte de ellas que tenga por objeto extender su sistema a una porción de este hemisferio»; segundo, la reserva de dominio o protectorado sobre la América Latina: «así la del Norte como la del Sur», «una porción de este hemisferio, sea la que fuere». En 1823 estas ideas serán lanzadas ante el Congreso norteamericano justamente por James Monroe, el delegado de Jefferson para tratar la compra de Luisiana.

Nótese que se habla de «su sistema», sistema —el europeo— que se define como monárquico y tiránico, por oposición a la libertad de los Estados Unidos. Es libertad, no dinero, lo buscado, pero, cosa rara, el estadista norteamericano había mantenido larga correspondencia investigativa respecto a las posibilidades de abrir el canal de Panamá ²⁵. Comenzó ocho años antes de la compra de Luisiana, en forma de correspondencia con el embajador norteamericano en España, Carmichael.

Miranda en Coro

Entretanto el mundano caraqueño Miranda ha continuado sus gestiones en Londres. Se le ha escuchado en los palacios con seriedad, mucha seriedad, e inclusive ha entrado en amores con Esther, la sobrina del Primer ministro inglés Pitt, la futura lady Stanhope, famosa feminista e intrigante política, con quien tiene dos hijos, lo cual era promisorio signo de su anclaje definitivo en el más alto círculo inglés, perfeccionable con el matrimonio. Pero en definitiva no recibe apoyos concretos. Mientras tanto, el poder borbónico

español se ha deteriorado en una secuencia en la que son puntos salientes la aparición en 1804, del partido fernandino, nucleamiento alrededor del príncipe de Asturias (el futuro rey Fernando VII) de signo probritánico, y el desastre de Trafalgar (1805), que supuso un golpe durísimo para la Marina de guerra hispana. Seguramente atendiendo a esto, o tal vez incentivado por el bajón que a su estrella británica augura la inminente muerte de Pitt, o bien, por sugerencia, según las publicaciones españolas, del dicho Primer Ministro, interesado en que los Estados Unidos entraran en guerra contra España y Francia, Miranda se lanza por su cuenta. Pero antes discute el punto con Jefferson, enfatizándose en el interés norteamericano en poseer Nicaragua. Que Estados Unidos no aparezca con soldados en la invasión, al menos no públicamente, significa que no se interesaron en tener problemas con España, al menos no públicamente. La cronología oficial señala que Miranda hizo su primera escala en Haití, el 18 de febrero de 1806, donde recibió apoyo del presidente Petión. Una versión española²⁶ señala fechas levemente distintas y enfatiza el apoyo inglés a la expedición al hablar de «el Santo Domingo británico»: «Una primera expedición compuesta por 200 voluntarios, sobre todo norteamericanos e ingleses, zarpó desde el Santo Domingo británico (Haití) el 28 de abril de 1806».

Miranda aparece a bordo de su barco, el *Leander*, y de otros dos que ha adquirido en Haití, ante las costas de Ocumare. Varios incidentes impiden la ejecución de esta operación y los buques españoles capturan, después de breve combate, las goletas de Miranda y toman prisioneros 60 de sus hombres. En 2006 se ha publicado el expediente del juicio hecho por las autoridades españolas a los tripulantes²⁶. Fue añadido de varios textos analíticos, entre ellos uno, muy bien basado, de Roger Blanco-Fombona.

Miranda se retiró con el *Leander* y en la isla de Barbados habló con el gobernador, el contralmirante Alejandro Cochrane, y firma

con él un acuerdo mediante el cual recibe auxilios. Según la fuente citada anteriormente «El almirante Alexander Cochrane, con dos corbetas, escoltó a 15 pequeños buques que transportaban 500 hombres». El 2 de agosto de 1806 fondeó la escuadrilla a 9 millas del puerto de La Vela de Coro, actual estado Falcón venezolano. Miranda cuenta cincuenta y seis años, que no es edad para ese tipo de aventuras. El sitio está bien escogido pues el virus de la rebeldía antiespañola había asomado allí con el alzamiento de los negros de José Leonardo Chirinos, quien, según Servando García Ponce, se había llenado de la «Ley de los franceses» en Haití y se proponía establecer tan libérrimos principios en territorio coriano, exportándolos luego hacia la Capitanía General de Venezuela.

Sobre otro elemento, actuante en toda Venezuela y en toda América española, pisaba Miranda: el contrabando inglés. Era masivo. En horas nocturnas y hasta en las de pleno sol, los barcos británicos se acercaban a las costas venezolanas a vender telas y otros objetos de la muy evolucionada industria de Birmingham. Y compraban el cacao y otros productos de la tierra a precios más altos que los pagados por los españoles, haciendo la felicidad de los plantadores criollos y violando el monopolio hispano. Muy activo era el contrabando inglés en las apartadas costas falconianas, venido de las islas de Curazao y Aruba, cuyos hombres incluso habían construido una sinagoga en la calle principal de Golfo Triste. Pero cuando Miranda desembarca en la Vela de Coro, la población huye al interior de la sierra, aterrada por la posibilidad de colaborar con aquel que los curas presentan como instrumento de los ingleses y enemigo de Dios. De protestante y de judío tiene puntas el sistema inglés, que se llama liberalismo, según los religiosos. Cabe cuidarse de él, porque pone la mercancía por encima de Dios, del Rey y de la honra. Quisieran los comerciantes británicos emancipar estas colonias del rey español y ponerlas bajo el control del réprobo Miranda. El Precursor abandona Paraguaná. Cuando los asustados

vecinos regresen a Coro, encontrarán pegadas en las paredes y en la añosa puerta de la iglesia, copias de la carta de Vizcardo a los españoles americanos.

Capítulo 11

¿Por qué Napoleón invade España?

Mientras Miranda actuaba en Coro, la escuadra inglesa se presentaba en la Ensenada de Barragán, cerca de Buenos Aires. El virrey, Rafael de Sobremonte, despachó las cajas reales adelante y se dio a la huida. Los ingleses entraron en Buenos Aires, el brigadier William Carr Beresford asumió el cargo de gobernador. Pero los habitantes de Buenos Aires, tanto criollos como españoles, se apresuraron a organizar la resistencia. Santiago Liniers, el jefe militar español, salió al mando de una expedición que enfrentó en la Plaza Mayor a los ingleses, que poco después se rindieron.

No solamente habían perdido hombres y barcos de guerra los británicos. Una flota mercante de más de cien velas, salida en octubre de puertos de Inglaterra con manufacturas destinadas a inundar, por Buenos Aires, toda Suramérica, cayó en manos de las tropas españolas. Es que Buenos Aires era el puerto más importante del Atlántico suramericano, tenía una población de 60.000 habitantes, mucho comercio y vías de acceso a los mercados del Alto Perú y el Paraguay. Si las manufacturas inglesas penetraban allí, el bloqueo continental que había impuesto Napoleón para estrangular comercialmente a Inglaterra y que se extendía a España y sus colonias, estaría roto. Y a eso hay que añadir el carácter de boca sur del canal interamericano que tenía el puerto bonarense, nada publicitado, pero trascendental en grado máximo para la ambición británica tanto como para Francia.

Volvamos a la simultaneidad de la acción de Francisco de Miranda en Venezuela y la acción inglesa en Buenos Aires. Independientemente de las motivaciones intrínsecas de Miranda, era evidente la utilidad de su acción como diversión de la respuesta española a lo que sucedía en el sur, o al revés, pues una cabeza de puente establecida por Miranda en Coro podía ser difícil de combatir por los españoles si debían atender al mismo tiempo el frente de Buenos Aires.

El interés británico en la región bonarense era sólido, al conocerse en Londres el triste resultado de la acometida de Carr Beresford, confiaron al general John Whitelocke el mando de una nueva expedición al Río de la Plata. El 2 de julio de 1807 los ingleses se dirigieron hacia los Corrales de Miserere. Eran 10.000 hombres aguerridos. La Plaza Mayor les esperaba llena de cañones y abierta en trincheras. Las azoteas de las casas colindantes estaban ocupadas por la infantería, destacándose la actuación de los vecinos no alistados, así como la de las mujeres, que arrojaban desde las azoteas piedras, todo tipo de proyectiles y aceite hirviendo. Whitelocke se rindió y firmó el tratado correspondiente. Como consecuencia de las invasiones, el pueblo bonarense tomó conciencia de su valor y de cierta incapacidad de las autoridades españolas para la defensa. Y hay un detalle significativo: a pesar de ser oficial de la armada española, Jacques de Liniers, que había dirigido también esta segunda resistencia, informó a Napoleón de su victoria primero que al rey de España. Napoleón estaba centrado en sus campañas en el norte de Europa pero la cosa llamó su atención, evidentemente.

Corrían rumores de una tercera acción británica en Buenos Aires en preparación y ello, más otras evaluaciones, decidió a Bonaparte a actuar en España que pronto es invadida por las tropas francesas. Como en el caso de Luisiana, la acción fue enmascarada en sus causas, Napoleón la explicó como motivada por la necesidad de ocupar a Portugal, que se negaba a aplicar el bloqueo continental

decretado por él contra los productos británicos, una verdad a medias. ¿Cuál era la verdad verdad? Ciento treinta y un años después un investigador y político venezolano, también canciller, Caracciolo Parra Pérez, publicará *Bayona y la política de Napoleón en América*²⁷, con reproducción de documentos probatorios de las razones americanas de la acción del corso. Diez años después, Miguel Artola revisará la extraña verdad en la Revista de Indias, Año X (1949), lo que no obstará para que los libros de historia y las enciclopedias señalen universalmente hasta hoy que la causa de la entrada napoleónica fue el paso a Portugal.

Carlos IV tenía sus motivos para recibir bien a Bonaparte. Lo amenazaba el partido de Fernando, estaban padre contra hijo. Napoleón metido en España parece significar para Carlos IV defender la supremacía de la causa borbónica, latina, impedir la preponderancia en la península del protestantismo, impedir que los ingleses se cojan el imperio.

Pero los nobles españoles odian a Bonaparte, los liberales lo odian, el pueblo español lo odia, los curas lo odian. Pueblo, nobles, liberales y curas molestan con el Motín de Aranjuez la salida de Carlos IV, que parece combinada con Bonaparte y aparenta ser hacia Andalucía pero se rumora será hacia América, en viaje preparado con harto misterio. El 19 de marzo Carlos IV tuvo que abdicar en beneficio de Fernando. En toda España se celebró la caída del favorito Godoy y la exaltación del nuevo monarca. Poco duró esta alegría, Napoleón reúne a Carlos y Fernando y les obliga a renunciar. Es dueño de todos los ases, nombra rey de España a su hermano José, que los recientes súbditos bautizan “Pepe Botellas”.

A Bonaparte no le interesa España ni la suprema causa borbónica, viene a la península en la actitud de quien mata una gallina y se dispone a comérsela en piezas. Creará gobiernos militares en las regiones del norte del Ebro con la intención de anexar a Francia

provincias enteras, Cataluña, Vizcaya, probablemente otras. Respecto a las colonias de España, allí mismo en Aranjuez, emite un documento²⁸ cuyo título desnuda sus intenciones en cuanto a propiciar su separación de España. Se titula *Instrucciones dadas por José Napoleón a M. Desmoland, su comisario o principal agente en Baltimore, y a todos los que armados de sus órdenes vayan a la América española para excitar allí una revolución*. Entre sus frases están:

«El solo objeto de estos agentes en este momento debe ser persuadir a los criollos, que S. M. imperial y real no tiene otro objeto, sino dar la libertad a la América española desde tantos años sumergida en la esclavitud, obtener por precio de tan gran favor, la amistad de los habitantes y el comercio libre con los pueblos de las dos Américas; para hacerse la América española independiente de la Europa, dicha M. ofrece todos los recursos necesarios de tropas compuestas de valientes guerreros, estando entendida al efecto con los Estados Unidos del Norte América».

Corroborativa de lo que venimos afirmando es la expresión: «estando entendida al efecto con los Estados Unidos del Norte América». Continúa, detallando presas apetitosas de la gallina española y ofrece compartirlas con las colonias:

«Cada comisario o agente en jefe.../...le hará observar (a la gente de las colonias) que las sumas inmensas que van a consumirse en Europa, circularán entonces en las provincias de la América, aumentarán sus recursos, comercio y su prosperidad; que sus puertos estarán abiertos a todas las naciones. Apoyarán las ventajas que resultan de la libertad de la agricultura, de todos los objetos actualmente prohibidos por el Gobierno de España, como el azafrán, el vino, los olivos, el lino, el cáñamo; los beneficios que sacarán del establecimiento de manufacturas de toda especie, de la abolición del monopolio sobre el tabaco, la pólvora y los naipes».

Importante es no ganarse de enemigos a los curas, aunque evidentemente no se crea en su Dios:

«Para lograr más fácilmente el objeto, como la mayor parte de esos pueblos no están civilizados, los agentes procurarán hacerse agradables a los gobernadores, intendentes, curas y prelados; no ahorrando dinero ni ningún otro medio de ganar sus voluntades especialmente la de los eclesiásticos, empeñándoles con destreza a que persuadan a sus penitentes, cuando vayan a confesarse, que es preciso coger la ocasión favorable de asegurar su independencia, aprovechándose de las ofertas del Emperador de los Franceses; que Napoleón es enviado de Dios para castigar el orgullo y la tiranía de los monarcas, y que sería un pecado mortal e irremisible resistir a su voluntad.

Los agentes aprovecharán todas las ocasiones de recordarles la opresión que sufren de parte de los europeos, y el desprecio con que los tratan; les recordarán también a los Indios las crueldades de los primeros conquistadores de la América, los infames tratamientos que prodigaron a su Rey legítimo; detallarán los actos de justicia a que están expuestos diariamente de parte de los indignos funcionarios nombrados por los Virreyes y los gobernadores, en perjuicio de ellos, que deben obtener los empleos y las recompensas ; dirigirán la atención del pueblo sobre los talentos superiores de algunos criollos; que se les deja en el olvido, sobre las gentes de mérito de la clase oscura, y harán notar el contraste de los oficiales públicos y los eclesiásticos europeos, les harán ver la diferencia que hay entre los Estados Unidos y la América española, la comodidad de que gozan estos americanos, sus progresos en el comercio, la agricultura y la navegación, el placer de estar libres del yugo europeo y les asegurarán que la América, una vez que esté separada de la España, será la legisladora de la Europa».

Por segunda vez se acota la necesidad de no malquistarse con la Iglesia, cuya enseñanza sabe el corso que está enquistada en las mentes indígenas:

«Mis agentes se abstendrán de declarar contra la Inquisición o la Iglesia, y en sus conversaciones, insistirán más bien sobre la necesidad de este santo tribunal y sobre la utilidad del clero. La bandera insurreccional llevará estos motes: *Viva la religión católica, apostólica y romana. ¡Perezca el mal gobierno!* Harán además observar a los Indios, cuan felices serán cuando vuelvan a ser señores de sus países, estarán libres del tributo tiránico que pagan a un monarca extranjero. En fin, dirán al pueblo que su pretendido monarca está en poder del restaurador de la libertad, del legislador universal. Napoleón, en una palabra. Estos agentes deben, por todos los medios posibles mostrar al pueblo la ventaja que les resultará del nuevo gobierno.

Preparada así la revolución y ganados todos los principales miembros que deben tomar parte en las ciudades y las provincias, será preciso, que los jefes y los agentes subalternos aceleren la insurrección, a fin de que brille en todos los puntos el mismo día y la misma hora; este es un punto esencialísimo que facilitará grandemente la empresa. Los principales agentes en cada provincia de su departamento y los subalternos en los lugares que se les designen, ganarán los criados de los gobernadores, intendentes y otras personas pudientes y por su medio envenenarán los de esta clase, que les parezcan opuestos a la empresa. Esta operación debe preceder a la revolución para alejar todo obstáculo. La primera cosa en que es preciso ocuparse después de la revolución, es estorbar la salida del dinero a la Península».

La Península a la que se quitarán recursos es la aliada con los ingleses pero más se quitará a la que gobierna José Bonaparte.

Ante esto, Inglaterra no podrá permanecer de brazos cruzados. Afirma Carmen Bohórquez²⁹ en su muy bien documentada biografía de Miranda:

«Inglaterra decide enviar una gran expedición a América con la finalidad de independizar las colonias españolas antes de que sea demasiado tarde.../...El comando general de esta expedición es confiado a sir Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, quien inicia los preparativos en estrecha colaboración con Miranda».

Era lógico, el venezolano es pieza mayor en cualquier evolución de este tipo. Recibido por las altas autoridades británicas, se discuten detalles, se manejan planos. Parece llegado el momento de Miranda. Pero en el último día, Pitt le informa que los planes están suspendidos. ¿Por qué? Inglaterra, como siempre, ha asado dos conejos en su política española para a última hora decidir por el más conveniente; debe escoger entre apoyar a Miranda, que quiere independencia de América hispana y los liberales españoles probritánicos que, en competencia con el Precursor, pulsando también la enemistad británica con Bonaparte, le ofrecen a Londres sacar a Napoleón de la Península. Piden a cambio ser los dueños de España y exigen mantener las provincias de ultramar como sus colonias. Una vez más, la corona inglesa apoya a los españoles y remite a Miranda al archivo. Quedan cancelados los planes de una tercera invasión a Buenos Aires, sir Arthur Wellesley irá a España con sus tropas y las que aporten los liberales españoles.

Capítulo 12

Venezuela se declara independiente

Cuando las noticias de los hechos de Aranjuez lleguen a la América española serán señal de inicio de la Independencia. Nacen en las

diversas capitales coloniales americanas las Juntas Defensoras de los Derechos de Fernando VII, imitación de las que se están instalando en la España antinapoleónica. En Caracas el momento se expresa en un motín de criollos que el 19 de abril de 1810 arrinconan al Capitán general, Vicente Emparan. Carente del apoyo que hasta ahora le había venido de la Península, Emparan renuncia.

Hay confusión, intenciones y segundas intenciones en estas Juntas Defensoras de los Derechos de Fernando VII. En los momentos en que Emparan dudaba si renunciar o no y decidió consultarlo a la multitud, se ha parado tras él un personaje que debió ser ya misterioso, el canónigo José Cortés Madariaga. Hizo seña con el dedo de que dijeran que no, lo cual obedeció la multitud, decidiéndose un primer éxito del golpe. Muchos de los oligarcas «mantuanos» realmente defienden los derechos de Fernando Borbón, aspiran a gobernar y gozar las provincias con él, desean que se venga a Caracas o a Perú o a ciudad de México a reinar, rodeado y apoyado por ellos. Otros, miembros también de las familias mantuanas pero jóvenes (en general), fingen defender los derechos del heredero español pero piensan en Independencia, aspiran a mando dentro de la república independiente, a Estados como los que han leído en los relatos de la Revolución Francesa y la Revolución Norteamericana. Los mandos que aspiran implican liberarse del Quinto real, ese veinte por ciento de impuesto a las ganancias con que pecha la Corona todo negocio realizado en las provincias americanas.

Pero aquí hay un matiz, los independentistas norteamericanos hablaron claro de los impuestos que cobraba Inglaterra y que consideraban asfixiantes. Estos riquísimos independentistas de Caracas (y de las demás capitales hispanoamericanas) no hablan de impuestos, sólo de patriotismo. Y son sinceros, pues para hacer una gesta heroica no basta a los latinos revisar los libros de cuentas. No, el pensamiento se insufla con elevaciones de las que extrañaron a

Picton, que calificó las ideas y programas de Gual y España de «revolución moral». Los libros de cuentas permanecerán con sus tapas cerradas hasta 1820.

Finalmente, hay en las Juntas Defensoras de los Derechos de Fernando VII, gente adversa a Fernando y adherida de corazón al rey Carlos IV, presta a inclinarse por o contra Napoleón, según decida el rey padre, que está preso en Francia junto a su hijo, entregado, según dice la calumnia de los mal hablados, a labores de bordado.

El caminar bonapartista sobre España es duro, tienen los franceses que empeñar en combate los mejores batallones de zapadores para conquistar calle a calle, casa a casa las defensas en Barcelona. Las guerrillas españolas hacían del aprovisionamiento francés una pesadilla por las sangrientas emboscadas, a las cuales las represalias francesas respondían con matanzas contra la población civil. Al final triunfan, pero España no acepta esto, dando nacimiento a su Guerra de Independencia. La tensión se incrementa, Inglaterra desembarca en España y de los resultados de esa guerra dependerá el destino de todos.

La Junta de Caracas envía una misión a Londres. Participan en ella Luis López Méndez, también el lingüista y gramático Andrés Bello, que se quedará allá, y Simón Bolívar, quien en los avatares caraqueños ha dado muestras de lo que será su personalidad poderosísima. Y le hará falta, porque a lo que van es a plantear una alianza de potencia a potencia a la corona británica. Les recibe sir Richard Wellesley³⁰ el primer ministro inglés. Airoso, el joven Bolívar comienza ratificando la posición oficial de la Junta de Caracas, de «defensa de los derechos de Fernando Séptimo», pero intercala que ello se cumplirá con desconocimiento de las Cortes de Cádiz. La Capitanía General de Venezuela aspira a recibir la protección británica directamente, pasándole por encima a las Cortes españolas. Wellesley, hermano del duque de Wellington,

general jefe del ejército inglés que actúa en España en perfecto acuerdo con las Cortes de Cádiz, no estaba para crear explicaciones astutas y no las cree. «Acaten las Cortes de Cádiz que representan a Fernando y son nuestras aliadas» les exige, palabras más, palabras menos. Inglaterra no podía invertir en un alzamiento que debilitara a la «regencia» que gobernaba en nombre del rey Fernando, mantenida por Inglaterra con dinero, armas y generales. Cádiz, su sede, constituye una cabeza de puente británica en la Península. Los británicos consideran las actitudes independentistas de la América española una guerra civil, no más. Así se expresa Wellesley, pero la audacia y aplomo con que el joven Bolívar le respondía en esta esgrima que se pelea sentados, debió tocar al *lord* en su necesidad de no ganarle a Inglaterra enemigos que pudiera cultivar Bonaparte, obteniendo una cabeza de playa cerca del Orinoco, y los visitantes logran una semipromesa de la protección naval que pedían, semipasándole por encima, aunque parezca que no, a las Cortes de Fernando.

La misión regresa con las manos casi vacías. Pero trae a Francisco de Miranda como trofeo, como gran militar, prestigiado por sus batallas europeas de treinta mil hombres por lado. Porque no cabe duda de que España emprenderá la reconquista de las colonias americanas apenas tenga tiempo y manos libres.

Miranda cruza las calles de Caracas. El nimbo de sus hazañas en la revolución de París pone a su alrededor respeto, misterio, fascinación. Los curas hacen la señal de la cruz a su espalda, comentan que el diablo lo templará en el infierno por la argolla que luce en la oreja izquierda. Quizá lo verían con menos desvío si supieran que el jacobino fue un partido detestado por Miranda y que Robespierre lo mantuvo años en prisión. Pero el pasado de Miranda, inclusive el reciente de la invasión por Coro, lo presenta como un agente inglés y acaso alguien rumora que las juntas rebeldes que florecen

en Quito, Bogotá, Lima, con sospechosa simultaneidad, tienen por jefes a los lobatones de la Logia Lautaro o Gran Reunión Americana, los ya mencionados Nariño, Caro, Pedro Fermín de Vargas, Monteagudo, Rocafuerte, Servando Teresa de Mier, O'Higgins... Caracas está ante un jefe continental, que adula y odia. Claro, más desconfía Miranda de los oligarcas, hijos o sobrinos de los que humillaron a su padre. Hasta ayer eran privilegiados del régimen español, se han visto envueltos en la bola independentista por los acontecimientos de España, pero quizá son secretamente defensores de los derechos de Fernando VII o de los de Carlos IV. Esos enemigos le organizan una provocación a duelo con un tirador experto, que impiden Bolívar y otros de sus admiradores. Pero ¿es todavía probritánico? Los británicos lo lanzaron al desván de los muebles inútiles cuando se aliaron con los liberales españoles y eso era, por más que poseyera su periódico y una gran biblioteca, cuando fueron a visitarlo esos muchachos revoltosos, principalmente Bolívar. Sí, cuando Bolívar, Bello y López Méndez llegaron a su casa de Londres estaba pospuesto. El momento que toda la vida había esperado estaba desarrollándose sin él.

Tal vez alguien en Caracas recuerde el atentado a Napoleón Bonaparte que llamaron «de la máquina infernal». Los realistas franceses prepararon un tonel de dinamita mezclada con fragmentos de hierro que debía estallar en el momento de la llegada del corso a la Ópera para escuchar el estreno de una obra de Händel. Miranda, que estaba en Londres, conoció el asunto y viajó a Francia. Allí Joseph Fouché lo recibió con reluctancia y sólo por recomendación de un amigo común. Como consecuencia de lo hablado por Miranda y Fouché, Napoleón llegó tarde al encuentro con el tonel de pólvora y continuó cambiando el mapa de Europa. También el de la América española aspiraría a modificar, porque continúa su incitación a los Estados Unidos a conquistarla.

Continúa el plan secreto de James Monroe y *Napoleón Bonaparte*

El autor de estas páginas recogió del coronel José Mérida Figallo, venezolano, ciertos detalles del tema. El los habría recibido de su antecesor, Rafael Diego Mérida, personaje muy conflictivo de la Independencia venezolana, que llegó a merecer por sus agresiones escritas y de intriga contra el Libertador, el título de «el máximo turbulento». Mérida había actuado como conjuez en el proceso de la conspiración de Gual y España, donde necesariamente palpó hilos internacionales, complicidades internas e intrigas estrictamente locales. Mientras el juicio corría, y durante dos años, había tensiones en la colonia a propósito de Trinidad, rumores de una inminente acción británica lanzada desde la isla sobre Venezuela, de acciones hispanas de sentido contrario. Es imposible que Rafael Diego Mérida no se noticiara del invisible y real significado de la toma británica de Trinidad. Y tocaba masonería de nivel altísimo, capaz de haber atentado contra el rey español. Él estaba, con otros, encargado de la venganza de Carlos IV. Terrible era el encargo real y terrible el castigo por no cumplirlo, que le administraría el Capitán General, terribles los peligros de ejecutarlo. Decidía sobre la libertad o desgracia de hombres que tendrían posibilidades de vengarse si los ingleses capturaban la colonia venezolana.

Llegada la guerra de Independencia, Mérida escogió el lado napoleónico, participó conspirativamente bajo ese signo —y ello le da más solidez a su versión— en varios de los episodios que se van a narrar, colocando su firma en los respectivos documentos. Por la vía de tradición oral familiar se ofrece la correspondiente información. Pero antes deben darse algunos datos de contexto: las guerras napoleónicas, iniciadas justo en los días de Gual y España, estaban ardientes en 1811 y 1812. Se expresaban en bloqueos marítimos. Al bloqueo francés respondía el bloqueo británico, que implicó obligar a los barcos de cualquier nación a dejarse «visitar»

por los marinos ingleses para ver que no comerciaran productos de Francia. Por este sistema fueron capturados por los británicos casi 1.500 barcos de la flota norteamericana entre 1803 y 1812. Esto fue, digamos, el factor desencadenante de la que se llamará Segunda guerra de Independencia de los Estados Unidos, estallada entonces. Fue guerra norteamericana contra Inglaterra, como la primera, pero muy poco publicitada. Es descrita por publicaciones históricas especializadas como misteriosa, inexplicable, tanto en sus causas como en su desenlace.

El motivo de la Segunda guerra de independencia norteamericana habría sido, según Mérida, el plan secreto que adelantaban James Monroe y Napoleón Bonaparte para conquistar la América española y Canadá, en desarrollo funcional de la venta-regalo de Luisiana a Estados Unidos diez años antes. A fines de 1811, estando tensas las relaciones entre Estados Unidos y la Gran Bretaña, por el asunto de la «visita» a los barcos, Napoleón da un paso más, ordena al embajador en Washington, Bassano,

«...apoyar por todos los medios a los comisionados venezolanos y proponer al Gobierno de Washington una alianza activa para enviar armas, municiones y toda clase de recursos a los revolucionarios de Venezuela, Perú y Buenos Aires».³¹

Dispuesto a festinar las posesiones españolas en América que gobierna a través de su hermano reinante en Madrid, comunica al mismo tiempo al presidente Madison que está dispuesto a venderle a los Estados Unidos la península de la Florida y la provincia de Texas, partes ambas de México.

Madison convino en proporcionar los transportes para los cargamentos de armas que remitiera el Emperador y Rey de los franceses. Sólo un ensayista silenciado, el venezolano Carlos A. Villanueva³², que escribió a principios del siglo XX, y Enrique de Gandía, argentino, abordaron este asunto en extenso. En el

presente, el argentino Emilio Ocampo ha reconstruido el proceso con muy buen detalle (528 páginas) en *La última campaña del emperador Napoleón*, contrayéndose a los años de vida en prisión de Bonaparte. La conspiración napoleónica, hasta hoy desconocida, influyó el destino de Brasil, Argentina, México, Centro América, los Estados Unidos, España, Chile, Colombia, Perú. Venezolanamente, asoma en episodios aparentemente incoherentes de su historia como el fusilamiento del general Manuel Carlos Piar y el choque de los libertadores Simón Bolívar y José de San Martín en Guayaquil.

Un detalle a añadir es que Bonaparte había invadido y conquistado a Holanda en 1810, formando con ella el Departamento del Escalda que el curso incorpora poco después al Imperio francés. Lo pertinente al caso venezolano y latinoamericano es que con esa posesión, Bonaparte devenía amo colonial de la Guayana holandesa o Nueva Holanda y con ello entraba a tener frontera sobre el río Orinoco, en la brutal práctica imperial, independientemente de que Holanda no tuviera poder legal sobre la región Esequiba, pues tal posesión era su vocación, como entidad repetidora de la Holanda europea. Competía por todo eso, a las tropas napoleónicas expulsar de Guayana a los ingleses, entrados allí, recuérdese, por expansión de su conquista de Trinidad. Dicho con otras palabras, Napoleón había removido la llave inglesa interpolada en el canal intersuramericano. No lo notó el mundo, no lo nota la historia, pero esta remoción constituye un acto de fuerza que calza y se integra perfectamente como acto político de jerarquía continental, virtualmente mundial, con las ofertas que hace a Jefferson. ¿Ofreció también su venta a los norteamericanos? ¿Se reservaba su posesión para posterior conquista de América del Sur? Al encuentro de esta última posibilidad va la obra del geógrafo De Pons, a su servicio, que entre 1806 y 1808 publicara un libro, sólidamente basado en sus observaciones personales sobre Venezuela durante seis años, en el que señala, según el artículo François De Pons, del *Diccionario Polar*,

«...razones políticas que aconsejan la cesión de la capitania general de Venezuela a Francia; necesidad de hacerle una fuerte oposición a Inglaterra y de apoderarse de algunas posesiones españolas en América; y posibilidad de que se le nombre agente del Gobierno francés en Venezuela».

Cabe recordar que, cuando recién nacía, la Revolución Francesa había enviado a Francisco de Miranda a controlar a Holanda y que debió tener idéntica claridad respecto a las anexidades guayanesas que ganaría con aquella acción, frustrada por el intento de Dumoriez y Orleans, jefes máximos de aquel ejército, de utilizarlo para destruir la Revolución.

Capítulo 13

«¿Es que trescientos años de calma
no bastan?»

De momento, tales cosas no se sienten en Caracas. Para enfrentar al realismo que respira con buena salud en el seno de la Independencia venezolana, Francisco de Miranda participa en las sesiones de un club político al que no sería nada exagerado calificar de jacobino. Después de viejo se emociona o finge emocionarse con las radicales y largas tiradas de Coto Paúl y con las disertaciones del joven oligarca Simón Bolívar, que en una ocasión inspiradísima, respondiendo a quienes piden en el Congreso ponderación para decidir acerca de la Independencia, y repiten que las grandes decisiones deben tomarse con calma, lanza una frase inmortal: «¿Es que trescientos años de calma no bastan?».

Otro motivo de escándalo, ya más de costumbres, es la asistencia de mujeres a las sesiones, incluso sin pañoleta. Esto hacía la alegría de algunos, principalmente de José Félix Ribas, a quien Mariano

Picón Salas³³ describe como «colector de toros, deportista, buenmozo que, cansado de bailar y enamorar mujeres en los bailes de los mantuanos, la ha dado por el pueblo llano». Muy conspirativa, muy radical, es la Sociedad Patriótica.-

Los partidarios de la Independencia están divididos por los celos de poder. Se escoge a tres presidentes que se rotarán en el ejercicio del mando, por miedo a que uno que actúe sólo se haga demasiado poderoso. Y se vive una furia de federalismo. Mientras España se prepara a reconquistar las provincias alzadas y otras potencias mundiales tienden sus estrategias sobre el subcontinente, las regiones venezolanas pugnan entre ellas. Cada delegado de una provincia interiorana vocea en representación de su oligarquía regional su inconformidad con la principalía de Caracas. Caracas es la más grande y la más poblada. La sola gobernación de Caracas tiene más población que el resto de Venezuela. Esto es intolerable, los representantes de Valencia, San Sebastián, el Tocuyo, Barquisimeto, San Carlos, entre otras, solicitaron como condición para federarse, que se dividiera la Provincia de Caracas³⁴. Y por supuesto, Caracas está representada por su oligarquía, fuerte y rapaz. Bolívar describirá este temprano virus en el Manifiesto de Cartagena:

«La subdivisión de la provincia de Caracas proyectada, discutida y sancionada por el Congreso federal, despertó y fomentó una enconada rivalidad en las ciudades, y lugares subalternos, contra la capital: “la cual, decían los congresales ambiciosos de dominar en sus distritos, era la tirana de las ciudades y la sanguijuela del Estado”.../...De este modo se encendió el fuego de la guerra civil en Valencia, que nunca se logró apagar con la reducción de aquella ciudad: pues conservándolo encubierto, lo comunicó a las otras limítrofes, a Coro y Maracaibo: y estas entablaron comunicaciones con aquellas, facilitaron, por este medio, la entrada de los españoles que trajo la caída de Venezuela»³⁵.

Apenas en los inicios de su carrera, Bolívar está mostrando una visión que trasciende los objetivos propios del miembro nato de la oligarquía caraqueña que era, en busca de cosas grandes.

La idea federal, justa en cierta medida, salía, como ha sucedido siempre en la Historia de Venezuela, sólo cuando servía para poner a la Patria en peligro de muerte.

«Pero lo que debilitó más el Gobierno de Venezuela —continúa el Libertador en el Manifiesto de Cartagena— fue la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales, y constituye a las naciones en anarquía.../...Tal era el verdadero estado de la confederación. Cada provincia se gobernaba independientemente; y a ejemplo de éstas, cada ciudad pretendía iguales facultades alegando la práctica de aquéllas, y la teoría de que todos los hombres, y todos los pueblos, gozan de la prerrogativa de instituir a su antojo, el gobierno que les acomode».

Era una pequeña guerra que se libraba dentro de la Guerra de Independencia. El futuro Libertador adversó el federalismo, don Francisco de Miranda más aún, la experiencia de Francia lo hacía verlo con horror.

Prisión de Miranda y fin de la Primera República

Mientras tanto, amenaza a la República un marino militar hispano, Domingo Monteverde. Avanza, feroz. Los jefes oligarcas de las tropas independentistas no pueden enfrentarlo. O no quieren, pues muchos están celosos del poder de Miranda, y del poder de Caracas. Miranda habla, dice, pero en el fondo parece dar tiempo al tiempo, oportunidades a la mediocridad, ejecuta lo que en el lenguaje venezolano se llamaría «dejar —a la oligarquía— que guaralee». Las derrotas parecen premiar este «darle tiempo al tiem-

po» mirandino, van anulando a los oligarcas hasta que tienen que aclamar Dictador al que sospechan de enemigo, de agente inglés, de hombre que sonríe cargado de odio. Miranda parece que pelea pero, como escribe el citado Picón Salas: «Hay algo inescrutable en sus designios». Los oligarcas parece que ejecutan sus órdenes.

Miranda vence en varias escaramuzas pero la pérdida de Puerto Cabello, la plaza donde se guarda el mejor parque independentista y es clave para la vida económica del centro de Venezuela, que estaba en manos de Simón Bolívar, determina al general a la rendición. Viene el armisticio, en el cual Miranda logra cláusulas de alta filantropía y perdón para los patriotas. Hace subir varios baúles con sus pertenencias a un barco inglés que se ha acercado a La Guaira a recogerlo, pero desciende a tierra por razones misteriosas. Allí, a media noche, lo rodea un grupo de oficiales de sus mismas fuerzas, entre ellos Bolívar, Casas, etc. Parecen estar furiosos porque Miranda se va al exterior y ellos quedarán a la buena del terrible Monteverde. Tal vez sus razones participan del mismo misterio que ha impedido a Miranda dormir a bordo de la nave inglesa junto con su impedimenta. El episodio de la prisión de Miranda es uno de los grandes enigmas no resueltos de la historia venezolana.

Entregado a Monteverde, Miranda es enviado a Puerto Cabello, después a Puerto Rico y de allí a España, a la prisión de La Carraca, Cádiz, donde morirá mientras se concluían unos arreglos para su huida, gestionados por su agente bancario inglés. Bolívar mientras tanto está desplegando sus grandes alas de líder continental.

NOTAS

1. Mario Sanoja e Iraida Vargas: *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1974.
2. Diario *VEA*, 26 de agosto de 2007, Caracas.
3. Abate Barruel: *Historia de la masonería en la Revolución Francesa*. 4 vols., París, 1802.
4. Américo Carnicelli: *La masonería y la Independencia de América. (Secretos de la historia)*. 2 vols., Bogotá, 1970.
5. José Félix Blanco & Ramón Azpúrua: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, Vol. I, p. 285. Ediciones de la Presidencia de la República, Comité ejecutivo del Bicentenario de Simón Bolívar, Caracas, 1977.
6. V. S. Naipaul: *La pérdida de El Dorado*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, CA., Caracas, 1971, p. 163.
7. José Félix Blanco & Ramón Azpúrua: *Op. cit.*, Vol. I, p. 313.
8. Horacio Cabrera Sifontes: *La verdad sobre nuestra Guayana Esequiba*, Monte Ávila Editores, C.A. Caracas, 1987, p. 54.
8. V. S. Naipaul: *Op. cit.*, p. 178.
9. José Félix Blanco & Ramón Azpúrua: *Op. cit.*, Vol. I, p. 313.
10. *Ibid.*, Vol. I, pp. 285-311.
11. *Ibid.*, Vol. II, p.15.
12. *Ibid.*, Vol. I, p. 305.
13. Francisco de Miranda: *América Espera*, Recopilación de documentos, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1982, PP. 195-197, 1982.

14. V. S. Naipaul: *Op. cit.*, p. 202.
15. José Félix Blanco & Ramón Azpúrua: *Op. cit.*, Vol. I, p. 345.
16. Emilio Ocampo: *La última campaña del emperador: Napoleón y la independencia de América*, 2ª. ed., Claridad, Buenos Aires, 2007, p. 14.
17. Leonardo Altuve Carrillo: *Humboldt visto por Bolívar y Bismarck*, [Publicación patrocinada por el Ministerio de la Defensa], Caracas, 1977.
18. Alejandro Humboldt: *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Editorial Porrúa, S.A., Argentina, México, 1973, pág. créditos.
19. *Ibid.*, p. 4.
20. Wikipedia, artículo Humboldt.
21. *La integración iberoamericana*, p. 181, New Benjamin Franklin House, Nueva York, 1986./ Paul Georgescu Pipera: *Los ríos de la Integración suramericana*, Universidad “Simón Bolívar”, Instituto de Altos estudios de América Latina, Caracas, 1984. / Georgescu Pipera, Paul y Constantino: *Integración fluvial suramericana, South American River Integration*, Fundación ORIAMPLA, Caracas, 1993.
22. Wikipedia, *cit.*
23. Leonardo Altuve Carrillo: *Op. cit.*
24. Carlos Pereyra: *El mito de Monroe*, Editorial Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1969, p. 89.
25. Thomas Jefferson, *Writings, Official and Private*, Tomo II, pp. 325-26, 397.
26. Autores varios:, *De Ocumare a Segovia*, Alcaldía Mayor de Caracas, Caracas, 2007, p. 15.
27. Caracciolo Parra Pérez: *Bayona y la política de Napoleón en América*, Caracas, 1939, pp. 73-99. / Miguel Artola: «Los afrancesados y América», *Revista de Indias*, Año X, N° 37-38, pp. 541-578, Madrid, 1949.
28. Caracciolo Parra Pérez: *Documentos de cancillerías europeas sobre la Independencia venezolana*, Vol. I, Sesquicentenario de la Independencia, Caracas, 1962, p. 59.

29. Carmen Bohórquez: *Francisco de Miranda, precursor de las independencias de América Latina*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 2006.
30. José Luis Salcedo Bastardo & José Rivas Rivas: *Bolívar, su vida, obra y pensamiento*, Editorial Lisbona, Caracas, 1981.
31. Emilio Ocampo: *Op. cit.*, p. 19.
32. Carlos A. Villanueva: *Napoleón y la Independencia de América*, [Edición del autor], París, 1929.
33. Mariano Picón Salas: *Miranda*, Monte Ávila, Caracas, 1996.
34. Jorge Olavarría: *Dios y Federación*, Ediciones para la Fundación de una Nueva República, Caracas, 1988.
35. Simón Bolívar: *Siete documentos esenciales*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1973, p.19.

III

1813-1824

GUERRA DE INDEPENDENCIA

Manifiesto de Cartagena – La Escuela de Cristo – El incendio Boves – Episodios que tocarán el destino – Napoleón invitado a Cartagena – Jean Lafitte – Llave inglesa a la unidad de América del sur – La carta de Jamaica – Con José Bonaparte – Congresillo para destituir a Bolívar – Fusilamiento del general Carlos Manuel Piar ¿príncipe de Braganza? – Legión británica – Napoleón y Nicaragua – Coronas en América – Congreso de Angostura – Liberación de Nueva Granada – Golpe de Estado masónico en Madrid – Conspiración por Cuba – Abrazo de Bolívar y Morillo en Santa Ana – Se abrió el rollo del cielo – República Democrática de Maracaibo – Arrodillarse ante el tirano – Carrera tras el Perú – Batalla de Carabobo – Campaña hacia el sur del continente – Bolívar y Manuela Sáenz – Choque de San Martín y Bolívar en Guayaquil – Por qué no se nombra a Harrison – Proyecto de Chateaubriand para hacer a Bolívar rey – Mi Delirio sobre el Chimborazo – El «Bolívar» de Marx – Endeudamiento hispanoamericano en libras esterlinas – Hacia la Doctrina Monroe – Doctor Manuel Torres, autor de la Doctrina Monroe – Sistema británico de Estados tapón – Batalla de Ayacucho.

Capítulo 1 Manifiesto de Cartagena

Mientras Domingo Monteverde desataba persecuciones terribles y el futuro Libertador huía a Nueva Granada, la Venezuela de trabajo y misa escuchada íntegra sigue existiendo, tanto la de ricos como la de pobres. Una vez venida la calma, los criollos y las autoridades españolas retoman la dirección de la sociedad. A excepción de los intentos populistas de José Félix Ribas, las luchas de los criollos tuvieron distancia con las necesidades, intuitas, informulas, de los pardos y esclavos que durante la revolución, se identificaron mayormente con las fuerzas sostenedoras del orden colonial. Se les dificultó la percepción de las ideas republicanas. Pero la vida no es perfecta, comienzan a brotar manchas en el que fuera cuerpo de apacibilidades o resentimientos económicos acallados. Los señoritos han expuesto ideas y todos las han oído.

Desde Nueva Granada, Bolívar enjuicia la forma política de la «Patria boba», como la llamó con el tiempo la ajustada opinión popular. Indignado, enumera en el Manifiesto de Cartagena:

«Tuvimos filósofos por legisladores.../...a cada traición seguía un perdón, a cada perdón una nueva traición, que era a la vez perdonada»¹.

Al hablar de lo que ha dejado atrás, Bolívar está comentando lo que tiene enfrente, porque en Nueva Granada se repiten el federalismo y la excesiva libertad que derrotaron a la Independencia.

Una atmósfera de joven genio rodea al Libertador en el puerto cartagenero. Mantiene amores con dos hermanas al mismo tiempo y pasa semanas con ellas en un barco, ignorando las solicitudes militares. Por su enorme poder geopolítico, Cartagena es el puerto más amurallado de América². Con cinco círculos concéntricos la han protegido sus constructores para permitir que el clima y las enfermedades vayan frenando a los virtuales sitiadores hasta mermar de tal modo sus fuerzas que se vean obligados a retirarse. Son anillos de hierro y piedra, formados por cañones y murallas, integran un conjunto de baluartes con forma de estrella. Para proteger la ciudad de ataques hechos desde las aguas interiores de la bahía de las Ánimas se erigió el fuerte de San Sebastián del Pastelillo. Para protección ante un ataque por tierra desde el valle de la Popa, está sobre el cerro de San Lázaro el fuerte de San Felipe de Barajas. Este es el segundo anillo, el tercero comprende, por el norte, las murallas de la ciudad y el fuerte de Santa Cruz o Castillo Grande y, a la derecha, el fuerte de San Juan de Manzanillo. Este tercer anillo se cierra con un puesto avanzado o muralla sobre la que están emplazadas algunas piezas de artillería. El cuarto anillo lo es una escollera submarina construida entre 1771 y 1778 por Antonio de Arévalo. Ésta impide la entrada a buques de gran calado, con lo que se obliga que todo el tráfico de ingreso a Cartagena de Indias se efectúe por Bocachica, al sur, de fácil defensa por su estrechez. Por si esta fuera poco, está el quinto anillo: en Bocachica se alza el fuerte de San Fernando, construido con los restos del antiguo fuerte de San Luis, demolido por el almirante inglés Edward Vernon en su retirada tras su derrota por don Blas de Lezo en 1741. Vernon es la admiración de don Jorge Washington, que ha dado a su casa el nombre de Mont Vernon. Al castillo de San Fernando se añaden las baterías del Ángel San Rafael y de Santa Bárbara sobre la isla de Tierrabomba, y el fuerte batería de San José, sobre Barú. Menudean en Cartagena los armadores, los importadores, que a veces son agentes secretos, también los corsarios. Varios son

franceses, veteranos de la expedición del general Leclerc a Haití. Desaparecían durante meses, ocupados en asaltos en el Caribe o envueltos en la guerra de los Estados Unidos, donde actúan contra Inglaterra, como napoleónicos que son. Tenían base en Nueva Orleans y el Mississippi además de en Cartagena. Si se recuerda que lo buscado por Norteamérica en aquella guerra es conquistar la América española, hay que considerar a esos corsarios como soldados franceses instalados adentro del puerto, tal vez aguardando la orden de asaltarlo. Uno de esos corsarios es Luis Aury. De aspecto peligroso, ha difundido el rumor de que desertó de la marina francesa en Nueva York al saber que Napoleón se coronaba. Quizá sea falso, más parece napoleónico. Posee varios barcos bien armados, se sabe que colabora con las fuerzas del general norteamericano Jackson. Y otra cosa, tiene por director espiritual a un político venezolano, Pedro Gual, que estuvo muy cerca del general Miranda. Gual y Aury anduvieron juntos en Baltimore en alguna aventura política. En mayo de 1813 Aury entra en son de invasión a la bahía enarbolando en todas sus naves, la bandera de la república de Cartagena, declarada país distinto y separado de Nueva Granada.

Bolívar adversaba este plan y en general toda fragmentación de territorio, creación de estados tapón, etc., pero no estaba en Cartagena pues, con apoyo del gobierno de Nueva Granada, había cruzado los Andes al frente de una tropa. Va hacia Venezuela, su campaña será bautizada de Admirable a causa de la fila de éxitos que la jalonan. Se le adhieren Barinas y el Táchira. La muy conservadora ciudad de Mérida le saluda como Libertador, un título que le ratificará Caracas en acto de aclamación que tiene por escenario la iglesia de San Francisco. Para intentar demostrar que ya desde tan temprano, Bolívar propendía al poder absoluto, Rafael Diego Mérida escribirá que una docena de muchachas de la alta sociedad caraqueña tiraban del carro donde desfiló, de pie, con la corona de

laureles en la frente, en actitud de César. Está naciendo la Segunda República venezolana.

Napoleón invitado a Cartagena. Jean Laffite

Al mismo tiempo, Cartagena ha enviado un mensajero ante Napoleón a pedirle que la conquiste, es Manuel Palacio Fajardo. Él y un Delpuech con quien se ha asociado, obtuvieron una audiencia personal con el Emperador a quien entregaron correspondencia solicitando no sólo armas y municiones, sino autorización para reclutar en Francia oficiales, ingenieros y obreros. Es una manera disfrazada de toma francesa del puerto. Estimulaban la respuesta favorable con la siguiente descripción³:

«La Provincia de Cartagena es actualmente gobernada por un Presidente que asume todas las facultades legislativas, y por un Tribunal de Justicia: ella da su nombre a la Capital que tiene una población de 40,000 almas. Esta es una plaza de guerra de primer orden, bien fortificada; su puerto inmenso y bien defendido, es el más seguro de todos los de la América del Sur; es por este puerto por donde todo el Virreinato de Santa Fe negocia con las Antillas, Jamaica, y los Estados Unidos. Es sobre todo Jamaica la que obtiene las más grandes ventajas de estas Negociaciones, pues independientemente de la producción de oro en polvo, que recibe a cambio de sus mercancías, se calcula que cada año el comercio inglés exporta más de seis millones de piastras en oro y plata amonedada».

Si recordamos que el comercio inglés era la preocupación de Bonaparte, concluiremos que no presentaban el negocio como malo. Y tienen prisa, pues añaden:

«El emperador no tiene ninguna necesidad de dominar a la Península para libertar a la América, esta le tiende los brazos, llamándolo para que la sustraiga del yugo de españoles, portugueses e ingleses».

Finalizan:

«Para resistir a estos enemigos (la Junta Central de Cádiz y el Regente del Brasil) y para el establecimiento de relaciones entre Francia y la Tierra Firme, el Gobierno de Cartagena, que defiende con las armas su libertad, y el de Caracas, invadida después del terremoto que debilitó sus medios de defensa, solicitan por medio de sus Enviados la protección del Emperador y Rey».

Palacio resume la respuesta de Bonaparte en su informe a la junta cartagenera que lo ha enviado⁴ así:

«El Emperador se impuso de las proposiciones, sintiendo vivamente que la misión le hubiera sido hecha en un momento tan crítico para la Francia: “un año antes (éstas fueron sus palabras) Cartagena habría recibido recursos de toda especie, sin que la presencia de un soldado francés hubiera desmentido la liberalidad de sus intenciones”. Sin embargo, se resolvió despachar una fragata, conduciendo algunos oficiales, fusiles y otros artículos, con arreglo a la nota que yo había pasado, a petición del duque de Bassano».

Pero advienen derrotas de Bonaparte que el informe ensaya a describir así:

«Cuando aquélla (la fragata) debía atravesar el océano, los enemigos de la Francia se acercaban rápidamente hacia el Rin, y el Emperador, desentendiéndose de toda otra operación marchó a su encuentro. Las batallas de Lutzen y Bautzen, el armisticio, el Congreso de Praga sucediéndose con precipitación, ocuparon exclusivamente sus cuidados. Llegó el día en que él debía ser humillado a su turno, y su caída desplomó la única columna de la independencia del Nuevo Continente».

El estudio de Emilio Ocampo apunta las consecuencias de la invasión de Napoleón a Rusia y su derrota con datos que corroboran

las afirmaciones de Palacio acerca de la debilidad del emperador francés pero también muestran su persistencia en negociar la América española con los Estados Unidos⁵.

«Mientras regresaba de Moscú, Napoleón convocó al embajador norteamericano para cerrar una transacción, (sobre Texas) pero obstáculos inesperados impidieron que se reuniera con él. Aunque lo hubiera hecho, no hubiera podido cumplir con su parte del negocio, ya que Wellington amenazaba seriamente la permanencia de Joseph en el trono de Madrid. A pesar de la desastrosa campaña de Rusia, las colonias españolas siguieron siendo una prioridad para Napoleón».

Las posibilidades de intentar un golpe de mano napoleónico-norteamericano en Cartagena mueren. Pero sólo es de momento.

La Escuela de Cristo

Negadas al poder que ejerce el Libertador en Caracas son las provincias de Guayana, Coro y Maracaibo. Respecto a esta última, hay que entender que cuando se proclamó la Independencia hacían apenas 33 años de la creación de la Capitanía General de Venezuela y para los zulianos, o la oligarquía zuliana más exactamente, eso fue un atropello, la época de autarquía del Zulia era un recuerdo vivo y subsistía en Maracaibo el secreto deseo de separarse de Venezuela. La declaración de Independencia ofreció la coyuntura ideal para ello, por la vía de adherirse a España. El 19 de mayo de 1810, en una carta pastoral leída en Maracaibo, el Obispo Hernández Milanés exhorta a «no dejarse engañar por los díscolos y perturbadores de Caracas», advierte que «del juramento de fidelidad al Rey nadie podrá absolver».

La Iglesia de Caracas estaba tomando igual posición, pero el ayuntamiento de Maracaibo va más allá, proclama su adhesión a la Junta de Regencia de España. Munífico, envía a Jamaica 20.000 pesos para la compra de fusiles a favor de la Monarquía. El Marqués del

Toro, que era amigo personal del gobernador español de Maracaibo, Miyares, intenta convencerlo de sumarse a la causa independentista. Inútil. Otros delegados independentistas que llegan a Maracaibo son apresados y remitidos a la península y la ciudad envía a España un diputado, José Domingo Rus. Durante los próximos diez años -hasta 1821- Rus destacará en las Cortes españolas la importancia económica y las riquezas de Maracaibo, la posición geopolítica y la población. Solicita mejoras materiales para la ciudad. Su argumento político clave es la fidelidad de su provincia a la monarquía en contraste con la insurgencia de Caracas. Pide capitulación eclesiástica y creación de la Capitanía General de Maracaibo, con agregación de la Provincia de Río Hacha. He ahí la república del Zulia formulada como colonia española, es la segunda vez que se hace la solicitud: la primera fue dirigida a Carlos III.

En esta rivalidad entre provincias y en esta vinculación directa entre oligarquía o poder local de una provincia con el rey actúa una fórmula jurídica y política que se remonta a la época en que varios reinos coexistían en la Península. Vivían en guerras entre ellos. Aceptan subordinarse al rey pero no unirse a los otros reinos. Andalucía es distinta a Vasconia y Vasconia rival de Cataluña, y así. Ello reforzará un sistema de poder basado en la comunicación directa de cada reino con el rey, que es el árbitro ante quien van las quejas de todos. Y por supuesto, el rey estimula las rivalidades con aplicación de la idea de «dividir para vencer». En América, España impuso el mismo sistema, las provincias tratan los asuntos administrativos directamente con el rey y sus ministros, residentes en Madrid. Es un sistema cuya justificación fue redactada por Vittoria, un filósofo del separatismo del reino vasco respecto a España. La consulta se ejerce a través de los virreyes, capitanes generales o presidentes, y por las oligarquías regionales o «notables».

La Regencia complace al diputado Rus separando a Maracaibo de la Capitanía General de Venezuela y para 1813 la ciudad recibe por

parte de las Cortes reunidas en Cádiz, el título de «Muy Noble y Leal» por su conducta contrastante con las provincias alzadas. Duraría poco la separación, Fernando Séptimo al volver de su exilio, anuló todas las decisiones de la Junta de Cádiz.

Pero no todo Maracaibo era fiel a la monarquía española. Al tiempo que José Domingo Rus llegaba a Madrid a sus labores monárquicas, actuaba en Maracaibo un grupo clandestino de conjurados para la Independencia. Involucraba a oligarcas de Maracaibo y poblados vecinos, como Altagracia, Santa Rita, La Cañada y San Rafael de El Moján. Se llamaba «La Escuela de Cristo» y era una especie de cofradía cuya intención aparente era venerar un Cristo yacente que estaba en el templo de Santa Ana en Maracaibo, que todavía hoy existe. Un cronista narró las sesiones conspirativas así:

«...el templo y el piadoso objeto de la congregación alejaban sospechas. Encerrados de noche en el recinto y apagadas las luces, afuera sólo se escuchaba el murmullo de los rezos y el chasquido de las disciplinas penitenciarias. La suspicacia de la policía y la mala voluntad de los delatores se estrellaron en la astucia, vigilancia y silencio de los maquinadores, largo tiempo después de fundada la Escuela de Cristo.../...Azotaban los pilares de la iglesia y para desorientar la curiosidad de los transeúntes recitaban en voz alta letanías. Mientras tanto se hallaban sentados en la forma circular diplomática, cinco sujetos de gravedad, circuidos de un número, más que doble, de pie. Por los respetos y atención que a ellos se tributaban vislumbrábase su superioridad e influencia en el movimiento. En efecto, lo que posteriormente se ha llamado comité, entonces junta, es decir, la dirección y autoridad de la revolución, reposaba en ellos; y bien la merecían y bien la desempeñaban y bien purgaron esa honra y bien respondieron a las confianzas de sus comitentes, si no con éxito cumplido, por su mala estrella, con la entereza y dignidad

que desplegaron en la adversidad y en la agonía de la muerte o en las vejaciones del presidio y el cautiverio».

Sí, mala estrella hubo para los conjurados de la Escuela de Cristo. Habían escogido para el alzamiento un día 12, pero uno de los últimos afiliados al movimiento los denunció. El gobernador español ordenó la captura de todos los miembros de la Escuela. Vendrían nueve años de paz realista en la provincia.

Capítulo 2 El incendio Boves

Las noticias de todo esto llegaron al gobierno de Cádiz, pero éste no muestra fuerza real para rescatar la lejana provincia. Quien alzará la bandera española en Venezuela será José Tomás Boves, un espontáneo, como llaman en el lenguaje taurino. Su comando inicial es la bodega que posee en Calabozo, su vivencia formadora de ideología las fricciones con sus proveedores, hacendados ricos, simpatizantes de la causa bolivariana. Boves desata la guerra, poniendo al descubierto verdades del tipo que no nombraban los libros, verdades de odios menudos, venganzas, todas sociales, siempre sociales. Como se ha dicho antes, ni negros, ni pardos, ni zambos, ni mestizos en general se sienten representados en los señoritos acaudillados por Bolívar, los ven como unos aprovechadores que quieren sacar del poder a los hombres de España para instalarse ellos. Los pardos y demás gente de «quebrado color» temen a los amos de haciendas y minas más que al rey. Saben que los criollos, amos directos, quedarán sin cortapisas para ejercer su poder si logran apartar a España.

El incendio Boves —es nacido en Asturias— calienta el llano venezolano y de allí corre, siguiendo su vocación ígnea, a Valencia,

Maracay, La Victoria y la mismísima Caracas. Se vive la «Guerra a muerte», que ha decretado Bolívar a su paso por Trujillo. La Guerra a muerte es la guerra de verdad, la que no quiso hacer Miranda. Sanguinaria, atroz, inmisericorde, son palabras apropiadas para calificarla. El padre Arturo Sosa en un cuaderno del Curso de formación socio política de la época comunista de los jesuitas, aborda su mecánica interior en una dinámica de aspiraciones de grupos que parecen a veces saber lo que buscan y en otros no:

«Todos los defensores del orden colonial de Venezuela no pueden recibir con buenos ojos la Constitución de Cádiz aprobada por España, pues resulta tan contraria a sus intereses como la república de 1811».

Cuando se restablece en la Península el poder del Rey (Regreso de Fernando Séptimo de su exilio en Francia, absolutismo que empieza con la derogación de la Constitución liberal aprobada en su ausencia) se sienten apoyados y cambian las cosas en el rumbo del proceso emancipador. El poder real restablecido tiende en lo social al retorno del orden anterior desalentando así las esperanzas igualitarias de los pardos y frustrando las aspiraciones libertarias de los esclavos. Además, su restablecimiento trae consigo la ola de represión incontenible que aleja toda posibilidad de reconciliación entre los bandos en pugna.

Los patriotas conocen el triunfo en la batalla de La Victoria, pero es alegrón de un día, Boves y sus llaneros portentosos en el acto de pelear, caen sobre Caracas y provocan la penosísima emigración a Oriente, huida masiva que busca Cumaná y Maturín como sitios de refugio. Antonio José de Sucre y José Antonio Anzoátegui se distinguen como cuidadores de la muchedumbre desesperada.

Un momento capitular de la huida a Oriente es la masacre de la Casa fuerte de Barcelona, que fuera sede del tribunal de la Santa Inquisición para el Oriente de la provincia de Venezuela. Continúa la huida. Alguien pondrá fin a esto, se llama Pedro Zaraza, que se

«apersonó» en el asunto esgrimiendo un lema que rezaba «O se rompe la Zaraza o se acaba la bobera». Bovera por Bobes, que tenía que acabarse, pero también bobera por aquello de la Patria boba, a la cual estaba decidido a ponerle fin. Zaraza es nombre de una tela, también puede romperse el hijo de Dios que se apellida así. Sus procedimientos no serían calificables de delicados, va directo a matar al símbolo del terror español. En Urica termina el mito Boves.

En sí, militarmente, Urica no ha sido una victoria para los independentistas, fue una derrota más de las muchas que llenan este terrible 1814. Pero la guerra se vuelve más social. Los pardos y negros esclavos que siguen a los caudillos populares, esgrimidores de la bandera del Rey, representan anhelos opuestos a los de los señores ricos que también defienden la causa española. Ideas y aspiraciones sociales muy fuertes están corriendo por el llano venezolano. No es fácil que continúen confundidas.

Entre tanto, Fernando VII ha sido liberado por Napoleón Bonaparte, que se ve con el agua al cuello. Tiene tiempo de ocuparse de aquellas provincias americanas, a las que ve como malagradecidas, rebeldes a su señor natural. Despacha para ellas, con encargo de someterlas, a Pablo Morillo, un oficial de carrera magnífica e ideología liberal, que se ha elevado de simple soldado raso a general por méritos en las batallas contra Napoleón.

El 16 de febrero de 1815 Morillo zarpa de Cádiz en barcos grandes y bien apertrechados. Pero hay alguien que no duerme, pues el buque insignia de la armada morilleana vuela en millones de pedazos frente a la isla de Margarita sin que se logre identificar a los responsables. Morillo llega a Venezuela. La cantidad de soldados que trae es imponente. Pero Bolívar recluta a José Antonio Páez.

Estaba el llanero en el hato Cañafistolo entregado a su deporte favorito de desnucar toros, cuando lo visitó el patiquín caraqueño. Dijo estar buscando al general José Antonio Páez.

— No conozco a ese general. Yo soy José Antonio Páez

— Desde hoy es general. Yo lo nombro.

El episodio sucede en un mínimo rincón de llano salvaje, muestra el poderoso instinto político de Bolívar. Está colonizando con sus palabras de caraqueño petulante que se presenta inesperado, superior y amigo, al que será el líder de los llaneros, heredero de la cauda que ostentó Boves, el asturiano. Los hombres que van a seguirlo son fuertes, altivos, sufridos ante las penalidades, valientes, terribles peleadores; adorarán al “catire” Páez, que es como ellos pero más que ellos, capaz de vencer a cualquiera en duelo de hombre a hombre. Las hazañas de Páez comenzaron con la acción de Mata de la Miel (16 de febrero de 1816) cuando derrotó, con sólo 500 hombres, a 1.800 soldados españoles. En la batalla de Mucuritas 1.100 llaneros bajo su mando derrotaron al general español Miguel de la Torre, que dirigía un ejército de 4.000 soldados. Esta gloria guerrera tendría su ítem más subido en la batalla de Las Queseras del Medio cuando, en lo fuerte de la batalla, Páez finge huir y de pronto grita: «¡Vuelvan caras!», y la tropa de sólo 150 llaneros detiene sorpresivamente los caballos, vuelve la cara hacia sus perseguidores, se abre sobre el terreno, con lo cual rodea a los 7.500 soldados que mandaba el realista Pablo Morillo, y procede a alancear a los sorprendidos, en un movimiento que se parece al de unas agujas tejiendo. Es tejido terrible, se conoce en la historia militar como «El ternejal». Morillo escribirá a su reina que en comando de soldados semejantes pondría a Europa a sus pies. El mito Páez crece, los llaneros lo llaman «el taita», que es más que el padre y que el abuelo.

Capítulo 3 Llave inglesa a la unidad

de América del Sur

La Segunda guerra de Independencia norteamericana había concluido con una victoria británica. Un punto culminante de ésta fue la toma y asalto del Congreso estadounidense por las fuerzas del almirante inglés Alejandro Cochrane. Los hombres de Cochrane quemaron el Capitolio de Washington y con él el Acta de Independencia de los Estados Unidos. Pero asombrosamente las tropas británicas se retiraron de territorio norteamericano sin retener nada. Abordan sus barcos sin reconquista de la que fue colonia de ellos, no hay modificación de fronteras, control de territorios, nada de lo que caracteriza universalmente a la victoria militar. ¿Cómo es que los ingleses dilapidan la victoria? ¿Para qué entonces se había hecho la guerra?

En verdad la información de Mérida Figallo aparece como la más coherente: justamente la suspensión de la extensión norteamericana a la América española —(mantenimiento de las fronteras inalteradas)— debió ser el resultado de la victoria británica. Dos hechos fuertes, definitivos incluso, corroboran esto, el Tratado de Londres y las decisiones del Congreso de Viena. Firmado en 1814, en los mismos días de la derrota norteamericana, el Tratado de Londres oficializa la «compra» por Inglaterra a Holanda de Demerara, Berbice y el Esequibo. Que se usara la figura de la compra y no la del derecho de conquista del vencedor es secundario (probablemente asunto de estabilizar la conquista o de disimularla) el hecho central es que con el Esequibo Inglaterra controla el apostadero clave de dominio de América del sur, incrementando, al añadirlo a Trinidad, en poder inglés desde 1797, el tamaño y la presencia de la que hemos denominado llave inglesa intercalada con función taponante de un canal intersuramericano virtual. Además de impedir la unidad de América del Sur, este tapón problematiza para el futuro la anexión de América del sur a los Estados Unidos,

que se haría por concatenación del canal suramericano con uno, norteamericano, de unión de los ríos Mississippi-Illinois-Grandes Lagos. Además, captura terrenos muy fértiles, que en algunas partes contienen diamantes. Aquí está latiendo uno de los líos de límites que moldearán secretamente la política de presidentes, golpes de Estado y elecciones de Venezuela.

En realidad era a Napoleón Bonaparte a quien se arrancaba el Esequibo. Recordemos que había dominado a Holanda en 1810, presumiblemente con idéntico programa respecto a Suramérica. En 1814, había debido retirarse del poder a raíz de su regreso derrotado de Rusia y está prisionero en la isla de Elba, lo que permite la firma del tratado de Londres. Y ello sucede *justamente en los días en que concluía la Segunda guerra de Independencia norteamericana*, por lo que, si conocemos la alianza napoleónico norteamericana para el dominio del continente hispanoamericano, podemos ratificar la percepción de un plan enorme, oculto y derrotado. Y sentir que la Gran Bretaña ha vencido a sus dos enemigos al mismo tiempo y que cobra el botín suramericano reforzando sus piezas.

También cobró en territorio europeo, el río Escalda queda bajo su poder directo. A Holanda se le dejó la parte de Surinam.

Acerca del Congreso de Viena hay que decir que desde el 1 de noviembre de 1814 se han reunido allí los ganadores de las guerras contra Napoleón para un extenso reparto. A Rusia tocan partes, a Austria otras. Aunque Fernando VII tuvo cierto apoyo moral, no consiguió más, al menos públicamente. Gran Bretaña se anexionó la colonia de El Cabo en Sudáfrica, Ceilán (en la actualidad Sri Lanka), isla Mauricio, Helgoland, Malta, las islas Jónicas y ratificó su posesión sobre la Guayana.

Hay otra lectura del desconcertante fin de la Segunda Guerra de Independencia norteamericana, la emite el partido antibritánico norteamericano, vindicador de las posiciones que hicieron la Independencia de ese país, o sea de algo de suprema importancia para Norteamérica. Según ellos, Inglaterra no se retiró con las manos vacías. Habría en el tratado de Gante, que dio por concluida la guerra, cláusulas secretas, económicas, supuestamente eternas, por las cuales Inglaterra recolonizó económicamente a los Estados Unidos. A los ingleses no les habría interesado dominar otra vez el enorme y complicado territorio norteamericano, sólo aspiraron a poseer enclaves de economía profunda. Señalan que cuando los Tratados de Gante cumplieron el masónico tiempo de un siglo —1914— se pasó a una segunda etapa, de acentuación de la recolonización, para la cual se creó el Banco de la Reserva Federal norteamericana. Misteriosa recolonización en verdad es esta, que no se explica en detalle; pero —hay que decirlo— es creída por un porcentaje tal vez mayoritario de los norteamericanos, que igual milita en el partido Demócrata que en el Republicano y es campesino, ultraconservador, radicado mayoritariamente en los estados de la costa Oeste. En Latinoamérica las recolonizaciones son desconocidas, se asume que una vez ida España de América, no volvió. En todo caso, estas ideas no niegan las explicaciones geopolíticas precedentes, serían paralelas a ellas.

Los días son conflictivos, en medio de la debacle del napoleonismo que corre por París es tomado preso el delegado de Cartagena, Palacio Fajardo, por las entrantes autoridades antinapoléonicas. Escribirá su agradecimiento a Humboldt, por cuyo valimiento «obtuve del Ministro de la Policía Mr. de Begnau, la relajación de la orden expresada». También tiene Humboldt, pues, vara alta en el gobierno adverso a Bonaparte.

De pronto las sesiones del Congreso de Viena se suspenden, los importantes diplomáticos huyen hacia sus capitales. Es que

Napoleón, que había sido confinado en la isla de Elba por los vencedores, ha huido de ésta y regresó a Francia proclamándose inmediatamente emperador. Declara ofreciendo constituir una Anfitionía al estilo de la que formaban las ciudades griegas enfrentadas a los persas y al estilo de la que ofrecerá Bolívar en la Carta de Jamaica. Es un gesto conciliador, de compartir el poder con otros poderes, pero es demasiado tarde, sus enemigos lo derrotan nueva y definitivamente en la batalla de Waterloo el 18 de junio de 1815 y le obligan a renunciar.

Retirado por unos días a su residencia de Malmaison mientras los triunfadores le disciernen el pasaporte para pasar a los Estados Unidos, sitio señalado para su exilio, Bonaparte ordena a su bibliotecario enviarle todos los libros relacionados con América. El resto de su enorme biblioteca irá a los Estados Unidos. Lee *Voyages aux Régions Équinoxiales du Nouveau Continent*, de Humboldt y Bonpland, y declarará considerarlo un libro «particularmente interesante». El valimiento del científico sigue abarcando por igual un bando que el otro. Y llamó a Bonpland para hablar de la situación en América española, en una muestra de que, tal vez más que antes, su interés es la América y enfáticamente la América hispana. Discutiendo con uno de sus secretarios, quien temía que las potencias europeas presionaran al gobierno de Estados Unidos para que lo expulsara de su territorio, Napoleón rechazó los argumentos del secretario y paseándose mentalmente por la América española, se fijó como sitio de implantación México. «Y si los mejicanos no me quieren —añadió— me iría a Caracas. ¡Y si no fuera bien recibido allí —añadió— me iría a Buenos Aires!».

Mientras lo anterior sucedía en Europa, el general Pablo Morillo intentaba dominar a Venezuela mediante represiones terribles. Pero con Bolívar, el gran guerrero Páez y otros libertadores en contra, la cosa no le es fácil. Finalmente triunfa. Luego pasa a la Nueva Granada y toma a Cartagena a sangre y fuego. Las islas

del Caribe se plenan de patriotas que huyen llevando apenas una muda de ropa. Bolívar ha abandonado a Cartagena meses antes, en respuesta a las negativas de grupos localistas a reconocerle como jefe. Desde Jamaica, donde vive en una pensión barata y perseguido por los asesinos que le envía España, Bolívar remite una carta alarmadísima a Camilo Torres, presidente de Nueva Granada⁶. Era agosto 22 de 1815, el motivo de su preocupación es la lectura de un periódico recién llegado de Londres donde se anuncia una nueva fuga de Napoleón Bonaparte. El diario informaba que, a raíz de la batalla de Waterloo, Bonaparte había huido hacia América.

«Desgraciados de nosotros para siempre —escribe el joven revolucionario— si nuestra patria lo acoge con amistad. No puedo persuadirme que haya independientes tan enemigos de su patria que abracen el partido de Bonaparte.../...es casi cierto que la Inglaterra nos favorecerá con su poder si nos declaramos contra su implacable enemigo, quien si solicita un asilo, no es para vivir pacíficamente, sino para emplear el resto de su existencia combatiendo contra sus vencedores».

En otros párrafos denuncia los peligros que representaría para América la presencia de Bonaparte en su suelo, las guerras de los ingleses llevadas al sitio donde él se sitúe. Urge —dice— aclarar ante Europa que los revolucionarios hispanoamericanos detestan al emperador.

Pero, a contrapelo de lo que dice el periódico leído por Bolívar, Bonaparte no ha huido, tampoco cruza el Atlántico hacia América, ni del norte ni del sur. Inglaterra lo secuestró a bordo de un barco llamado el *Bellerophon* y lo condujo a Santa Elena, una isla pequeña situada en el centro del océano Atlántico, de donde es casi imposible escapar.

A partir de que pone pié en Santa Elena, el curso famoso deja de interesar a la gran historia, pareciera que ha muerto. Pero no era

así, estaba comenzando un segundo tomo de su biografía, tomo secreto. El mérito del ya citado libro de Emilio Ocampo es recuperar y documentar en 500 páginas la vida de Napoleón una vez que desaparece de la historia, mostrar que siguió haciéndola, y mucho.

Los corsarios franceses de Cartagena se activaban en planes de rescatar a Bonaparte y traerlo a ese puerto, donde habría de crear con ellos un imperio nuevo. Un sargento tenía la comisión de organizar el rescate, Dominique Young, asistente del pirata Jean Laffite. Garrido, aventurero, Laffite tiene autoridad de jefe entre sus iguales, que lo son de verdad porque la organización corsaria es comunista, por tradición de siglos. Laffite había militado del lado estadounidense en las batallas de Nueva Orleans. En 1846, ya hombre maduro y rico, viajará a Bruselas con una carga de dinero donada por una organización secreta de comunistas, para entregársela a Karl Marx, a fin de que pudiera escribir sin angustias el Manifiesto comunista⁷. Dominique Young desapareció en el Atlántico en una salida que tal vez aspiró a ser de rescate del corso.

Capítulo 4 La Carta de Jamaica

También en Jamaica, escribe Bolívar su famosa carta de ese nombre. Documento potentísimo, tenido por el más trascendental de los muchos que produjo su autor, en él el futuro Libertador —cuenta 32 años— es analista de formas constitucionales, historiador, sociólogo, propagandista, geopolítico y hasta mitólogo, y todo ello brillantemente. Escribe en forma de respuesta a un inglés al que no nombra más que como «Un caballero de esta isla».

La primera mitad del documento⁷ revisa la historia del continente con la óptica de la leyenda negra, como cabe esperarlo de quien

está en guerra con España. Se centra en las crueldades, su voz es la de los «americanos», distintos de los hispanos y distintos de los indios originales («somos un pequeño género humano», afirma). Aunque racialmente era casi totalmente español, habla como descendiente de Atahualpa, de los reyes aztecas victimados. Con ello, por cierto y quizá indeliberadamente, muestra el tamaño continental de su vocación. En esa línea temática redacta una sección donde reproduce un párrafo de la carta del desconocido interlocutor:

«Mutaciones importantes y felices pueden ser frecuentemente producidas por efectos individuales. Los americanos meridionales tienen una tradición que dice: que cuando Quetzalcoatl, el Hermes o Buhda de la América del Sur, resignó su administración y los abandonó, les prometió que volvería después que los siglos designados hubiesen pasado, y que él reestablecería su gobierno y renovaría su felicidad. Esa tradición, ¿no opera y exita una convicción de que muy pronto debe volver? ¿Concibe V. cual será el efecto que producirá, si un individuo apareciendo entre ellos demostrase los caracteres de Quetzalcoalth, el Buhda del bosque, o Mercurio, del cual han hablado tanto otras naciones? ¿No cree V. que esto inclinaría todas las partes?».

Esto es un llamado, receta insinuada o recomendación que lanza el inglés —que desde luego tiene sus puntas de mitólogo conspirador— al político joven. Le está sugiriendo encarnar esa figura mítica, ocupar el espacio que estaría vacante en el inconsciente colectivo latinoamericano, particularmente en el mexicano. Bolívar parece no simpatizar demasiado con la idea, analiza la matriz mítica como desvirtuada por las que el cristianismo hispano le ha sobreimpuesto en la mente colectiva. Siempre hablando de México, señala una experiencia:

«Felizmente, los directores de la independencia de México se han aprovechado del fanatismo con el mejor

acierto, proclamando a la famosa virgen de Guadalupe por reina de los patriotas, invocándola en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas. Con esto, el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión que ha producido un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esta imagen en México es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro profeta».

¿Diestro? Un profeta se supone inspirado, tal vez luminoso, quizá fuertemente habitado de las presencias superiores. Hablar de destrezas en un personaje así, aunque en un sentido cabal de la palabra puede ser exacto, sugiere farsa. La religión, tanto la del profeta como la que puede significarse en una virgen, es vista por el Libertador en este párrafo con la distancia del descreído, utilitariamente. Puede ser buena para usos de enfervorizamiento guerrero como los dados en México, o acaso en alianzas con el Papa y los religiosos como las que Bolívar gestionará después de 1820. Este texto podría responder a la interpelación que se han hecho algunos historiadores acerca de en qué grado era sincero el Bolívar que se arrodilló ante el arzobispo Lasso de la Vega o citaba a la virgen María.

Atraviesa toda la Carta de Jamaica el afán de presentar la Independencia de América española como cosa segura e inevitable, a pesar de los reveses de los patriotas, recientes y que el autor viene de vivir en primera persona.

La Carta de Jamaica le habla a un mundo marcado por la victoria británica de Waterloo. Todo cede ante la Gran Bretaña cuando Bolívar escribe en la menuda isla de la que el gran imperio es dueño. Todo cede y, qué problema, los ingleses son aliados de España. Eso ya estaba cuando Bolívar viajó a Londres en 1810 a presentarle a Arthur Wellesley la posición venezolana, ahora las cosas han avanzado a favor de Fernando Séptimo, regresado por sus com-

pletos fueros a Madrid tras la retirada de Bonaparte. El Libertador hace un llamado a los británicos a cambiar de aliado y apoyar la Independencia americana. Y, no habiendo aún recibido carta que le informe la prisión de Bonaparte, se alarma ante la posibilidad de que desembarque en América española. Le supone reforzado por un ejército de letrados y frailes, que, aunados a los soldados, repongan las costumbres conservadoras que la revolución ha tratado de extirpar.

De pronto lanza un elogio a Humboldt, citando la universalidad de sus conocimientos.

«En mi opinión es imposible responder a las preguntas con que usted me honra. (La carta es dirigida a Hyslop, un agente inglés con autoridad en varias islas del Caribe) El mismo barón de Humboldt, con su universalidad de conocimientos teóricos y prácticos, apenas lo haría con exactitud».

Es explícito el elogio y contrastante con la posición humboldtiana durante los últimos años, no sólo en auxiliar a Palacio Fajardo, cuya gestión Bolívar detestaba, pero que fue al fin y al cabo un acto de bondad, sino porque debía conocer el desvío con que el científico, demasiado famoso para pasar de incógnito, miraba sus acciones y sobre todo sus posiciones políticas. Acerca de esto, trae Altuve Carrillo (8) la transcripción del *Diario* de Ticknor: “Abril 19 (1817). La conversación giró mucho sobre Suramérica, de la que todo el mundo ha hablado en París desde la publicación del libro del Abate de Pradt, donde éste expresa la más fervorosa esperanza de su rápida emancipación. Ante estas expectativas y esperanzas, todos los republicanos de París, con Mme. de Stael a la cabeza, se alegran, pero el barón de Humboldt, aunque sus deseos son los mismos, no es de la misma opinión/Mayo 28: Por la noche estuve —como habitualmente estoy en vísperas de domingo— en casa de miss Williams y me divertí oír a Humboldt, con su talento

expeditivo y minucioso conocimiento de la cuestión, demostrar cuan aventuradas son todas las esperanzas ahora alimentadas sobre la inmediata y violenta emancipación de la América del Sur. Sin conocerlos, contestó todos los argumentos que empleó Mme. de Staél esta mañana para convencerme de que la suerte del Sur estaba tan decidida como (lo estuvo) la de nuestra Independencia con la captura de Yorktown”. Por segunda vez Humboldt duda del éxito de Bolívar. Ello no necesariamente significa que era adverso a sus acciones, quizá puede estar usando una visión honesta aunque equivocada. Pero veamos otro testimonio: Fanny du Villars, amante y amiga de Bolívar le escribirá en 1826: “No se cómo hará el señor Barón (de Humboldt) para llamarse amigo de usted. En aquella época en que el éxito de la empresa era dudoso, él y el señor Delpech eran los más celosos detractores de usted”. La relación de los dos hombres importantes es ambigua, en la época de esta correspondencia. Napoleón había desaparecido del mundo y Bolívar ocupaba un lugar parecido en América del sur y centro. Humboldt asesoraba a Bolívar sobre el canal de Panamá y estampará un elogio del Libertador en el libro Tercero de sus viajes. Evocando sus conversaciones de París, dirá que en ellas comunicó al joven indiano su percepción de que la América española avanzaría hacia la separación de la madre patria pero no tuvo la más mínima intuición de que el hombre que tenía enfrente sería el adalid de esa hazaña.

Luego Bolívar pasa a planificar el futuro. «Sueños» llamaba la retórica de entonces a cosas como éstas. Sería ridículo en cualquier otro hombre exiliado, derrotado, hablar como disponedor de un continente, pero Bolívar tiene fuerza, superioridad. Hace un paseo sobre el mapa americano con óptica sociológica, permitiéndose premoniciones sobre el destino de cada provincia española: Perú, Chile, México, Nueva Granada. Propone un país llamado Colombia, planteado antes por Miranda, a quien no nombra, y formado

por Venezuela y Nueva Granada. Le señala como adecuada capital a Maracaibo, la ciudad del lago, situada aproximadamente en el centro de una línea recta imaginaria que uniera a Caracas con Bogotá.

El párrafo siguiente propone una variante:

«...o una nueva ciudad que, con el nombre de Las Casas (en honor de este héroe de la filantropía), se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía-honda. Esta posición, aunque desconocida, es más ventajosa por todos respectos. Su acceso es fácil, y su situación tan fuerte, que puede hacerse inexpugnable. Posee un clima puro y saludable, un territorio tan propio para la agricultura como para la cría de ganados, y una grande abundancia de maderas de construcción».

Quizá las ciudades hoy existentes, con los sistemas extensos de intereses que han creado, sus caminos y valoraciones de la tierra, dificulten o hagan imposible el cumplimiento de este plan de Bolívar —asimilable al que dio origen a Brasilia— pero acaso deba revisarlo un presente que se aboca a unidades continentales.

El centro del documento es la unidad de la América española, escribe:

«Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vinculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un sólo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse, más no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América».

Nótese el tipo de razonamiento en vaivén que encontraremos en otras partes de la Carta de Jamaica, propio de quien examina

posibilidades opuestas: Es una idea grandiosa, el nuevo mundo debería tener un sólo gobierno, más no es posible.

Sobre el mismo tema de unidad continental, asienta en el siguiente párrafo:

«¡Qué hermoso sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!».

Desea la unidad política del continente pero no puede persuadirse que ello sea posible por el momento:

«Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible no me atrevo a desearlo, y menos deseo aún una monarquía universal de América, porque este proyecto, sin ser útil, es también imposible».

Sumido en los grandes pensamientos, el Libertador oscila entre opciones: la monarquía universal, que repudiaba en el párrafo anterior, despierta esperanzas en el siguiente, es examinada en sus posibilidades de realización panameña del «Sueno de Constantino», pues Monarquía universal es lo que estuvo en Constantinopla, que cita como modelo:

«Los Estados del Istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizá una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra! Como pretendió Constantino que fuese Bizancio para la del antiguo hemisferio».

Ha aparecido el tema canalero. Primero a propósito de Constantinopla, que fue construida en el punto de un canal de acceso a la navegación del Bósforo, entonces mundial, puerta de lo que los textos centrales de geopolítica describen como zona mundial generatriz. Y luego, a propósito de Centroamérica, habla de «sus canales», con lo que asume un programa maestro, que atraviesa toda la vida de Bolívar y toda la vida del continente. Realizará el Congreso Anfictionico justamente en Panamá, sitio de canales.

Bolívar en Haití

La rueda de la historia sigue girando. Del 22 de septiembre se ha instalado el Congreso de la Santa Alianza, donde, basados en las seguridades que han obtenido en el Congreso de Viena y apoyados por Dios, que parece sonreír ante todos sus gestos, el zar Alejandro y los soberanos más absolutistas de Europa establecen una legislación mundial rígida o que aspira a serlo. Hondamente conservadora, implica el derecho de intervención en aquellos países que se alejen de la voluntad de Dios, cuyos intérpretes son los firmantes del pacto. Aunque es muy reaccionario y conservador, el Papa no firma el acta de constitución de la Santa Alianza. Tampoco la adhiere Inglaterra, que es liberal. Dentro de unos años, hechos de la Santa Alianza generarán como respuesta la Doctrina Monroe.

Bolívar se mueve. Va a Haití y ello no es casualidad, es que allí quedó el parque francés para el Caribe. Al presidente de Haití, Petión, se ha descrito como «Fehaciente discípulo de la Convención Nacional (francesa) que se había impuesto el deber de dar apoyo a los pueblos oprimidos». Había apoyado a Miranda en 1805 y recibe a los exiliados de Cartagena acogedoramente. Ellos se reúnen en una asamblea donde deben decidirse los siguientes pasos para la lucha independentista. Resultó tempestuosa⁹. El corsario Aury es de los más exaltados adversarios del Libertador, le secunda el grupo cartagenero que obligó a Bolívar a retirarse a Jamaica. Ante la amenaza de Morillo habían pedido auxilio a los norteamericanos

y al rey de Inglaterra, ofreciéndole poner la ciudad bajo su poder. Y fueron a buscar a Bolívar a Jamaica para pedirle que viniese a defender la ciudad. Bolívar les respondió con semidisimulada altanería que «mientras la opinión no esté totalmente de acuerdo sería inútil mi presencia». Ahora sacaban sus odios.

Hubo hasta duelos entre los exiliados pero al final Petión, presidente de aquella «República mulata», preferirá a Bolívar, le da armamento grande y una máquina de imprenta sin estrenar. Pero hay también ayuda para otra clase de revoluciones, por ejemplo la que gestiona en esos mismos días el general Mina, conocido como «el mozo» para distinguirlo de su tío el también general Espoz y Mina. Mina se había destacado en la lucha contra las tropas de Napoleón, pero ahora actuaba dentro de los planes de éste sobre México, financiado por una compañía norteamericana interesada en controlar Tehuatepec, vía de otro canal interoceánico factible a través de México. El escritor Plácido David escribe:

«Qué no hubiéramos dado por asistir bajo la baranda del palacio presidencial a las largas conversaciones nocturnas de Petión, Bolívar, Mina y Billaud-Varenne! Es real que Bolívar y Mina conferenciaron en Port-au-Prince el 4 de noviembre de 1816, también que Aury participará en la aventura de Mina».

El Libertador invade a Venezuela. En Ocumare es derrotado por Morales. Nuevo viaje a Haití y segunda expedición de Los Callos que desembarca en Barcelona. Otorga libertad a los esclavos, cumpliendo una petición que le hiciera el presidente de Haití como único acto de correspondencia por su generosidad. Además de humano, el punto es crucial porque el ejército de Morillo, fuerte, profesional, se hace sentir como fuerza de ocupación. La Pacificación que implanta retrae la discriminación de los pardos y protege al esclavismo. Para los pardos, negros y peones de cualquier color se acabaron los tiempos de Boves y, en un movimiento muy lógico, dejan de mirar como amigo al que ha dejado de serlo. Los

pardos y algunos esclavos se suman al ejército patriota que está ofreciendo libertad a aquellos que tomen las armas. La perspectiva de un reparto de tierras entre los soldados y de rompimiento de las barreras anti-igualitarias son parte de la misma oferta que una por primera vez a criollos, pardos y esclavos. El resto lo hace el gesto de caudillo del «catire» Páez.

Bolívar vive la etapa de afirmar su liderato. Su superioridad intelectual y espiritual no encuentra rivales pero no le es tan fácil imponerse a los caudillos independentistas que están surgiendo en la Venezuela levantada. En Ocumare le altercaron e incluso intentaron fusilarlo y surgen desacuerdos que son los mismos de Haití, los protagonizan los generales Mariño, Bermúdez y Carlos Manuel Piar. Sobre todo este último significa peligro. Militarmente brillante, no respeta a Bolívar, articula su importancia militar con el color moreno de su piel. Hay misterio en él, algo de República parda en ciernes. Sus victorias de El Juncal y San Félix le han puesto una suerte de comando invisible sobre la frente, difícil de dominar. Con Piar ha colaborado, como era su deber, el general Gregor Mac Gregor, hombre heroico, buen soldado, pero algo díscolo. Bolívar le ha ascendido a general de división y dado la Orden de los Libertadores pero se marchó a Estados Unidos. Allá encontró un ambiente de enormes tentaciones que se mueve alrededor de Joseph Bonaparte. El hermano de Napoleón está jugando fuerte en la búsqueda de países, de una expedición que libere a su genial hermano de la prisión de Santa Elena.

Capítulo 5 Con José Bonaparte

Uno de los que frecuentan el círculo napoleónico es Rafael Carrera, líder chileno o argentino, adverso al libertador San Martín, adverso a todo lo británico desde que sus familiares murieron en el

hundimiento de un barco por orden del Primer ministro Pitt. Carrera está en comunicación constante con Joel Poinsett, el cónsul norteamericano en Buenos Aires y en la práctica coordinador de políticos pronorteamericanos en el país austral. En julio de 1816 Carrera viaja a Washington con el objetivo obtener la aprobación «informal» del gobierno norteamericano para su plan de invasión a la Argentina y Chile, que se extendería a Perú, entrando a aquel virreinato por el puerto de Guayaquil. Suena exagerado el proyecto, substituye a los del general José de San Martín, pero Carrera rebosa de entusiasmo.

«Lo acompañaba el venezolano Pedro Gual, que (también) estaba ayudando a Mina con su expedición a México. Como el comodoro Porter estaba fuera de la ciudad, fueron a ver al doctor William Thornton, jefe de la Oficina de Patentes.../...Además, era amigo personal de Madison, Jefferson y otros personajes influyentes en Washington. Thornton apoyó con entusiasmo los planes de Gual y Carrera, y éstos lo interpretaron como un apoyo indirecto del gobierno de los Estados Unidos»¹⁰.

«En esos momentos Joseph (Bonaparte) y sus generales analizaban varias opciones para hacer el sueño americano de Napoleón una realidad. Una era la expedición de Carrera, la segunda, la de (Pedro) Gual y Aury, y la tercera, la del guerrillero español Xavier Mina, que había llegado de Londres a fines de junio con cartas de recomendación de Lord Holland. Después de un breve paso por Washington, Mina se dirigió a Baltimore y discutió sus planes con Gual, quien estuvo de acuerdo en unir ambas expediciones. Mina aparentemente también se reunió con Joseph en Filadelfia».

Mientras tanto, Bonaparte intentaba disolver la oposición británica a sus proyectos¹¹.

«...intentó comunicar al gabinete inglés su opinión de que si Joseph ganaba las colonias españolas, Inglaterra sería el principal beneficiario.../... El comercio con las colonias españolas era crucial para la maltrecha economía (británica), que seguía sumida en una brutal recesión. Mientras España gobernara las colonias, los comerciantes ingleses nunca podrían obtener ventajas substanciales. Sería mucho mejor para Inglaterra tener un Bonaparte (José) reinando en las colonias españolas que a Fernando a VII. Todos estos planes resultaron exagerados, la “nación de tenderos” los desestimó.

Un plan más cercano y tangible era el que se centraría en la península de La Florida. En los planes de José Bonaparte, una vez en “manos amigas”, Florida podría ser la base para expediciones a México y al resto de Sudamérica y luego ser cedida a los norteamericanos, como Napoleón había planeado en 1811. Intentaron convencer del proyecto a Xavier Mina. Mina había establecido su base en Galveston, una isla que estaba ocupada por el corsario francés Luis Aury. Pero cuando escuchó que el objetivo final era vender la Florida a los Estados Unidos, se negó a participar. Una cosa era liberar las colonias del despotismo de Fernando VII, otra, ceder territorio español a los norteamericanos».

Entonces llegó a Baltimore Gregor Mac Gregor. Caía que ni venido del cielo, tanto Pedro Gual como Francisco Zea lo habían conocido en Caracas y lo valoraban. Regnault de St. Jean d'Angely, el ex ministro de Napoleón, le preguntó si estaba dispuesto a «conectarse con las miras de Joseph Bonaparte». Mac Gregor respondió afirmativamente y Regnault pasó a describir proyectos dotados de hasta tres millones de dólares, cuyo centro era una operación de rescate del emperador prisionero. Una vez conseguida la imperial persona se debía llevarlo al Río de la Plata y ponerlo al frente de la revolución.

El proyecto no le pareció factible a Mac Gregor. Un diario de Baltimore aseguraba que «un ejército de 10.000 hombres y una flota de 20 navíos no sería suficiente para liberar al cautivo» Joseph tenía para Mac Gregor otro proyecto, visaba sobre el Virreinato de México. Era el plan de la Florida, con previa ocupación de la isla Amelia en la costa oriental de la dicha península, que no estaba bien defendida por los españoles. Cientos de veteranos de la Guardia Imperial napoleónica estaban llegando a Nueva York, Baltimore y Filadelfia para incorporarse a esa campaña.

Mac Gregor aceptó¹²: «Estoy listo para partir de aquí con un gran escuadrón o armamentos, municiones y uniformes, etc. Estoy planeando llevar conmigo a Gual, Roscio y muchos otros amigos», escribió a un amigo a principios de febrero. Para evitar problemas con los Estados Unidos, Mac Gregor «liberaría» el territorio de Florida en representación de las repúblicas insurgentes de la América española. Fue justamente Pedro Gual quien se ocupó de redactar esta autorización y firmarla junto con Martín Thompson de Buenos Aires, Juan Germán Roscio de Venezuela, Lino Clemente de Colombia y José Herrera de México. Todos sabían que el objetivo era usar la Florida como base para expediciones a México y al resto de Sudamérica para luego venderla a los Estados Unidos.

Congresillo para destituir a Bolívar

Los planes sobre la Florida recibieron impulso de Henry Clay, por cuya gestión el Congreso norteamericano otorgó una extensión de 40.000 millas de tierra cerca de Mobile a la Colonia de la Viña y el Olivo que funcionó como campo de entrenamiento y permitía justificar la presencia de muchos franceses en la zona bajo máscara de una colonia de labradores¹³. Así nació la república de la isla Amelia que debido a la presencia en su organización de venezolanos que después aparecerían vinculados a las políticas de Simón Bolívar ha sido vista como impulsada por éste, que en principio no tuvo nada que ver con ella. Quizá hubo algo de bolivarismo, sincero

o hipócrita en lo de Amelia, pues además de Mac Gregor, figura entre sus líderes militares Jean Laffite, que fundará una ciudad Bolívar en su territorio de Barataria. Con el tiempo Laffite y Mac Gregor se retirarán de Amelia y el comando será recabado por Luis Aury, enemistado trascendentalmente con el Libertador. Las goletas Centinela y Belona eran sus naves principales.

En Venezuela, mientras tanto, advenía el llamado Congresillo de Cariaco. Lo organizaba el canónigo José Cortés de Madariaga, regresado del presidio de Ceuta, a donde lo remitió Monteverde por su papel en eventos de la independencia venezolana, particularmente en los del 19 de abril de 1810. Madariaga publicó en Carúpano un manifiesto en el cual, sin considerar el estado de guerra en que Venezuela se encontraba, exigía la formación de un gobierno representativo y federal, emanado de la voluntad popular, al cual estarían supeditados los jefes militares que dirigieran la lucha armada. Pasó luego a Cariaco, donde se le unió el general Santiago Mariño, que convocó a los notables republicanos que se encontraban en la región e instaló el 8 de mayo de 1817 el Congreso. Participaron el general Santiago Mariño, el almirante Luis Brión, el intendente general Francisco Antonio Zea y el propio canónigo Cortés de Madariaga. Abrió la sesión el general Mariño «en nombre y representación» del jefe supremo, es decir, del general Simón Bolívar, que se hallaba ausente. Propuso la inmediata instalación de un gobierno provisorio; el objetivo era restablecer el régimen federal que había existido hasta julio de 1812. Mariño declaró instalado el Congreso Supremo de la República, ante el cual dimitió su cargo de segundo jefe del Ejército y también presentó la renuncia de Bolívar sin consultar a éste, que se encontraba en Guayana y nada sabía de aquella reunión.

De inmediato Mariño, Brión, Zea y Cortés de Madariaga salieron del recinto, y el Congreso propiamente dicho (del cual reglamentariamente no eran miembros) empezó a sesionar. Los diputados procedieron a elegir un Poder ejecutivo plural y federal, compuesto

de 3 individuos, igual que el de 1811-1812, uno de los cuales era el general Simón Bolívar. Como quiera que Bolívar combatía en Guayana, se le substituyó por José Cortés de Madariaga.

En el acta se dejó constancia de que el mando militar les era conferido de nuevo por el Congreso a los generales Bolívar y Mariño, denominando a éste último «general en jefe del Ejército» e incitando a Bolívar a presentarse en la nueva capital tan pronto como lo permitiesen «sus atenciones militares» a fin de ocupar su lugar en el Triunvirato Ejecutivo. Era un golpe de Estado legal, civil y apacible, del canónigo Cortés de Madariaga y el general Santiago Mariño para deponer a Bolívar. Desde Cariaco, Mariño dirigió al pueblo venezolano una proclama titulándose «primer jefe de los Ejércitos de la República».

El Triunvirato se trasladó a Margarita y dictó un decreto por el cual se incorporaron las 7 estrellas a la bandera nacional, y otro que concedía una rebaja en los derechos de importación a los productos de Inglaterra y Estados Unidos, así como otras ventajas a los navegantes y comerciantes de estos países. Finalmente, se acordó enviar agentes diplomáticos a Washington y a Londres. En una carta a Martín Tovar Ponte escribió Bolívar: «El Canónigo restableció el gobierno [...] y ha durado tanto como casabe en caldo caliente». Y así había sido, los generales Rafael Urdaneta, Antonio José de Sucre y un grupo numeroso de oficiales desconocieron la autoridad de Mariño y los acuerdos tomados en Cariaco. Sabían muy bien que el verdadero trabajo de los organizadores del Congreso había sido desconocer a Bolívar.

Fusilamiento del general Carlos Manuel Piar ¿príncipe de Braganza?

Pero el general Carlos Manuel Piar ha aceptado las decisiones del Congreso de Cariaco. Continúa levantisco y parece adscribirse a tendencias separatistas referidas al Oriente de Venezuela, que

acaudillan Mariño y Bermúdez. Tal vez descende de la casa real portuguesa Braganza, tanto como de la familia de Bolívar. Esto lo ha difundido Francisco Herrera Luque en su novela *Piar, Caudillo de dos colores*¹⁴, retoma de aseveraciones del historiador guayanés Tavera Acosta. Según Tavera, Piar era hijo del príncipe José Francisco Braganza. Afirma Herrera “De este príncipe escribe la historiadora Suzanne Chantal, que:

«Era un espíritu liberal, simpatizante de los enciclopedistas, es la esperanza de muchos portugueses, que entre los más nobles y cultos ven con emoción el movimiento independentista de los norteamericanos.../... José de Brasil, como también se le llamaba, era un espíritu abierto a las reformas sociales y políticas, asustando a su confesor con su audacia intelectual. La Guerra de la Independencia americana y la estructuración de una república, provocó la simpatía del Emperador José de Austria, de quien el Príncipe José se considera discípulo».

Afirma Herrera que:

«En Maturín, ciudad liberada tres veces por Piar, se encuentra en 1874 la partida de matrimonio de Soledad (Aristigueta) con el Príncipe de Braganza», y transcribe el señalamiento de Ángel Núñez: “en 1780 llegó a Caracas el joven Príncipe de Portugal Ramón Francisco Braganza y llevó amores con la señorita Concepción Aristigueta. El Príncipe, al saber que estaba grávida, puso en juego todas sus relaciones y consiguió su entrada al Convento de las Concepciones.../...En el Convento dio a luz en 1781 a un joven, que su padre Braganza se lo entregó al carpintero Fernando Piar y a la esposa concubina de éste, Isabel Gómez. El Príncipe les dio diez mil pesos y lo llevaron a Curazao, donde lo educaron el tiempo de su mocedad: el Príncipe les daba cincuenta pesos mensuales. Este joven fue Manuel Piar y estudió gramática castellana, francés, holandés, arit-

mética y geografía; se ejercitó en los ejercicios gimnásticos, en el florete y en el sable.../...cuando su padre regresó a Portugal para no volver a las Américas, le dejó cien mil pesos colocados en distintos comerciantes de la isla (Curazao), al 3/4 % mensuales”»

En otra página se habla de «órdenes enviadas por el rey Juan V, padre del príncipe y abuelo del niño, que crearon terror». Al parecer el rey ordenaba asesinarlo para evitar, debe suponerse, la aparición de partidos alrededor del heredero heterodoxo y las consecuentes guerras.

A más de tener sabor de novela del siglo XIX la historia es perfectamente factible, y afina con las hipótesis de intentos secesionistas de la región guayanesa en que habría estado involucrado Piar. Agrega Herrera Luque:

«De haberse probado una confabulación entre Piar y los portugueses, aquel se habría convertido en reo de alta traición, siendo perfectamente comprensible su condena a muerte previa degradación, tal como lo quiere José Antonio Anzoátegui, su íntimo amigo. De haber sido ésta la situación, y tomando en cuenta la potencia militar de Portugal, hubiese sido de una gran peligrosidad, como lo señala el confesor de Piar, fusilar a “un príncipe de la sangre”, haciendo público el parentesco y la razón del fusilamiento. De haber sido esto cierto, es muy posible que el Libertador hubiese llamado con suma cautela a toda su oficialidad para enterarla del asunto.

Hay sin embargo otra hipótesis, dentro del mismo contexto de traición a la patria, como sería una pretendida alianza entre Piar y Petión para fundar en Guayana una república negra, semejante a la de Haití, como lo escribe al Ministro de la Guerra de España, el Generalísimo Pablo Morillo, Jefe de los Ejércitos del Rey. He aquí la carta de Morillo en 1817, transcrita por Herrera Luque: «Piar, que es mulato y el de más importancia entre las castas, tie-

ne relaciones muy estrechas con Alejandro Petión, mulato rebelde que se titula Presidente de Haití y que ambos proponen formar un establecimiento en Guayana que asegure su dominación en América, donde es de presumir quieran renovar las escenas del Guárico y demás posesiones en Santo Domingo (se refiere a la matanza de blancos). Se han interceptado varias cartas a los rebeldes que anuncian estas ideas, las cuales yo no he visto; pero existiendo en poder del Mariscal de Campo D. Salvador Moxó, estoy cierto las habrá puesto en conocimiento de V.E.» (*El Teniente General Pablo Morillo*, de Antonio Rodríguez Villa; Madrid. 1910, Tomo I, págs. 308 y 309).

Hasta aquí las afirmaciones de Herrera Luque, un examen de lo que sucedía al otro lado de la frontera sur de Venezuela, en la región brasilera de Pernambuco, da una fuerza especial a las hipótesis de secesionismo. Había un elemento común entre Venezuela y Pernambuco en la persona del general Abreu de Lima, llegado en esos mismos años a Venezuela y adscrito al círculo más íntimo del Libertador Bolívar. Abreu venía huyendo de las ejecuciones masivas que realizaban los militares portugueses en represión de la rebelión separatista comandada por su padre, líder que fue conocido como «el padre Roma». Roma había sido creado sacerdote por el Papa el año anterior, sin estudios, sin una vida de religión. Estrenando su autoridad clerical, el padre Roma llamó a los pernambucanos a convertir en rebelión política un «quilombo» o rochela de negros esclavos fugados, que por años había mantenido a Pernambuco semiindependiente del Brasil y de Portugal. Proclamó la independencia cabal de Pernambuco, lo cual habla de que esto fue el objetivo de la extraña acción papal de convertirlo en sacerdote de un día para otro. Abreu de Lima aparece como un vínculo implícito, digamos, entre los hechos de Pernambuco y el Libertador, no más. Hay afinidades más conflictivas en Carlos Manuel Piar. Por ejemplo, el Congresillo de Cariaco, del cual re-

sulta brazo armado, y los eventos en Pernambuco suceden al mismo tiempo, mes de mayo de 1817.

Lo anterior es portugués y Braganza pero hay otro signo en todo esto: Bonaparte. Afirma Ocampo en la misma página 202 de su libro¹⁵ que

«Una vez en el poder, los revolucionarios pernambucanos enviaron una expedición para tomar control de la isla de Fernando Noronha, sólo a 300 kilómetros de distancia de la costa de Brasil, esta isla era el punto más cercano a Santa Elena en el continente americano. Con vientos favorables, un buque podía cubrir la distancia entre ambas islas en casi dos semanas.../...Para asegurarse una cabeza de playa en Brasil, (Joseph Bonaparte) decidió apoyar a los rebeldes de Pernambuco con dinero, armamentos y hombres. Fernando de Noronha tenía una importancia estratégica para cualquier expedición a Santa Elena, y su posesión debía ser asegurada».

Se trataba de asaltar la isla de Santa Elena, rescatar a Napoleón y conducirlo a Pernambuco, donde ejercería como emperador del país separado.

La revolución de Pernambuco había estado conectada con una conspiración afín en Portugal, cuyo líder era Gomes Freiré de Andrade, un oficial de filiación napoleónica, muy popular en el ejército, que además era Gran Maestre del Gran Oriente Lusitano. Buscaba establecer la monarquía constitucional en Portugal, con sucursal en Brasil. Freiré de Andrade tenía vínculos con el duque de Sussex, hermano menor del Príncipe Regente de Inglaterra y jefe de la masonería inglesa.

Por otra parte, la rebelión de Freiré Andrade se producía dentro de una crisis dinástica. Portugal venía de vivirla el año anterior, 1816, por la muerte de la reina María Primera, que hizo rey de Portugal y emperador de Brasil a su hijo Juan VI. Conspiraciones liberales y

masónicas florecían desde entonces, tanto en la metrópolis como en la colonia y, en los usos de aquel tiempo, tales movimientos de poder se nucleaban alrededor de una figura de la casa real dominante, formando partidos. Si Manuel Carlos Piar era efectivamente nieto de la reina muerta, perfectamente podía ser un candidato del partido liberal portugués para rey de Brasil, o de Portugal, o ídem de un partido pernambucano. Cuando los hombres del Consejo de Guerra lo condenaron a la última pena, previa infamación, en base a pruebas ostensiblemente viciadas e insuficientes, numerosísimas tumbas de la rebelión del padre Roma estaban aún frescas en Pernambuco.

Legión Británica

Desde 1818 actúa en Venezuela la Legión Británica. No fue fácil que viajaran al país aquellos veteranos de las guerras napoleónicas. Lo impedían los compromisos de Inglaterra con España. Pero lo prometido no es deuda. España le permisa a los ingleses mucho en las colonias pero no todo. El hecho es que miles de estos soldados logran pasar a América violando la vigilancia naval inglesa. Aunque la Legión se llamará británica, en su mayoría los hombres provienen de la región alemana de Hannover. No hay falacia en ello, también es de Hannover el rey de Inglaterra (lo que vale decir güelfo). Algunos legionarios poseen títulos y tierras hannoverianos, como por ejemplo, el jefe de la Legión, Johan Von Uslar. Lo que si es raro es que habiendo hecho la guerra contra Napoleón y peleado bajo Wellington en la batalla de Waterloo quienes apoyan su recluta dentro de la opinión pública británica son los napoleónicos, por ejemplo sir Robert Wilson, y de la misma militancia y acción es el almirante Thomas Cochrane. Aclaración: este almirante Cochrane es sobrino del de similar apellido que quemara el capitolio de Washington, pero de signo político evidentemente contrario. Respecto al general Robert Wilson, su relación con el Libertador será igualmente contradictoria. Siendo él napoleónico,

su hijo del mismo nombre fue edecán de Bolívar. Y no cualquier edecán sino uno muy querido y autor de informes diplomáticos donde alertará sobre las maniobras norteamericanas contra el liderazgo y la vida del Libertador.

Los hombres de la Legión logran pasar a Venezuela e integrarse a las grandes acciones que allí se están dando; serán parte de la oligarquía que saldrá de la Independencia.

Capítulo 6 Napoleón y Nicaragua - coronas en América

Grande escándalo había significado en los Estados Unidos la república de la Florida o Amelia, poniendo a la vista diferencias estratégicas entre el presidente John Adams y Henry Clay. Adams era partidario de que Estados Unidos mantuviera buenas relaciones con España. Escéptico respecto del futuro de la América española, consideraba a los líderes hispanoamericanos corruptos y sanguinarios. En contraste, Clay era uno de los más entusiastas partidarios de la independencia de las colonias españolas, presumiblemente por entenderlas en su versión coincidente con los planes napoleónicos. Sobre la Florida, los Estados Unidos movilizaron las tropas del general Jackson y los corsarios hubieron de abandonarla. El nombre de Jean Laffite desaparece con esto de las noticias norteamericanas y mundiales.

Luis Aury también debió retirarse. Entrará en contacto con otro derrotado, el canónigo José Cortés de Madariaga que, tras el intento antibolivariano que significó el Congreso de Cariaco y su secuela la rebelión de Piar, se ha instalado en Jamaica y allí mueve una estrategia audaz. Autodenominándose «ministro extraordina-

rio de las Repúblicas Federales de Buenos Aires y Chile»¹⁶, extendió un documento en el cual, considerando que concurrían «en grado muy eminente virtudes de alto patriotismo en la persona del ciudadano Luis Aury», le confería

«...la importantísima comisión de proveer con su flotilla, armamentos y tropa de desembarco sobre los puertos de Puerto Belo y Chagres con el intento de ocuparlos a nombre de las Repúblicas arriba mencionadas y tremolando el que fuera el Pabellón Independiente en cualquiera de dichos puertos. En uso de las Facultades de mi resorte, autorizo en toda forma al referido Comodoro para que se posesione de la ciudad capital de Panamá y del territorio de su provincia por medio de la fuerza .../... o pacíficamente.../... hasta la organización definitiva del Gobierno Provincial que deberá adoptarse con anuencia y consulta de los Directores Ejecutivos de Buenos Aires y Chile».

¡El canónigo estaba concediendo a un corsario napoleónico el estrecho de Panamá, señalado por el Libertador como capital de la América española unida! Y decía actuar en nombre de Buenos Aires y Chile, vale decir del general José de San Martín. Esto ya no era el intento de destitución disimulada de Bolívar que fue el Congreso de Cariaco, se intentaba poner el futuro canal en manos de Bonaparte y crear una intriga y una rivalidad entre los dos más potentes libertadores del continente.

Tiene lógica que el corso no hubiera abandonado en prisión sus planes de unir a Europa y que aspirara a hacerlo desde el dominio de América española y concretamente de los canales centroamericanos, casi idéntico había sido el intento de Carlos V y lo sería el de otros. El conato napoleónico estaba manifestándose con sobrada potencia en todo el continente. También Mac Gregor, actuando bajo inspiración napoleónica, se proponía atacar Panamá, «cortando las comunicaciones entre los dos extremos del im-

perio español». Otro ejército napoleónico¹⁷ preparaba un ataque a México mientras que otro se dirigiría a Chile, para tomar control de la flota patriota y lanzar una expedición sobre el Perú. Esto último se combinaba con un golpe de Estado dirigido a derrocar al general José de San Martín. Bowles, el diplomático norteamericano en Buenos Aires, informaba a sus superiores de esto con tono hostil al libertador argentino, señalándolo de monárquico y probritánico. El golpe estaba en marcha y como si quisieran inconscientemente colaborar en el plan, las tropas realistas enviadas desde Lima derrotaron a San Martín en la noche del 19 de marzo en Cancha Rayada haciendo parecer que Chile pronto perdería su independencia y que la carrera de San Martín estaba muriendo. Aprovechando este clima, varios oficiales dieron un golpe de Estado en Buenos Aires. Pero dos días más tarde San Martín recuperó el poder y se manifestó decidido a tomar medidas drásticas contra los napoleónicos. Este es el clima continental dentro del que el canónigo Cortés de Madariaga confiere a Luis Aury poder para conquistar Panamá.

Pero Aury no se dirige directamente a Panamá, se apoderó el 4 de julio de 1818 de las islas Santa Catalina, Vieja Providencia, San Andrés y Mangles, sitios de dominio de Nicaragua, el otro estrecho con posibilidades canaleras de Centroamérica, creando en esas islas un bastión inexpugnable, sobre el que enarbola el pabellón argentino. De allí incursionaría sobre el río San Juan, vía del canal nicara-güense, y sobre las costas de Guatemala y Panamá. Estableció un gobierno verdadero. Sus principales socios eran Agustín Codazzi, el comandante haitiano Severo Courtois, Rafael Diego Mérida, que hemos citado como fuente del fondo secreto de todo esto, y Luis Perú de Lacroix. Debe mirarse con atención a este francés porque tendrá influencia tremenda en el futuro. En los retratos aparece con cara de ángel y debió tenerla. Su nombre verdadero era Luis Gabriel Juan de la Cruz Peroux y Massuier y era nacido en Monté-

limar, Francia, el 14 de septiembre de 1780. Fue oficial de los ejércitos napoleónicos, sirviendo en Nápoles bajo las órdenes del rey Joaquín Murat, cuñado de Bonaparte. Hizo la campaña de Rusia y de regreso el Emperador lo escoge para una delicada misión, espiar al destronado rey Luis XVIII. Debía averiguar los planes del Borbón. Para esos trabajos tomó el aristocrático apellido de Lacroix, y en compañía de Saint-Colombe, otro comisionado, recibió las instrucciones del rey exiliado para el duque de Wellington. Huyó a Francia y dio cuenta de todo a Napoleón, «y como para entonces se desmoronaba el Imperio —decía— dejó a Francia por temor a los Borbones, quienes bien habían de conocerle». Era desde luego verdad lo del conocimiento y desde luego también que le convenía mantenerse en aquellas selvas y barcos de Centroamérica, lejos de la venganza borbónica. A buen seguro no por casualidad Aury había nombrado a Perú de la Croix Mayor General y Secretario Privado. Secretario viene de secreto. En aquella época La Croix llevaba cuatro años cerca del corsario, que debía, a su vez, continuar bajo órdenes del hombre gordo, fuerte y pequeño que caminaba por una casa, en una isla que apenas figura en el mapa del mundo. Aquel hombre conoce todo en política, conoce el signo que puede contraponer a Buenos Aires y Colombia y México. El istmo de Panamá era la bisagra del imperio español en América. Nicaragua otra posible bisagra. Desde ambos se podía repetir la conquista de Francisco Pizarro sobre Perú. ¿Podrá Argentina renunciar a un regalo envenenado que Napoleón le envíe? De momento San Martín parece rechazarlo. Rafael Carrera no, ni Cochrane, ni Alvear.

«El pabellón a tremolar es el azul y blanco de Buenos Aires, aprobado por el Congreso de Tucumán como pabellón de las Provincias Unidas de Sud América», rezaba el documento emitido a Aury por el canónigo acerca de la ocupación y gobierno de los territorios centroamericanos.

Y entonces se asoma el tema de los planes para coronar reyes a los libertadores Simón Bolívar y José de San Martín. Es una acusación grave y está dirigida con puntería. En carta a Joel Poinsett, de 9 de octubre de 1818, Rafael Carrera¹⁸ afirmaba que

«...el Directorio y el Congreso, de acuerdo con O'Higgins, han vendido el país a un extranjero europeo que debe coronarse en Sudamérica. El enviado para este objeto está próximo a salir de Buenos Aires con la respuesta. De portugueses pasan a franceses; ya se verá muy pronto descubierta esta verdad».

Los franceses que denuncia Carrera son los delegados de Luis XVIII, que efectivamente parecen estar en tratos con San Martín para instalar un príncipe de la casa francesa en Buenos Aires.

Los napoleónicos, a los que pertenece Carrera, también estaban movilizados tras coronas, preparados para «vender» el país al corso. No sólo ellos, en otra comunicación se informa que Gregor Mac Gregor ha partido hacia México y que su intención es establecer a Jerome Bonaparte como el emperador allá. Ante la maniobra de Mac Gregor, el gobierno inglés decidió que había llegado el momento de neutralizar. Se actuó contra Wilson, contra Cochrane e igualmente contra Mac Gregor, que fue acusado de malversación de fondos por Luis López Méndez, el agente de Bolívar en Londres¹⁹. Nótese la oposición de Bolívar a los proyectos napoleónicos, también la asociación con el Primer ministro inglés Castlereagh.

Pero el nombre Carrera no es sagrado, tampoco el de Mac Gregor, los de Bolívar y José de San Martín si. Para la conciencia venezolana o colombiana es prohibido el tema de la corona de Bolívar como para la argentina el de la de San Martín. En cuanto a Bolívar, durante siglos el asunto ha sido objeto de ocultación sistemática por los fingidos o reales defensores de su memoria y materia de revelación por adversarios de ella. Nos proponemos tratar las cosas

con verdad en próximos capítulos. El momento histórico de principios del siglo XXI, con sus retos de unidad latinoamericana, exige claridad sobre éste y otros muchos puntos históricos. Por ahora iremos transcribiendo latamente los breves apuntes que vaya produciendo el asunto en la correspondencia de los hombres de poder.

Capítulo 7 Congreso de Angostura

En 1819 Bolívar y sus tropas y generales han dominado buena parte del territorio venezolano, la suficiente para convocar un Congreso constituyente. Otra porción del territorio se hallaba en poder de las fuerzas del Rey, pero la porción controlada por los patriotas era más que suficiente para demostrar al mundo que Venezuela tenía capacidad de darse un Poder Legislativo. Además de asegurar el respeto por parte de los extraños, ofrecía una salida constitucional a la situación política del país, una sensación de seguridad a los que se habían acogido al régimen republicano. Ante el Congreso, el Libertador depone protocolarmente el poder para que la representación nacional elija las autoridades por los democráticos sistemas. El escenario es Angostura, hoy Ciudad Bolívar a orillas del tan historiado río Orinoco.

Palabras como piedras de oro son las que coloca el Libertador ante aquellos doctores reunidos. También se sientan en los sillones de padres de la nacionalidad, generales, dos sacerdotes, un médico-abogado, un científico y seis ciudadanos que son comerciantes, funcionarios o hacendados. El pensamiento del Libertador se eleva a alturas de legislación universal. Volando sobre las edades futuras imagina al continente hispanoamericano unido, enviando sus riquezas de oro, etcétera, al Viejo mundo a través de sus canales. Abordando el tema social afirma cosas insólitas

en ese tiempo, que preludian las afirmaciones vertidas por Marx 56 años después:

«Mi opinión es, legisladores, que el principio fundamental de nuestro sistema depende inmediata y exclusivamente de la igualdad establecida y practicada en Venezuela (...) La naturaleza hace a los hombres desiguales en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, les den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social. Es una inspiración eminentemente benéfica, la reunión de todas las clases en un estado, en que la diversidad se multiplicaba en razón de la propagación de la especie. Por este solo paso se ha arrancado de raíz la cruel discordia. ¡Cuántos celos, rivalidades y odios se han evitado!»²⁰.

Tras señalar que el bien de la igualdad entre los hombres es la base de todos los otros bienes de la sociedad, entra a hablar de la esclavitud y afirma estar decidido a renunciar a todos los planteamientos que hace ante el Congreso a cambio de la libertad de los esclavos. Inútil, los diputados son empresarios del campo que se arruinarían si perdieran aquellos brazos de trabajo gratuito en los que invirtieron mucho. Es la diferencia entre la clase que busca el poder y la riqueza y el líder que empieza a no representar a sus amigos porque los ha trascendido. Idéntica mecánica de dinero y poder está concernida en el párrafo donde combate la forma federal. Admite que es perfecta, y que la practica el pueblo norteamericano, pero es que, explica, aquel pueblo «se alimenta, por así decirlo, de libertad». Puesta en práctica en Venezuela sería nefasta para la manutención y prosperidad de la República, propiciaría una balcanización. El Libertador ya había palpado esto en la rebeldía de Mariño y Piar, bien podía desvencijarse la república si se la estructuraba en forma federal. En la Carta fundamental que

se redactaba, urgía evitar esto y crear un poder ejecutivo vitalicio y un senado hereditario. Dan la Constitución, y, tan importante como la Constitución, la Ley Fundamental de la República de Colombia, dictada a instancias de Bolívar el 17 de diciembre de 1819, para crear en ley la unión de Venezuela, la Nueva Granada y el Ecuador, constituyendo respectivamente, tres departamentos: Venezuela, Cundinamarca y Quito²¹.

Liberación de Nueva Granada

Y se inicia la Campaña de liberación de Nueva Granada. Con formalidad de Estado es consultada por Bolívar al Congreso, que le da su aprobación. Anunciada por Simón Bolívar a los habitantes de Nueva Granada en una proclama emitida desde Angostura el 15 de agosto de 1818, esta campaña internacionalizará en los hechos la Gran Colombia. Tuvo por primera medida el envío del general Santander a Casanare, donde se sabía había buena disposición revolucionaria. El 22 de mayo de 1819 salió Bolívar en dirección de Cúcuta, por Guasualito. En esta población anunció el plan definitivo. En lugar de ir a Cúcuta se dirigirá a Casanare con la infantería. Páez, con una unidad de caballería, tomará los valles de Cúcuta y hará con ello una maniobra de diversión. Después de cumplida ésta, regresará al Apure. Esto último parece una concesión a la aversión de Páez, que ya existía en ese entonces, de traspasar los límites de Venezuela, y que se expresará en su rol en la destrucción de la Gran Colombia. La campaña es muy victoriosa y en la gran batalla de Boyacá se completó. Bolívar pasó a Bogotá, con lo cual quedó liberada la Nueva Granada y creada en principio y militarmente Colombia. En cuanto a masas territoriales, se reintegra el Virreinato español de Nueva Granada. La mano fuerte del Libertador hacía girar en devolución el tornillo de la historia que en 1777 separara a Venezuela de la Nueva Granada. Este rehacer una unidad política colonial abre hipótesis sobre el sustentáculo de los planes y la acción de Miranda en este mismo

sentido y sobre esta realización de Bolívar y sobre el hecho de que el futuro la destruirá.

Golpe de Estado masónico en Madrid

Lo anteriormente narrado sucedía el 3 de enero de 1820. Tres días antes había sucedido en España un terremoto. Es político. Así como el remezón de las casas se prepara por años con desplazamientos de bloques y creación de vacíos en la profundidad de la tierra, así España venía sufriendo presiones y mostrando síntomas. Cuando regresa Fernando VII de su exilio-prisión napoleónico ignora el consejo que le da lord Wellington de declarar restaurada y vigente la Constitución liberal de 1812. No era en verdad poca cosa rechazar el «consejo» del general inglés que lo ponía en el trono, que venía de campear en España por cinco años, que para colmo también había sido comandante de las tropas que derrotaron a Napoleón Bonaparte en Waterloo.

Aquel rey astuto, un poco femenino que es Fernando, instala un gobierno muy conservador, clerical, apoyándose en el pueblo español que, por igual pobres y ricos, era muy de Cristo y de la tradición y nada quería con la idea liberal, enemiga del Señor y de la santa Iglesia. Fernando es raigalmente popular. Aunque humillara su dignidad y la de España ante Napoleón, aunque sea antipático y culón y mala persona, aunque las cosas vayan mal en la economía, goza de un amor popular como quizá no recibió ningún otro rey hispano. Son famosas sus escapadas nocturnas a los mesones de baja estofa de Madrid, donde, disfrazado de «majó», bebe y baila, y enamora, y se va a dormir con alguna «manola» a la que al amanecer le comunica ser quien es y, mientras se viste, coloca en una mesilla, al lado del lecho, una moneda de oro. Todas las mujeres populares sueñan con aquella noche donde descubrirán los secretos de su monarca, y muchas dicen haberla vivido. Proclaman «es como cualquier hombre» o «es especial».

Pero no todo es fiesta. La guerra de Independencia contra Bonaparte había formado una capa de militares influenciados por el liberalismo y amigos de los británicos. Esos militares dominan por méritos propios todos los cuarteles de España y se convoyan con los políticos liberales, que igual conspiran en un cenáculo famoso llamado La fontana de oro que organizan algaradas callejeras donde la gente grita «Viva la Pepa», nombre que le dan a la Constitución liberal de 1812, por haber sido promulgada el día de San José. A algunos liberales Fernando no los ignora totalmente. A Pablo Morillo, por ejemplo, le da destino importante en América, y a Castaños, gran general liberal, lo coloca en un mando importante, pero como línea dominante, excluye a los liberales. Los veteranos de ese signo protagonizan entre 1814 y 1819 varios alzamientos, que colocan en la historia los nombres de Lacy, Porlier.

La batalla de Boyacá expulsa a los españoles de Nueva Granada pero Fernando VII -acosado además por la correspondencia de los reyes europeos y los presidentes norteamericanos sugiriéndole «desinteresadamente» reconocer la separación de las colonias- pudo acrisolar a fines de 1819, un ejército para reconquistar las colonias de América. Era una fuerza poderosa que debía sumarse a la de Morillo, pero, ¡ay, en el crisol habían entrado muchas piezas masónicas! Masones quería decir liberales, y al revés. No hay que creer que el Borbón absolutista puso el ejército bajo aquel mando por casualidad. Ello es el reconocimiento de una fuerza y seguramente un intento de alianza. Pero la cosa salió mal. Salió mal porque Rafael del Riego, uno de los jefes del ejército reconquistador le hizo un alzamiento²². Fue el primero de enero de 1820. Parado sobre un tonel ante la tropa reunida, proclamó que el ejército no viajaría a América, que nacía la España liberal. A continuación fue racionando a cada soldado con una cantidad de dinero. A los oficiales daba y más a los superiores, hasta el grado de general. ¿De dónde salía el dinero? Fue el famoso «oro americano» que llegara

en sacos despachados desde un «comptoir» de propiedad de unos argentinos de apellidos vascos ubicados en Londres. Regularmente arribaban a Cádiz bultos provenientes de aquel establecimiento, comercializador para Inglaterra y Europa de productos de Río de la Plata. Una orden del político argentino Pueyrredón, aliado de José de San Martín, se había concretado en aquel envío que permitía el pronunciamiento. El historiador argentino Enrique de Gandía ha documentado en su *Historia de las ideas políticas en la Argentina*²³, que como fondo o máquina política oculta de aquel pronunciamiento funcionó la Logia Lautaro, nacida justamente en Cádiz a partir de 1811 como una rama de la Gran Reunión Americana de Londres o Logia de los Caballeros Racionales, que creara Francisco de Miranda, donde juramentó —ya está narrado— a más de una decena de futuros libertadores hispanoamericanos, entre ellos a Bolívar, Carlos de Alvear, José de San Martín, O'Higgins y fray Servando Teresa de Mier. La Logia Lautaro se mudó a Buenos Aires, dirigida por José de San Martín, José Matías Zapiola, Carlos de Alvear y Pueyrredón. Su objetivo fue la independencia de la América Española, establecer el sistema republicano y el gobierno unipersonal. Como podemos ver militaban en la Lautaro tanto sanmartinianos como enemigos del libertador argentino. Debió seguir funcionando en Cádiz, llena de militares liberales españoles y florecía en la sublevación de Riego, el financiamiento rioplatense hizo el resto.

En el golpe de Riego hubo también mano rusa, traición rusa más exactamente a Fernando VII, con quien el país zarista había pactado la venta de unas naves que trasladarían el ejército a América. Karl Marx en una serie de reportajes para el *London Communicer*²⁴, que cubrieron esa revolución, describió los «arreglos de escalera de servicio» entre el embajador ruso Tatischev y Ugarte, el ayuda de cámara del rey, primero para enriquecerse con la venta de las naves, que estaban podridas, cubiertas, a ojo de catalejos, de ratas, y luego colaborar en el golpe de Riego. En vez de cruzar el Atlán-

tico hacia Caracas o Bogotá, aquel ejército se dio a recorrer los caminos de España. No fue directamente a Madrid sino cumplió un periplo por gran parte de la Península, como dando tiempo a que se descompusiera la situación en el Palacio real. A un periodista que se le acercó a consultarle acerca de la política seguir ante las «provincias americanas rebeldes» respondió el general Quiroga, también jefe del movimiento: «habría de enviarse a allá delegados a pactar la Independencia, que es inevitable». Y se descomponía en Madrid la situación, las condesas se despidieron de sus amantes, los sirvientes prepararon las petacas para partir al exilio. Pero Fernando no huyó ni estuvo desesperado. Aguardó, y cuando Riego entró en Madrid montado sobre fino caballo negro, aquel rey astuto sorprendió a todos con un paso de gran audacia: sonriente y de brazos abiertos, salió a recibir al hombre que venía a defenestrarlo. Los dos se abrazan en el balcón del palacio de gobierno. Fernando proclama: «Sigamos todos, yo el primero, la senda constitucional». Sí, en una genial apuesta, el rey agarraba al toro por los cuernos, se ponía al frente de la revolución, le tomaba la palabra. Aquello de «constitucional» era una precisión oportuna porque Riego postulaba no la república sino una monarquía constitucional, a la inglesa. El público congregado en la calle llora y calcula. Un caricaturista que pintara el abrazo habría incluido los dedos de ambos palpando la espalda del otro en busca del mejor sitio para hundir el puñal.

Estos acontecimientos fueron de enorme alivio para los independentistas americanos, pues el ejército de Riego estaba capacitado, o al menos programado para, sumado al de Morillo y otras fuerzas españolas, aplastar las rebeliones americanas. En vez de eso se despacha hacia América a los comisionados con papeles. Pablo Morillo lee: se le ordena reunirse con Bolívar a pactar un armisticio que frene la guerra. ¿Qué cosa debían tratar? La línea del gobierno de Madrid respecto a los independentistas americanos es conciliar. Morillo no cree que pueda ser fructífero un diálogo con aquel

Bolívar que conoce como radical independentista pero no ve otra solución, como se deduce de la lectura de toda su correspondencia previa²⁵, donde señala como desfavorable y después como desesperada la situación de los españoles si no se envía una fuerza poderosa a engrosar la que él comanda. La fuerza poderosa ya nunca vendrá. ¿Con cuáles piedras y piezas se construirá la conciliación? Lo que presentó la historia como meollo de la actividad fue que Morillo y Bolívar entraron en tratos y de ello salió un Tratado de Regularización de la guerra. Es lo presentado oficialmente como el resultado de los tratos de Santa Ana entre los dos jefes. Hermoso es: buen trato a los prisioneros, libertad a los heridos, si, pero perfectamente ridículo. Lo que estaba en juego era el botín más grande del mundo y entre los jugadores sentados a la mesa estaba nada menos que la Inglaterra agigantada por haber cinco años antes triunfado en Waterloo. Nadie se resistía a Inglaterra y menos incurriría en ello aquel gobierno de Riego que estaba instaurando el liberalismo inglés en la península y confiriéndole a Inglaterra todas las franquicias del librecambio a través de su ministro Mendizábal, venido de la banca. El conde de Toreno, primer ministro, no tomaba medida que no aprobara previamente el embajador británico. Gracias al ejército inglés había sido sacado Napoleón de la península, el gobierno de Riego parecía deberle a Inglaterra hasta el modo de caminar, acaso más que a la logia Lautaro o combinadamente con la logia Lautaro. La hipótesis de quien esto escribe es que la revolución de Riego era el comienzo de un proyecto liberal que visaba la instalación de una Europa liberal completa, articulada a una Hispanoamérica liberal, un plan cuya dimensión es coherente con la mirada universal de Francisco de Miranda, creador lejano de la Lautaro. La siguiente página estará dedicada a revisar un plan secreto que parece ser en todo el de Riego pero viene de Colombia, viene al encuentro, por así decirlo, del de Riego. La posibilidad de que en él participara Bolívar es problemática pero debe revisársela.

Fallido plan de reconciliación de América y España

En los días de la revolución de Riego había arribado a Europa el señor Francisco Antonio Zea, vicepresidente de Colombia, delegado por el Congreso y por Bolívar, en funciones de embajador plenipotenciario con misión de gestionar el reconocimiento de la Independencia de Colombia por las cortes británica, francesa y vaticana. Era su misión oficial, como también contratar un préstamo en libras esterlinas para la nación recién constituida. Llega a Londres, cosa que afina con la naturaleza de su gestión pecuniaria, pero es lo cierto que poco después el gobierno de Riego nombra como embajador en aquella ciudad al duque de Frías. La embajada en Londres es para España la más importante y tal vez el embajador duque de Frías tenga vínculos con Bolívar, pues quince años antes, en 1805, el entonces joven colonial de visita en España, se había casado con su prima María Teresa del Toro y Alaiza en la capilla del castillo del duque. Y hete aquí que ahora el duque recibe una comunicación del embajador Zea. Lo que propone Zea tiene jerarquía proporcional al gran momento histórico y su autor lo instala en ese nivel. Se lo transcribe a partir del libro de Lautaro Ovalles, *Francisco Antonio Zea y el proyecto de integración Ibero-Americana*, que viene dotado de un substancioso prólogo de Enrique de Gandía²⁶. La comunicación está fechada en Londres, el 7 de octubre de 1820. Se titula *Plan para la reconciliación entre la España y sus provincias disidentes de Ultramar*.

Aunque lo que viene a plantear es una alianza, Zea la recomienda recapitulando la situación de debilidad en que se encuentra España. Acota que

«La mitad de la América pelea con suceso por su libertad, y la mitad se halla dispuesta a recibirla de Europa baxo cualquiera condiciones, y la Europa tiene hoy día un interés capital en ofrecérsela».

Hay, pues, competencia para Fernando Séptimo, debe apurarse a aceptar el arreglo. Más adelante, Zea aclara que ofrece «el engrandecimiento y el poder eterno de la España». Abundando en las competencias que anulará la aceptación del pacto señala:

«Entretanto la solemne promesa de emancipación mantendrá la tranquilidad en aquellos inmensos países y los pondrá a cubierto de toda seducción».

En una segunda mitad entusiasmada de párrafo, acota:

«No habrá disposición en el decreto que no esté calculada sobre el principio de unidad que mantienen en el Universo la armonía entre tantos y tan diversos Mundos. El mutuo interés obrará en nuestra política como la mutua atracción obra en la Naturaleza, y la unidad será la base de nuestro sistema. Unidad de miras y de operaciones, unidad de comercio, unidad de poder y de existencia, unidad en todo como la hay en Religión, carácter, costumbres y lenguaje: esta preciosa unidad será el grande objeto de la ley orgánica de la confederación española, luego que se halle reunida. Bien lejos pues de que la Nación (España) pierda nada por la emancipación de la América, quando se halla en inminente peligro de perderlo todo, adquiere nueva dignidad, nueva consideración, nueva gloria, y grandes y sólidas ventajas».

A Zea le interesa matar los cálculos españoles de apoyos de la Santa Alianza que podrían ayudarla en una reconquista de América:

«Son tan ciertos estos resultados que por más que varíen las circunstancias, actualmente contrarias a la España, y por más favorable que en Europa y América se le muestre la Fortuna, no debe desistir de un plan que fija para siempre los altos destinos de la Monarquía».

A continuación, Zea incorpora un borrador del Decreto que, se espera, firme el rey, titulado «Proyecto de Decreto sobre la eman-

cipación de la América y su confederación con España, formando un grande Imperio federal». En él coloca una cláusula de reconocimiento de la Independencia de la república de Colombia,

«...compuesta por las provincias de la capitania General de Venezuela y las del Virreinato de la Nueva Granada, conforme a la ley fundamental de su reunión, queda reconocida por la Nación y por mi (Fernando Séptimo) e independiente baxo las condiciones expresadas en los artículos siguientes: Artículo 1º La República de Colombia será desde hoy y para siempre amiga, aliada y confederada íntimamente con la España, y la España con ella en términos de identificar mutuamente sus intereses y de mirar cada una como amigos o enemigos suyos a los amigos o enemigos de la otra».

En el artículo 4 se acota una situación de unidad aduanal perfecta o commonwealth o ALCA entre España y Colombia. Ésta sería la única ventaja económica para la península. No se pauta la posesión por España de territorios o aduanas en América, por el contrario en el Artículo 8 se especifica:

«...se retirarán del territorio de dicha República todas las Autoridades españolas tanto civiles como militares entregando íntegramente todos los Archivos y depósitos de cualquier especie con todos los objetos de servicio público, y todos los puestos militares y plazas de armas en el estado en que se hallaren, con toda su artillería, municiones y armamento de su dotación».

En un párrafo final se acota respecto a España «Cuya primacía será reconocida», pero se supone a los nuevas repúblicas «reunidas para su felicidad baxo la presidencia, que no baxo el dominio, de una Monarquía constitucional». Gandía comenta en el prólogo una comunicación que el duque de San Carlos transmite al duque de San Fernando en estos días contentiva de una carta de un periodista anónimo según la cual

«...el embajador inglés en esta corte había pasado una nota a nuestro gobierno, (el español) ofreciendo la mediación del suyo con tal que S.M. mudase de sistema estableciendo un género de representación nacional análogo a las luces del siglo y llamando a los desterrados...».

La expresión «Representación nacional» significa Constitución al estilo británico y éste punto de constitucionalidad, postulado o exigido por Riego y por el gobierno británico, también es algo que deberá asumir la monarquía española según el proyecto de Confederación presentado por Zea. «Si quería salvar su imperio americano, escribe Gandía, historiador liberal, debía establecer una “representación nacional”. Por no estar de acuerdo con las luces del siglo, Fernando perdió América», añade. Parece perfectamente lógica la conclusión del historiador argentino. Constitución significaba liberalismo y luces del siglo, y las tres expresan el enfrentamiento que está dividiendo a Europa.

Hay otra expresión importante del embajador británico en Madrid, según la recoge el anónimo periodista y la envía el preocupado duque de Frías: «ofreciendo la mediación del suyo». El suyo es el gobierno británico y la palabra «mediación» es la de oro porque significa poder. Significa que la Gran Bretaña actuaría como fiadora de la buena fe de Fernando, una vez que éste realice la exigida «mudanza de sistema». Es una mediación que, debido al status todopoderoso de la fiadora, puede presionar a Bolívar y San Martín para que acepten la manutención de un estatus semicolonial. Aunque con palabras y frases elípticas, ahora si parece que estamos hablando del negocio más grande del mundo, negocio en el cual a Inglaterra toca una situación definible con el dicho que reza que «al que parte y reparte le queda la mejor parte».

El artículo *Zea, Francisco*, del diccionario Polar²⁷ recoge una versión según la cual la proposición capitulaba

«...llegar a un acuerdo basado en el reconocimiento de la independencia por España, el establecimiento de regímenes monárquicos en varias naciones de Hispanoamérica».

España admitiría pues a Bolívar y San Martín como monarcas, y a los libertadores del grado de general, coronel, doctor, tocaría constituir la nueva clase dominante en el imperio liberal español britanizado en preparación.

Concluido el texto que Zea ofrece redactado para que, una vez corregido, lo firme el rey de España, pasa a escribir en el mismo papel y en primera persona para añadir una amenaza de guerra de guerrillas. Si España envía otro ejército a América:

«...está ya convenido diseminar los ejércitos en partidas en caso de ser tan numerosas las fuerzas españolas que se crea inútil toda resistencia».

Formula una aclaración final que es también amenaza²⁸:

«El objeto de mi comisión es asegurar la independencia de Colombia por concesiones Liberales, por privilegios, si es necesario, y por íntima alianza y adhesión a alguna gran Potencia. Deseo con toda el alma y con todo el corazón, que esa alianza o confederación se verifique con la Madre patria, porque es más natural, porque está más en el poder, y porque puede hacerse de un modo glorioso para todos y para todos ventajoso y fausto.../... Pero si por una triste fatalidad no toma el Gavinete español una determinación tan pronta y decisiva como lo exigen las circunstancias del día, yo no podré menos que aprovechar los rápidos instantes en que la situación y las miradas de la Europa son favorables a mi comisión de asegurar la independencia de mi país».

Podría, pues, firmar con Inglaterra o con Francia.

Al día siguiente, 9 de octubre de 1820, transmite Frías a su rey el proyecto de Zea. Añade un solo dato que expresa su angustia: los rebeldes hispanoamericanos tienen gran seguridad de ser reconocidos por Estados Unidos y los principales países de Europa. Al otro día, 10 de octubre, Frías escribe una comunicación de distinto tenor aunque también referida a Colombia. Trata de la preparación de un barco armado que apoyaría la independencia:

«Creo que el gobierno inglés está protegiendo esta operación porque se han contratado 32 artilleros, quienes han recibido previamente sus vacaciones o su retiro, en Woolwich. Se rechaza a todos los franceses y se prefiere a los alemanes».

Estos planes a veces los señala como movidos por Zea y otras como detenidos por la acción de éste ante el primer ministro inglés Castlereagh. En esto es factible, dice, que esté la mano de coronel Macerani, vinculado día a día a las gestiones de Zea. Añadamos nosotros que Macerani era el secretario del general Robert Wilson, el más famoso representante de Bonaparte en Inglaterra, y había actuado como segundo de a bordo en algunas de las acciones centroamericanas de Aury y Mac Gregor. Si a estas amistades con Macerani añadimos que, semanas antes de estas gestiones de 1820, el doctor Zea había conferido, de paso por Centro América, credenciales de Luis Aury como corsario al servicio de Colombia, status que era falso, y recordamos, viendo más atrás, que Zea fue el primer hispanoamericano que visitó a Napoleón cuando éste invadió a España, abordando a su hermano José, recién nombrado rey de aquella, para invitarlo a que tomara posesión de Nueva Granada, y agregamos igualmente que había participado en el Congreso de Cariaco, y viendo hacia delante notamos que Bolívar desautorizará las gestiones de Zea, acaso no sea exagerado sospechar de napoleónico el juego de Zea, sin excluirle sus componentes británicos.

Quizá valga la pena detenerse en la lectura del sistema liberal que se proponía bajo la denominación de «las luces del siglo». El liberalismo del siglo XIX significa la libertad de negocios, es el que, con algunas variaciones, aparecerá en el final del siglo XX rebautizado como neoliberalismo. Se opone al conservatismo, que quiere conservar el poder de los condes, reyes, curas, el Papa. El conservatismo es estatista en economía, pone al banquero en sitio inferior al conde, el liberalismo hace lo contrario. Acerca de la aplicación del liberalismo en Inglaterra a los simples seres humanos, transcribamos algunos párrafos de un despacho de prensa londinense de aquellos días:

«Birmingham: para los trabajos poco complicados se contrata a mujeres y niños por un salario ínfimo, con el cual los hombres no pueden conformarse... una prueba de ello es que repetidas veces la Cámara de los Comunes ha ordenado investigaciones acerca de las condiciones en que trabajan las mujeres y los niños. Chiquillos de cuatro y cinco años son llevados por sus padres a verdaderos mercados de esclavos y vendidos a los representantes de las fábricas. En éstas se les obliga a trabajar en menesteres auxiliares, ingratos o insalubres, a oscuras en ocasiones, durante jornadas agotadoras, que a veces alcanzan y rebasan las quince horas. Si se duermen, rendidos por el cansancio, se les golpea sin piedad y se les multa con cargo a sus salarios. Hombres y mujeres, agotados por un trabajo abrumador, encuentran momentos de olvido en la embriaguez, que es —junto con la tisis— el azote principal de las gentes».

Otras partes del texto hablan del impacto de la introducción de mejoras técnicas:

«Cada mejora en el utillaje —y aparecen casi a diario— produce el despido de miles de trabajadores, que van a engrosar las filas de gente que se ven durmiendo a las orillas del Támesis».

Es el mundo de horror que llevaría a Carlos Marx a postular unas distintas relaciones de producción.

Capítulo 8 Conspiración por Cuba

Está en juego Cuba. Simón Bolívar considera a la isla parte natural del gran país que se propone construir y ha montado allí una conspiración. Ello está contado en un libro de la autora cubana Renee Méndez Capote, *Cuatro Conspiraciones*²⁹ donde se narra la Conspiración de los soles y rayos de Bolívar. La cronología es exactamente la del gobierno liberal de España, empieza en 1820, cuando llega a Cuba Juan Francisco Lemus, habanero de nación, delegado de Bolívar

«...y comenzó a preparar una conspiración para obtener la libertad de Cuba y crear la república de Cubanacán».

La conspiración tenía muchos pies, pues, siempre según el libro citado

«Lemus estaba de acuerdo con los comisionados diplomáticos que la república de Colombia trataba entonces de acreditar ante el gobierno de Washington.../... Montó, en colaboración con un venezolano de apellido Barrientos, una logia de carácter masónico que llamaron Soles y Rayos de Bolívar».

Las palabras, toques y juramentos se diferenciaban mucho de los de los ritos Escocés y de York, los grados eran dos: soles, los jefes conspirativos, rayos, aquellos conspiradores secundarios que cada jefe adhería a la causa y que en torno a él giraban o eran emitidos. Don Nicolás Mahy, que gobernaba a Cuba, informó al gobierno de Madrid haber encontrado la isla muy perturbada con las logias

y sociedades secretas, a las que dio la siguiente clasificación: La Cadena Triangular y los Soles y Rayos de Bolívar, integradas por cubanos e hispanoamericanos de tendencias republicanas y amantes decididos de la independencia, los Comuneros, en la que se agrupaban los peninsulares enemigos de esos cubanos e hispanoamericanos, vale decir masones partidarios de España y de Riego, de una línea que podría homologarse con la de Pablo Morillo, o sea, dispuestos a pelear contra la España absolutista pero igualmente contra la Independencia, y por último los Carbonarios, que ocupaban una posición de centro.

Protagonizaron un desfile de culto a la «Lápida constitucional», llamada también el Arca de la Ley, acto autorizado por la constitución pero que dejó un escalofrío de alarma a las autoridades por el sinnúmero de soldados que desfilaron y porque éstos llevaban unas bandas azules sobre vestidos negros, que es traje de los practicantes de los misterios egipcios.

El dinero venía del argentino José Antonio Miralla, del matancero Teúrbe Tolón y de un comerciante venezolano riquísimo, Juan Jorge Peoli. Las autoridades españolas se asombraban de que entre los miembros de la logia se encontraban mezcladas personas decentes junto a jóvenes irreflexivos, a incautos y candorosos campesinos y a pardos y morenos. Sorprendente que un hombre como Peoli, prudente, como aconseja la sólida fortuna, se prestara a un movimiento tal, dislate sólo era atribuible a la influencia de su esposa, Socorro Mancebo, natural de Venezuela, la cual tenía formado su corazón en esas revoluciones. Doña Socorro era mujer mala, se explicaba, que sostenía correspondencia con Bolívar, su amigo.

Abrazo de Bolívar y Morillo en Santa Ana

En una de sus últimas comunicaciones, Zea parece esperar el resultado de la entrevista de Bolívar y Morillo para gestionar reconocimientos y comprar buques y armas. En su rol de militar disciplinado, Pablo Morillo había organizado el encuentro. En los

documentos que se preparan a toda prisa, Bolívar ya no es el bandido Bolívar, el criminal Bolívar. Nada de eso, es el Libertador, y el Libertador Presidente, y «Su excelencia el Presidente de Colombia». La reunión sucede en Santa Ana, poblado de la región de Trujillo, situado en un abra que propicia el comercio con el fronterero virreinato de Nueva Granada. Todo es masónico en la reunión de Santa Ana, y así lo ha descrito Eloy Reverón en un libro dedicado al tema³⁰. Bolívar y Morillo duermen en la misma alcoba, en cita y repetición de la manera como debían hacerlo los caballeros templarios en la Edad Media, espalda con espalda, para enfrentar al enemigo que podía aparecer inesperadamente. Juntos arrastran una piedra de forma triangular para colocarla en un sitio de destaque. ¿Qué pactan? Lo visible es el tratado de Regularización de la guerra, en aplicación de lo que cierto lenguaje define como «filantropía». Cada ejército quedará en posesión de los territorios que dominaba en el momento de iniciarse los tratos. Bolívar escribirá que por su bondad este tratado es digno del corazón de su redactor, Antonio José de Sucre. La última noche es de brindis. Alzan sus copas los generales independentistas y los españoles³¹.

El general La Torre, segundo hombre en el mando por los españoles, brinda así:

—Brindo por los liberales americanos y españoles, que juntos irían hasta el infierno para combatir a los tiranos.

Un relámpago de copas y muchas risas apoya el brindis.

Al lector de hoy, la palabra «tirano» no le dice nada distinto de dictador, de malo. Pero, atención, ése no es el sentido dado a ese vocablo en aquellos días. «Tirano» es el insulto que lanzan los liberales contra el Papa y los reyes no constitucionales. No ha evaluado mal Fernando al suponer a liberales hispanos aliados con liberales americanos, pues para La Torre y los otros jefes españoles aquel Pacto de Santa Ana es un pacto contra los conservadores.

Actuando muy en el espíritu de partido, ha explicitado al evento ese color político hasta ese momento implícito.

Todos ríen pero quizá el brindis no le ha gustado al general Morillo. Caramba, el soberano de España que él representa, es Fernando VII, un rey de mucho derecho divino. Caramba, él no puede permitir que se le moteje de tirano, ni siquiera de manera indirecta. Quizá es en estado de amoscación que Morillo, al alzar su copa para un nuevo brindis, lanza la siguiente frase, en la cual están disueltos algunos gramos de amenaza:

—¡Ay de aquellos que alberguen pensamientos de traición a los juramentos que hacemos esta noche!

Todos brindan, la noche concluye bien, pero ¿Está todo bien? Siete días antes el duque de Frías había hecho saber a Zea que el Ministerio de Fernando VII había considerado «absolutamente inadmisibles» las proposiciones de «Reconciliación entre la España y sus provincias disidentes de Ultramar». No aceptan constitución, ni liberalismo, ni la «mediación» inglesa.

Se abrió el rollo del cielo

Cabe detenerse en algunos puntos del brindis de Santa Ana. Detenerse, por ejemplo, en el general Roth, anciano al que debemos suponer presente como que es propietario de la casa donde se hace la reunión, amén de amigo de Bolívar³². ¿Es casual que sea el anfitrión? Su pasado sugiere que no. También su piel, pues es blanco colorado lo que hace que le atribuyan estirpe escocesa. Puede ser masón y en ese caso debe ser muy alta su calificación. También los odios masónicos contra él deben ser subidos, ambas cosas en función de sus orígenes. Su abuelo había aparecido en Trujillo bastante joven, como funcionario de la Renta del Tabaco. De aquel vino su padre y de éste, Roth, que se casó con una Briceño Sierralta y ya en 1801 era alférez real del Cabildo. Poseyó haciendas magníficas en la cercanía del río Motatán donde cultiva el cacao y el tabaco.

Era tan rico que poseía un barco propio en el cual enviaba a Veracruz sus productos, vía los puertos del sur del lago de Maracaibo. Y posee esta casa a la que ha hecho cubrir el piso con monedas de oro colocadas, eso sí, de canto para jamás pisar el rostro del rey Luis XIV, a quien dice deberle su fortuna. Aunque no lo vocea, su apellido es Estuardo. Lo del Roth constituiría un adorno y su verdadero nombre sería Jacobo Estuardo por ser tatarataranieta de Carlos I Estuardo, el rey inglés al que Oliver Cromwell derrocó y le cortó la cabeza. Y por ende tataranieta del hijo de éste, Carlos II Estuardo. Mientras Cromwell establecía una república en Inglaterra, Carlos II vivía su exilio en un castillo que le había dotado Luis XIV en la esperanza de ejercer una «mainmisa» sobre las islas británicas cuando Carlos reinara en Londres.

Carlos II reinó y fue llamado «el monarca alegre» debido a que levantó las prohibiciones puritanas a la fiesta y a su propio placer. Su amante más conocida fue la actriz Nell Gwyn. Tuvo varias líneas de hijos, ninguna legítima, una de las madres de vástagos de Carlos fue una señora de apellido Salignam, de donde nació Carlos de Salignam, bisabuelo del señor Roth. Carlos de Salignam se crió en el dicho castillo escuchando la conseja de que tras caer la cabeza de su abuelo en la cesta, todavía no pálida, se abrió el rollo de los cielos sobre Londres y se vio al Dios padre dar la bendición al que moría, por ser el segundo Cristo, enviado por él a sufrir y morir entre los hombres, como 1.600 años antes enviara a Jesús a que cumpliera en Galilea el mismo destino³³. Descendía pues este canoso y colorado general Roth de aquel rey segundo Cristo a quien algunos estudiosos de los textos bíblicos anunciaron ya en tiempos de Shakespeare como el Anticristo que vendría en 1666. Puntos discutibles de cronología bíblica confundieron la fecha, que resultó ser 1649, por eso le cortaron la cabeza en un patíbulo en esa fecha y no por la guerra que mantenía contra la burguesía naciente, acaudillada por Oliver Cromwell. Vivían también en el

castillo doce jesuitas, que daban misa poniendo juntos en el altar y con la misma jerarquía a Cristo y al Carlos decapitado, cuya palidez relucía en el magnífico retrato dentro de los cabellos oscurecidos y largos. Era la versión sagrada de lo que contó en versión profana Alejandro Dumás en su novela *Los tres mosqueteros*, donde pone a los tres mosqueteros, que simbolizan las tres virtudes masónicas y son en verdad cuatro —porque es versión profana pero codificada para que la entiendan quienes deben entenderla a través del mundo— viajando a Londres en los urgentes días del juicio a Carlos Estuardo, con el objetivo de salvarlo. Van a quedar, tras muchas y complicadas peripecias, en el interior de la tarima donde será ejecutado el rey. Cuando el golpe de hacha pone retumbes en el interior del gran cajón, se inicia un tiempo de instantes largos en el que se moviliza la sangre real sobre la madera y se cuela por los intersticios y chorrea, mojando las frentes de los hombres escondidos abajo. Es el bautizarse en la sangre del rey, es el Rito del minotauro, el sacrificio del toro, cuyos cachos se metaforizan en las puntas de la corona. El animal habita en el laberinto.

La sangre de Carlos bautizó así la masonería Escocesa y los doce jesuitas gastaron aquellos años en acrisolarla en sus grados superiores, hasta el 33, articulada a la misión en la tierra de los Estuardo. Alejados del mundanal ruido, entregados al trabajo de la Compañía, no figuran como autores, antes bien niegan serlo. Imbuían su saber al caballero Ramsay, que aparecería como autor de todo y acaso fue lo que llaman una cabeza de toro, vale decir una nulidad que da la cara. El primer Salignam venido a América hubiera podido recordar escenas sucedidas siendo él niño, del caballero Ramsay y los jesuitas y su padre en diálogo en algún salón del castillo francés.

En las décadas posteriores a la ejecución de Carlos Primero se vivían las guerras donde Inglaterra le ponía al mundo encima su imperio, las guerras anglo holandesas. La bandera de la Gran Bretaña

no era de tela sino la *Navigation Act*, una decisión que todos debían acatar, según la cual las mercancías importadas a las islas británicas sólo podían movilizarse a bordo de barcos ingleses. Era estimular y proteger la industria y el comercio contra la competencia extranjera. A veces se llamaron Actas de Comercio y Navegación.

Aplicar la *Navigation Act* era empobrecer a colonias como **Massachusetts**. Era también quebrantar la marina de Holanda y quebrantar a Holanda. Vino guerra y Carlos Estuardo Segundo, exiliado y lleno de odio por la muerte de su padre, estuvo con los holandeses. Fue natural, pero cuando Holanda se rindió, una de las condiciones impuestas por Cromwell fue que los holandeses dejaran de apoyar a Carlos Estuardo. Y los holandeses lo dejaron caer. Ello tuvo consecuencias, pues cuando Carlos, gracias a muertes de reyes antecesores, regresó a Inglaterra y reinó como Carlos II, desató la segunda guerra Anglo Holandesa. Ahora era él quien aplicaba la *Navigation Act* para ruina de Holanda e instauración imperial de Inglaterra.

Pasando a los hechos, la marina de Carlos atacó la colonia holandesa de Nueva Holanda, apoderándose de su capital, Nueva Amsterdam, a la que denominó Nueva York en honor a su supuesto propietario, Jacobo Estuardo, duque de York, el hermano del rey Carlos II. Se alertaron y dispusieron a la lucha los holandeses de Nueva Holanda y los de la vieja Holanda, pero sobre todo se alertaron y dieron a la lucha los *whigs* ingleses. Habían celebrado la ejecución de Carlos I Estuardo, obviamente porque lo veían como el Anticristo, pero en aquel 1665 entendían que el verdadero anticristo se había escapado y estaba regresado y reinando. Era Carlos II. Agredir a Holanda era agredirles la madre patria pero Nueva Holanda era más, era el futuro, de Holanda y de ellos. Los *wighs* eran los hermanos viudos, por así decirlo, de los puritanos del *Mayflower*, cuyos descendientes habían ido formando aquellas colonias. El malvado inglés pisaba en Nueva Amsterdam, en la

esperanza del mundo puro, en el ámbito cuyo destino manifiesto era ser el reino de las virtudes. Por algo actuaba Carlos II en este momento. Algo que era la preparación de 1666.

No en Londres, en toda Europa revivía la expectación mesiánica, los judíos se llenaban de esperanzas con la Parusía. Hacía años que en Polonia casaban los niños y las niñas de 13 años para que engendraran al mesías en el año por venir de 1666, ahora aparecía un mesías en Turquía, bailarín, y el hombre más rico de Egipto, de apellido Mendes, repartía a los pobres su fortuna porque en el mundo feliz por venir el dinero no haría falta. Cada sinagoga era una pregunta, cada iglesia católica también. Nacían interpretaciones sobre el hombre que vendría con el 666 en la frente a acabar el mundo o a redimirlo. Ahora aparecía claro, Carlos II era el anticristo. Como aparente anuncio de la bestia llegó la peste a Londres, muchos talleres cerraron sus puertas. Enseguida visitó a la ciudad el incendio, nadie supo quien introdujo la primera chispa, medio Londres ardió, de miles de viejas casas sólo quedaban en pie las vigas negras, humeantes. También la Universidad de Cambridge cerró sus puertas, lanzando a Isaac Newton, un joven licenciado de nuevo cuño, de vacaciones a la casa de su familia en Woolsthorpe, Lincolnshire. Era judío. La leyenda relaciona el descubrimiento de Newton de una ley universal de la gravitación con la caída de una manzana que vio mientras meditaba bajo el manzano:

«...mientras estaba descansando en un jardín, se le ocurrió que la fuerza de la gravedad (que hace caer al suelo las manzanas que cuelgan del árbol) no estaba limitada a una cierta distancia de la superficie de la Tierra, sino que podría extenderse mucho más lejos de lo que se pensaba. ¿Por qué no tan lejos como la Luna?».

¿Era atraída la luna por aquel suelo cubierto de hierba donde se sentaba Newton? Esta es la versión oficial, edulcorada. La verdad es que el joven judío Newton, de 23 años, se daba a calcular la

venida del mesías. Sabido era que una estrella deslumbrante brilló sobre las casas y el paisaje todo de Belén en el día del nacimiento del mesías Jesús, en consecuencia, si tornaba el mesías habría de tornar la estrella. Era una lógica deducción a la cual se sumó el conocimiento de que lo que se conoció como La estrella de Belén era en realidad un cometa que necesariamente tornaría al cumplir su trayectoria en el vacío sideral. Y con él vendría el Mesías. ¿Regresarían cometa y Mesías en 1666? Newton se dio a calcular las atracciones de otros cuerpos que había sufrido el asteroide durante el viaje de 1666 años, incluyendo los meses que faltaban para tal fecha. Pasaría cerca de la luna, de algún planeta, volvería dentro de su inmenso óvalo. Detallando la trayectoria del cometa despejó una ley de gravitación universal que resumió así:

«...la fuerza de atracción entre dos cuerpos (pequeños o de simetría esférica), es proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia entre ellos».

La factibilidad de regreso del Mesías estaba dicha, el cometa vendría en 1666, en consecuencia también el Mesías.

Mientras tanto, los holandeses se veían favorecidos por la mano de Francia y lograron sobrevivir al año terrible de 1666. Luego vino su derrota y la Paz de Breda, de julio de 1667. En Breda consiguieron relajar los términos de las *Navigation Act*. Pero perdieron a Nueva Amsterdam para siempre. Eso fue la objetivación del triunfo del Anticristo, dominaba la ciudad, para siempre se llamaría Nueva York.

Los holandeses conservaron la otra Nueva Amsterdam, situada en la región de Suramérica llamada Guayana, que implicaba el río Esequibo. Esa segunda gran esperanza conservaron. Las chances de la Nueva Holanda del sur de constituir la canalera Holanda del subcontinente suramericano sobrevivían. Por alguna razón la

renunciaba el Anticristo. Debieron los holandeses amenazar con algún paso nuevo, algún sacrificio nuevo y final si también se les privaba de ella y Carlos accedió. Sentados en la mesa de Breda, los enemigos se pusieron de acuerdo en dejar el asunto suramericano al futuro y ahí está.

A la muerte de Carlos II, reinó su hermano el duque de York, Jacobo II, pero fue destronado en 1688 por acción de los *whigs*, que eran móviles depósitos de odio. Entonces, un hijo natural de Carlos, el duque de Berwick, huyó a Francia y entró al servicio de Luis XIV. Tendría el mando de los ejércitos franceses en España durante la guerra de Sucesión donde Luis triunfó y puso en el trono de Madrid a su nieto Felipe Borbón, que tomó el número V. Las victorias de Berwick debieron ser la causa de que el primo Salignam fuese agraciado con una concesión colonial en Angostura, provincia de Venezuela. Para allá fue, como factor del Tabaco, señor de las cargas que salían por el río Orinoco para España y Francia y de las que entraban a Guayana. En un empleo tal cualquiera se hace rico. Pero a Salignam le vino aversivo el calor angosturino y se mudó a Trujillo, país frío, como lo pedía su sangre. País de encoñetadura de montañas. Tanto prosperó el Salignam que hizo cubrir el piso de su casa de monedas de oro, fue él quien las colocó, no su nieto apellidado Roth, el de la reunión de Santa Ana, que las mantenía.

Ninguna casa mejor que la de Jacobo Saligman Estuardo Roth para firmar papeles que deciden el destino de un continente, como se hizo entre Simón Bolívar y los delegados del gobierno de Riego.

¿Qué se había firmado en la reunión de Bolívar y Morillo? De momento, por el Tratado de regularización de la guerra, Maracaibo, Cartagena y Panamá, los puertos más poderosos de América, quedaban a España. Con eso venía a ser burla la Independencia, una burla que se suponía suavizada con la inclusión de diputados de las colonias en las Cortes de Madrid, y de Bolívar y San

Marín como autoridades supremas, jefes de la nueva oligarquía indoespañola liberal. Si tal era el caso, Colombia y América serían una región en eterna minoría de edad, dada a producir lo burdo y comprar lo elaborado; pobre para los siglos mientras florecía la Europa liberal. España sería la próspera bisagra entre América e Inglaterra. Difícil contradecir en el mundo creado por Waterloo. Bolívar firmó los pactos y brindó contra los tiranos. Varios años después escribiría que nunca usó de mayor hipocresía que aquellos días de sus tratos con Morillo.

«Fui a la Reunión de Santa Ana armado con toda mi diplomacia, con las apariencias de la mayor amistad y confianza cuando que ni una ni la otra podía yo sentir hacia el conde de Cartagena»³⁴.

Necesario fue alzar la copa en juramento de amistad con aquellos hombres, jurar que irían juntos hasta el infierno para luchar contra los tiranos.

Se ha señalado que Bolívar desautorizó el proyecto presentado por Zea. Y en verdad en enero 4 de 1821, vale decir un mes y una semana después del abrazo de Santa Ana, Bolívar firma las instrucciones de José Rafael Revenga y Tiburcio Echeverría, diplomáticos, para negociar entre Colombia y España, y desautoriza a Zea de quien, afirma, sólo estaba autorizado para gestionar dicho reconocimiento y ultrapasó sus funciones al introducir el proyecto comentado. Después, por los detalles escandalosos del préstamo que contrató en Inglaterra, le serán retirados los poderes diplomáticos, pero se borra con esto que Zea al proponer el Pacto federativo con España actuaba en su rol de vicepresidente de Colombia, un cargo tan legal casi como el de Bolívar. También que en el dicho documento asienta que éste «es conocido de las primeras autoridades y pensadores de Colombia». ¿Podía mentir en un documento solemne? ¿Cómo hubiese quedado Zea si el rey Fernando VII hubiera firmado el tremendo documento para descubrirse después que era

una fantasía sin base? Tendría que haber estado Zea habitado por una locura delirante, el caso se hubiera incorporado a la historia de la locura cómica mundial. Queda abierta la posibilidad de que Zea perteneciese a un grupo con poder suficiente para actuar con independencia del Libertador. La tirria que éste mostrará después hacia él sugiere eso.

Capítulo 9 República democrática de Maracaibo

Una de esas situaciones especiales del momento es el pronunciamiento de Maracaibo. Vale la pena historiarlo. Como está dicho, por las cláusulas del Acuerdo de Santa Ana, firmado entre Bolívar y Morillo, cada ejército conservaría los territorios que ocupaba en ese momento. Maracaibo quedaba, en consecuencia, en poder de España. Ahora bien, había un marabino que venía actuando en las fuerzas independentistas, Rafael Urdaneta. Desde muy joven disfrutaba de cercanía a los planes del Libertador. Mientras su patria chica funcionaba como enclave del imperio español él llenaba una hoja de batallas que es de las más brillantes de la independencia latinoamericana. En 1821 Urdaneta, ya general, estaba acantonado con su ejército en Trujillo, en posición de atacar desde el sur al Zulia. Se urdió una trama en la cual se hizo salir de Maracaibo hacia Coro parte del ejército español, mediante una fingida orden del jefe La Torre. Las tropas republicanas desembarcaron al mismo tiempo y subrepticamente en un alrededor de Maracaibo llamado La Ranchería. Iban al mando de un general Las Heras. Entonces, María Dolores Moreno de Castro, una conjurada, le entregó al gobernador encargado, de apellido Delgado, una contraseña significativa de que todo estaba listo y éste dio aviso a los independentistas, que se congregaron en la plaza mayor para oír el acta del

Ayuntamiento donde se proclamaba la Independencia. Era el 28 de enero de 1821. Las Heras protegió el evento y el mismo Gobernador Delgado participa al día siguiente a Bolívar la decisión de Maracaibo, que se declara «libre e independiente del Gobierno Español», constituida en «República democrática» al tiempo que pide su anexión a la Gran Colombia. Así va quedando constituida Venezuela. Pero hay problemas, en el documento marabino figura una coletilla que asume la pulsión separatista.

Arrodillarse ante el tirano

La pintura representa el momento en que Bolívar pisa una grada para ascender al altar donde lo espera el arzobispo Lasso de la Vega. Tras él vienen los oficiales de su estado mayor vestidos de gala. Tras ellos, llenando toda la parte izquierda del cuadro aparece un grupo de otras personas que parecen desatentas a la escena central. Dialogan entre ellos. Uno de estos personajes, una figura grande, claramente destacada en el conjunto, mira hacia otro lado. ¿Significa eso indiferencia? Lasso de la Vega viste las brillantes y pesadas ropas de pontifical, y en la mano empuña el báculo, que se resuelve en su parte superior en una elegante espiral mientras su punta inferior se apoya en la grada. El arzobispo también tiene su estado mayor, detrás de él se observa a varios acólitos y sacerdotes. Tras éstos, parados llenando el extremo derecho del cuadro aparecen varios hombres distraídos, repitiendo la composición del otro extremo.

La pintura fue hecha para inmortalizar este momento de torcimiento de destinos y prohibir a las edades el olvido de él. De torcimientos, sí, porque apenas descendido de Santa Ana y arribado a la capital de la región de Trujillo, Bolívar asiste a la cita con la religión a combatir lo que ha firmado días antes. El cronista de la época narrará los hechos con la siguiente manera³⁵:

«El guerrero bajó de su cabalgadura, el pontífice le presentó la cruz: la espada victoriosa volvió sumisa a su vaina para adorarla y el sagrado símbolo se vistió de fulgor para saludar al egregio soldado. Frente a frente estaban en las gradas de un modesto templo las dos grandes potencias de Colombia, la Iglesia y el Estado».

Quien viera desde fuera la escena se asombraría, por ser el arzobispo Lasso de la Vega amigo del rey Fernando VII, quien lo ha enviado a América en 1814, justo en su momento en que rechazaba la Constitución española e instauraba el gobierno más conservador y retrógrado. Pero el arzobispo había venido ayer a Trujillo a buscar encuentro con Bolívar. ¿Qué reúne a los dos hombres? El arzobispo estaba en Maracaibo un mes antes, cuando el golpe de Estado que separó aquella región de España, y en vez de enfrentarse y denunciar desde el púlpito este acto de lesa majestad, lo apoyó. Ciertamente, su apoyo fue equívoco, algo malsonó entre él y la asamblea local republicana, que hizo que fuera sugerido explicarse con Bolívar. Había viajado pues a la pequeña ciudad. Ahora daba esta recepción ceremonial al Libertador, que ya era un reconocimiento de máximo estatus al hombre que derrotaba a España en estas tierras.

La prosa describiría los hechos con estas palabras:

«...y aquellos eximios varones, hasta ese momento enemigos, conmovidos por la trascendencia y por la importancia del acto, se confundieron en un fraternal abrazo y mientras una multitud delirante los aclamaba, el Dios de los pueblos impartió su bendición augusta. Juntos subieron al presbiterio y el liberador de un continente, todavía con el polvo en la guerrera y con las botas salpicadas de lodo y sangre, presenció de rodillas la ceremonia».

El hombre que en el altar se movía de espaldas a la multitud y pronunciaba la homilía y cantaba no se apellidaba exactamente Lasso

de la Vega sino Garcilaso de la Vega, pues descendía del inca Garcilaso de la Vega, el cronista que se hizo famoso con su libro de historias de la conquista del Perú. La historia lo llama Inca porque descendía de un capitán español de ese apellido y una hija del inca. Entre una miríada de datos de historia, religión y medicina incas que pone en su libro, Garcilaso de la Vega narra un hecho: que la caída del inca Atahualpa habría sido fruto de un pacto neoplatónico³⁶. Sería una explicación al misterio de la caída de un imperio de tamaño continental ante unos cincuenta soldados, pero implicaría que personas del lado inca pudiesen conocer de platonismo, lo que sólo es aceptable autenticando hipótesis de contactos de Europa y América previos al de Colón, contactos que Platón nombra al nombrar la Atlántida, un continente inmemorial, de figura nebulosa, que un cataclismo prehistórico habría hecho desaparecer. Implicaría más que conocimiento, fe en las ideas platónicas. La caída del imperio inca sería un caso alucinante de suicidio de un gobernante y una oligarquía. La Lasso de la Vega o Garcilaso de la Vega no era la única familia de ascendencia indígena dentro de la nobleza española. Muchas había, secuela de una política colonial y enfáticamente jesuita, de matrimoniar nobles hispanos con nobles indígenas, en busca de estructurar una clase dominante lo más sólida posible y con raíces extensas y profundas en el Perú. Perú, sabían, sería atacado, por los ingleses, como se vio en Walter Raleigh, pero igualmente por holandeses, franceses, por cualquiera, en fin, a causa de contener la mina de Potosí.

El arzobispo Garcilaso de la Vega era legalmente causahabiente de los incas, podía ser un semiinca aliado de Bolívar, podía dotar a Bolívar, que pronto estaría independizando al Perú, de un interesante y hasta elegante apoyo legal a una independencia obtenida militarmente. No sería el único descendiente de los incas, porque en Perú subsistía la familia Inca, visible y claramente integrada a la corte de los virreyes y que, desde luego, iba a ser objeto de cortejos de un lado y del otro, de los españoles pero también de la

oligarquía limeña, ya independentista. Conocida era la amistad del arzobispo Lasso de la Vega con el Papa y ello estaba valorizando la escena demasiado. ¿No valoraría esa amistad sus credenciales incas? También el Papa debía valorar más a un amigo adornado con tales potencias.

Concluida la misa, Lasso de la Vega y el Libertador sostuvieron una entrevista privada. Escribe el cronista: «Corta, muy corta, fue la entrevista, símbolo de paz y de entendimiento, muy pocas palabras cruzaron...». Pero hubiese sido rara tal prisa en una reunión de la que saldría, según el mismo escritor, «uno de los más inteligentes triunfos diplomáticos del Libertador». Es que el distanciamiento entre el Vaticano y la España liberal estaba creciendo. Firmados por Fernando VII pero redactados por los ministros de Riego, se publicaban en Madrid decretos ordenando el censo de las propiedades de la Iglesia, enormes, del tamaño de media España. Los masones gobernantes quieren quitarlas. Pronto vino la desamortización de los bienes eclesiásticos. Los curas aspaban los brazos en los púlpitos denunciando el liberalismo ateo, enemigo de Cristo. Se hablaba ya en voz alta de un cisma jansenista, de crear una Iglesia nacional, independiente. Era el cisma de Amat. Cisma era el nudo de la cuestión. No se asomaba mucho, sólo era rumor vertido en la licorería «La Fontana de Oro» de Madrid, que era el reunidero de los liberales. Corría en las mesas, era un animal grande. «A Roma no se le deben pagar tributos», era uno de los temas lanzados desde el gobierno que citaba a Amat³⁷. Un concepto semigubernamental decía: «...en los obispos reside esencialmente la plenitud del sacerdocio cristiano», con lo que se decía sin decirlo que todos los obispos eran iguales y que el Papa era un obispo más, el obispo de Roma, y no tenía ningún derecho especial sobre España ni sobre el resto del mundo. Y, más allá:

«...la potestad de atar y desatar concedida por el Sumo Hacedor a los apóstoles, lo fue igualmente a los suce-

sores de éstos, los obispos, que enviados por el mundo a predicar el Evangelio ejercitaron plenamente y sin reservas ni restricciones aquella potestad, sin contar con el primado de Roma. Ellos decidían en materias de fe, dispensaban en lo que se presentaba y creaban obispos que para ejercer su potestad no necesitaban obtener de Roma ni la confirmación ni las bulas que la acreditasen».

Tras esto, venía la denuncia de abuso vaticano: «Roma se arrogó las facultades concedidas por Cristo con igualdad a todos los obispos». Jansenismo era esto, sí. Con el disfraz de defender a los obispos se destituye al Papa de autoridad. El teólogo Amat aclaraba que nada anti-Vaticano había en sus ideas, pero que si de tal se le sospechaba, ponía su obra bajo el escrúpulo de los doctores que el Papa señalara y que obedecería la decisión que ellos tomaran

«...imitando en eso al sabio Fenelón que abjuró de su obra, una vez que el Papa y una congregación de cardenales, ampliada hasta cincuenta, terminó por condenar su obra, calificándola de jansenista».

Con tal cobija famosa se abrigaba el Amat. Pero hipocresía, mucha hipocresía había en esto, como que el famoso Fenelón fue una flor de ello. Abjuró de sus tesis, sí, pero éstas ya habían servido al caballero Ramsay y a los jesuitas que lo dirigían en la creación de los grados masónicos superiores. Las tesis fenelonianas fueron la columna vertebral filosófica de la masonería de Ramsay, en realidad su origen, porque Ramsay fue discípulo y secretario de Fenelón y su ejecutor testamentario.

Los cismáticos españoles enfatizaban que Cristo reconoció que su reino no era de este mundo, mandó dar al César lo que era del César, «y Él mismo dio una prueba de esta obediencia pagando los tributos de su capitación y la de San Pedro».

Era muy difícil que no hubiese salido en Santa Ana el proyecto de cisma. El reino del cisma sería España, pero demasiado sabían sus

gestores que era cuesta arriba, demasiado, arrancar la hiedra del catolicismo de las paredes de España. Difícil, violento, una guerra. América era campo más fértil para el cisma con sólo trescientos años de catolicidad y un piso de creencias indígenas milenarias. En el fondo, un mundo joven, pudo pensar alguien tras leer algunos párrafos de las *Observaciones Pacíficas*³⁸. América es lo peleable. Ante esas circunstancias los sacerdotes de América comienzan a dudar en sus fidelidades hacia España. Se dicen que si Riego y el liberalismo son España ellos no lo son. Maldita la obediencia que sienten hacia la horda masónica. Y hete aquí que este don Simón Bolívar, tan poderoso, cuya personalidad potentísima eclipsa la de Fernando y que tal vez lo expulsará de Perú, acumulando, si tal hace, más poder y riqueza que cualquier monarca del mundo, parece abjurar de sus jacobinismos de juventud en esta hora de triunfos, invoca en todos sus discursos a la Santísima Trinidad, a la Virgen María. Hete aquí que se arrodilla ante el arzobispo Lasso de la Vega y le promete obediencia. La idea dominante entre los curas de las colonias sería verbalizable así: «Si se ha de perder España, pues que se salve América».

El cronista terminaría su glosa de los eventos de ese día con el siguiente párrafo:

«Ya Trujillo había contemplado en otras ocasiones la olímpica figura del Libertador, en 1813, cuando descendió de los ventisqueros andinos, coronado de bélicos laureles, con las sienas ardorosas por la gestante Proclama de Guerra a Muerte; en 1820 en función conciliadora, portador de ofertas de paz y fortalecedora esperanza. Pero nunca, nadie, lo había visto en su condición de cristiano, de creyente, arrodillado ante Dios, perdido en la infinita soledad del cosmos».

Como resultado de esta reunión, el arzobispo escribe al cardenal Consalvi:

«...jurada la constitución por el Rey católico, la soberanía volvió a la fuente de donde salió, a saber: el consentimiento y disposición de los ciudadanos. Volvió a los españoles. ¿Por qué no a nosotros? Fuera de esto, horrorizan los decretos que cada día allí (en Madrid) salen, a la verdad no aprobados por esta América, ni que los aprobará. Extended hasta nosotros vuestra santísima bendición».

Así el arzobispo aplicaba la fuerza que le daba su amistad con el Papa a obtener el apoyo del Vaticano a la independencia de América española. No era fácil. Históricamente, España era el país más católico del mundo. Lo fue en el medievo y en los tiempos del Descubrimiento de América. Esa religiosidad se convirtió en legalidad cuando el papa Alejandro VI concedió a los reyes hispanos el título de Católicas majestades, expresión de una preferencia única en el mundo, de alianza y solidaridad *ad aeternum*. Y les perfeccionó el derecho de posesión de América que ya poseían por haber financiado a Colón. ¿Abandonaría el Papa de 1821 a España en las manos de los masones de Riego?

Bolívar escribiría acerca de Lasso:

«...es un hombre lleno de eminentes cualidades que aborrece ya más a los liberales de España que a los patriotas, porque aquéllos se han declarado en contra de las instituciones eclesiásticas cuando los patriotas las protegen».

Mal afinaban estas expresiones con el pacto que Bolívar había firmado en Santa Ana.

Audacia extrema caracterizará la venganza de Luis Aury

Pocos días después el Libertador está en Bogotá donde lo abordará Luis Aury en busca de reconciliación³⁹. Trascendental era la materia, Aury significaba Centroamérica y concernía a las relaciones con la república de Buenos Aires y el general San Martín. Durante todo aquel 1820 el corsario había hecho gestiones amistosas, envió a Agustín Codazzi a Bogotá a ofrecer colaboración de la armada corsaria en la toma del puerto de Cartagena, que era el próximo paso de la independencia de Nueva Granada. El enviado se dirige al vicepresidente Francisco de Paula Santander, quien, astuto y legalista, lo recibe y escribe al Libertador:

«¿Qué hará Ud. con Aury? El debe de buena fe querer pertenecer a una República para que no lo traten como pirata. Nosotros ganaríamos bastante aprovechándonos de sus buques. Espero una resolución favorable a todos, y no desagradable a nuestro buen almirante que ha sufrido las alternativas de la fortuna»⁴⁰.

Lo de «buen almirante» era una alusión a Luis Brión, jefe de la flota bolivariana, que mantenía con Aury una hiriente pugna. La mención de «las alternativas de la fortuna» se refería a derrotas que éste había sufrido y que Aury reivindicaba no haberle sucedido a él igual. Brión había irrespetado el grado de comodoro que se atribuía Aury pero lo había hecho en nombre de Bolívar. Aury hacía sus proposiciones sin olvidar invocar su condición de general de Buenos Aires y haciendo referencia a la bandera azul y blanca que enarbolaba en su ínsula de Providencia, que vale decir Nicaragua. Acercaba su flota a las costas de Colombia para establecer contacto con el coronel Mariano Montilla, nombrado por el Libertador jefe de la operación de expulsión de los españoles del puerto de Cartagena. Con el mismo Brión parecía estar dispuesto Aury a colaborar pero en el Artículo 19 de las instrucciones impartidas por Bolívar a éste se especificaba que si Aury quisiese incorporarse al esfuerzo

patriota debería hacerlo desde una posición de subordinación al almirante. Problema. Codazzi narra el intento de acercamiento personal del corsario con Bolívar:

«Junto con el vicepresidente, su Estado Mayor y los ministros de la República, el general Aury y yo fuimos al encuentro del presidente al pueblo de Alabanza, a una jornada de camino. Llegamos en el momento en que hacía su aparición Bolívar, acompañado por el jefe de su Estado Mayor, general Sucre, y dos edecanes. Por la mañana desayunamos y luego salimos todos para Santa Fe. Durante el viaje Aury se acercó al presidente para hablar lo concerniente a su división pero Bolívar no había olvidado la cuestión de Santo Domingo y reprochó a Aury el haberse alejado de él; le dijo además que en San Bartolomé había tratado de sublevar al Almirante Brión para que no viniese al Orinoco, con el fin de conquistar ellos solos la Granada; que si lo había auxiliado no lo había hecho de buen grado sino forzado por las circunstancias y por el deber que le imponía la república de la cual dependía; que él no tenía más necesidad de sus tropas, y que de su arbitrio dependía retirarse del territorio de Colombia y prestar sus servicios en Buenos Aires»⁴¹.

Codazzi cuenta así pero lo que debió decir Bolívar o estar terriblemente implícito en sus palabras, es que Aury había actuado toda su vida por encargo de Napoleón Bonaparte, que por ese encargo intentó comprar a Brión para juntos tomar a Venezuela y Nueva Granada, restándola a la independencia bolivariana, también que detrás de su humildad de aquellos momentos había una posición de fuerza y amenaza, acrecida por sus pactos con los indios miskitos para control de Nicaragua, que era territorio de Colombia. Explica Ferro que:

«Aury se entrevistó personalmente con el rey de los indios mosquitos, reconocido por la Gran Bretaña como aliado bajo el nombre de Jorge, e hicieron un acuerdo

ofensivo y defensivo que lo obligaba a suministrar los hombres necesarios en las operaciones que se proyectaban. A su vez Aury se comprometía a pagar una fuerte suma por cada hombre muerto o inutilizado»⁴².

Originales de la región, colocados en la boca del río San Juan, en un sitio de control o influencia sobre la salida atlántica del canal, los miskitos matrimoniaron durante el siglo XVII algunos de sus monarcas con miembros de la casa real británica. Desde luego no hay que desestimar el amor, que nace a través de distancias, inclusive en épocas sin Internet, pero es lo cierto que los miskitos aliados con Aury significaban algo.

La narración de Codazzi merece todavía la reproducción de un párrafo substancial:

«El general Aury no esperaba tantas reprimendas y tenía más alto concepto del ánimo de Bolívar, por lo cual es fácil imaginar cómo fue el resto de aquella marcha. Por la noche había en Santa Fe un baile y una gran comida pero Aury, herido en su honor, no quiso asistir».

Audacia extrema caracterizará la venganza de Luis Aury.

Capítulo 10 Carrera tras el Perú

A fines de diciembre de 1820 llegaron a Bogotá las noticias de los desembarcos de los ejércitos de San Martín en tierra peruana. Aury estaba en Bogotá, paladeó estas noticias: San Martín estaba a las puertas de Lima, dominaría Perú cuando Bolívar todavía proyectaba la batalla de Carabobo. Seguramente calculando que difícilmente San Martín resistiría la tentación de controlar a Panamá y Nicaragua, Aury le escribe adjuntando la transcripción de la patente otorgada a él por Madariaga en la que le ordena

posesionarse de Panamá e izar el Pabellón de los gobiernos aliados de Buenos Aires y Chile. Señala que la situación actual de San Martín, que ignoraba⁴³

«...le había impedido comunicar a V.E. la mía a efecto de combinar una operación sobre el mencionado Istmo; pero hoy que el Excmo. señor Vicepresidente Santander me ha impuesto de todo lo que dejo expresado, y a más que V.E. era dispuesto a favorecer una empresa sobre el Istmo, me he resuelto a mandarle al coronel Luis Perú de Lacroix, mi Secretario General, para que tome vuestras instrucciones».

Perú debe informar a San Martín todos los detalles de las regiones «y combinar el plan a realizar en el nominado país» y estaba preparado

«...para que los asuntos que no se puedan confiar a la pluma los haga o comunique por su conducto y que de él pueda V.E. tomar todos los conocimientos que juzgue necesario sobre ese país, nuestras fuerzas, los puntos que ocupamos y demás detalles».

Santander y de la Croix dan varios pasos. En el primero el francés solicita al vicepresidente una carta de presentación dirigida a San Martín y Santander se la emite en los mejores términos, a pesar de que conocía perfectamente la actitud de Bolívar contra Aury, en el segundo, De la Croix muestra a Santander la carta de su jefe a San Martín. Santander, quizá comprendiendo la gravedad de lo que tenía en las manos, envió la carta al Libertador.

La reacción de Bolívar fue terrible, cabe detallarla porque muestra el trasfondo, uno de los trasfondos, mejor dicho, del choque de Bolívar y San Martín en su entrevista de Guayaquil que ha preocupado extensísimamente a los historiadores, provocando polémicas, dictámenes de las respectivas Academias de la Historia. El episodio pinta un Bolívar desconocido, maquiavélico, cazador, casi policial.

Debió haber cuatro cartas más, dirigidas directamente por Perú de la Croix al Libertador, pues una comunicación al respecto habla de «cuatro comunicaciones que el señor Lacroix ha dirigido a S.E. el Libertador» y más delante de «la decisión del señor Lacroix». En síntesis, Perú de la Croix traicionó a Aury y comunicó todas las intimidades de la trama a Bolívar.

Una carta de Pedro Briceño Méndez⁴⁴ Jefe de Estado Mayor, dirigida a Santander sobre este tema es del 17 de abril de 1821, una fecha que si se relaciona con el 5 de mayo de 1821, día de fallecimiento de Napoleón Bonaparte, quizá tenga valor psicológico. Estaba en vía de desaparición el hombre superior que desde la juventud había metido a la Croix, a Aury, a Mérida, a miles de otros hombres, en el mundo de la misión política, creándole un sentido aventurero y trascendente a sus vidas. Ello debía ocupar las mentes de todos los corsarios, por razones prácticas políticas pero también por las existenciales, y acaso había sido causal en el intento de acercamiento de Luis Aury al Libertador y luego a San Martín, los candidatos a sustituir a aquel padre superior que, además, estaban en ascenso hacia el poder total. La carta de Pedro Briceño Méndez afirma que:

«Por las mismas (las cartas de Lacroix a Bolívar) verá V.E. las inicuas tramas del señor Aury contra la República y el medio fácil que se presenta para cortarlas en su origen, tomando precauciones que aseguren la integridad de Colombia contra las perfidias de aquél».

Bolívar no tiene tiempo para ocuparse de llamar y capturar a Aury y lo comisiona a Santander:

«Si las atenciones actuales de S.E. para abrir la campaña le permitiesen ocuparse de manejar por sí mismo este negocio y sacar de él todas las ventajas que deben esperarse de la decisión del señor Lacroix, lo haría con satisfacción; pero obligado a concretar

todos sus cuidados y desvelos en el ejército y en las operaciones que se emprenderán el 28 de este mes, no puede S.E. encargarse de conducir la intriga a tanta distancia y estando expuestas las comunicaciones a ser interrumpidas o a perderse. Estas consideraciones y la singular y plena confianza que V.E. merece, no sólo por su celo con los intereses de la República, sino por sus talentos y delicadeza para dirigir empresas de la más grande importancia, han movido a S.E. a someter este negocio a la prudencia y política de V.E. para que lo conduzca y dirija del modo más ventajoso».

A continuación vienen las instrucciones del engaño y captura que se encargan nada menos que al vicepresidente de la república:

«Lo primero que S.E. quiere, es que se procure asegurar a Aury y atraerlo al país, bien sea bajo el pretexto de que se le admitirá, bien fomentando y sosteniendo su pretensión de venir a intentar reclamos ante el Congreso General, (habla de intentos de cobro que ha realizado Aury por sus reales o supuestos servicios a la independencia) para lo cual se le inspirará toda la confianza posible y se le ofrecerá cooperación y protección decidida. V.E. puede hacer uso para esto del señor Lacroix o de cualquier otro. Al mismo tiempo sería conveniente que otras personas trataran de introducir la división entre los secuaces de Aury y que se los atrajese al servicio de la República, abandonando las banderas de aquel (azul y blanca...) y dejándolo reducido a la nulidad. Este medio es tal vez el más seguro, pero necesita un gran fondo de prudencia, porque sería peligroso que se llegase a descubrir que la selección venía del Gobierno lo cual haría frustrar sin duda el proyecto principal de asegurarnos de su persona por los otros medios que se adopten. V.E. repito, está autorizado a conducir este negocio con toda la delicadeza, finura y reserva que él requiere.

El señor Lacroix se pondrá de acuerdo con V.E. y le dará todos los informes que se le pidan y aún indicará los arbitrios que sus conocimientos le sugieran. V.E. puede servirse de él manifestándole una plena confianza aparentemente, para sacar el mejor partido posible de su mediación, descubriendo al mismo tiempo los que comprometidos en el proyecto se hayan comprometido a cooperar, desertando la causa de la República».

A continuación el vocero de Bolívar ingresa en el terreno de las relaciones de estado de Colombia y Buenos Aires:

«Luego que se haya impuesto del adjunto pliego, (la carta de Aury a San Martín) le dirigirá con reserva a su destino y sería muy conveniente que sin desistir del principal objeto, que es descubrir los cómplices y atraer al señor Aury, se procure con esta ocasión sondear o penetrar las miras políticas de SE. el General San Martín (sic) y de las Repúblicas del Sur; pero en la inteligencia de que esta operación, aunque muy importante, es secundaria relativamente a la otra».

El mismo Briceño en nombre de Bolívar agradeció a Lacroix el haber puesto en sus manos las informaciones preciosas y el ofrecimiento de servir a Colombia:

«La República se felicita de haber hallado en Ud. un diestro defensor de sus intereses. .../... no olvidará nunca S.E. y la República las nobles miras que se ha propuesto Ud. al revelarlo tan oportunamente»..

Perú de Lacroix llegó a ser uno de los favoritos del Libertador. Recogió sus confesiones profundas en el Diario de Bucaramanga, iría al exilio tras su muerte y algún tiempo después, empobrecido y separado de su mujer e hijos, murió en una posada de la calle de Beaune en las afueras de París, supuestamente por voluntad propia.

Santander intentó capturar a Aury pero nada puede hacerse: el corsario ya se encuentra en sus islas nicaragüenses, preparando su ejército y sus naves para estar en condiciones de actuar cuando le llegue la respuesta de San Martín. Mientras tanto ha combinado con Madariaga una operación tendiente a apoderarse de alguna de las fortalezas de la costa centroamericana. El canónigo estima que la posesión de San Felipe en Izabal o de San Fernando en Omoa, puede ser conveniente. Nótese que ya en ese momento un sitio de Honduras, es indicado para actuar militarmente sobre en canal nicaragüense.

Capítulo 11 Batalla de Carabobo

La fuerte conspiración de Bolívar en Cuba continúa. Se beneficia del temor que inspiran en la isla los triunfos bolivarianos tanto como los de los independentistas de México y del Río de la Plata. Sólo le faltaba una consigna de agitación pública: lo fue la venta de Cuba a Inglaterra. El rumor, detallado, múltiple, anunció que Fernando Séptimo y Rafael del Riego le habían vendido la isla a Inglaterra. Era el pago final del apoyo dado por los británicos para expulsar de la Península a Napoleón y del dado a Riego. Pronto desembarcarían en el puerto de La Habana los duros y fríos enemigos de Dios, biblia en mano, a ocupar los sitios de poder, adueñándose de todo, sometiendo a los nativos.

A la vez el pase de Maracaibo a la región independiente tiene en incendio a la península. En las Cortes se vierten acusaciones contra los liberales de estar secretamente conjurados con los independentistas americanos para destruir a España por ser el broquel de la cristiandad. «Hay traición», dicen. Señalan la iniciativa de Riego que terminó en los Pactos de Santa Ana. «Traición a España», gri-

tan. Los liberales repiten por su parte el diagnóstico de la rebeldía de Bolívar, San Martín y los libertadores en general: los vieron como hombres amantes de la libertad. Y todo el que ama la libertad tiene que odiar a los tiranos, odiar la tiranía conservadora. Estos razonamientos no van a devolver Maracaibo a España, pero sirven para señalar como los culpables de largo plazo del desastre hispano a los conservadores. Éstos desentierran el financiamiento del golpe de Riego por «el oro americano» dentro de una mecánica de cambalache, según la cual los pactos de Santa Ana serían el pago de Riego y sus hermanos tres puntos del oro que los puso en el poder. «Pagan con el cuerpo de la madre España».

Morillo había regresado a la península; el general La Torre, jefe hispano en funciones en Venezuela, protesta ante Bolívar por lo de Maracaibo. Urdaneta y Bolívar se apresuran a explicar a La Torre la situación. Urdaneta sostiene que no había podido desentenderse de las súplicas de los habitantes de Maracaibo y explica que si el armisticio le permite a cada ejército aceptar un desertor, cómo no va a permitir aceptar a todo un pueblo. Bolívar le da a La Torre la razón en principio, cruzan cartas de lado y lado⁴⁵, pero ya los dos ejércitos están tomando posiciones en el enorme valle anexo a Valencia y el tema Maracaibo queda para que lo definan las armas en la batalla de Carabobo, que expulsará generalizadamente a los hispanos de Venezuela.

Campaña hacia el sur del continente

El 4 de octubre de 1821 el Libertador se dirige al Congreso señalando que, debiendo marchar al sur a dirigir la guerra contra los opresores de Quito, solicita que se le señale distinta y claramente cuáles son las funciones que corresponderán al Presidente de Colombia en campaña. El 6 de octubre, el Congreso colombiano emite una Ley que concede amplias facultades al Libertador Presidente para dirigir la guerra. De ahí en adelante, la guerra de Bolívar

avanza hacia el sur del continente buscando la región de Quito y el Virreinato del Perú. El 20 de noviembre Bolívar ordena a Sucre avanzar con sus fuerzas sobre Quito y Guayaquil. Es una visita que difícilmente agradecerán los miembros de un partido que funciona en aquel puerto bajo el programa de crear una república de Guayaquil independiente, un Estado tapón. Sucre llega al puerto y con ponderada diplomacia habla de la inconveniencia de hacer republiquetas. No era simple aquella gestión, las tropas argentinas, rivales, habían invadido el Perú. Poco después el futuro mariscal de Ayacucho obtiene un gran triunfo contra los españoles en Pichincha y en consecuencia, utilizando –delicadamente, según su estilo– la enorme autoridad que Pichincha le ha conferido, ocupa Quito y declara al Ecuador incorporado a Colombia. Esto sucede en mayo de 1822, el 15 de junio Bolívar entra en esa ciudad.

Bolívar y Manuela Sáenz

Una escena, la principal sucedida en Quito, es el encuentro de Bolívar y Manuela Sáenz. Es romántica. Avanzaba el Libertador a caballo por la calle real de Quito cuando al pasar frente a la casa de don Juan Larrea, gran oligarca regional, le fue lanzado un precioso adorno de flores. Sorprendido y halagado, el Libertador distinguió en el balcón a una mujer muy bella que le sonreía. Era Manuela Sáenz. Esa misma noche hubo fiesta y se inició el romance que será el principal en la vida del Libertador y hará conocer a Manuela como «La libertadora del Libertador». Debe detenerse la mirada en un hecho: los tres hombres de mayor importancia en aquel instante continental buscan sus mujeres en Quito, casi se podría decir en la misma casa. ¿Casualidad? Bolívar se une a Manuela Sáenz, Sucre se matrimonia con la marquesa de Solanda, mujer a quien su título identifica como perteneciente a la oligarquía ecuatoriana, y San Martín establecerá rotundos amores con una señora apellidada Campuzano, también asidua frecuentadora de la casa de Juan Larrea e íntima amiga de Manuelita. Entre San Martín y Manuela

había habido amistad política, tanta que el Libertador argentino había nombrado a Manuela oficialmente «Caballera de la libertad» y le había entregado la correspondiente condecoración.

Los hechos van con la personalidad de la mujer que esa noche está trenzando su destino con El Libertador. Escandaloso en la muy católica alta sociedad de su tiempo era que una mujer casada violara la fidelidad del matrimonio, que ello fuera público era ya intolerable. Manuela lo hace y la carta que dirige al médico británico que es su esposo —al parecer bastante desabrido— es un modelo de reivindicación de los derechos de la mujer, sexuales y de independencia, anticipado en más de un siglo al feminismo. Esta imagen de amante la van a mover los enemigos de Bolívar y de Manuela en las futuras pugnas políticas colombianas.

Dejando momentáneamente a la novia, Bolívar viaja a Guayaquil el 11 de julio de 1822. Pocos días después arriba José de San Martín al mismo puerto, a bordo de un barco francés. El motivo oficial de la visita es ver la forma de cooperar los dos jefes y sus respectivas fuerzas en la liberación del Perú, motivo amigable, pero después se publicaría que San Martín al desembarcar y enterarse de la presencia de Bolívar en aquel puerto, exclamó: «Mire pues, el general Bolívar nos ganó de mano» y en verdad así sucedía, Bolívar había saludado la llegada del héroe argentino expresando «el ansia que tengo de estrechar su mano en el suelo de Colombia», lo que era una toma de posesión sutil.

Choque de San Martín y Bolívar en Guayaquil

Bajo la superficie de marcialidades, saludos y cortesías, se peleaba por un Guayaquil colombiano o un Guayaquil argentino. Es lógico. Guayaquil es el mejor puerto sobre el Océano Pacífico que tiene el subcontinente, quien controla a Guayaquil controla a Quito y condiciona en alto grado al Perú. Es también la salida virtual del río Amazonas hacia el Océano Pacífico. Bastarían algu-

nas modestas canalizaciones para unir el gran puerto con ese río maestro del subcontinente, creando un canal entre el Océano Pacífico y el Atlántico, largo. Hay más. Hecho esto, bastaría canalizar el Caño Casiquiare venezolano para que quedasen empalmados el Amazonas y el Orinoco a través del río Negro del Brasil y con ello incorporada Venezuela a ese canal. Y hay más, hacia el norte, por tierras de la actual Colombia, corre el río Magdalena que va a desembocar al mar Caribe. Bastaría canalización de pequeños ríos para unir el Magdalena a Guayaquil, creando otro poderoso canal.

Hacia el sur rigen potencialidades iguales. Del altísimo lago Titicaca, así como nace el Amazonas, que corre al nororiente, bajan ríos que corren hacia el suroriente, cruzando el Alto Perú —la actual Bolivia— hacia la región de Santa Cruz, en el gran Chaco. Si se los uniera con otros, que van a afluir al río Paraguay, estaría hecho un tercer canal al Atlántico, que iría a desembocar finalmente al estuario del río de la Plata. Tal vía ya funcionó, aunque sin los pespuntos de canal, en tiempos coloniales, mucho y muy ricamente, como que por ella salía la plata de las minas de Potosí en vía a España. Fue un tráfico tan grueso que le puso nombre al río y al estuario y a la provincia: Río de la Plata, y con el tiempo al país, Argentina.

Hay pues una mano de agua abierta sobre Suramérica, donde los ríos y los virtuales canales son los dedos y Guayaquil la muñeca. Es imposible que los libertadores, sus doctores y asesores geógrafos ignoraran el inmenso potencial comercial e industrial presente y sobre todo futuro de ese sistema riero, Europa había vivido esas mecánicas por milenios. Para situar el ejemplo maestro hay que nombrar y narrar brevemente la región de Holanda y Bélgica. Holanda está en la boca del río Rin y ello la convierte en una riquísima aduana por la que pasa buena parte del comercio de todo el viejo continente. Al mismo complejo de países pertenece Bélgica, a la cual atraviesa el río Escalda y tiene su ciudad aduana en Amberes. Decir Escalda era nombrar el río más peleado de Europa debido a

su vinculación con la región alemana del Ruhr, la más potente de Alemania y de Europa en minas de carbón, una riqueza que facilita la producción de acero y en el siglo XX convertirá al Ruhr en la mayor zona industrial de Europa y creará, a causa de su sobreproducción de bienes, la Primera y la Segunda Guerras Mundiales. En 1648 se clausuró la circulación de mercancías por el Escalda, mejor dicho, España y Alemania aceptaron la clausura, impuesta por sus vencedores en la Guerra de los treinta años. La medida taponó la economía alemana, mucha miseria vino de ello, y entre sus consecuencias de alta política estuvo el debilitamiento económico y militar del poder Habsburgo, lo que a su vez trajo la disolución del imperio alemán, desatándose su anárquica división en 350 micro Estados y su decadencia. Hubo, además, consecuencias religiosas muy favorables al protestantismo. En síntesis, la clausura de un río tuvo consecuencias en la estructura política europea.

El tema Escalda estaba caliente en los días del encuentro en Guayaquil. Treinta años antes Francisco de Miranda había sido enviado a pelear en ese territorio por la revolución francesa, después Napoleón Bonaparte toma el Escalda, que, acotemos de paso, lo pone en posesión de la Guayana, incluso hasta el Esequibo, tocando el Orinoco, y no por casualidad su batalla final sucede en el punto llamado Waterloo, que significa Escalda, y enseguida Inglaterra domina el Escalda y el Esequibo. La geografía señalaba a Guayaquil un futuro similar a Amberes o a Amsterdam, cuando el continente se hubiera desarrollado, ese puerto aduanaría en grado intenso a los actuales Perú, Bolivia, Brasil, Ecuador, Colombia, Paraguay y Uruguay, y en grado suave a Venezuela y Argentina, más lejanas, gozando con ello de una prosperidad sin igual y empobreciendo proporcionalmente al resto del continente. El futuro ya llegó. En el capítulo final de este libro, que trata el período de gobierno de Chávez, se reseña la irrupción en los Estados Unidos del Partido del Té que, en acto de adaptación al énfasis de la eco-

nomía mundial derivado del enorme crecimiento de China, propone una América Latina cruzada por muchos canales que abran el comercio suramericano hacia el Pacífico, y dentro de ello destaca uno que tenga por desemboque el puerto de Guayaquil. El postulado del Partido del Té es peligroso, ultraimperial.

Lo anterior muestra la intemporalidad de la geopolítica. Y es aplicable hacia atrás. Sobre la Amberes o Amsterdam guayaquileña se jugaba por enésima vez la partida que en tiempos precolombinos enfrentó a incas y kixos. La oligarquía regional guayaquileña deseaba definir al puerto con un criterio federal, de balcanización aduanera, Bolívar estaba dispuesto a adscribir el puerto a Colombia, San Martín aspiraba a sumarlo al Perú, un Perú del cual se había proclamado Protector o sea que de alguna manera Guayaquil estaría adscrito a la Argentina. En el Perú actuaban tropas colombianas y tropas argentinas y por supuesto, tropas hispanas, importantes, las mejores puestas por España en el continente. Así estaba planteado el problema.

Bartolomé Mitre, político y escritor, importante en ambos terrenos, narra el encuentro de Bolívar y San Martín con los siguientes párrafos⁴⁶:

«A Guayaquil entró Bolívar bajo arcos de triunfo, con las leyendas: “A Simón Bolívar. Libertador de Colombia”. “Al rayo de la guerra, al iris de la paz” (11 de julio). Al hacerse las salvas de honor, las cañoneras de la ría arriaron el pabellón celeste y blanco de Guayaquil, y enarbolaron el de Colombia. “¿Por qué tan pronto?”, exclamó en alta voz, algo sorprendido, pensando que era la señal de la incorporación de la provincia disputada. Al arriar el pabellón de Colombia, después de terminadas las salvas, y ascender de nuevo el de Estado mediatizado, resonó un grito unánime: “¡Viva Guayaquil independiente!”. Miró de soslayo, se caló el elástico que tenía en la mano y siguió su marcha triunfal. Este

incidente fue muy comentado en el público, y especialmente en la Legación peruana, como indicante de las intenciones del Libertador».

Aquí están presentes el clima local de antibolivarianismo, activo, agresivo incluso, y la asimilación de la ciudad al poder argentino, expresado en los colores de la bandera guayaquileña, que son los mismos de la república del Río de la Plata. En el párrafo siguiente se constatan tanto la ocupación militar de Bolívar sobre la ciudad como la actitud de San Martín de apoyar una virtual constitución de Guayaquil en republiqueta independiente sobre la base de «respetar la voluntad de la ciudad». Dice Mitre:

«No era un secreto para nadie las intenciones de Bolívar. Para convertirlas en hecho, se hizo acompañar de un cuerpo de ejército de 1.500 hombres, que ocupara militarmente la ciudad en actitud amenazante. Su actitud era agresiva. Dos incidentes análogos al de Quito vinieron a poner otra vez de relieve su orgullo, su rivalidad con los peruanos y su prevención contra los argentinos. En un banquete con motivo del aniversario de uno de sus triunfos, uno de los jefes brindó porque el Omnipotente le conservase por siempre. Se levantó (Bolívar) y dijo: “Sí, señores: hoy hace treinta y nueve años que he nacido tres veces: para el mundo, mi gloria y la República”. En otro banquete tocóle tener a su frente al coronel argentino Manuel Rojas, secretario de la Legación peruana. Rojas lo miraba de hito en hito, como si quisiese penetrarlo. Encontrándose por acaso sus miradas, el Libertador bajó los ojos. Repitiéndose el hecho por segunda vez, le preguntó con ceño: “¿Quién es usted?” Manuel Rojas, contestó apaciblemente el interpelado ¿Qué graduación tiene usted? Coronel replicó Rojas, inclinando el hombro izquierdo y mostrando la pala de su charretera. ¿De qué país es usted? Tengo el honor de ser de Buenos Aires dijo, poniendo la mano sobre las medallas argentinas que llevaba en el pecho.

“Bien se conoce por el aire altanero que representa”. Es un aire propio de hombres libres repuso, por último, el argentino, inclinándose. Aquí terminó este singular diálogo. Ambos interlocutores bajaron la cabeza. Todos permanecieron en silencio. Un frío glacial circuló por toda la concurrencia. Dos días después (13 de julio), el mismo día que San Martín le dirigía su carta, lisonjeándose de que ambos “cambiarían de acuerdo y en grande los intereses de los pueblos”, el pabellón independiente de Guayaquil era arriado y se enarbolaba el iris colombiano con esta inscripción: “La América del Sur, libre por la República de Colombia”.

No habían pasado veinticuatro horas desde la entrada triunfal del Libertador en Guayaquil, cuando los partidarios de su anexión a Colombia, sostenidos por sus bayonetas, dirigieron una representación al síndico procurador de la Municipalidad, pidiendo que se hiciera efectiva inmediatamente».

La Municipalidad actúa como baluarte de anticolombianismo:

«La Municipalidad se negó por unanimidad, porque los representantes del pueblo estaban convocados para resolver esta cuestión. Esta resistencia irritó a Bolívar. Repetida la petición sin mejor resultado, elevóse otra enderezada directamente al Libertador (12 de julio). Bolívar, tomando pie de esta tramoya, declaró a Guayaquil en estado de anarquía, y al asumir el mando político y militar significó a la Junta, por medio de su secretario, que la provincia quedaba bajo la protección de Colombia (13 de julio), intimando por medio de un edecán su voluntad a la Asamblea popular. Al mismo tiempo expidió una proclama en que decía a los guayaquileños: “Os veis reducidos a la situación más falsa, más ambigua, más absurda para la política como para la guerra. Vuestra situación era un fenómeno que estaba amenazando la anarquía. Yo he venido a traerlos el arca de la salvación”. Empero, tributando en la forma un

homenaje al principio que sostenía San Martín, les aseguraba que su reasunción del mando absoluto, en nada coartaba la libertad del voto que pronunciase su representación; pero decretaba imperativamente de antemano que la anexión era un hecho fuera de cuestión: “Sois colombianos: Vuestros votos han sido por Colombia; habéis pertenecido por tiempo inmemorial al territorio que tiene la dicha de llevar el nombre del padre del Nuevo Mundo; mas, yo quiero consultaros, para que no se diga que hay un colombiano que no ama sus sabias leyes”. La Junta se dio por notificada y declaró que “cesaba desde luego en el ejercicio de sus funciones gubernativas”. Así quedó consumada de hecho la incorporación de Guayaquil a Colombia. Bolívar hacía lo que podía, y puede decirse, lo que debía, para resolver la cuestión y prevenir un conflicto inminente; pero lo hacía mal, sin franqueza en las palabras y con violencia en los actos. San Martín, por su parte, se preparaba a ejecutar una maniobra análoga, consecuente con su política y sus declaraciones comprometidas de sostener el voto libre del Estado mediatizado. Al efecto, se había hecho preceder por la escuadra peruana, que a la sazón se encontraba en Guayaquil, bajo las órdenes de su almirante Blanco Encalada, con el pretexto de recibir la división auxiliar peruano-argentina, que desde Quito debía embarcarse en dicho puerto. Ocupada así la ciudad por tierra y por agua, el Protector contaba ser dueño del terreno para garantizar el voto libre de los guayaquileños, y tal vez para inclinarlo a favor del Perú. Pensaba que a su llegada aún se hallaría el Libertador en Quito, hasta donde era su intención dirigirse, como lo había anunciado, a fin de buscar allí el acuerdo entre Colombia y de la República Argentina. No hubo más brindis».

A partir de esa fecha, la posesión de Guayaquil será origen de muchos otros choques nefastos para el destino político de América Latina.

La entrevista tuvo otros temas trascendentales. Estaba también en juego la muy extensa región conocida como el Alto Perú, sobre la cual esgrimían derechos legales tanto Perú como Argentina, por haber sido parte de ambas en distintas épocas coloniales. Tanto San Martín como Bolívar tenían planes de dominio, que en el caso bolivariano debieron ser de grado absoluto cuando que la república que allí se creó dos años después, bajo la dirección de Antonio José de Sucre, se tituló Bolivia. El Alto Perú tenía en sus montañas el cerro de Potosí. Lamberto de Sierra, contador mayor del Tribunal de Cuentas de Buenos Aires y ministro tesorero de las Reales Cajas de Potosí, había calculado, tras estudiar los documentos de la Tesorería entre 1556 y 1800, que el valor de la plata extraída alcanzó los 823.950.504 pesos y 7 reales, lo que daría un peso superior a las veinte mil toneladas. Aunque la producción registraba cantidades muy inferiores en 1822, el cerro seguía pasando por ser la máxima riqueza del mundo. En este punto cabe un pensamiento relativo a la función de la riqueza en hombres que han alcanzado la altura de héroes, como los libertadores que chocaban en Quito. Las montañas de plata carecen de tentación para ellos en el sentido normal que ejerce la riqueza sobre los mortales, pero no pueden serles indiferentes en cuanto su posesión significa poder, instrumento de consecución de sus objetivos.

Cabe añadir otro factor en el desencuentro. Tal vez fue tan importante como Guayaquil, tal vez más. Es totalmente desconocido: Centroamérica. La batalla de Carabobo (24 de junio de 1821), había desatado declaraciones de Independencia en varios países centroamericanos. A la vez coincidió con la muerte de Luis Aury. Es oscura la fecha de esa muerte, también lo es el episodio en sí. Se dijo que Aury sufrió la caída de un caballo, un accidente desde lue-

go excepcional en un veterano de una vida de aventuras y peligros, siempre vividos a caballo. Tal vez las derrotas lo deprimieron, tal vez no había derrota y continuaba haciendo más y más inaccesible su enclave nicaragüense, más valioso mientras mayor enfrentamiento pudiera surgir entre Bolívar y San Martín, de quien hemos visto que el corsario esperaba respuesta, valioso igualmente para su virtual negociación con los gobernantes de México, de Estados Unidos, Francia, etc. El caso es que las patas de su caballo tropezaron con una piedra mientras cabalgaba por un camino.

Tras la muerte de Aury, las regiones de Santa Catalina, Providencia, San Andrés y Mangles se habían convertido en escenario de caos. Los corsarios se desbandaban. Y se tendían muchas manos sobre el interesante plato. Advino la proclamación de la independencia de Guatemala, respecto a España pero también respecto a Colombia. Incluía Nicaragua. Poco duró el nuevo país pues el 28 de septiembre era proclamada la independencia de México, dominado por Agustín Iturbide, y Guatemala fue absorbida por éste. Contra México pero también contra Colombia surge, a fines de 1821, un mensaje del general San Martín, público, dirigido a los ayuntamientos de Centro América, instándolos a mantener su independencia⁴⁷. Era el establecimiento de un protectorado argentino y creó entusiasmo entre los líderes Arce, Barrundia y otros. San Martín hace más, las naves del almirante Cochrane cruzan por el Golfo de Fonseca, lo que Iturbide consideró una amenaza. Por el contrario, a los independentistas guatemaltecos, el paso de la flota argentina les infundió coraje y los decidió a la resistencia armada. El coronel Manuel José Arce se puso al frente de las milicias sublevadas e inició la guerra. Eligió como divisa la bandera de Buenos Aires, confeccionada con seda blanca y celeste por su esposa y bendecida en la iglesia local el 20 de febrero de 1822.

Son episodios difíciles de desvincular de la visita que por esos mismos días realiza Joel Poinsett a Centroamérica para “evaluar las

posibilidades de estabilidad de Iturbide”. En próximos capítulos veremos a Poinsett en acciones de procónsul del imperialismo norteamericano, su nombre tiene herencia de Napoleón y a Napoleón suena el de Cochrane. Argentina parece asumir el regalo envenenado que le enviara el hombre gordo, fuerte y pequeño que conoció todo en política y estremeció al mundo. Están apareciendo los signos iniciales de la ruinosa balcanización que hoy muestra el mapa centroamericano.

Bolívar, por su parte, movía sus piezas: el 19 de abril de 1822 emitió un decreto por el cual se declaraba a la Costa de Mosquitos territorio perteneciente a la república de Colombia, y el 23 de julio se proclamaba en Vieja Providencia la adhesión del archipiélago de Santa Catalina, Providencia, San Andrés y Mangles a Colombia. Cuando esto sucedía, Bolívar estaba en Guayaquil, sólo tres días después chocaba allí con José de San Martín. No es exagerado decir que, mientras los dos grandes líderes de la independencia latinoamericana entran al salón donde van a discutir, suenan sus respectivos tiros en Centroamérica.

La huella argentina en Centroamérica pervivirá en el tiempo, expresada en las banderas. Con la enseña azul y blanca se batió Morazán contra las fuerzas conservadoras. Desaparecido el paladín unionista y advenida la balcanización, varios de los micro estados adoptaron como bandera nacional la azul y blanca. Costa Rica fue la primera, por decreto 147 del 29 de septiembre de 1848, vale decir en el momento de la conquista de la mitad de México por los Estados Unidos, que significó acentuación de su poder en el resto del continente y control inmediato de Panamá. Cien años después, 1948, la Junta Fundadora de la Segunda República consagró como símbolo nacional el azul y blanco a fajas horizontales, sin derogar el anterior que se sigue usando preferentemente. Honduras aprobó su bandera azul y blanca por ley 7 del 16 de febrero de 1866, estableciendo que será igual a la de la Federación Centroamericana-

na. Guatemala efectuó la misma adopción después del triunfo de la revolución liberal de 1871.

Entre los barcos que habían llenado el puerto de Guayaquil el día del choque de Bolívar y San Martín estaba uno, en el que llegó el propio jefe argentino, cuyo capitán fue Gabriel Lafond de Lucry, francés, un hombre que establecería relaciones históricas con los episodios de esos días. La primera viene de que publicará un libro en el cual incluirá una carta supuesta o realmente escrita por San Martín, en la cual denuncia una actitud desconsiderada y grosera que habría tenido Bolívar para con él durante la conferencia. El documento contribuirá a racionalizar las antipatías futuras entre Venezuela y Argentina. Esto de la carta es conocido, pero se ignora en cambio el futuro rol del capitán Lucry en Nicaragua, en maniobras canaleras, vinculadas a las acciones bestialmente imperialistas de William Walker.

Capítulo 12

Por qué no se nombra a Harrison

Salvador de Madariaga, historiador español, ha abordado la entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil enfatizando su carácter de choque entre dos programas de poder, monárquicos. Madariaga fue un hombre adherido a planes mundialistas o de globalización como se dice hoy, en las décadas inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial, cuando escribe su libro. Por resentimientos de hispano, o por causas secretas vinculadas al mundialismo y a aquel momento (1950), Madariaga escribió una biografía de Bolívar donde enfatiza los planes de este tipo. Según Madariaga el tema central de la entrevista de Simón Bolívar y José de San Martín en Guayaquil el 26 y 27 de julio de 1822, es la corona⁴⁸. Bolívar escribe el contenido de esta conversación así San Martín:

«Aseguró que iba a retirarse a Mendoza, que había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al Congreso, renunciando al Protectorado (...) que antes de retirarse dejaría bien establecidas las bases del gobierno: que éste no debía ser demócrata en el Perú, porque no convenía, y últimamente, que debería venir de Europa un príncipe aislado y sólo a mandar aquel Estado. S.E. (o sea Bolívar) contestó que no convenía a la América ni tampoco a Colombia la introducción de príncipes europeos, porque eran partes heterogéneas a nuestra masa; que S.E. se opondría por su parte si pudiese, pero que no se opondría a la forma de gobierno que quiera darse cada Estado, añadiendo sobre este particular S.E. todo lo que piensa respecto a la naturaleza de los Gobiernos, refiriéndose en todo a su discurso al Congreso de Angostura. (En ese discurso Bolívar había propuesto un senado hereditario, a imitación de la cámara de los lores del gobierno británico, señalando en general que el sistema de monarquía constitucional de la Gran Bretaña era la forma ideal de gobierno para los países de la América española; al federalismo, en cambio, lo calificaba de fuente de desastres). El protector replicó que la venida del príncipe sería para después, y S.E. repuso que nunca convendría que viniesen tales príncipes, que S.E. habría preferido invitar al general Iturbide a que se coronase con tal que no viniesen Borbones, Austrias ni otra dinastía europea. El Protector dijo que en el Perú había un gran partido de abogados que quería república y se quejó amargamente de los letrados. Es de presumir que el designio que se tiene es erigir ahora la monarquía sobre el principio de darle la corona a un príncipe europeo con el fin, sin duda, de ocupar después el trono el que tenga más popularidad en el país o más fuerza de que disponer. Si los discursos del Protector son sinceros, ninguno está más lejos de ocupar el trono. Parece más convencido de los inconvenientes del mando».

Dice también Bolívar sobre San Martín:

«Dice que no quiere ser rey, pero tampoco quiere la democracia y sí que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último yo creo que es proforma».

A su vez San Martín escribe sobre Bolívar:

«Bolívar y yo no cabemos en el Perú, he penetrado sus miras arrojadas; he comprendido su desabrimiento por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña. Él no excusará medios por audaces que fuesen, para penetrar a esa República seguido de sus tropas, y quizá entonces no me sería dado evitar un conflicto a que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al mundo un humillante escándalo».

Lo que escribe Madariaga es parcial, oculta cosas, pero está basado en documentos, tiene verdad y ofrece motivaciones razonables al choque de los dos héroes. La motivación del poder continental se puede ver en los casos de Centroamérica y Guayaquil (amén del de Bolivia). Centroamérica es uno de los principales escenarios de las pugnas de poder mundial, como se desarrollará a lo largo de este libro; sobre la importancia de Guayaquil, baste recordar el peso de Amsterdam y Amberes en la política europea, la función de los ríos —«los», porque el Rin, tiene potenciales equivalentes a los del Escalda— estructurante de Europa, elevador de países, deprimidor de otros. En Guayaquil se jugaba con economía de siglos, con unidad o dispersión de la América hispana. Ante esto la formulación del subcontinente en repúblicas o monarquías aparece poco importante y se destaca la grandeza del gesto de San Martín al retirarse del palenque político, evitando posibles guerras equivalentes a las napoleónicas en el continente recién libertado.

Madariaga es un historiador adverso a Bolívar pero los hay también defensores, esos han negado las noticias de monarquía. Los historiadores que han defendido la memoria de Bolívar en ese punto han sido de dos tipos, a) los ingenuos, deseosos de borrar lo que consideran una mancha vergonzosa en el rostro del Libertador,

b) los pseudo ingenuos, cultivadores de la condición vergonzosa de la monarquía, que astutamente dan por evidente y aceptada. En ambos casos el resultado es la ocultación del contexto dentro del cual Bolívar escribió «Los Estados Unidos parecen creados por la Providencia para plagar de miserias a la América Española en nombre de la Libertad». Se transcribe la frase mil veces pero no se dice que fue respuesta a acciones de antimonarquismo que eran de antibolivarianismo y emprendía el embajador norteamericano William Henry Harrison por instrucciones de Henry Clay. Las detallaremos en el capítulo correspondiente. ¿Por qué no se nombra a Harrison? Cada quien tiene un motivo.

Es tiempo de hablar la verdad. Como decíamos antes, si América Latina está abocada a unirse debe conocer los secretos de la unidad y los de la desunidad, conocer el contexto dentro del que se lanzaron tales proyectos, conocer el fondo de la Doctrina Monroe. Cuadraturas de poderes mundiales determinaron la proclamación de esa Doctrina contra los libertadores y contra los proyectos monárquicos que se movían alrededor de ellos, otras cuadraturas de los mismos componentes —Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Rusia y la propia América Latina— además de actores nuevos, como China, propenden a quitarles base de sustentación en la primera década del siglo XXI, eso hace más urgente conocer su ingeniería interna.

Proyecto de Chateaubriand para hacer a Bolívar rey

Poeta famosísimo y político aficionado, siempre cercano a posiciones de conservatismo, fue François René de Chateaubriand. Llegado a canciller de Francia, movilizaba un intento de colocar príncipes europeos en México, Perú y Colombia. Desde luego que no por casualidad, su acción coincide cronológicamente con los meses en que sucedía la célebre entrevista de San Martín y Bolívar. El suyo fue un proyecto ultrasecreto, pero algunos datos su-

ministra él en su libro *Congrès de Vérone, Guerre d'Espagne, Colonies espagnoles* ⁴⁹.

En la página 456 se informa:

«Nos representábamos dos o tres monarquías borbónicas en América haciendo a nuestro beneficio el contrapeso a la influencia del comercio de los Estados Unidos y la Gran Bretaña».

Varios cronistas han narrado que Simón Bolívar y Chateaubriand se conocieron en París. El futuro Libertador circulaba en aquella ciudad en 1805, frecuentemente acompañado de su maestro Simón Rodríguez. Fiesteaba mucho, según sus biógrafos para olvidar su dolor de viudo recién casado. Se le ha descrito asistiendo a los salones de madame Custine, madame Stael y madame Recamier, donde habría conocido al poderoso y muy glorioso poeta, entonces cercano a Napoleón. Como dato anexo a esto está que en 1806 Simón Rodríguez publica una traducción de *Atala*, narración escrita por Chateaubriand. Ello implica conocimiento de traductor y poeta y casi seguro conocimiento del poeta y Bolívar. En 1805 Bolívar cruzó Italia a pie junto a Simón Rodríguez, viaje en el que «siguió el romántico itinerario de Chateaubriand». En el Monte Aventino pronunció un juramento de neto sabor romántico, de dedicar su vida a luchar por la Libertad de la América Española.

La vida separó a Bolívar y Chateaubriand pero es factible que el poeta haya participado de los planes napoleónicos sobre América, también que se haya mantenido distante. En todo caso sólo después de la muerte del corso aparece formalmente su plan monárquico. El proyecto chateaubriandiano es distinto, incluso contrario al de Bonaparte. Si aquel concibe a los Estados Unidos como el lógico amo de la América española una vez expulsados de ella los españoles, éste aspira a impedir la instalación de un poder norteamericano en el continente. Si aquel ve a Napoleón como el emperador del

sur que coexistirá con el imperio del norte, este se centra, para lo relativo a Colombia, en Simón Bolívar como monarca (aunque titulado Libertador mientras viviera y continuado por príncipes de casas reales francesas, señaladamente la de Orleáns); y para Buenos Aires y Chile, en José de San Martín.

El poeta había sido ministro del Interior del corto gobierno que Napoleón Bonaparte instalara tras huir de la prisión de Elba y en ejercicio de esa alta posición, narra, presenció la batalla de Waterloo, donde fue definitivamente derrotado su jefe. Ese día fraguó un plan de «salvación de Francia» que vendría a ser el origen de la Santa Alianza, o uno de ellos. Era 1814 y afirma el autor en tono de revelación, que las potencias vencedoras se disponían a partir a Francia en cuatro partes para ponerle definitivo fin a su rol como potencia de nivel europeo. Alejandro Primero, zar de Rusia, habría frustrado esto con el respaldo del ejército ruso de cien mil hombres, enorme para aquel entonces. Francia mantuvo las fronteras que tenía antes de las guerras napoleónicas y el rey Borbón exiliado, Luis XVIII, regresó, se sentó en el trono francés e inició su gobierno. Es la restauración, fuertemente antidemocrática y represiva, abocada a rehacer las formas políticas que intentó destruir la revolución francesa. A nivel europeo es la Santa Alianza, formada además por Austria, Prusia, Italia, España, y Rusia. El zar Alejandro hacía el papel de jefe máximo de la Santa Alianza. Tal vez Chateaubriand conspiraba con Alejandro I desde los días de Waterloo, ello es lógico pero el libro del poeta no lo revela.

En 1821 Chateaubriand es nombrado embajador de Francia en Londres. Presenta sus credenciales diplomáticas ante el vizconde de Castlereagh, Primer ministro inglés. En principio embajador y ministro no debieron tener mucha coincidencia porque Castlereagh había calificado a la Santa Alianza como una combinación política dominada por el «non sense», pero eso podía variar, Inglaterra podía incluso inclinarse hacia la Santa si predominaba

dentro de sus factores de poder internos la nobleza hereditaria, partidaria del pasado, u oponerse a ella si ascendía la burguesía de industriales y prestamistas, nueva y pujante. Aunque era miembro de la aristocracia, Castlereagh sabía moverse con los dos bandos. Los textos de la época lo presentan como de temperamento frío, reservado, poco o nada comunicativo. Dado a la diplomacia secreta, ni el público ni el Parlamento sabían sus planes, sus próximos movimientos. Seguía con mirada penetrante todas las intrigas del mundo, las preveía y sabía influir, lo que había demostrado en los años de las guerras napoleónicas, organizando políticas que fueron catastróficas para Bonaparte.

El gobierno liberal y masónico de Riego le debía mucho a Castlereagh y debió obedecerle bastante. Pudo tener, por ejemplo, origen en su despacho la orden impartida por Riego a Pablo Morillo de negociar con Bolívar una virtual alianza de signo liberal cuyo acto público fue el abrazo de los dos personajes en Santa Ana, pero así como Bolívar había abierto enseguida tratos con el Papa a través del obispo Lasso de la Vega, Castlereagh no adversaba los Congresos que reunían a los reyes y ministros de la Santa Alianza para examinar casos de rebeldía o desorden contra los reyes de derecho divino, principalmente los del cismático gobernante español. En la página 69 de *Congrès de Vérone*, Chateaubriand señala la insistencia en destruir «un foyer de jacobinismo que actúa en España» y ése era el espíritu de tales Congresos. Los detalles que suministra el poeta acerca de sus tratos con Castlereagh se contraen a solidaridades superficiales, pensamientos afines, y el trato que, dios de la poesía en esos años, dispensaba al Primer ministro, como colega poeta, poniéndolo al nivel de lord Byron y de él mismo, asumiendo la existencia de una triada poética del mismo nivel, acto que es cuando menos una desconsiderada manipulación al político que escribe versos para guardarlos en una gaveta y leerlos a la familia en la sobremesa. Castlereagh había hecho diligencias

monárquicas en la América española y no es exagerado pensar que Chateaubriand va a Londres a lograr el apoyo británico, más o menos disfrazado de neutralidad, para la operación sobre España que prepara y que, al igual a la que hiciera Napoleón en 1808, visa en definitiva a las colonias rebeladas. Es su gran plan, la acción se decidirá en un Congreso llamado a reunirse en Verona.

De coronas se discute en Guayaquil, para coronas se conspira en Londres. Mientras tanto, la revolución liberal española ha entrado en una etapa de radicalización, como respuesta a conspiraciones absolutistas. Fernando VII no llamaba explícitamente al derrocamiento del gobierno de Riego, lo que sí hacía era poner cara de cordero degollado ante los embajadores de los reinos integrados en la Santa Alianza que le visitaban. Con ese rostro les decía que era presa de enemigos a los que le era imposible nombrar siquiera y les pedía auxilio. De los círculos conservadores nació la conspiración del cura Vinuesa, que preparaba una matanza de liberales en las calles de Madrid según el modelo de la Noche de San Bartolomé. Vinuesa apareció con el cráneo roto a golpes de martillo, instrumento que es, junto a la escuadra y el compás, símbolo de la actividad de los masones. Tras un conato de golpe sangriento de la guardia local, también absolutista y fernandista y también fallido, Fernando debió aceptar el nombramiento de un gabinete presidido por Evaristo San Miguel, del partido de «los exaltados», el más enemigo de la monarquía. San Miguel acentúa las actividades contra la Iglesia. No hay paz en Europa, dicen los conservadores, constatan que afloran conspiraciones liberales en Rusia, en Saboya, que escriben el nombre de Riego en sus manifiestos de carbonarios con sonido de advertencia. Pero he aquí que estalla un escándalo en Londres: Castlereagh se suicida.

Un rumor parece brotar de las paredes de la City, crece, se habla de que lo encontraron en una habitación con un hombre. Los que lo defienden de las acusaciones de homosexualidad afirman que tenía

gran afición por las prostitutas y una noche volviendo del Parlamento encontró una que le resultó especialmente atractiva. Una vez acostados resultó que era un hombre y los cómplices de este irrumpieron y le exigieron dinero para guardar silencio. Castlereagh habría cumplido con sus exigencias, pero los chantajistas amenazaron con hacer públicas sus acusaciones. En una audiencia con el Rey días después el ministro se mostró extremadamente agitado y expresó temor a ser arrestado bajo «los mismos cargos que el obispo de Clogher». El rey le aconsejó que tomara unos días de descanso pero de regreso a su casa se cortó la garganta con una navaja.

Además de la vergüenza que la exhibición sexual significa en una sociedad puritana, se implicaba la suposición de que las decisiones atinentes al destino del reino inglés eran susceptibles de presión subrepticia. En todo esto hay que atender a Chateaubriand, casi tan señalado como homosexual como famoso en cuanto poeta. Corren rumores de que eran amantes.

Rápido y eficaz encubrimiento

Los crímenes de estado reciben rápido y eficaz encubrimiento, el suicidio o asesinato del primer ministro se trabajó así. Se encarga como nuevo Primer ministro, George Canning, enemigo público de Castlereagh, con quien se había batido en duelo diez años antes. La *Enciclopedia Británica* afirma que lo que de ahí en adelante hizo Canning era lo mismo que se proponía Castlereagh y que ello puede constatarse en los documentos del primer ministro muerto. Es posible, pero resulta muy oportuno ese archivo contrastante con lo que fue la política de Castlereagh, particularmente en relación a Bolívar y San Martín.

No hay paz en Europa, repiten los ministros y soberanos asistentes al Congreso de Verona. En *Congrès de Vérone*, Chateaubriand destaca el interés que desde el origen de este evento —en meses que coinciden, seguramente no por casualidad, con la conferencia

de San Martín y Bolívar— hubo⁵⁰ más allá de problemas ideológicos, en colocar «nouvelles monarchies constitutionnelles et bourbonniennes en Amérique». Acota que «el Comercio del Nuevo Mundo no debe ser dejado a Inglaterra y Estados Unidos». Pero añade «No podemos pasar sobre España». Inglaterra⁵¹ fue adversa, por instrucciones de Canning, a la invasión a España que se preparaba, ofreciendo sólo apoyo moral. Austria se colocó al lado de Inglaterra, Rusia apoyó a fondo el proyecto chateaubriandiano. «Inglaterra habla de no intervención pero interviene a favor de Grecia, en la guerra de los Balcanes y contra España en la América española», escribe el canciller poeta, y añade que el gobierno de Riego es una dictadura militar liberal impuesta contra la voluntad nacional, que es muy adicta a Fernando VII. Vuelve sobre la necesidad de garantizar a Francia y a Europa en general el comercio de la América española. Los preparativos para la invasión al «foyer de jacobinismo» son urgentes, en carta fechada en noviembre de 1822, o sea el mismo mes en que concluyó el Congreso de Verona, señala: «Si se dan seis meses de plazo a Inglaterra se coge América». En la página 86 viene una acotación significativa: monsieur Villele, primer ministro de Francia y su superior en el gabinete, es adverso a los proyectos de invasión a España. Villele piensa en el presente, quiere pactar con Inglaterra, que es la fuerte, Chateaubriand piensa en el futuro: «como el astrónomo, miro al cielo en busca de la verdad». Planea una guerra larga con Inglaterra, y en verdad la reunión de Francia y España sería una rehechura del Pacto de Familia borbónico, que duró doscientos años, siempre en guerra con «la pérfida Albión».

Los enemigos de Chateaubriand están movilizados en París, rumorizan que la guerra del vizconde y poeta «es venida del otro lado del Rhin», que en ella Francia será un simple objeto, hablan de una facción mística, facción que no tiene nada de francesa. ¿De qué hablan? De momento, Chateaubriand responde a sus críticos

calificándolos de peones británicos. Y para apoyar la intervención que planea, declara «¿No interviene Inglaterra al amenazar como lo hace cada día, con reconocer la independencia de las colonias españolas?». Pero no sólo periodistas o diputados combaten a Chateaubriand, el mismísimo rey parece adversar sus proyectos. Chateaubriand lo acota aparentemente sin comprender que está lanzando sospechas sobre sí mismo porque un ministro adversado por el rey sólo puede mantenerse en el cargo por el apoyo de una fuerza superior a la del rey o por lo menos equivalente. ¿Cuál puede ser? Su prosa se desvía inconscientemente hacia la verdad que en otras páginas afirmará no poder decir. Al menos una parte revela al narrar en la página 106 su conocimiento con el zar Alejandro I Romanoff. Apenas al conocerse, hecho que debió suceder poco después de que Alejandro salvara la existencia de Francia, intercambiaron opiniones sobre la reunión de las dos Iglesias, la ortodoxa rusa y la católica romana. Era enorme el sujeto tratado, mucho más de lo que aparece ante los ojos poco religiosos de hoy. Enorme y peligroso porque significaba unión de Rusia y Europa, cosa que conllevaría alteración de los equilibrios del mundo, empezando por un factible marchitamiento de Roma como capital religiosa de Europa. En síntesis, combinada con la unión religiosa vendría la unión política o, para decirlo en el lenguaje de los iniciados, «la Tercera Roma». (La idea, como veremos, tiene futuro, reaparecerá como tendencia a la reunión ruso francesa contra Alemania en las guerras mundiales y en tiempos de De Gaulle).

Ya en tiempos del Concilio de Florencia se intentó la reunión de los imperios romanos de Oriente y Occidente, el fracaso fue causal de la toma de Constantinopla por los turcos. De esta toma sale, es cosa conocida, el Descubrimiento de América, pero hay otra consecuencia no famosa, el nacimiento de la Tercera Roma rusa. Ante la entrada de los turcos, huyeron de Constantinopla los obispos y arzobispos orientales. Se llevaban hacia el norte, hacia Rusia y sus

heladas estepas, sus reliquias preciosas, su religión ortodoxa, incontaminada de romanismos. Fundaron la Iglesia rusa, que declaró su independencia de Constantinopla algún tiempo después y entró bajo la dependencia absoluta de los zares. Tanto para la Iglesia ortodoxa rusa como para los zares, Moscú se había transformado en la «Tercera Roma», heredera de la supremacía imperial de la primera, Roma, y la segunda, Bizancio. De esta Tercera Roma se decía que era autosuficiente y reina, que tenía el encargo de conquistar, más bien de reconquistar, a Europa, rehaciendo el Imperio Romano, dominando a Roma y al Vaticano, limpiándolos religiosamente. De unión de Rusia y Europa hablaban Alejandro I Romanoff y el poeta Chateaubriand. Y como si esto fuera poco, estaban aliados sobre la América española. El plan de Chateaubriand junta una vez más en la historia la unidad europea y la posesión de América.

Chateaubriand había sido visto en su juventud como hereje y aunque en 1804 hizo profesión de fe católica no se le creyó demasiado. El cristianismo de Chateaubriand no era, en síntesis, el catolicismo que tiene por jefe al Papa y por sede al Vaticano, un aire panteísta habita sus páginas, un vaho de la tierra emitido en la época precristiana, cuando Europa era un gran e interminable bosque. Su región natal, ubicada en el sur de Francia, implicaba la ciudad puerto medieval de Saint Maló, único lugar de Europa desde donde, se decía, se hace visible la Cruz del sur. Muy marinera, Saint Malo fue un centro de expediciones y comercio hacia América, los malouinenses instalarían una base de comercio en unas islas del extremo sur de América y les darían el nombre de Malouines, que con los siglos devendría Malvinas. Hacia Sur y Centroamérica se dirigía el plan de Chateaubriand. Como poeta, Chateaubriand se había forjado una fama europea a través de su libro *Belleza del Cristianismo*, donde hizo una defensa estética del cristianismo que había —demostraba— producido obras más artísticamente evolucionadas que la revolución, en plástica, en poesía, en pensamiento en general.

Napoleón llama al poeta y le integra a su gobierno considerando que verbalizaba el reflujo de la conciencia francesa horrorizada por las violencias de la revolución que el corso intentaba vehicular. El Papa había tomado una distancia silente pero efectiva hacia la Santa Alianza, que tal vez veía como una maquinación de ortodoxos rusos, pietista.

Capítulo 13

Mi delirio sobre el Chimborazo

Mientras en Europa las pulsiones se van exasperando y los cañones reciben pulitura, el Libertador continúa su recorrida que concluirá en Perú, puntuada por la batalla de Ayacucho, triunfo final de la Independencia. Durante esta recorrida, produce un texto clasificable como poema simbólico⁵². Ya el ambiente físico en que sitúa las escenas del poema tiene características especiales, es la altura del Chimborazo, montaña de 6.310 metros de altura cercana al Ecuador, sitio no hollado hasta entonces por pie humano, pues Humboldt, Bonpland, Le Condamine y otros exploradores y geógrafos de fama mundial se habían detenido en alturas que Bolívar narra ir dejando atrás. Sentado en las rocas y las nieves eternas, rodeado del aire sin peso, el Libertador dialoga de tú a tú con el Dios de Colombia.

Al sur, mucho más al sur, dos mil kilómetros más al sur, el lago Titicaca se derrama en dos ríos delgados que bajando, ramificándose, se convertirán en el Amazonas, el Magdalena, el Paraguay y el Orinoco. Es la mano de ríos, calzan con los cuatro ríos de la creación que la prefiguración medieval situó en la India y se llaman el Tigris, el Eufrates, el Nilo y el Ganges. En la boca del Orinoco creyó Colón haber encontrado la del Ganges. Bastaba remontarlo para llegar a la montaña donde mora el propio Dios, sentado en

su trono. ¿El Dios de Colombia? ¿El Dios de los tiempos? En esa altura del lago Titicaca está puesto el ojo estratégico de Bolívar.

En la pintura que se hizo del «Delirio sobre el Chimborazo», el Dios de Colombia es blanco, de cuerpo construido con fibras de niebla. ¿O es el Dios del Tiempo? Se inclina sobre Bolívar, hablándole al oído. Éste le escucha sin voltearse, con la mirada fija en sus pensamientos o en el fondo de los valles. ¿Qué dice el Dios de Colombia a Bolívar en lo alto del pico Chimborazo?

—Yo soy el padre de los siglos, soy el arcano de la fama y del secreto, mi madre fue la Eternidad; los límites de mi imperio los señala el infinito; no hay sepulcro para mí porque soy más poderoso que la muerte; miro lo pasado, miro lo futuro, y por mis manos pasa lo presente. ¿Por qué te envanece, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees que es algo tu universo? ¿Qué levantaros sobre un átomo de la creación, es elevaros? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la Santa Verdad? ¿Suponéis locamente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto a la presencia del infinito que es mi hermano.

Sobrecogido de un terror sagrado, ¿cómo, ¡oh Tiempo! —respondí— no ha de envanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas; llego al eterno con mis manos, siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos, estoy mirando junto a mí rutilantes astros, los soles infinitos, mido sin embargo el espacio que encierra la materia, y en tu rostro leo la historia de lo pasado y los pensamientos del destino”.

Éste es el Bolívar que aún no ha ganado la batalla de Ayacucho.

El Tiempo le impetra: «no escondas los secretos que el cielo te ha revelado: di la verdad a los hombres».

¿Puede decirlo? ¿Es Bolívar el diestro profeta cuya aparición pedía en la Carta de Jamaica?

José Rafael Pocaterra adjetiva este texto como «chateaubrianesco». Hay en ello cultura literaria pero tal vez la haya también histórica, tal vez la disyunción que habita el poema sea la que tiene delante el hombre que escribe. Porque el destino de Europa, que era decir en gran medida el del mundo, estaba delante de sus manos, tiro-neándole en un sentido o en otro. Había un destino inglés, el que movía la revolución liberal de Riego y estuvo en el abrazo de Santa Ana. Es fácil ver el dinero en esta solicitud, una Europa liberal, irrigada con las riquezas de América hispana; igual hay un destino francés, de riquezas escribe siempre Chateaubriand. Pero Bolívar no dialoga con un libro de contabilidad o un ministro de economía en la cumbre del Chimborazo, lo hace con dioses, el de América, el del Tiempo, y lo más cercano entre lo conocido es el arreglo de dioses que ocupa a Chateaubriand y al zar y pone contra la Santa Alianza al Papa, defensor de verdades que han dividido a Europa por más de un milenio, enemigo del triunfo de la Tercera Roma. En respuesta al conato de Chateaubriand se formulará la Doctrina Monroe que también combatirá a Bolívar, se la está redactando en esos mismos días.*

Debo a Hernán Rubín una lectura de *Mi delirio* que lo asimila a un diálogo contenido en el Bhagavad-gita. Rubín lo habría recibido a su vez de su maestro Hare Krishna Viraha Prakash Swami, quien «me indicó una vez, en 1984, que yo sería famoso el día que publicara un estudio sobre Mi delirio, de Bolívar en el que se comparase éste con el capítulo “Las opulencias del Absoluto”, décimo del Bhagavad-gita⁵³ y este canto, a su vez, del épico mayor de la India, el Mahabharata. Decía el maestro Viraha Prakash que en el Bhagavad-gita, la Suprema Personalidad de Dios mismo, en la forma de Krishna, se revela al guerrero Arjuna en el campo de batalla, en donde debía pelear con sus parientes más cercanos, abuelo

y primos hermanos, por el trono de Bharatha, la India antigua en sánscrito. Krishna, además de instruirlo, le revela a Arjuna su Forma Universal, y esto conforma el capítulo de las Opulencias del Absoluto, del cual transcribo este fragmento: «Yo soy Sama Veda entre los Vedas. Yo soy Indra entre los dioses. Yo soy Conciencia entre los seres y soy la mente entre los sentidos. / Yo soy Shankar entre los Rudras. Entre demonios y diablos, soy Kuber. Yo soy Meru entre los picos de las montañas y soy Pávaka (dios del fuego) entre los Vasos. / Yo soy el océano entre las aguas, Aryún. Yo soy el sumo sacerdote Brahaspati entre los sacerdotes y soy Skanda entre los comandantes de los ejércitos./ Yo soy Bhrigu entre los grandes santos. Yo soy el Himalaya entre las cosas inmóviles. Yo soy el imperecedero Om entre las palabras habladas y entre los ritos sagrados, soy el Yap».

A Bolívar, en su Delirio, se le presenta el Tiempo, «bajo el semblante venerable de un viejo cargado del despojo de las edades», escribe, y nos cuenta que aquel viejo venerable le dice: «Yo soy el Padre de los siglos, el Arcano de la fama y del secreto, mi madre fue la Eternidad; los límites de mi imperio los señala el Infinito; no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la Muerte; miro lo pasado, miro lo futuro y por mis manos pasa lo presente». Lo anterior fue el discurso de Dios; ahora veamos el del héroe: Arjuna exclama: «Tú eres el Señor Supremo. Tú eres la Suprema Morada. Tú eres puro. Tú eres el Máximo Dios. Tú eres el primero entre los dioses. Tú no tienes nacimiento y eres inherente a todo. / Nárada, Asit, Vyasa, Deval y otros santos han dicho de Ti lo mismo que Tú dices ahora. / Krishna, lo que digas, yo creo que es verdad. Dioses, demonios u otros seres no conocen Tu Forma Real. / Tú eres la Persona Suprema; Señor de todos los dioses; Padre de todo el universo, Raíz de todo. Tú sabes todo». Bolívar exclama: «estoy mirando junto a mí rutilantes astros, los soles infinitos; mido sin

asombro el espacio que encierra la materia, y en tu rostro leo la Historia de lo pasado y los pensamientos del Destino».

¿Es legible la relación del cristianismo romano y el ortodoxo en términos del Bhagavad-gita?

Un ejército francés ocupó España

El 7 de abril de 1823 un ejército francés al mando de Luis Antonio de Borbón, duque de Angulema, cruzó los Pirineos e ingresó a territorio de España. Lo componen 95.000 soldados y su denominación —los cien mil hijos de San Luis— vendrá de la exhortación

dada a ellos por el rey Luis XVIII, en la cual invocó al “Dios de san Luis”. Sin encontrar apenas resistencia, con activo apoyo del clero y las masas, pasionalmente realistas, el duque de Angulema entró en Madrid en mayo y llegó a Sevilla el mes siguiente. Las Cortes se refugiaron en Cádiz con Fernando VII, a quien habían secuestrado. Chateaubriand dirige las operaciones mediante cartas que despacha desde París. A la vez polemiza con los críticos de la operación, citando el precedente de la intervención que tuvo Francia a favor de la Independencia de los Estados Unidos. Atacado otras veces —escribe— no puede decir la verdad. Las Cortes se han atrincherado con su prisionero real en la isla de León, fácil a la protección británica. Hablan de fusilarlo, en imitación de la ejecución de Luis XVI por la Revolución Francesa. La toma de la isla de León y el rescate de Fernando es un ítem glorioso que el canciller poeta comanda por escrito, prohibiendo tratar con las Cortes, ordenando hacerlo sólo con el rey.

Liberado y reinstalado en el trono, Fernando Séptimo desata su venganza. Deroga la Constitución que tres años antes asumiera con frases de fingido entusiasmo. Una cesta grande es arrastrada por las calles de Madrid, adentro va un hombre, está vestido de general, semiinconsciente, desmayado del terror, húmedo el rostro y la ropa de los escupitajos que le lanza el pueblo dirigido por los

curas. Es Rafael del Riego. Con él está muriendo la utopía de una Europa liberal británica. Deberá esperarse hasta 1846-1848 para que se venga abajo el sistema de monarquías de la Santa Alianza en medio una serie de revoluciones liberales. La construcción liberal española la han matado Chateaubriand y Fernando Séptimo pero también el Libertador al quitarle la base económica. A partir de ese tiempo comienzan a hacerse visibles tensiones entre el liberalismo y Bolívar, y odios que lo acompañarán hasta el día de la muerte y tal vez inclusive después.

El «Bolívar» de Marx

A ese sistema de rencores parece pertenecer el artículo sobre Simón Bolívar escrito por Carlos Marx y publicado en la Enciclopedia de Dana. En principio es un texto más, de 16 páginas, de los miles dedicados al Libertador y de los miles producidos por el filósofo alemán. ¿Por qué es célebre? Lo es porque —y era quizá inevitable por la jerarquía de los dos personajes— dramatizó, como en el escenario de un teatro, el choque de dos lecturas de la historia universal, la colisión de la sociología con la geopolítica, del eurocentrismo contra el tercer mundo. El derrocamiento de Riego resulta entonces no sólo un acto de la historia de España sino una piedra de toque de la teoría política mundial. El momento histórico lo formó así.

A Marx lo conocemos por su análisis histórico genial, definidor de leyes del desarrollo de la sociedad que hasta el presente han demostrado ser —más allá de sus inhibiciones y errores parciales— el razonamiento más útil y generoso producido por la especie humana. Pero Marx también fue político práctico, de la pelea cotidiana, y dentro de esa actividad, periodista. Así como escribió sobre Bolívar, elogió a Rafael del Riego en el citado reportaje para el *London Communicer*, considerándolo el Garibaldi de España. Y lo era, en cuanto adalid de los liberales contra los «tiranos». Recordemos el brindis del general liberal La Torre antes de firmarse los tra-

tados de Santa Ana en cumplimiento de órdenes de Riego: «Por los liberales hispanos y americanos que irían juntos hasta el infierno por luchar contra los tiranos». Contra los tiranos, para la derrota de los retrógrados y oscurantistas que hambreadaban al pueblo francés, al pueblo alemán, que hambreadaban al español y lo sumen en las sombras, estaba también Marx. En este punto al menos, Marx cierra filas con los liberales, coincide, por ejemplo, con Benjamin Constant y por supuesto, con Rafael del Riego. Y el designio de Riego, esa esperanza, es destruido por Simón Bolívar. Progreso político, educación, organización social democrático-burguesa, elecciones—porque el liberalismo en lo político y social era todo eso para Europa— reciben la puñalada del hombre que baja a Trujillo a pactar con el arzobispo Lasso de la Vega una alianza con el Papa.

Si se piensa en la ola de oscurantismo que corrió sobre Europa desde 1823, difundida desde el Vaticano, desde el palacio de Fernando Séptimo, enemigo militar de Bolívar pero devuelto a la posibilidad de aplicar el absolutismo gracias a la volteada derechista del Libertador, desde luego que es justificada la tirria de Karl Marx por Simón Bolívar. El pensamiento internacionalista proletario tenía que mirar con odio a quien negaba su aporte a la gran causa en nombre del patriotismo, interpretable como asignación de latifundios y privilegios de todo orden a militares oligarcas.

Pero otro punto de vista es el de Latinoamérica, representada en este caso por Bolívar. ¿Estaba en la obligación de financiar el progreso de Europa? Progreso que por cierto llevaba a acumulación bestial, liberal, de riquezas en manos de unos pocos, en Inglaterra y en el resto de Europa. El internacionalismo proletario resultaba imperialista en la práctica y, por supuesto, era eurocéntrico. ¿Cómo quedaba Perú en el negocio intentado por Riego y sus jefes de Londres? Cuando llegaron los años 1846-1848 y la revolución intentada por Riego se produjo en seis países de Europa, se vio la

verdad: no trajeron ni igualdad ni comunismo. Y tampoco vinieron después.

En términos de teorías esto detecta choque de geopolítica contra análisis social. La geopolítica es ciencia tradicionalmente vista como de derecha. Y en verdad se asocia al militarismo fascistoide o fascista pero nunca un acto histórico y específicamente ninguna revolución triunfante ha carecido del componente geopolítico, ninguna, y desde luego, la revolución de Hugo Chávez, que llena el momento en que se publica este libro, sin marxismo sería reaccionaria, y marxista sin bolivarianismo, un fracaso más.

En julio de 1823 las paredes de La Habana⁵⁴ se cubrían de pasquines denunciando la venta de Cuba a Inglaterra. Muerto el negocio liberal aparecía el conservador, o bien de Chateaubriand aliándose así con los ingleses, o bien de Fernando actuando independientemente de Chateaubriand. Nada importa esto a los Soles y rayos de Bolívar, que anuncian la inminencia de la república de Cubanacán. Descubierta el conato independentista, advinieron las prisiones, comenzando por la de Lemus. Fueron sofocados alzamientos militares. Juzgados por materia que ameritaba pena de muerte, los ricos conspiradores criollos aguardan tranquilos en sus casas y son tratados con lenidad que habla de jueces compañeros en logia.

Endeudamiento hispanoamericano en libras esterlinas

El 5 de octubre de 1823⁵⁵, Chateaubriand instruye al príncipe de Polignac, embajador francés en Londres, sobre la manera de responder a Canning una propuesta sobre América Latina que éste ha hecho:

«En el presente nosotros sólo podemos declinar su proposición. Ella es en sí misma un poco odiosa, por demandarnos entrar en un pacto con Inglaterra para despojar a España de sus colonias, en tanto que nosotros combatimos por la libertad de su rey. Es un juego doble, que la Francia es demasiado noble para jugar. Pero —añade, olvidando su demasiada nobleza— al re-

chazar la proposición es necesario hacerlo con una gran medida y una gran cortesía, es necesario incluso no ceder rigurosamente toda vía a una negociación futura, porque es necesario prever el caso de la posible locura de Fernando y que el entendimiento español no quiera ningún arreglo sabio sobre esas colonias, caso en el cual la Inglaterra, tomando su partido, forzara a Francia a tomar el suyo. Pero todo esto manteniéndose usted en su punto, haciendo sobre todo entender que la cuestión de las colonias es una de las mayores, que debe ser tratada en común con todos los aliados, y donde nadie debe hacer beneficios particulares. Esta manera franca embarazará mucho a Inglaterra que temerá enredarse (en guerras) en el continente».

Por «el continente» Chateaubriand decía «Europa», por «guerra» la guerra de Francia con la que amenazaba. El 7 de octubre de 1823 escribe a monsieur Talarú, embajador en Madrid, que «es necesario tranquilizar a Rusia, porque Austria e Inglaterra hacen todo lo que pueden por separarla de nosotros». Y más adelante:

“Las Cortes han reconocido, en nombre de Fernando⁵⁶, la independencia de la republica de Buenos Aires. Note que Canning, que nos pide entrar en negociaciones con las colonias españolas, tenía eso y se preparaba a reconocer la independencia de esa colonias diciéndonos que habían sido ya reconocidas por el rey legítimo».

Dando marcha atrás, dos días después, el 9 de diciembre de 1823, en nueva conversación con Polignac, Canning, apoyó la idea de un príncipe francés para Colombia .

En las páginas 356-358⁵⁷, Chateaubriand narra un hecho que muestra el gran conflicto que actuaba dentro de su política: el zar Alejandro le envía con las felicitaciones por su triunfo en España, el Cordón de San Andrés, máxima condecoración que concede Rusia y esto genera los celos de Luis XVIII. Preocupado, Cha-

teaubriand pide al zar que otorgue un cordón igual a Villele, el Primer Ministro, para calmar las cosas. El Romanoff lo complace pero, anota el poeta, eso será inútil. «Francia puede pelear con Inglaterra», insiste.

Y se ocupa de dinero. La página 361⁵⁸ está llena con las cifras de América, que toma del escrito de un Jerónimo Ustáriz. Más adelante afirma:

«Se ha dicho que la invasión francesa a España perdió las colonias y las lanzó en manos de Gran Bretaña, pero si yo hubiera seguido en el poder las colonias no se hubieran perdido».

Es una petulancia que si fuese verdad mostraría un mundo de fuerzas que le apoyaba, pero sólo a él, no a Francia incondicionalmente. Pág. 363:

«Ya en mi viaje a América señale que la manera ideal para las colonias era transformarlas en reinos representativos bajo príncipes de la casa borbónica. Estimamos la forma monárquica mas conveniente a esas colonias que la forma republicana.../...La monarquía representativa tiene medios apropiados al genio español, al estado de las personas y las cosas».

Vuelto al tema de si él hubiera restado en el poder, afirma:

“...tenemos todos los elementos para creer que esas colonias se hubieran alineado en nuestros planes”.

Esta frase es la más cercana a la afirmación definitiva —que nunca hace— de que contaba con seguridades de Bolívar y San Martín de aceptar las coronas o la colocación de príncipes de la casa francesa en tronos.

De la página 373 en adelante⁵⁹ comienza a aparecer la obsesión por endeudar a España a fin de garantizar poder sobre las ex colonias.

Con una extraña seguridad, porque las batallas de Carabobo, Boyacá y Pichincha han sucedido, narra:

«Aconsejamos endeudamientos españoles para compensar las deudas de las colonias con Inglaterra. Presionamos a España a endeudarse como un medio de dividir y de inquietar el lucro comercial de Londres, poseedora de cuentas abiertas con México, Perú y Colombia. De 1822 a 1826, diez empréstitos (puede contabilizarlos porque escribe en 1841) fueron hechos en Inglaterra a nombre de las colonias españolas. Montaban a la suma de 20.978.000 de libras esterlinas. Esos préstamos, el uno apoyando al otro, han sido contratados a 75%. Se descontaron sobre ellos dos años de intereses a 6%, enseguida se retienen 7 millones de libras esterlinas para aperos militares. En realidad Inglaterra ha desembolsado una suma real de 7 millones de libras esterlinas y las repúblicas españolas quedaron gravadas con una deuda de 20.978.000 de libras esterlinas».

Continúa con la enumeración de compañías de todo tipo que se mueven por la tierra americana a precios agiotistas hasta que al final

«Inglaterra reclama una suma nominal de 35.00.000 de libras esterlinas, tanto sobre los gobiernos como sobre los particulares».

Más adelante explica el mecanismo de relaciones que mantuvo con los jefes insurgentes suramericanos, al menos lo que puede explicar. Afirma que los jefes insurgentes tenían en París parientes y relaciones y ellos las cultivaron. Añade:

«Nos parecía que bien podían esas colonias enviar diputados a las conferencias que haríamos sobre ellas cuando que ya se hicieron representar en las Cortes de Cádiz desde 1810».

Y explica la nuez de su oferta:

«Nosotros dijimos a las colonias: “Ustedes desean que España reconozca vuestra independencia, la España y Europa la reconocerán cuando ustedes hayan escogido por jefe a un rey de la sangre de vuestros antiguos reyes”. O sea uno francés. A España le dijeron algo equivalente: “intentar la reconquista por la fuerza sería una locura, lo lógico es propiciar un arreglo generoso con las colonias. Acepten un arreglo justo».

Inglaterra terminó asumiendo el plan Chateaubriand y se entró a planear el Congreso que discutiría el destino de América española. No debía realizarse en Londres, por razones obvias, tampoco en Madrid, llena de intrigas. Se escogió una ciudad de Alemania.

Otras páginas⁶⁰ están llenas de las exclamaciones exasperadas de Chateaubriand porque Fernando Séptimo no disuelve el ejército como él le pide. ¿Es que son locos los españoles? El tiempo demostraría que Fernando Séptimo no era loco sino astuto, una condición que ya había mostrado antes. Inglaterra afirma temer que Francia quiera varias colonias y le plantea negociar. Chateaubriand responde que sólo con Fernando Séptimo presente puede tratarse eso. Inglaterra amenaza con reconocer la independencia de colonias, acto que es su as, frecuentemente esgrimido. Llega al poeta y ministro un mensaje del zar:

«Espero verlo cumplir nuestras grandes cosas:

- a. Unión de las Iglesias griega y latina
- b. Liberación de Grecia
- c. Creación de monarquías borbónicas en el nuevo mundo.
- d. Justa mejora de nuestras fronteras».

Lo que es resumen de lo dicho en el presente capítulo. Es noviembre de 1823, sigue vivo el proyecto Romanoff-Chateaubriand.

Inglaterra había aceptado el plan Chateaubriand pero ahora pone condiciones. El 6 de noviembre de 1823 Chateaubriand ordena a Polignac hablar firmemente a Canning. Días después, desagradabilísima sorpresa para el francés: Fernando ha invitado a cuatro potencias a mediar entre ella y sus antiguas colonias, incluyó a Inglaterra. Astucia y audacia hay en el rey español: derrotado en América, ocupado su territorio por una potencia interesadamente amiga, pone a las potencias a pelear. Evidentemente molesto, Chateaubriand afirma que no aceptaría que Inglaterra se diera banquete en América del Sur, que si Fernando Séptimo no busca un arreglo con las colonias, Francia buscará su beneficio por su lado. 30 de noviembre de 1823, carta confidencial del Zar a Chateaubriand. Confidencial y trascendental. Lo ve como el gran amigo. Dice que Francia y Rusia, de acuerdo, organizarán Europa, y que Chateaubriand es el hombre de las circunstancias. Si Rusia invade a Turquía, sabrá «lo que nos conviene». ¿Quién sabrá? ¿Rusia? ¿Turquía? ¿Chateaubriand? Rusia va a actuar y eso definirá el destino de todos, aparentemente debido a la importancia que en Europa tenía la Cuestión de Oriente.

Grosso modo, a la Cuestión de Oriente se la llamaba también «Cuestión de los estrechos». Desde la toma de Constantinopla, Turquía dominaba el Bósforo y los Dardanelos, los estrechos más poderosos para el comercio mundial. La obsesión geopolítica de Rusia era conquistar esos estrechos, estaba asestada sobre Turquía. Pero en ello no estaba sola, sobre Turquía y el mar Negro también estaban asestadas Inglaterra y Francia. Episodios anteriores de la Cuestión de Oriente mostraban a Rusia como la potencia militar dominante, por cercanía y por tamaño, en cualquier allanamiento de Turquía.

Todo esto formaba el fondo de la comunicación del Romanoff a Chateaubriand, de la calificación a éste como el gran amigo, del anuncio de que Francia y Rusia organizarán Europa de común acuerdo, y de que si Rusia invadía a Turquía, alguien sabrá

«lo que nos conviene». Hablar de «lo que nos conviene» parece significar pensamientos de cambio a realizar en Francia, señalar que el zar pensaba en Chateaubriand para rey de Francia. Tal parece desprenderse del próximo paso del rey Luis XVIII: expulsión de Chateaubriand.

«¿Qué desbarata estos proyectos tan bien pensados?», pregunta Chateaubriand en su libro.

«Mi caída. Hay un momento en que hay que hacer las cosas, la Europa monárquica hubiera tenido larga vida (si yo hubiese continuado ejerciendo la cancillería de Francia)».

Francia había renunciado a los posibles negocios de América en colaboración con Rusia representados por Chateaubriand pero el Borbón pareciera haber actuado con la lógica de que más vale pájaro en mano que cien volando o aplicado el dicho que señala a los abarcadores el peligro de perder el chivo y el mecate. Francia salvaba el chivo al regresar a la colaboración con los Estados Unidos para negocios en América Latina. Era la misma línea de Napoleón pero modesta y de bajo perfil. La proclamación de la Doctrina Monroe será una consecuencia directa de esto, la toma norteamericana del istmo de Panamá en 1903 y la derrota de Argentina en la Guerra de las Malvinas, de 1982, contarán con la complicidad gala. En bajo perfil, hay que repetirlo.

Capítulo 14 Hacia la Doctrina Monroe

Volvamos atrás. El plan de libertadores y princesas franceses en México, Perú y Colombia era apenas una parte del conflicto vivido por Estados Unidos. Otra amenaza se presentaba, y en esta también actuaba Rusia, pero directamente.

«Avanzando sin que se les sintieran los pasos —escribe Carlos Pereyra—⁶¹ bajando de Alaska, los rusos habían llegado hasta Bodega, en el norte de California. Y un ukase de 6 de septiembre de 1821 fijaba como límite de las posesiones rusas en América del norte una línea de cien millas italianas de la costa del océano Pacífico».

Los Estados Unidos eran entonces pequeños, formados por nada más la concha atlántica de Norteamérica que colonizaran los ingleses, con tamaño total equivalente al del Perú. La reserva de dominio que establecía Rusia amagaba al río Mississippi, la vía acuática más ansiada por Estados Unidos, tanto como Panamá pero más urgentemente, por razones de inmediatez geográfica, de poderes de navegación e irrigación agrícola que tiene ese río además de los de extensión sobre Centro y Suramérica ya comentados. Pero amagaba más, amagaba la California mexicana, la sede del oro que todo lo puede y todo lo vale. Rusia tenía siglos instalada en la costa norteamericana del Pacífico, no sólo en Alaska, que era lo principalmente ruso, sino en algunos territorios situados más al sur, que gerenciaba la Compañía Ruso Americana.

Y Europa se movía en el Caribe. Cuba era una vieja aspiración de los británicos (como de los Estados Unidos), no sólo por las magníficas factibilidades agrícolas y pecuarias de sus tierras sino porque es la base más grande para amagar militarmente a los canales de Panamá, Nicaragua, Tehuantepec. Poseer Cuba era garantizarse poder en el Caribe, que los Estados Unidos veían como una de sus zonas de expansión natural. Pero había otro elemento sobre Cuba, Simón Bolívar considera a la isla parte natural del gran país que se propone construir. Si Rusia privaba a Estados Unidos del alto Mississippi al tiempo que Francia colocaba reyes borbones en Suramérica y Colombia se apoderaba de Cuba, o lo hacía Inglaterra, presionando con ello la desembocadura del mismo Mississippi y además a Centroamérica, el país de Washington quedaría colocado

entre las dos piezas de una tenaza que le hubiera hecho olvidar su destino expansionista.

Como lo hemos visto en el caso de Lafond de Lucry y lo veremos en los de Laffite y Mallet Presvost, en este momento reaparecen hombres que protagonizaron episodios de diez y veinte años antes. Es lógico, la duración de la vida humana fácilmente lo permite. Lo que si pareciera una construcción novelesca de Alejandro Dumas es que en la encrucijada de 1823 reencontremos a personajes y entidades que, desde un bando u otro, participaron en la compra de Luisiana por los Estados Unidos. Está Monroe, que fuera veintidós años antes enviado norteamericano ante Napoleón a negociar esa operación. Ahora es un maduro presidente de los Estados Unidos. Napoleón ha muerto pero por Francia participa Chateaubriand, que aparece como un competidor de los Estados Unidos pero en su juventud ha viajado a aquel país, recién independizado, con el proyecto de estimular la construcción del canal de unión del Mississippi con los Grandes Lagos. Lo habló con George Washington. Falló, la Luisiana no era entonces norteamericana sino española. En lugar de la obra de ingeniería creó uno de sus mejores libros, *Los Natchez*. Está Thomas Jefferson, que envió a Monroe a tratar el asunto con Napoleón. Ahora ex presidente, lanzará desde su mansión de retiro de Monticello, opiniones que decidirán el punto. Participa Inglaterra, la principal enemiga de Napoleón y de Estados Unidos en tiempos de la compra de Luisiana. ¿Hay casualidad en tantos pasados comunes? Difícilmente. Lo que parece haber es la reaparición de un potencial de anexión de América española a los Estados Unidos por vía de un canal interamericano, que hemos repetidamente mencionado, al que integrarían en una virtual plenitud de funcionamiento, un canal intersuramericano y uno que tiene por centro el río Mississippi.

Monroe envió un embajador ante Alejandro Romanoff I, a notificarle que los Estados Unidos no aceptarían ninguna adquisición

territorial rusa en América, pero los rusos no dieron ningún paso que sonara a retiro de las cercanías de California. Había mucho temor en Estados Unidos a que Inglaterra tomara militarmente a Cuba en cualquier momento. Muy alarmado, Monroe dirigió interrogantes a los ex presidentes Jefferson y Madison impetrandoles que aconsejaran a la nación sobre la conducta más conveniente en este grave trance.

Doctor Manuel Torres, autor de la Doctrina Monroe

En estos días vivía en Washington un personaje nacido en España pero que figuraba como colombiano, el doctor Manuel Torres. Germán Arciniegas en su biografía casi póstuma de Bolívar⁶² destaca a Torres, señalándole y defendiéndole el copyright de la Doctrina Monroe, que la lógica y los siglos han atribuido a mano norteamericana. Informa Arciniegas:

«Desde 1820 si no antes, Torres le escribía al presidente Adams, tratando de (escribe Torres:) “determinar al presidente de los Estados Unidos a no demorar por más tiempo una medida que naturalmente establecerá un pacto americano capaz de contrarrestar los Proyectos de la Santa Alianza y proteger nuestras instituciones republicanas”. “Era Torres ambicioso en sus planes, y tres años antes de sacar adelante lo que pensaba —el mensaje de Monroe—, escribía a Bogotá: “Haré lo que esté a mi alcance para echar los fundamentos de un sistema de política verdaderamente americana”.»

Lo estaba haciendo. Le decía a Adams:

«La Santa Alianza apoyará a España en cualquier nuevo intento de reconquista y Colombia tiene que adelantarse con una derrota definitiva de los ejércitos de Fernando VII en América.../... Estados Unidos no pueden continuar inactivos.../... En Colombia el gobierno y los ciudadanos ilustrados están convencidos de que los intereses del Nuevo Mundo son opuestos a los de Europa».

«Para el secretario Adams —continúa Arciniegas— era impresionante que el plenipotenciario de Bolívar le dijera esto y lo comunicó en seguida a Monroe: lo que busca Colombia es “el establecimiento de gobiernos republicanos representativos, y es fácil formar una “causa americana” que frustre los designios de España por impedirlo».

Hay que aclarar, Torres no era representante de Bolívar, militaba en el partido antibolivariano y aliado de los Estados Unidos en Colombia, que comandaba el Vicepresidente Francisco de Paula Santander y ello es cosa imposible de ignorar por Arciniegas, erudito en el tema y, además de historiador, hombre activo en la política colombiana, militante de posiciones santanderistas y anexionistas. Torres escribe a Adams en 1822:

«Los propósitos de su gobierno [el de Colombia] van más lejos: ellos desconfían de la Alianza Europea, y en especial desconfían y temen de Inglaterra. Ellos desean un sistema americano que comprenda todo el hemisferio en oposición al de Europa y especialmente en oposición a Inglaterra. Gran Bretaña tiene designios contra ellos que pueden producir la guerra. La Santa Alianza ha estado y continúa estando en contra de ellos. Ellos esperan que Inglaterra toque y destruya algunos de sus puertos marítimos... Pero nada menos que la independencia de toda América del Sur y México les sería satisfactorio, y en nada menos podrían consentir».

Otra vez se desliza la falacia de incluir implícitamente a Simón Bolívar en el grupo de los que «desean un sistema americano que comprenda todo el hemisferio en oposición al de Europa y especialmente en oposición a Inglaterra». Muy por el contrario, el Libertador luchaba y luchará hasta un mes antes de su muerte para que Inglaterra acepte entrar en matrimonio con la América hispana, precisamente contra los Estados Unidos. Alianza con Inglate-

rra o anexión a los Estados Unidos continuaba siendo la discusión de ese momento. Los «ellos» más cercanos a Torres, como Santander, si estaban apuntados a crear un «sistema americano» que en realidad significaba una anexión de Latinoamérica a los Estados Unidos.

Explica Arciniegas: «Así va naciendo la teoría de Monroe. Los corresponsales de Torres fueron en Bogotá Roscio y en Londres Revenga». Sobre su conversación con Adams, escribe Torres a su cancillería:

«Le volví a recordar que tanto los intereses como las instituciones políticas de Europa y América son completamente opuestas las unas a las otras; que sería buena política establecer una causa americana para rechazar las empresas ambiciosas de las naciones o gobiernos europeos. El presente estado político de Europa y América es muy favorable para echar la base de un plan que debe necesariamente originar la felicidad y prosperidad del Nuevo Mundo».

La doctrina Monroe es originalmente *whig*, antibritánica, de ese partido son Monroe y el canciller John Quincy Adams. Expresa el Destino manifiesto de Estados Unidos, que implica dominar a la América española excluyendo a la Gran Bretaña. Pero Monroe no podía seguir la línea de su partido dogmáticamente, lo constreñía una situación cuyo dato más peligroso era que recientemente, George Canning, el Primer ministro británico, había declarado a Polignac, embajador francés en Londres, que no vería problema en que príncipes borbones se sentaran en tronos mexicanos, bogotanos o limeños. Estaba eliminado el obstáculo principal a la entrada de Europa en América, los barcos con príncipes Orleáns o lo que fuera podrían cruzar el océano Atlántico. El caso se tornaba gravísimo. A Monroe le urgía decidir. Optó por aplicar las sugerencias de Thomas Jefferson: respecto a Francia,

el ex presidente aconsejaba protestar la ocupación de España y si la mera protesta no la hacía salir de la Península, hacerle la guerra, extensiva a la Santa Alianza. La proposición no se impuso en la opinión americana. Respecto a Inglaterra, aconsejaba buscar alianza. Razonó que Inglaterra era la peligrosa «por poseer flota». Canning, primer ministro inglés, le escribe días después a James Monroe invitándolo a formular un protectorado sobre la América española. ¿Qué lo había movido? Los hechos sugieren que un pacto de admisión de que Inglaterra mantuviera sus colonias en América, vale decir la alianza sugerida por Jefferson. Los británicos mantendrían sus enclaves y los mantienen hasta hoy. Enumerémoslos: Belice, Mosquitia, Jamaica, las Malvinas y probablemente Uruguay, y particularmente importantes, Trinidad y Guayana británica, cuyo rol hemos comparado al de una llave inglesa infartando un tramo fundamental de la vía interamericana.

Una vez más, la «pérfida Albión» había coronado con éxito su repetida táctica de coquetear con los dos bandos para, a última hora, decidirse por el más conveniente.

Lo anterior no anula que este resultado haya sido influido por una línea rusa de causas, las mismas que venían de producir la caída de Chateaubriand. Aquella acción del rey francés enfrentó la amenaza rusa de conquistar Turquía y toda Europa y al mismo tiempo anuló su probable substitución en el trono por el poeta y canciller, si es que hubo tal idea. Esto habría dejado a Inglaterra sin esa opción para escoger aliado.

Sobre Chateaubriand se lanzó una acusación e hipótesis distinta: habría montado toda su enorme operación política con el objetivo de facilitar el control de la América hispana por Estados Unidos. A favor de esa tesis de aspecto fantástico actúan el antecedente napoleónico del personaje, a saber el haber sido ministro de Bonaparte durante los «Cien días», en los que el corso planificó

trasladar su imperio a Buenos Aires o Caracas, también su haber parido su proyecto en los días siguientes a la batalla de Waterloo, motivado por el resultado de ésta. Habría asumido los planes de Napoleón sobre América que, como hemos visto, apenas empezaban su segunda etapa aquel día. Finalmente, cabía recordar el viaje de juventud a los Estados Unidos con el proyecto del canal basado en el Mississippi. Según el artículo *Chateaubriand* de la Enciclopedia Espasa Calpe, George Washington en persona, le habría aconsejado «paternalmente» alejarse de tan ambiciosa idea, que, añadimos, aunque programática e indispensable para los Estados Unidos, era desde luego prematuro emprender. Ya sabemos la resonancia geopolítica del referido canal.

Con la carta de Canning en su poder, Monroe lee ante el Congreso estadounidense el documento que con el tiempo se llamará Doctrina Monroe. Su dato central es que los Estados Unidos no se mezclarían en los conflictos europeos y prohibían toda intromisión de Europa en los Estados Americanos.

Otros componentes de la Doctrina Monroe son a) que hay un «sistema americano», sistema que es de democracia electoral y federal, distinto del europeo, b) que únicamente Estados Unidos estaba destinado a completar la colonización de los territorios vírgenes de Norteamérica, lo cual era un avance sobre México tanto como una advertencia a Rusia. Contenido clave de la Doctrina Monroe es que los países latinoamericanos tienen derecho a definir ellos solos su destino, pero la bonita declaración es hipócrita, con la Doctrina Monroe lo que hace la potencia norteamericana es eliminar la competencia europea en la naciente Latinoamérica independiente, evita la multipolaridad, que sería la única base de maniobra para poder decir sin mentir que «los países latinoamericanos tienen derecho a definir ellos solos su destino». Bolívar se opondrá a la exclusividad norteamericana, contestará a la Doctrina Monroe con su famosa frase: «Los Estados Unidos parecen creados por

la Providencia para plagar a la América española de miserias en nombre de la Libertad».

Por razones enteramente distintas, debieron experimentar frustración los anexionistas interamericanistas, tanto de norte como de Suramérica. El documento Monroe no es totalmente el redactado por Torres, Inglaterra mantenía sus enclaves.

En verdad, en los días en que Bolívar y Sucre obtienen la espléndida victoria de Junín, América Latina estrena nuevos amos.

Nadie se daba a recordar en aquellos días a Robert Stewart, vizconde de Castlereagh, pero cabe preguntarse si hubiera partido de Inglaterra una invitación a los Estados Unidos a declarar un protectorado sobre América hispana estando aquel señor en la sede del poder inglés. ¿Chateaubriand hubiera encontrado oposición británica a sus planes? El tema toca el de la importancia del asesinato o suicidio o suicidio inducido de una figura política. Parte de la respuesta podrían buscarla algunos historiadores capacitados para hacer aplicar recursos de carbono catorce a unos viejos restos que reposan en algún cementerio inglés.

En los años siguientes, 1825, sucede otro deceso oportuno, el del zar Alejandro Primero Romanoff. Personaje romántico, místico, dos golpes lo anularon: primero una tempestad que semidestruyó a San Petersburgo y que él leyó como advertencia de Dios de que no le eran gratos los planes que adelantaba, segundo, la muerte de su hija, envenenada por un novio afecto a las logias probritánicas, demasiado activas dentro del ejército zarista⁶³. Enseguida Alejandro emprende un viaje en perfecta salud pero al llegar a la costa del mar Negro sufre una violenta enfermedad que en uno o dos días lo mata. Su cadáver no se exhibió sistemáticamente a causa de haber quedado negro. La conseja popular lo encontraría en las décadas siguientes refugiado en una choza en las selvas rusas, convertido en el staretz Cusmit, un santón milagrero. Corrió el rumor de que

un visitante de gran importancia al verlo cayó ante él de rodillas derramando lágrimas. Verdad o fantasía, lo cierto es que cuando, tras la revolución rusa de 1917, se abrieron las criptas de todos los zares y se revisaron sus contenidos, se encontró vacío el de Alejandro I.

Sistema británico de Estados tapón

Los trozos de América Latina reservados a Londres por la Doctrina Monroe cumplen en la vida del continente los objetivos de la política de control de estrechos británica, que es la principal del mundo en esa especialidad desde los días de Shakespeare, cuando Inglaterra definió su vida como centrada en el mar. Ya entonces cañoneaba en los estrechos del Medio Oriente —Ormuz y Suez— por ser caminos hacia La India. Esta política abarca todos los canales y estrechos del planeta, a veces los abre, a veces los tapona. Sobre ellos establece dos formas posibles de dominio: una, la simple posesión, otra, reservada a casos en los que no tiene todo el poder: la permanencia del paso en manos de un país débil, sobre el cual se ocupará de actuar. La política estrechera británica era apasionadamente denunciada por los enemigos norteamericanos de «la pérfida Albion», encabezados en esos años por el economista Mathew Carey, cuyas obras tradujo y distribuyó en Venezuela Juan Germán Roscio. Puede resultar lógico que sean norteamericanos los principales críticos de esto si se recuerda que el sistema de estados tapón británico anulaba el plan hídrico napoleónico norteamericano, que había devenido norteamericano a secas después de 1821. O lo semianulaba. El Orinoco está amagado por Trinidad y Guayana Británica pero no poseído, el Uruguay ostenta una alineación ambigua en su situación anexa al río de la Plata.

Federico List, economista e ideólogo de la misma corriente antibritánica escribe en 1841 en su libro clásico⁶⁴ *Sistema nacional de Economía política*:

«Inglaterra conquistó las llaves de todos los mares y puso una férrea guarda a todas las naciones: a los alemanes, Helgoland; a los franceses Guernesey y Jersey; a los norteamericanos Nueva Escocia y las Bermudas; a los centroamericanos Jamaica; a todos los países ribereños del Mediterráneo Gibraltar, Malta y las siete islas: posee todas las plazas de tránsito de las dos rutas hacia las Indias, con excepción del istmo de Suez, cuya posesión ansía: cierra el Mediterráneo con Gibraltar, el mar Rojo con Aden, y el golfo Pérsico con Basora y Karrack. Ya no le falta más que los Dardanelos, el Sund y los istmos de Suez y Panamá para abrir y cerrar a su antojo todos los mares y rutas marítimas del mundo».

Todos los estrechos latinoamericanos han quedado bajo presión de la potencia triunfadora en las guerras napoleónicas. Tal vez las islas Malvinas o Falkland son el principal, pues amenazan al Paso sur, en el extremo de Argentina y Chile, todopoderoso por ser el único por donde podían los barcos cruzar del Océano Atlántico al Pacífico, y viceversa. La amenaza es radical: el barco de un país que esté en conflicto con Inglaterra deberá hacerlo por la larguísima ruta que supone cruzar debajo de África y de Asia, en cuya punta sur, además, está otra posesión inglesa, Sudáfrica. En tiempos de Bolívar tal viaje tomaba un año, lo que ponía en desventaja sus productos o sus armas. La Guerra de las Malvinas, de siglo y medio después, apelará a esa importancia. Jamaica amaga a Panamá; la Mosquitia a Nicaragua, Belice a Centroamérica en general y de Trinidad y la Guayana británica ya ha sido sobradamente comentada la función.

Batalla de Ayacucho

No por el número de soldados que actuaron y murieron, pues otras batallas de la historia universal comprometieron a más; no sólo por la genialidad de la concepción, porque ha habido otras batallas brillantes e inclusive brillantísimas; no por el heroísmo,

aunque fue mucho el empleado por los dos bandos, ni por las eruditas descripciones de bloques militares en cargas y deslizamiento que escribieron los historiadores, es famosa la batalla dada en Ayacucho del Perú el 9 de diciembre de 1824, lo es porque definió el destino de un continente o, mejor dicho, su posesión.

Desde Europa se había apasionado por este enfrentamiento definitivo de España y América el máximo poeta romántico de todos los tiempos, Lord Byron. Seguía las campañas de Bolívar en los periódicos de Italia. Poeta de la vida tanto como de las palabras, el Lord quería estar «en cuerpo y alma», en ese algo grande que veía venir. Byron perecería unos meses antes de Ayacucho. Moldea la imagen mental de aquel hecho, la figura humana e individual de Antonio José de Sucre, héroe de 35 años y bondadoso.

Hay un matiz poco divulgado acerca de esta batalla y en general de la independencia del Perú y Bolivia: los españoles están divididos. El ejército español que se mueve en las montañas peruanas y que pronto se enfrentará a la fuerza mandada por Sucre, es sólo la mitad del ejército destacado por la metrópolis en aquel virreinato, la mitad liberal. La otra mitad permanece lejos, presidida por un general pintoresco y cruel, apellidado Olañeta⁶⁵, suerte de Boves pero con más cálculo (como corresponde a una edad otoñal) que odia al liberalismo. Esta división de las fuerzas hispanas en Perú expresa la división que vive España entre liberales y conservadores. En la «enemiga» del general Olañeta contra los generales liberales que mandan en Perú hay componentes personales, pues ellos son académicos, petulantes y despreciativos de hombres como él, sin estudios, «hijos de sus obras», hechos nada más a golpes de valentía y crueldad. Pero hay también dichas razones políticas. Olañeta es un español a la romana vieja, muy conservador, amante de su rey Fernando, enemigo acérrimo de las «novaciones» liberales. Es, en síntesis, un tirano. Exige que se publique el decreto de derogación de la Constitución que se ha producido en Madrid con

firma de «Don Fernando» y que los generales La Serna, Canterac, Gerónimo Valdez, ocultan para mantener en plenitud su mando. Los liberales no publican el decreto y no le dan mando a Olañeta. Por todo eso, Olañeta ataca a Valdez por la espalda días antes de Ayacucho, le infringe pérdidas y casi lo vence. Valdez debe retirarse un poco. Se acerca a Ayacucho. Es tiempo, pues el ejército de Sucre se mueve sobre los lomos de las montañas con niebla, como una alfombra brillante de puntos de acero. La batalla sucede en una especie de península rodeada no de agua sino de barrancos por todos lados menos por uno. Es donde Sucre vencerá para perdonar después. Puede hacerlo, la independencia del continente está concluida.

NOTAS

1. Simón Bolívar: *Siete documentos esenciales*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1973. / Arturo Sosa: *Colonia y Emancipación en Venezuela*, 1498-1930, Centro Gumilla, Caracas, 1978.
2. Gonzalo M. Quintero Saravia: *Pablo Morillo, general de dos mundos*, Bogotá, Editorial Planeta colombiana S.A., 2005.
3. Ángel Grisanti: *El informe de Palacio Fajardo a Napoleón, emperador y rey: documento rigurosamente inédito*. Caracas: Tipografía Principios, 1961, p. 100.
4. *Ibid.*, p. 68.
5. Caracciolo Parra Pérez: *Una misión diplomática venezolana ante Napoleón en 1813*. Publicaciones de la Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana, Caracas, 1953, p. 51.
6. Simón Bolívar: *Doctrina del Libertador*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1982, p. 45.
7. Jacques Bordiot: *Une main caché dirige*, París, La Librairie Française, París, 1979, pp. 264-265. / Georges Blond: *Histoire de la Filibuste*, Stock, París 1969, Le Livre de Poche, 1971./ Stanley Clisby Arthur: *Jean Laffite, Gentleman Rover*, Harmanson Publisher, New Orleans, 1952.
8. Simón Bolívar: *Op. cit.* / Julio Febres Cordero e Inés Malavé de Querales: *La carta de Jamaica y Mi delirio sobre el Chimborazo, fuentes para el pensamiento bolivariano*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, s. f./ Leonardo Altuve Carrillo: *Op. cit.*, p. 76.
9. Marión: *Expedition de Bolívar*. Imp de Ch. Courtois, 1849, Port-au-Prince./ Paúl Verna: *Bolívar y los emigrados patriotas en el Caribe*. Caracas, INCE, 1983 / Vicente Lecuna: *Expedición de Los Cayos*. Litografía y Tipografía Mercantil, 1928 y 1937, Caracas, 2 vols.

10. Emilio Ocampo: *Op. cit.*, p. 122.
11. *Ibid.*, p. 161.
12. *Ibid.*, p. 187.
13. *Ibid.*, p. 188.
14. Francisco Herrera Luque: *Piar, Caudillo de dos colores*, Pomaire, Caracas, 1987, pp. 260-265.
15. Emilio Ocampo: *Op. cit.*, p. 202.
16. Carlos A. Ferro: *Vida de Luis Aury*, Tip. Nacional, Tegucigalpa, 1973, p. 84.
17. Emilio Ocampo: *Op. cit.*, p. 279.
18. *Ibid.*, pp. 294 y ss.
19. Martín Moreno: *Archivo Carrera*, Vol. XXI, Buenos Aires, 1928, p. 72.
20. Simón Bolívar: *Op. cit.*
21. *Ibidem.*
22. Autores varios: *El Constitucionalista, Rafael del Riego*, Centro Asturiano de Caracas, Caracas, 1984.
23. Enrique de Gandía: *Historia de las ideas políticas en la Argentina*.
24. Karl Marx: *Materiales para la historia de América Latina*. México, Siglo XXI, 1984.
25. Gonzalo M. Quintero Saravia: *Pablo Morillo, General de dos mundos*, Editorial Planeta Colombiana, Bogotá, 2005.
26. Lautaro Ovalles: *Francisco Antonio Zea y el proyecto de integración Ibero-Americana*. Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1994, p. 661.
27. *Diccionario Polar*, [voz *Zea, Francisco*].
28. Lautaro Ovalles: *Op. cit.*
29. Renee Méndez Capote: *4 Conspiraciones*. Casa de las Américas, La Habana, 1980.
30. Eloy Reverón: *El fantasma de Bolívar*, Ediciones IVEM, Caracas, 2001.

31. Perú de la Croix: *Diario de Bucaramanga*. Editorial Élite, Caracas, 1931. / José Jesús Cooz: *Armisticio y regularización de la guerra: entrevista de Santa Ana*. Ediciones del Ejecutivo del Estado Trujillo, Trujillo, 1970 / Pedro Grases y Manuel Pérez Vila (Comps.): *El amor a la paz*. Presidencia de la República, Caracas, 1970.
32. *Diccionario Polar*, [voz Roth, Jacobo Antonio].
33. Cecil Roth: *Short history of the Jewish People*, Keter Publishing House Jerusalem Ltd., Jerusalem, Israel, 1972. / *Encyclopaedia Judaica*, [Voz: Messiah], Keter Publishing House Jerusalem Ltd., Jerusalem, Israel, 1972.
34. Daniel Florencio O'Leary: *Memorias del general Daniel Florencio O'Leary*. 2ª ed. Ministerio de la Defensa, Caracas, 1981. 34 vols.
35. Pedro Leturia: *La acción diplomática de Bolívar ante Pío VII*, Ediciones La gran pulpería de libros venezolanos, C. A., Caracas, 1984. / Jesús Cirilo Salazar: *Bolívar: ¿Cristiano fiel o estratega político?* Ediciones Trípode, Caracas, 1982.
36. Garcilaso de la Vega: *Comentarios reales de los Indios*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
37. Balmes: *Estudios apologeticos, Sobre la potestad eclesiástica*, en *Obras Completas*, Biblioteca Balmes, Madrid, 1925.
38. C. Amat: *Observaciones Pacificas*, en Balmes: *Op. cit.*
39. Carlos A. Fierro: *Op. cit.*, p. 154.
40. *Ibid.*, p. 155.
41. Agustín Codazzi: *Mis Memorias*, Imprenta Universitaria, Caracas, pp. 159-160.
42. Carlos A. Fierro: *Op. cit.*, p. 119.
43. *Ibid.*, p. 166.
44. *Ibid.*, pp. 169-171.
45. Daniel Florencio O'Leary: *Op.cit.*
46. Bartolomé Mitre: *Historia de San Martin y de la Emancipación Sudamericana*. Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1952, pp. 1092 y ss.

47. Carlos A. Fierro: *Op. cit.*, p. 209.
48. Salvador de Madariaga: *De Colón a Bolívar*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1955, pp. 312-315.
49. François René de Chateaubriand: *Œuvres Complètes, Congrès de Vérone, Guerre d'Espagne, Colonies espagnoles*, Garnier, París, 1921-23.
50. *Ibid.*, p. 47.
51. *Ibid.*, pp. 57-59.
52. Simón Bolívar: Delirio sobre el Chimborazo.
53. Hindi Guita de Virendra Pal Singh Vyasa. [© Traductora: Mora Abilahoud de Singh], 7, Oíd Badrinath Road, Rishikesh, India, 2001.
54. Renee Méndez Capote: *Op.cit.*
55. Chateaubriand: *Op.cit.*, p. 333.
56. *Ibid.*, p. 334.
57. *Ibid.*, pp. 356-358.
58. *Ibid.*, pp. 361-363.
59. *Ibid.*, p. 373.
60. *Ibid.*, p. 353.
61. Carlos Pereyra: *El mito de Monroe*, Editorial Jorge Álvarez, Colección los Clásicos latinoamericanos, Buenos Aires, 1969.
62. Germán Arcinegas: *Bolívar*, Editorial Planeta Colombiana, Bogotá, 1984.
63. Dimitri Merejkovsky: *El misterio de Alejandro I*, Espasa Calpe Argentina, Colección Austral, Buenos Aires, 1947.
64. Federico List: *Sistema nacional de Economía política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941, p. 84.
65. Jerónimo Valdéz: *Memorias*, Madrid, 1844.

IV

1826-1828

ATENTADO CONTRA LA VIDA DE SIMÓN BOLÍVAR

La Cosiata – Rivalidades – Congreso Anfictiónico de Panamá: formar la liga más vasta que ha aparecido hasta el día sobre la tierra – Los Estados Unidos quieren estar en el negocio de Panamá – Casos conflictivos – Fue una victoria pírrica – ¿Maquiavelismo del Libertador? – Los propietarios de indios – Convención de Ocaña – Bolívar con los pobres – Congreso de Tacubaya – Palabras proféticas – Filósofo del dinero – Como en el Julio César de Shakespeare – Atentado contra la vida de Simón Bolívar – Henry Clay racionaliza el atentado.

Capítulo 1

«Para que alguno pueda imitaros...»

Tantas manos en un plato ponen el caldo morado», reza el «dicho, y así sucede en América del Sur a raíz de la batalla de Ayacucho. Se ha hecho independiente al Perú y junto al Perú ha quedado liberado el Alto Perú, el país que hoy constituye Bolivia. La historia documenta la presencia de oligarquías locales que presionaron a Sucre para que separara del Perú aquella unidad geográfica y política, pero los peruanos leerán en eso una conspiración antiperuana de Bolívar. ¿Y qué decir de los argentinos? El Alto Perú había sido parte del virreinato del Río de la Plata durante algunos de los siglos coloniales, en consecuencia las Provincias Unidas del Río de la Plata, heredero del virreinato, reclamaba derechos allí. No en vano San Martín lo ha libertado parcialmente y fue el «Protector del Perú». Contra Perú y Río de la Plata, el Alto Perú es constituido en una república independiente cuyo nombre ya lo dice todo: República de Bolívar.

Indudable es el reconocimiento dado al Libertador al ponerle su nombre a aquel país, enorme el poder que él detenta con ello porque decir Bolivia es decir Potosí, la mina de plata más grande del mundo, aquella sobre la cual ha girado la economía occidental por trescientos años, creando el capitalismo. En el mundo no hay países con nombre de hombres, a excepción de Colombia. Pero Cristóbal Colón es sólo aire, distinto de Simón Bolívar, de carne y hueso y en plenitud de facultades. Los hombres que mandan en Rusia, Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, deben estarse

preguntando si la república de Bolivia, para la que el Libertador ha redactado una Constitución con roles hereditarios que casi significan una monarquía, armada además de un ejército que es de los mejores del mundo, también del Potosí, y comandada por un jefe de la jerarquía de Simón Bolívar, va a surgir como un imperio. Las alturas peruano bolivianas formaron capital del imperio inca por miles de años, Francisco de Miranda las concibió como tales sedes de poder continental. Estas ideas angustiantes habrían adquirido calor de urgencia si algún o algunos embajadores hubiesen tenido la acuciosidad de enviar a sus cancillerías copia del saludo que el doctor José Domingo Choquehuanca, descendiente de los incas, le dirigió al Libertador durante su parada en Pucará:

«Quiso Dios de salvajes formar un gran imperio y creó a Manco Capac; pecó su raza y lanzó a Pizarro. Después de tres siglos de expiaciones ha tenido piedad de la América y os ha creado a voz, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho hasta ahora se asemeja a lo que habéis hecho, y para que alguno pueda imitaros será preciso que haya un mundo por libertar. Habéis fundado tres repúblicas que en el inmenso desarrollo a que están llamadas elevan vuestra estatua a donde ninguna ha llegado. Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina»¹.

Si la Colombia de Bolívar es enorme, proporcionales son las fuerzas adversas que su instalación en el mapa del mundo está despertando. Se activarán las presiones y negociaciones de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. También México y Buenos Aires pueden estar sintiendo celos, serían más calientes por estar esos países más cercanos. Todas estas acciones exteriores se combinan con gérmenes de disolución producidos por el cuerpo colombiano. En éste se inicia una etapa decisiva caracterizada por lucha titánica, porque igualmente Bolívar está activado al máximo.

El 30 de abril de 1826, en Perú le nombraron presidente vitalicio pero no aceptó. Iba camino de Venezuela, porque mientras Antonio José de Sucre gobierna la República de Bolívar con sus características moderación y buena intención, ha estallado en Caracas y Valencia la sublevación de la Cosiata. Se nucleaba en torno a Páez, se arropaba con la condición de temible y gran caudillo de éste.

La Cosiata

Cosiata es un nombre en código. Parece que el primero que lo dijo fue un actor de una obra de teatro presentada en Valencia. En los parlamentos habló de «La cosita», la cosa, la cositica, la cosiata. Se la dicen entre ellos, como palabra de entendido, los miembros de la oligarquía valenciana, también los de la caraqueña. Andan todos en algo que ellos saben lo que es.

Tras la Cosiata se movía algo muy grande, nada menos que el fondo económico de la Independencia. Los libertadores habían emprendido la lucha independentista a pesar de ser muy privilegiados por España, se habían vuelto contra ésta con la aspiración de ser dueños absolutos de las tierras, puertos, etc., no feudatarios de un rey que podía ratificarles los privilegios o retirárselos según apreciara que ellos se comportaban fielmente o no. Pagaban el Quinto real a la corona, un veinte por ciento de cada negocio. Eso estuvo combinado como fondo eficiente de la guerra de Independencia, de los heroísmos, de las grandes frases y grandes gestos. Triunfadores, tras 1821 poseían la tierra en plenitud, no pagaban el Quinto real. Pero era evidente que Bolívar no se conformaba con eso. La convocatoria a un Congreso Anfictiónico a reunirse en Panamá hablaba de una impostación más lejana que el simple goce del poder y la propiedad, y con eso y otras iniciativas suyas empezaba el Libertador a resultar un peso. Para Sucre no lo es, para Rafael Urdaneta tampoco, pero hombres como Francisco de Paula Santander o José Antonio Páez tenían que sentir que era hora de cobrar,

sin grandezas, que los grandes planes de Bolívar eran un fastidio y un abuso.

Estas tendencias estaban en el aire desde mucho antes, habían asomado la cara en 1810, en el Congreso que en Caracas adversó la *Colombeia* de Francisco de Miranda y a éste como su postulador. La guerra las obligó a subsumirse bajo el poder tremendo del Libertador y sus adjuntos, pero a partir de 1821 salían a las conductas públicas. Y en verdad, técnicamente, era difícil manejar un país tan grande. Venezuela, Nueva Granada y Quito habían sido colonias separadas, cada una dependiendo directamente del rey de España, Colombia la grande era un difícil ensayo de coordinación y convivencia.

Se producían roces entre competencias con diferente arraigo. Fuertes eran las tensiones de los oligarcas de Caracas con el gobierno central de Bogotá por una grave razón: la de marginalidad. La capital era Bogotá. Capital significa sitio de decisiones, de ventajas. El que está allá puede acceder más fácilmente a un ministro que el que está en Pasto o en Apure, sabrá antes las decisiones que están en el ambiente, lo que se va a hacer, puede acercarse al ministro o al primo del ministro, puede gestionar; el lejano está en desventaja. Lejana del centro del poder estaba, por ejemplo, Caracas, y esto latía como causa real de que los oligarcas caraqueños se quejaban de no haber participado en el Congreso Constituyente de Cúcuta, que los adhirió a Bogotá, puesto que cuando sucedieron su convocatoria y sesiones, Caracas seguía estando bajo el poder español. No pudieron plantear su aspiración y ahora la voceaban por vías combinadamente altaneras y conspirativas. Igual trabajaba la oligarquía de Valencia y sobre este fondo de pulsiones en contradicción avanzan los episodios cosiateros.

Capítulo 2 Rivalidades

Grosso modo, Páez era el caudillo superpotente, el gran ganador de batallas, el que casi no tuvo derrotas. Hasta Bolívar las había sufrido. Páez propendía a actuar con independencia de Concejos Municipales, de autoridades civiles, incluso de la autoridad vicepresidente de Santander. Su actitud era de «Yo no respeto sino al Libertador», «Yo me entiendo sólo con el Libertador». No lo decía, pero eso estaba allí. Santander decide mostrarle que él es el Vicepresidente y no se le puede pasar por encima, y Páez sólo es el jefe militar de Venezuela. Santander representa el civilismo en este caso, o se asigna a sí mismo ese rol. Claro, tenía sus condottieros, como José María Obando, el futuro asesino de Sucre. Y él mismo era general, había peleado en la guerra de Independencia. Pero como Vicepresidente representa el poder civil. Santander y los hombres de Santander en el poder de Bogotá, diputados, ministros, políticos, le aplican a Páez una semidestitución por una sutileza legal, un conflicto en que entró un señor Escalona con Páez. Se cita a Páez a Bogotá a rendir cuentas y se nombra a Escalona para que ocupe su puesto. El hombre de quien Pablo Morillo le había escrito a la reina de España diciéndole que con un oficial así pondría a Europa a sus pies, estaba citado a dar cuentas en Bogotá. Santander escribió que esto era un error, pero sin él no se lo hubiera hecho. Tal vez aquello era un concurso de astucias, cometer un error para que Páez diera el paso en contra que destruyera la Gran Colombia. Si se ve que los grandes ríos de la mitad oriental de Nueva Granada tienen su desembocadura en Venezuela, se puede percibir una unidad real, geopolítica, de Nueva Granada y Venezuela y mirar el objetivo de debilitación de la América española en conjunto que buscan los acontecimientos y se puede fantasear que algunas manos muy lejanas los mueven.

El 29 de junio de 1826, en medio de una situación de orden público tensa, una Asamblea de Municipalidades reunida en Valencia con el fin de pedir el adelanto de la reunión de la Gran Convención, pero volcada de hecho a manifestar contra Santander, restituye a Páez en el mando militar, desconociendo al gobierno de Bogotá. Se clama por «reformas y Bolívar», pero no era fácil conciliar el reconocimiento de la autoridad de Bolívar con la negación del orden constitucional representado por él, tanto o más que por Santander. El 8 de julio de 1826, Santander, en nombre del Ejecutivo, declaró a Páez en rebeldía.

La rebeldía fue secundada en Puerto Cabello el 8 de agosto y en Caracas el 25 del mismo mes al pedirse una federación para toda Colombia a través de una Convención. Valencia ratifica el 5 de octubre la exigencia de Convención y un gobierno federal similar al de Estados Unidos. La palabra «Convención» la dicen todos, servirá para una cosa y para lo contrario. Hay otra corriente, propulsora de la dictadura de Bolívar. Se pedía facultades extraordinarias para el Libertador. Guayaquil lo había proclamado en agosto, Quito en septiembre y desde Panamá y Cartagena, se decía lo mismo. Bolívar entra en Bogotá el 14 de noviembre de 1826 y el 23 asume poderes extraordinarios en virtud del artículo 128 de la Constitución.

No carece de consecuencias esto, pues inmediatamente la guarnición de Puerto Cabello se sublevó contra Páez que reaccionó expulsando de Venezuela al Intendente de tendencia bolivariana Cristóbal Mendoza y sustituyéndolo por un adicto a la Cosiata. Es un nuevo paso de deterioro. En Venezuela se empezaba a cuestionar, aunque todavía débilmente, la *auctoritas* del Libertador. A quien Bolívar deberá enfrentar más señaladamente en Bogotá es a Francisco de Paula Santander.

«Un país como Nueva Granada es suficiente», sería una frase resumen de la posición de Santander y del santanderismo, por opo-

sición a la ambición de tamaño continental del Libertador, que antevé el destino sumiso de las que fueran colonias españolas si permanecen separadas. Y no sólo él parece pensar así, la aceptación del rol sometido a los Estados Unidos que practica el partido liberal colombiano se une a la exigencia de una unión federal laxa de los segmentos de la Gran Colombia. La formuló, destacándose entre otros, Manuel Torres, al tiempo que redactaba la futura Doctrina Monroe. Desde 1819, si no antes, Torres venía exigiendo que la unión de Nueva Granada, Venezuela y Quito fuera federal, no la fuerte que proponía Bolívar en la Constitución de Bolivia. Los hechos mostrarán que había afinidad entre semiunión federal de Colombia y Doctrina Monroe, y enemistad entre la Doctrina Monroe y la unión fuerte de las tres excolonias.

Otras cosas problematizaban los días. La batalla de Ayacucho había tenido una suerte de prólogo feo en el escándalo del préstamo pedido al Banco inglés Goldsmith, operación económica macro que no sólo arruinó la economía colombiana, sino hizo algo más grave, puso a sus factores de poder los unos contra los otros, desatando una crisis en la cúpula nacional, contribuyendo a hacer gravísimo el momento de estructuración del país que se vivía, ayudando a fragmentar a Colombia y en última instancia a perjudicar la Unidad latinoamericana. En un ensayo magistral de Indalecio Liévano Aguirre, titulado «Razones socio-económicas de la conspiración de septiembre contra el Libertador»² se señalan las etapas del asunto. Comenzó cuando el Congreso suprimió los impuestos que le ponía la legislación española a los ricos.

«El Congreso de Cúcuta —escribía Santander el 17 de Abril de 1823— expidió leyes benéficas que disminuyeron las antiguas rentas coloniales y la sustitución que adoptó para cubrir el déficit no ha correspondido en nada a los presupuestos calculados».

¿Benéficas?

Ante la «sorprendente» situación, los ricos y potentados colombianos manifestaron querer prestarle al Estado. Pero para eso, explicaron, hacía falta que el gobierno tuviese dinero con qué pagar vales, libranzas y documentos de tesorería que habrían necesariamente de surgir. De ahí nació el plan de contratar un empréstito en el exterior. Una vez saneado el crédito oficial, el Estado podría esperar una cooperación financiera más amplia de los hombres de negocios y así lo ofrecieron los señores Arrubla y Montoya, potentados nacionales, a nombre de los principales grupos económicos. Tal fue el origen del empréstito inglés.

El Congreso, donde tenían curul muchos de los acreedores del Estado, presentes y futuros, dictó la ley que autorizó el empréstito y como los negocios deben ser completos, el mismo Banco Goldsmith que dio el préstamo fue nombrado legalmente «agente del gobierno de la República de Colombia para la transacción de todos los negocios de dicha República en Inglaterra». ¿Por qué esa exclusividad? Ya veremos.

De momento Arrubla y Montoya viajaron a Londres. Les acompañaba un señor Hurtado, con el título de Ministro diplomático. Se firmó el empréstito, se repartieron las siguientes sumas por concepto de comisiones: Arrubla y Montoya £ 20.137, que al cambio de la época sobrepasaba la cantidad de cien mil pesos colombianos; y Hurtado £ 53.000, que ascendían, más o menos, a doscientos ochenta mil pesos colombianos. Estas cantidades, sumadas, eran casi iguales al presupuesto de Educación de Colombia. En la prensa aparecen tras esto frecuentes anuncios de formación de compañías para explotar los recursos agrícolas y mineros de la república, compañías en las que el capital lo aportaba, en todo o en parte, la casa Goldsmith, y el señor Hurtado figuraba como Presidente. Era el desarrollo concreto de la exclusividad otorga-

da al Banco. Otros movimientos se produjeron con ese dinero y cuando Bolívar solicitó, para la batalla que habría de darse en Perú, algunos millones de pesos, que perfectamente permitían las cifras en libras esterlinas del empréstito, se le dio largas al asunto en el Congreso. Ante exigencias más imperativas, se le respondió al Libertador que complacer su solicitud no era posible, que no había nada de dinero. El General Santander le envió la famosísima carta en que le decía:

«Sin una ley del Congreso yo no puedo hacer nada, porque no tengo poder discrecional, sino el que pueda ejercer conforme a las leyes, aunque se lleve el diablo a la República».

La batalla de Ayacucho debió librarse con finanzas distintas. Desde la reunión de Santa Ana, Bolívar parece que miraba con desvío al liberalismo, que en su juventud compartió. Este asunto bancario lo acerca en esa posición.

Luego vino la quiebra del Banco Goldsmith con su alboroto grande en Londres y se descubrió que los flamantes representantes de Colombia, que tan caro cobraban por su asesoría de la gestión, también se alegraban el cuerpo con una comisión del banco. Y no era pequeña, alcanzaba a algo así como un veinte por ciento del total. Secreta se hubiera mantenido esa comisión para la eternidad sin la quiebra. Hecha pública, en vez de pedir excusas o esconderse, Arrubla y su grupo solicitaron que el Estado les pagara el veinte por ciento que Goldsmith les quedó debiendo al irse de este mundo, porque se había suicidado. ¡Y Colombia lo pagó!, por decisión de la mayoría del Congreso, liberal como los encartados.

Bogotá era un infierno de intrigas y maniobras. Santander había invitado a los Estados Unidos a enviar un delegado al Congreso a celebrarse en Panamá. Los periódicos por él dirigidos popularizaban la idea de que el Libertador quería ser rey, emperador de la

nueva gran unidad política, y en apoyo de ese aserto analizaban la constitución bolivariana, cuyas cláusulas de evidente —y necesario— ímpetu autoritario no los desdecían ciertamente. Por su parte, Bolívar adelanta su estrategia con brío. Envía la constitución bolivariana a las personas influyentes con cartas de recomendación y expide instrucciones para los delegados al Congreso Anfictiónico, que comenzará el 22 de junio de ese mismo intenso año 1826. A la vez está iniciándose la conspiración de la Cosiata. Hay un encabalgamiento cronológico perfecto —invisibilizado en los análisis históricos realizados hasta el presente— entre la reunión del Congreso Anfictiónico de Panamá, dirigido a la unión de la América Española, y la conjura que busca fragmentar a la Gran Colombia. Junio y julio de 1826 son los meses de la reunión y del inicio. Desde luego no es casual. La Cosiata continuará activada hasta 1830, con un pico de acción en el atentado de septiembre de 1828, el Congreso Anfictiónico continuará igualmente en la población mexicana de Tacubaya hasta finales de 1829 y sobre él actuarán los mismos factores de la Cosiata.

Capítulo 3

Congreso Anfictiónico de Panamá: Formar la Liga más vasta que ha aparecido hasta el día sobre la tierra

Bolívar había hablado en la Carta de Jamaica de que algún día la América española independiente podría llamar a los delegados del mundo a discutir los grandes problemas de la paz y de la guerra en un congreso. Había llegado ese día. Poco antes de la batalla de Ayacucho, envía a todos los países hispanoamericanos convocatoria a la magna asamblea, que intentará pactar las bases de la Unidad Latinoamericana.

Germán Arciniegas³, antibolivariano de talento, ha comentado el énfasis probritánico de la correspondencia de Bolívar para Santander preparativa de la reunión de Panamá. Lo que oculta el historiador colombiano es que el conato de Bolívar es romper la Doctrina Monroe. Intenta para eso sonsacar a Inglaterra, separarla del matrimonio con Estados Unidos que es la esencia de dicha doctrina y atraerla como aliada a la nueva potencia hispanoamericana que deberá surgir de la reunión de Panamá.

En sus cartas invitando a los gobiernos hispanoamericanos a enviar sus plenipotenciarios al Congreso Anfictiónico, expresa:

«Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado, como está en el centro del globo...».

Y agrega:

«El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerden los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrarán el plan de nuestras primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo».

Once años donde pasó de ser un proscrito a plenipotente Libertador de Venezuela, Nueva Granada y Perú, no han mellado en nada a Bolívar en su plan de unidad continental. Regresa al pensamiento de Jamaica que comparó el istmo de Corinto con el de Panamá: dice:

«Si el istmo de Corinto presenció las luchas entre las ciudades de la antigua Grecia, y Corinto misma, que con ellas rivalizó en diversos campos, especialmente en el comercial y en los deseos de expansión, al fin cayó y pereció bajo el poder de los romanos conquistadores;

en cambio, el de Panamá presencia algo más trascendente, más edificante: la consolidación de la amistad entre los pueblos, mediante estrechas y sinceras relaciones. Si los pueblos antiguos hacían ligas para conquistar, para sojuzgar, para explotar, para robustecer su poderío naval; los de Hispanoamérica en la cita de Panamá sólo buscaran vigorizar sus logros en lo atinente a libertad, independencia, soberanía».

Cuando escribe el Libertador eran hispanoamericanas por igual Suramérica que casi toda Norteamérica y México limitaba con Oregón. El tema de la alianza con Inglaterra aparece: El 17 de febrero de 1826, en carta a José Rafael Revenga donde analiza el Congreso en preparación, el Libertador se expresa así:

«Por ahora me parece que nos dará una grande importancia y mucha respetabilidad la alianza de la Gran Bretaña, porque bajo su sombra podemos crecer, hacernos hombres, instruirnos y fortalecernos, para presentarnos ante las naciones en el grado de civilización y de poder que son necesarios a un gran pueblo. Pero estas ventajas no disipan los temores de que esa poderosa nación sea en lo futuro soberana de los consejos y decisiones de la asamblea...Este es mi concepto, el mayor peligro que hay en mezclar a una nación tan fuerte con otras tan débiles».

Y escribe a Santander:

«Esta alianza no tiene más que un inconveniente, y es el de los compromisos en que nos puede meter la política inglesa; pero a este inconveniente eventual y quizá remoto yo le opongo esta reflexión: la existencia es el primer bien, el segundo es el modo de existir: si nos ligamos a Inglaterra existiremos, y si no nos ligamos nos perderemos infaliblemente.../...Mientras tanto crecemos, nos fortificaremos y seremos verdaderamente naciones para cuando podamos tener compromisos

nocivos con nuestra aliada. Entonces, nuestra propia fortaleza y las relaciones que podamos formar con otras naciones europeas, nos pondrán fuera del alcance de nuestros tutores y aliados».

Respecto a Estados Unidos aclara:

«Desde luego los señores americanos serían sus mayores opositores, a título de independencia y libertad; pero el verdadero título es por egoísmo y porque nada temen en su estado doméstico».

Aquí están resumidos los términos del juego, colocados en su puesto Inglaterra, la alianza con ella, los «señores americanos», el egoísmo como verdadero título. Escribirlo a Santander quizá era legal, como que se trataba del Vicepresidente de Colombia, intentar convencerlo resultó ocioso, Santander considera protectorado la propuesta alianza con Inglaterra.

En julio de 1826, Bolívar expone al gobierno británico los fines que busca el Congreso de Panamá:

«El Congreso de Panamá reunirá todos los representantes de la América y un agente diplomático inglés. Este congreso parece destinado a formar la liga más vasta... que ha aparecido hasta el día sobre la tierra».

Pensaba el Libertador en una unión cuyos lineamientos dejan atrás las mismas concepciones napoleónicas. Tendría, solo en tierra, un ejército de cien mil hombres, y un ejecutivo centralista. Constituiría una Liga Anfictiónica, una confederación entre México, Centroamérica, Colombia, Perú, Quito y Bolivia.

«Hacia el Congreso de Panamá se caminaba sin acuerdo ni política uniforme, e iba a ser, o debería ser la prueba de fuego de la Doctrina de Monroe y para las filosofías de las repúblicas hispanoamericanas», escribe Arciniegas, y añade: «Para atraerla (a Inglaterra) le había ofrecido (Bolívar) todo, Panamá y Nicaragua como colonias,

la Gran Colombia como protectorado». Cabe detenerse en la oferta de Panamá y Nicaragua. Tenía sentido, era la oferta maestra si se deseaba sacar a Inglaterra de su alianza con Estados Unidos y atraerla a una con América hispana, era, justamente como dice Arciniegas, «la prueba de fuego de la Doctrina de Monroe». Creer que Bolívar las ofreciera como colonias o con un estatus útil para América Latina depende del concepto que se tenga sobre el Libertador, del conocimiento de su obra y personalidad. Nicomedes Zuloaga Pocaterra en un muy interesante libro sobre William Walker, *Epitafio para un filibustero*⁴, reconstruye los tratos con un énfasis distinto:

«Bolívar envió a Londres una comisión para promover el financiamiento y la construcción de un canal interoceánico en Panamá. Pero los ingleses tenían otras intenciones. Su objetivo era controlar el paso entre los dos mares.../...Exigían la ocupación militar por soldados ingleses de la zona donde se construiría el paso.../... Por aquellos días habían comenzado los problemas en la Gran Colombia. Sospechaba que habría problemas con Páez, quien más tarde se convertiría no sólo en Presidente y gestor del desmembramiento de Colombia...».

Según escribe Arciniegas:

«Cuando por fin Hurtado le hablo a Canning, los resultados fueron tan desabridos como podría esperarse. La experiencia en las colonias del norte había dejado en los ingleses advertencias suficientes para no embarcarse en otro imperio americano, y peor aún con una población tan extraña: todos católicos y hablando español».

Miente Arciniegas, no es la experiencia del norte de América lo que impide a los británicos aceptar las ofertas del Libertador, la verdad está en las siguientes líneas de Santander a Bolívar:

«El ministro (Canning) teme que las demás naciones miren muy mal esta Liga, y particularmente Estados Unidos del Norte»⁵.

Inglaterra repetía su táctica de coqueteos con los dos bandos para al final escoger. La había usado ante Miranda y el rey de España, también en 1823 entre Chateaubriand y Monroe.

El Congreso Anfictiónico se celebró en lo que había sido durante la colonia el convento de San Francisco. Bolívar no asistió, ni debía asistir, pues era una reunión de plenipotenciarios, no de Jefes de Estado. La sesión inaugural sucedió el jueves 22 de junio de 1826, con asistencia de los delegados de cuatro Repúblicas: Colombia, Guatemala (Centroamérica), México y Perú. Los torpes barcos de entonces y los aparatosos viajes en carroza impidieron llegar los representantes de Bolivia, José María Mendizábal y Mariano Serrano. Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata ignoraron la invitación. De Inglaterra participó Eduard Dawkins, que desplegó una gran actividad en reuniones extramuros con los plenipotenciarios hispanoamericanos pero no hubo resultado serio.

La posición norteamericana está en los pliegos de instrucciones para los delegados Richard Anderson y Sergeant que firma Henry Clay, Secretario de Estado norteamericano. Van fechadas el 8 de mayo de 1826 y son fundamentales⁶. Tras señalar la amable invitación que se le ha formulado por las Repúblicas de Colombia, Méjico y América central para enviar representantes al Congreso, el Secretario de Estado estampa un recordatorio de la Doctrina Monroe:

«En Diciembre de 1823 el Presidente de los Estados Unidos, a la apertura del Congreso, anunció en su Mensaje anual el principio, de que a ninguna nación europea se permitiese establecer nuevas colonias en este continente; mas no se trataba por este principio de perturbar las colonias europeas ya establecidas en América. Varios de los nuevos Estados Americanos dieron parte de que adoptaban este principio, y debe creerse que obtendrá la sanción del mundo imparcial».

De la posesión de Cuba

A continuación se aborda el tema de la posesión de Cuba:

«Entre los objetos que han de llamar la consideración del Congreso, escasamente puede presentarse otro tan poderoso y de tanto interés, como la suerte de Cuba y Puerto Rico y sobre todo la de la primera. Cuba por su posición, por el número y carácter de su población, por la que puede mantener, por sus grandes, aunque todavía no explorados recursos, es el gran objeto de la atención de Europa y América. Ninguna potencia, ni aún la misma España, en todos sentidos, tiene un interés de tanta entidad como los Estados Unidos en la suerte futura de esta isla».

Es una declaración importante.

«...no deseamos ningún cambio en la posesión ni condición política de la isla de Cuba, y no veríamos con indiferencia el que del poder de España pasase al de otra potencia europea. Tampoco querríamos que se transfiriese o agregase a ninguno de los nuevos Estados de América. Mas en caso que esta guerra (la de España y América española) continuase por largo tiempo, en una de estas tres alternativas ha de venir a parar, y todas tres merecen una particularísima y muy seria consideración. La primera es, su independencia a la conclusión de la guerra, conservándola sin asistencia del extranjero. Segunda: su independencia bajo la garantía de otras potencias bien americanas o bien europeas, o bien de unas y otras. Tercera y última; su conquista y agregación a los dominios de Colombia o Méjico. Examinemos ahora cada una».

Tras examinar la opción de independencia espontánea de Cuba, la califica de la más deseable, respecto a una propiciada por potencias europeas, asociadas o no con Colombia, señala que

«...había de estar expuesta a excesos que no se pueden prever, ni evitar».

La tercera opción es «el caso de su conquista y agregación a Méjico o Colombia». Es la examinada con más detalle y alarma, como que está suspensa sobre las deliberaciones del Congreso Anfictiónico.

«...esta tentativa haría cambiar totalmente el carácter de la actual guerra. Hasta ahora que estas repúblicas han combatido por su propia independencia, han tenido de su parte la buena voluntad y simpatía de una gran parte del mundo y en especial de los Estados Unidos; pero si se intentase una empresa militar contra Cuba, sería ya una guerra de conquista, y con ella (cualquiera que fuese el resultado), se comprometerían altamente los intereses de otras potencias, que a pesar de su actual neutralidad, no podrían desentenderse de ello. El suceso de semejante guerra había de afectar sensiblemente el equilibrio del poder en las colonias, y naciones europeas se verían en la necesidad de valerse de la fuerza para contener el curso de unos acaecimientos que no podían serles indiferentes. En caso de esta intervención armada para conservar el orden actual, los Estados Unidos, libres hasta ahora de todo empeño para oponerse a las potencias europeas, podrían verse arrastrados contra su inclinación a declararse a su favor, pues que en primer lugar tendrían que examinar los medios con los que Colombia y Méjico pueden contar para semejante empresa, y en segundo lugar si en caso de un buen resultado podrían conservar su conquista».

La posición es, pues, hostil a lo que Clay llama «conquista» de Cuba por México y Colombia. Descara su aspiración de control de la isla sin adjetivarlo en ningún momento como conquista o cosa parecida. De resto, es confuso el párrafo. Parece indicar que los Estados Unidos podrían actuar aliados con europeos adversos a Bolívar o México, pero ello dependería de qué tan fuertes fueran las potencias hispanoamericanas. A continuación expone que España posee aún grandes fuerzas militares que concentraría en

Cuba para combatir la acción colombomexicana, afirmación que contradice la contenida en todas las cartas dirigidas a España solicitándole el reconocimiento de la independencia, en las que afirma que la debilidad española es aplastante. En párrafos posteriores atribuye a la población cubana animadversión al proyecto bolivariano, también afirma que las marinas de Colombia y México son incapaces de apoyar la operación. Convencido de que la oposición norteamericana disuadirá a Colombia y Méjico de actuar en Cuba, Clay afirma:

«Cuenta, pues, el Presidente, que estas consideraciones y las demás que se os ocurran y haréis presentes, disuadirán a dichas Repúblicas de la invasión de Cuba.../... les declarareis sin reserva, que los Estados Unidos tienen demasiado interés en la suerte de Cuba para permitir que semejante invasión se efectúe de un modo destructor, y que se emplee en la empresa, una raza de hombres contra otra.../... Los sentimientos de humanidad de los Estados Unidos en favor del más débil.../... los impelería, aún a riesgo de romper con Colombia y Méjico una amistad que tanto aprecian, a valerse de todos los medios necesarios para su propia seguridad».

Los sentimientos de humanidad de los Estados Unidos a favor del más débil parecen tener un peso determinante.

Los Estados Unidos quieren estar en el negocio de Panamá

A continuación se pasa a hablar del canal de Panamá:

«Otro de los asuntos, que ha de llamar la atención del Congreso es la gran obra de la apertura del canal de navegación entre el Atlántico y Pacífico por el Istmo que divide las dos Américas. Esta vastísima empresa, si algún día ha de efectuarse, interesa a todo el mundo; pero ninguno al parecer ha de reportar de su ejecución tantas ventajas como este continente, y aún Colombia,

Méjico, la República central (Nicaragua), el Perú y los Estados Unidos son las naciones americanas que más han de beneficiarse. Por consiguiente, la obra que ha de redundar en utilidad de toda la América, debe costearse en común por toda ella, y no dejarse a los esfuerzos separados de una sola potencia cualquiera».

Los Estados Unidos quieren estar en el negocio de Panamá, compartirlo con Colombia y varios países de Centroamérica. ¡Cómo contrasta esto con la posesión violenta e imperial que ejercieron en comandita con Inglaterra, estipulada en el tratado Clayton-Bulwer, una vez desaparecidos Bolívar y los otros libertadores, para finalmente secesionar la provincia y controlar exclusivamente la vía! Desde el origen mismo de su Independencia, tenían los norteamericanos concernimiento con el canalismo centroamericano.⁷ Y no sólo por su utilidad comunicacional, sino en un sentido menos conocido: claro que la guerra entre borbones y estuardos venía activa desde siglos antes, de modo que más tarde o más temprano España iba a actuar como actuó, pero una gota inglesa en lo nicaragüense derramó el vaso. Carlos III Borbón había ordenado una investigación de la ruta de allí y, en reacción, agentes británicos visitaron y agasajaron mucho al «soberano» rey de los indios miskitos, ratificándole la alianza. Carlos dio algo de dinero al delegado norteamericano, movido por los saludos y respetos ingleses al jefe miskito. A su vez, la donación española puso más severos a los británicos que, con la aprobación de Lord Sackville, organizaron una expedición para obtener el control del lago Nicaragua, capturar Granada y León. Y triunfaron, y ocupada por ellos estuvo Nicaragua durante la guerra independentista norteamericana, lo cual, lógicamente, hizo a Carlos más solidario con los Estados Unidos.

O hubiera debido hacerlo. No lo fue mucho porque a la vez debía cuidarse de los norteamericanos, que miraban con apetito a la región centroamericana⁸. Benjamín Franklin, por ejemplo,

recibió en París en 1785, el *Proyecto universal de Paz*, un documento redactado por un preso en las cárceles francesas, que se firmaba P. A. Gargaz, en el cual se teorizaba una paz mundial eterna en base a la posesión norteamericana de los canales centroamericanos. Franklin sostuvo algunas entrevistas con Gargaz.

Thomas Jefferson por su parte, estudió los planes británicos respecto a Nicaragua y le escribía a William Carmichael, embajador en Madrid, vinculando la posible ruta con las factibilidades de extensión de los Estados Unidos hasta el Pacífico tomando la mitad de México, o sea la llamada «república continental», que existía ya como idea. Ese proyecto ponía temor al ministro Aranda, preocupado por el destino de aquella propiedad española ya desde aquellos tiempos de amistad y sociedad de España con los Estados Unidos. En su *Informe reservado al rey Carlos III sobre las provincias de América*⁹ expresa su preocupación por el futuro de aquellas colonias una vez emancipados los Estados Unidos y propone una serie de soluciones:

«Jamás han podido conservarse por mucho tiempo posesiones tan vastas, colocadas a tan gran distancia de la metrópoli.../...deben establecerse tres infantes en América: uno como rey de Méjico, otro como rey del Perú y otro como rey de Costafirme (Venezuela), tomando V.M. el título de Emperador. Los tres reyes serán a título hereditario. El comercio habría de hacerse bajo el pie de la más estricta reciprocidad, debiendo considerase las cuatro naciones como unidas por la más estrecha alianza ofensiva y defensiva para su conservación y prosperidad».

En el mismo año de la redacción de este documento, 1783, nacía en «Tierra firme» Simón Bolívar. La *Commonwealth* hispana jamás se habría de organizar (aunque el día de la ocupación de España por Napoleón Bonaparte se rumoró que Carlos IV se proponía embarcarse en secreto para América) y cuando medio siglo después se

produjo la extensión norteamericana sobre México, ella se articuló con presiones y capturas de Panamá y Nicaragua.

La relación entre Nicaragua y el destino norteamericano se hizo visible una vez más cuando Inglaterra perdió la guerra con sus colonias: por una de las cláusulas del Tratado de París, de paz con reconocimiento de la independencia norteamericana, Inglaterra aceptó abandonar la costa nicaragüense de Mosquitos, que fue recuperada por España.

En la fecha de la comunicación de Henry Clay pidiendo participación en el negocio de Panamá, había nubes bolivarianas sobre la aspiración norteamericana. Por ejemplo, en 1825, el 4 de marzo, Pedro Gual enviaba una proposición a Molina, canciller de Centro América, según la cual quedaría a Guatemala (o sea Centroamérica) toda Costa Rica y toda la parte de la costa de Mosquitia desde la ribera norte del río San Juan para el norte, o sea la zona del canal, pero la navegación de dicho río y del lago Nicaragua, sería común a Centroamérica y Colombia. Molina acepta. Otro punto envenenaba las relaciones de Colombia con los Estados Unidos e Inglaterra: un tratado Colombia-Centroamérica confería a los ciudadanos centroamericanos estatus de nacionales en Colombia y no se daba igual trato a los naturales de las potencias anglosajonas, que lo exigían para sus súbditos.

Tras interesarse en el destino de Haití y en la libertad de religión¹⁰, pasa el Secretario de Estado norteamericano a pautar a sus delegados conductas a seguir ante lo que denomina «las formas de Gobierno y la causa de las instituciones en este continente». Apunta contra los planes monárquicos:

«Seguirían (los Estados Unidos) en el caso presente su constante máxima de evitar la discusión de un asunto tan delicado, si no tuvieran fundamentos para creer que una o tal vez más potencias europeas han trabajado en subvertir en Colombia y Méjico (y tal vez en otras

partes) las formas establecidas de Gobierno libre, para sustituir a ellas las monárquicas, y colocar en los nuevos tronos príncipes europeos».

Mintiendo en cuanto a las causas que podrían tener las naciones latinoamericanas para ensayar formas monárquicas o promonárquicas, afirma el texto:

«El aliciente que se ha ofrecido es el de que la adopción de las formas monárquicas empeñará a las grandes potencias europeas a reconocer la independencia de los nuevos Estados y a reconciliarse con ellos».

Acertada o no, la pulsión monárquica respondía a necesidades mucho más graves que la asumida en el texto de Henry Clay, necesidades de subsistencia de la Independencia y de plenitud económica.

«...inculcaréis el solemne deber de toda nación en no permitir a otra el que intervenga en sus asuntos domésticos».

El hombre que escribe esta frase ha mandado a Joel Poinsett como intrigante a Buenos Aires y Centroamérica y viene de colocarlo de embajador en México, con instrucciones de intervenir en la política interna de aquel país.

Casos conflictivos

Los anfictiones de Panamá trabajaron en la concertación de pactos de protección y defensa mutua. Para manejar el ardiente problema del poder sobre el territorio en las naciones recién independizadas, se plantea observar la doctrina del *uti possidetis juris* (como posees seguirás poseyendo) que ya se venía aplicando, vale decir, mantener las divisiones hechas por España entre colonias. Un caso particularmente conflictivo es el de Centroamérica, que reclama a México el territorio de Chiapas y a Colombia la costa de Mosquitos. Son dos canales interoceánicos virtuales, pues Chiapas o Tehuantepec, es la cintura de México a la que cortan como un trazo de cuchillo

dos ríos que en realidad son uno, pues están apenas separados por un tapón montañoso que al perforarse permitiría el paso de barcos de uno a otro océano. Ya usó Hernán Cortés el paso de Tehuantepec para transportar cañones hacia las islas Filipinas cuando la conquista de México. La costa de Mosquitos contiene la vía canallera nicaragüense por definición.

Acerca de la relación México-Centroamérica había lo siguiente: las dos entidades regionales habían estado unidas durante los tres siglos de la colonia, pues Guatemala, como se llamaba a la región centroamericana, era originalmente parte del virreinato mexicano. En los tiempos finales coloniales, España las había semiseparado administrativamente. Pero juntas hicieron la Independencia. A la declaración de México el 24 de febrero de 1821, le siguió la de la Capitanía General de Guatemala.

Unía a las dos colonias el antiliberalismo (aunque en verdad el virrey Juan O'Donojú, enviado por Riego, colaboró en la actividad independentista). La independencia de México fue conservadora, hecha por Agustín Iturbide, un general español, que encabezaba grupos muy católicos, alarmados por el sistema liberal que gobernaba España. Esto se refrendó cuando Iturbide se coronó Agustín I, emperador de México. Guatemala, por su parte, tras emitir el documento de independencia, que firmaron el propio capitán general Gabino Gainza y José Cecilio del Valle, entre otros, declaró la anexión a México el 5 de enero de 1822. Las intendencias de Nicaragua y El Salvador se adhirieron inmediatamente a la independencia. Honduras lo hizo el 28 de septiembre y Costa Rica un mes más tarde. Eran intendencias, porque España había dividido así a Guatemala.

Pero la anexión a México no fue acatada de forma unánime en las antiguas intendencias, cuyos grupos de poder calificaron a Guatemala como la principal beneficiaria de privilegios, reducto aristocrático y de la reacción clerical. Se repetía en Centroamérica

la oposición entre liberales y conservadores. Los ayuntamientos de San Salvador y San Vicente se declararon en rebeldía. Fue en El Salvador donde el rechazo a la anexión a México tuvo mayor alcance. La Junta Provincial Consultiva, organizada y presidida por el presbítero José Matías Delgado, se convirtió en una auténtica Junta de Gobierno. Eso se vivía en los días del pase de la flota de San Martín ante las costas centroamericanas, estímulo a otros alzamientos de este signo, días del choque de Bolívar y San Martín en Guayaquil.

Ante la impotencia de Gainza para sofocar la rebelión de El Salvador, Iturbide envió al general Vicente Filisola, que entró en San Salvador el 1º de febrero de 1823 e impuso la anexión a México. Pero poco después advenía el derrumbe del imperio mexicano de Iturbide y el propio Filisola convocó un Congreso constituyente que proclamó la independencia de las Provincias Unidas de Centroamérica (Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Honduras y Costa Rica) «libres de España, de México y de cualquier otra potencia».

Cualquier otra potencia podía ser Inglaterra, Estados Unidos, Buenos Aires o Colombia. Pero quizá lo era principalmente Francia. Chateaubriand en el libro narrativo de sus acciones para colocar coronas en la América hispana¹¹, enumera «México, Perú y Colombia» como sedes virtuales de ellas. No dice más, su libro mantiene secretos, pero la cronología muestra una perfecta concordancia entre el inicio de las actividades políticas de Chateaubriand, primero como embajador en Inglaterra, luego en la cancillería gala, y la presencia de «Agustín I» en el trono de México. La inmediata adhesión de Centroamérica al imperio, sugiere la existencia de un componente canalero en la conspiración del poeta y canciller, que parece seguir en esto las descripciones escritas por Alejandro Humboldt en el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. Si los inicios son coincidentes —los tres hechos suceden en 1821— los derrumbes lo son también. Todos se producen en 1823. El 19 de

marzo Iturbide abdica, el 1º de julio se proclama la independencia de las Provincias Unidas de Centroamérica y el 1º de diciembre es sacado Chateaubriand del cargo de ministro. A esto hay que añadir un nuevo elemento: el 2 de diciembre, 24 horas después de la caída de Chateaubriand, es leída la Doctrina Monroe ante el Congreso norteamericano. Y en ella hubo también canalismo. Según señala Armando Amador en *La Construcción en Nicaragua de un canal interoceánico*¹², el mensaje de Monroe

«...señaló la conveniencia de no realizar la canalización de la vía interoceánica, en vista de las manifestaciones de Inglaterra y otras naciones europeas y de la abstención de los Estados Unidos en los asuntos de Europa. En tercer lugar proclamó la no intervención de Europa en los asuntos de América. Ésta fue la célebre declaración de “América para los americanos”.»

Sintetizando la hipótesis, Iturbide habría sido un aliado de Chateaubriand desde los orígenes de su imperio, su corona habría sido una de las gestionadas por Francia y perfeccionaría su fuerza con los canales. A esta construcción habría de desbaratarla el alzamiento generalizado centroamericano y el derrocamiento de Iturbide. Ante estos golpes, los planes chateaubrianescos, debilitados también en sus componentes europeos, fueron al fracaso, cediendo el puesto triunfal a los Estados Unidos, que había movilizó, que se sepa, a Joel Poinsett contra Iturbide, y entonces se lanza la Doctrina Monroe.

Hay un último componente en esto, también hipotético: tras su salida poco airosa del gabinete borbón, Chateaubriand se dio a combatir al rey Luis XVIII desde trincheras parlamentarias liberales. Entre las agresivas respuestas que recibió hubo una que lo acusaba de haber provocado con sus actividades hostiles a la Gran Bretaña en América, la decisión de ésta de aliarse con los Estados Unidos. Habría resultado un padre de la Doctrina Monroe por error.

Al año siguiente, 1824, Iturbide regresó a México intentando retomar el trono y fue fusilado. Bolívar llamará cerca de él al hijo de Iturbide, a quien sus seguidores consideraron Agustín II, príncipe heredero, y lo tendrá como su edecán, originando un significativo hilo, que veremos reaparecer en tiempos de Maximiliano Habsburgo y en los de José Martí, Rafael Uribe Uribe, Joaquín Crespo y Cipriano Castro.

Caben dos añadidos en esta complejísima situación. El primero es respecto al entonces joven general Antonio López de Santa Anna, personaje siempre cercano a Poinsett. Su trayectoria emana la impresión de alguien que utiliza su condición de mexicano para servir al Destino manifiesto los Estados Unidos contra México. Actuó en el derrocamiento de Iturbide, beneficioso para Norteamérica, y allí contribuyó a instalar al sucesor, Guadalupe Victoria, a quien derrocará cuando éste se sitúe antinorteamericanamente, alineado con Bolívar y Colombia durante el Congreso de Tacubaya. El golpe contra Victoria será organizado por el omnipresente Poinsett. Ante la secesión de Texas, que vendrá poco después, gestionada igualmente por Poinsett, el general se pondrá al frente de las tropas mexicanas para combatirla. Tuvo mala suerte, le tocó firmar la pérdida de Texas por México. Preso de los norteamericanos, lo liberó el presidente Jackson «casualmente» cuando los franceses hacían un intento de toma de la región de Tehuantepec (guerra «De los pasteles»). Se puso al frente de tropas adversas a la invasión. En esta guerra, donde coincide con los Estados Unidos, triunfa. En 1841 se autoproclamó presidente de México con poderes dictatoriales. Derrocado en 1845, marchó a los Estados Unidos, de donde regresó en 1846, dentro de los inicios de la invasión norteamericana, habiendo acordado con el presidente de Estados Unidos, James Polk, que trabajaría para poner fin a la guerra. Pareciendo contradecir el encargo, dirigió al Ejército mexicano contra las fuerzas de Estados Unidos. Como en el caso de Texas, pierde

ante Norteamérica. En esa oportunidad no le tocó firmar la entrega de más de la mitad de México porque huyó a Jamaica. En 1853 fue llamado de nuevo y, durante esta administración vendió a Estados Unidos más de 100.000 km² de territorio mexicano, con la Convención Gadsden o Tratado de La Mesilla. Tras eso se exilió en el Caribe. Quizá el examen de su correspondencia y actividades de este período desjerarquizado de la vida del personaje, pueda revelar facetas muy secretas de la historia mexicana y centroamericana, correspondientes a las décadas de William Walker y el imperio Habsburgo mexicano.

El segundo punto se refiere a los canales, muy nombrados en este discurso. En su Acta de París Miranda no ofrece a Inglaterra puertos, plantaciones de caucho enormes, ofrece Panamá y Nicaragua; según Arciniegas, Bolívar ofrecía ventajas en los mismos sitios a la misma potencia en los documentos preparativos del Congreso Anfictiónico; Henry Clay no habla de plantaciones o minas en sus instrucciones a los embajadores, habla de Cuba y del canal de Panamá y hemos visto a los agentes napoleónicos colocarse en Tehuantepec y en Nicaragua e intentar en Panamá. Nada de eso es casual, los canales son la principal llave del comercio mundial. De hecho el Congreso Centroamericano¹³ había decretado el 16 de junio de 1825 su interés en la construcción de un canal interoceánico y había enviado a Washington a Antonio José Cañas a proponer el proyecto. En vista de que los Estados Unidos no mostraron un interés sólido, Centroamérica aceptó una proposición hecha por Aaron H. Palmer, de Nueva York y sus asociados para construir un canal capaz de dar paso a los más grandes barcos, a ser comenzado doce meses después de la firma y con seis meses de prórroga. Un punto saliente del contrato era que el pasaje a través del canal sería libre para todas las naciones, sin privilegios. Era un punto clave, equidad en el uso de aquel centro de los navíos del mundo. ¿Podía creer en ella Bolívar? Palmer, en colaboración con DeWitt

Clinton, constructor del Canal Eire y otros de sus socios, crearon la Central American and United States Atlantic and Pacific Canal Company, con un capital de cinco millones de libras esterlinas. El contrato había sido firmado hacía muy poco, en los días en que Bolívar se movía hacia Bogotá a debelar los primeros signos de la Cusiata, y estaba vigente mientras el Congreso sesionaba en Panamá. Gravitaba, en consecuencia, sobre éste y venía a articularse con la exigencia de Centroamérica sobre Chiapas que, de haberse aprobado, hubiera creado un poder enorme al estado centroamericano, superior a los de Colombia y México. Chiapas siguió perteneciendo a México y así está hoy, y Panamá estuvo integrada a la Colombia de Simón Bolívar.

Fue una victoria pírrica

El Perú, por su parte, consideraba injusta la constitución de la república de Bolívar o Bolivia en base al Alto Perú. También protesta contra la pérdida de Guayaquil y no reconoce el año 1810 como punto de partida para la aplicación del *uti possidetis*, reivindica derechos apoyados en adscripciones anteriores de la región al Perú. Todo el subcontinente está plagado de venenosas oscilaciones en la adscripción española, creadoras de derechos enemigos que brotaban, fantasmales, en el momento de estructuración de los países independientes, esgrimidos por las correspondientes oligarquías avispadas. En el caso de Guayaquil, hemos visto a Sucre dominar a aquel puerto maestro con guante de acero forrado en seda y a Bolívar vencer a San Martín allí mismo, recibirlo «en territorio de Colombia». Fue una victoria pírrica, en los próximos años resaldrá como motivo de guerras que ocuparán a Lamar, a Sucre y a Bolívar y serán de destrucción de la Gran Colombia. Incluso dimana de ahí el asesinato del mariscal Antonio José de Sucre, golpe grande contra América del sur. Como los reclamos territoriales enconan los ánimos, el Art. 22 de los pactos firmados transfiere el problema

a «las convenciones particulares» que los países establezcan en el futuro.

Diversos grados de delegación de soberanía en un órgano supranacional gobernante serán propuestos.

El 15 de julio, con su clausura, el Congreso emana un Tratado de Unión, Liga y Confederación perpetua y solidaridad entre los Estados signatarios que implica la

«...irrevocabilidad de la independencia de las naciones de la América antiguamente española; defensa común de los países confederados contra todo intento de dominación extranjera; someter al arbitraje la solución siempre pacífica de conflictos surgidos entre miembros de la Alianza y concesión de ciudadanía común a los pobladores de los países signatarios».¹⁴

Se rechaza la esclavitud en todas sus formas, considerándola un crimen de lesa humanidad y se aportan lineamientos para la creación de una Organización Internacional de Naciones que serán después recogidas por la ONU. Un segundo documento contempla la formación de un ejército y una armada comunes de las repúblicas firmantes. Entre los asistentes que parten del istmo tras las firmas finales, va Vidaurre, delegado peruano. En Lima se asociará a grupos antibolivarianos, obsesivos de la posesión de Guayaquil, de la restauración de la antigua preponderancia virreinal del Perú y de una estrategia de alianzas adversas al Libertador con Chile, Buenos Aires y los Estados Unidos. Y aquí viene lo más importante. En otro documento emitido se establece la Villa de Tacubaya, en México, como sede de la continuación del Congreso Anfictiónico y se le da por encargo central Cuba, su invasión y liberación por el ejército de la Confederación que está naciendo.

Bolívar recibe estas noticias en Bogotá con pesimismo. El acuerdo militar le parece «inútil e ineficaz», piensa que «puede embara-

zar la ejecución de proyectos.../... muy útiles y de gran magnitud», presente que la mudanza pondrá la Asamblea «bajo el inmediato influjo de [México], ya demasiado preponderante, y también bajo el de los Estados Unidos del Norte». El recelo era mutuo. William Tudor, Cónsul de Estados Unidos en Lima, comunica a su Gobierno que el traslado obedece «al recelo de México y Centroamérica por los planes de Bolívar». En verdad, al menos en ese momento, el Presidente azteca Guadalupe Victoria estaba presionado por el embajador norteamericano Joel Poinsett, hostil a todo lo que oliera a Bolívar y en particular a los planes sobre Cuba. La actitud mexicana se siente en el diagnóstico del general Tornel, estrecho colaborador de Victoria, al señalar que los plenipotenciarios escogieron a México para continuar sus sesiones, inducidos por el temor de no poder obrar con entera libertad en un lugar a donde alcanzara «el prestigio del imperioso soldado». Se refiere a Bolívar.

La reunión de Tacubaya permanece casi totalmente innombrada en los libros de historia, fue muy importante y mucho más extensa que la de Panamá. Aparecerá influida por situaciones y escenas de mal signo para México, Colombia y América Latina en general, que corroborarán las aprehensiones de Simón Bolívar y veremos en los correspondientes capítulos.

Narra Liévano Aguirre:

«...sólo una esperanza alentaba a Bolívar .../... el proyecto de Confederación de los Andes, regida por el Código boliviano e integrada por las Repúblicas de Colombia, Perú y Bolivia. Después del fracaso del Congreso de Panamá, la Confederación era su último y desesperado esfuerzo para evitar que la América española se convirtiera en un remedo de los Balcanes europeos».

En conferencia con Santander en Tocaima, el Libertador obtuvo del vicepresidente que aceptara el proyecto de Confederación de

los Andes y así lo declaró Santander en carta que envió, el 3 de Diciembre de 1826, al general Santa Cruz:

«He hablado bastante con el Libertador —le decía— sobre el proyecto de la Confederación entre Bolivia, Perú y Colombia, por la cual yo no estaba antes, más bien porque no conocía a fondo el plan, que por cualquier otra causa. Puedo asegurar a usted que la idea es grande, no me desagrada y que si Bolivia y el Perú se detienen en llevarla a efecto por falta de cooperación de Colombia, me prometo poner de mi parte cuanto me permitan mis fuerzas para hacerla popular y lograr verificarla».

Capítulo 4 ¿Maquiavelismo del Libertador?

Con las precedentes realidades en la cabeza, Bolívar viaja a Venezuela, a manejarse con el más peligroso de los hombres en juego, el general José Antonio Páez.

Por el camino se produce un episodio que Liévano narra con las siguientes palabras:

«Infortunadamente un nuevo incidente se presentó al llegar Bolívar a la famosa hacienda de Hatogrande, de propiedad del general Santander, hasta la cual le acompañó el vicepresidente, seguido de gran parte de los miembros del Gobierno. “Allí —dice Cordovez— Santander lo hospedó con esplendidez, lo mismo que a la numerosa comitiva. Después de la comida se establecieron cuartos de trecillo para distraerse, formando en uno de ellos el Libertador, Santander y los doctores Vicente Azuero y Francisco Soto, íntimos del Vicepresidente. Ya se habían jugado varias partidas con éxito diverso, cuando Bolívar dio un codillo (ganó en

el juego) a Santander, quien inmediatamente salió de la pieza con el fin de inspeccionar el cumplimiento de sus órdenes relativas al mayor gusto y comodidad de los ilustres huéspedes. Apenas había salido Santander cuando al Libertador, al tiempo que recogía la ganancia en muy buenos escudos, soltó imprudentemente una sangrienta frase:

—¡Al fin me tocó mi parte de empréstito!

Santander tuvo noticia del insulto de su huésped y se resignó a respetar las conveniencias sociales impuestas a un anfitrión, pero guardó en su pecho el recuerdo del cruel ultraje”.»

Un Páez cauteloso anuncia el 15 de diciembre de 1826 la llegada del Libertador a territorio venezolano. Fuerzas leales a Bolívar avanzaban por los Andes y el 16 de diciembre el Libertador llegó a Maracaibo. Convocó la Gran Convención, el escenario adecuado para ventilar todas las posiciones y ambiciones que estaban brotando inarregladamente. El día 1º de enero de 1827 dictó un decreto de amnistía para todos los comprometidos que muestra su línea, de evitar guerra con Páez. Pero advierte que a partir de aquella fecha todo acto de hostilidad contra él, como Presidente de la República, será un delito de Estado. En Valencia se produce la entrevista entre Bolívar y Páez. El centauro está en el centro de un remolino de tendencias e intrigas. Adhesiones en oleada de las municipalidades manifestaban la generalizada actitud antisantanderista.

Los dos líderes tratan de conciliar. No es simple el trabajo, un grupo, sobre todo de valencianos, presidido por el doctor Miguel Peña, ambicioso e intrigante, actúa en el ánimo del llanero como lady Macbeth sobre su esposo. Peña arrastra un problema personal. Abogado ilustre, ex Presidente del Congreso de Cúcuta y como tal firmante de la Constitución de 1821, fue electo ministro de la Alta Corte de Justicia de Bogotá y la presidió durante

varios años. Pero surgió el juicio del coronel Leonardo Infante, a quien le fue atribuido un asesinato¹⁵, Infante fue condenado a muerte en 1823, pero Miguel Peña se negó a firmar la sentencia por considerarla un crimen judicial. ¿Allí comienza su enemistad con el Libertador? ¿O más bien nació por el traslado de la suma de 300.000 pesos? Este dinero era parte del empréstito Goldsmith, que funciona como un hilo conductor de la Cosiata o licor envenenador de la Gran Colombia. Había originado el escándalo Arrubla y aportó combustible para el atentado de septiembre. Se añade el siguiente detalle: fueron enviados a Venezuela con Miguel Peña 300.000 pesos destinados al fomento de la agricultura, pero su portador sólo consignó 240.000, alegando que lo que él había recibido eran pesos macuquinos y no pesos fuertes. Sus adversarios políticos lo acusaron en Bogotá de haberse beneficiado con el cambio de monedas.

¿Estuvo entre sus acusadores el Libertador? El caso es que odia a Bolívar y conspira contra él. Se da a «calentarle las orejas» al general Páez. Esto no obsta para que Páez acate a Bolívar y éste lo nombre jefe superior civil y militar de Venezuela, vale decir, con un poder no intacto sino acrecentado.

El 10 de enero de 1827 entraban juntos a Caracas, que estallaba de alegría mientras Santander, cuyo status presidencial ha sido ignorado en estos tratos en forma humillante, se expresa a través de los periódicos liberales de Bogotá, que gritan indignados que la tensión de Bolívar y Páez ha sido una comedia para justificar la convocatoria por Bolívar de la Gran Convención, un truco para imponer la Constitución Bolivariana y a Bolívar como Simón Primero.

Benjamín Constant, político y pensador francés importante, escribirá sobre estos hechos¹⁶:

«Pero Colombia tiene una Constitución. Bolívar se comprometió a respetarla. De pronto Páez, amigo suyo

durante mucho tiempo, su hermano de armas, levanta el estandarte de la revuelta, protesta contra la unidad de la república, rompe el pacto que consagra esta unidad. Bolívar acude. ¿Qué va a hacer? ¿Castigar la rebelión, reforzar el pacto jurado? De ningún modo. Páez y él se dan explicaciones, se abrazan. Bolívar ordena que se revise la Constitución. Es la que tiene la culpa de una revuelta impune y de una inexplicable reconciliación. Y observe aquí que el Sr. De Pradt (es con quien polemiza Constant) parece haberse dado cuenta del lado endeble de su ingeniosa apología. “Sea influencia del genio, sea cualquier otra causa, dice, Páez cede”. Sí, sin duda, sea cualquier otra causa. Pero esta otra causa ¿no será el acuerdo secreto del Libertador que quiere ser el amo y del pretendido sublevado que le facilita la ocasión plausible para realizar sus designios? La súbita clemencia de uno, clemencia que contrasta con anteriores actos bastante severos; la rápida sumisión del otro, sumisión que no explican ni su probado coraje ni su ascendiente sobre sus soldados; el acuerdo de ambos para destruir la Carta de Colombia».

El maquiavelismo atribuido por Constant al Libertador suena lógico y también que hubiese habido en los hechos colaboración de Páez. En general, el Libertador está dando pasos dirigidos a erradicar a Francisco de Paula Santander de la vida pública de Colombia, la expresión aquella de «Por fin me tocó mi parte del empréstito» había sido vertida delante de amigos íntimos del vicepresidente, obviamente para que éste la conociera. La Convención que promociona el paecismo y convocará Bolívar a raíz de esta visita a Venezuela, estará dedicada a revisar y finalmente anular, la constitución proclamada en Cúcuta en 1821, abanderada por el santanderismo. Será la Convención de Ocaña. Sin pretender entrar en los pensamientos íntimos de Constant, queremos detenernos en sus actitudes visibles. Publicará el texto que comentamos, no en 1826 ó 1827, cuando suceden los hechos, sino en 1828, en los

días del intento santanderista de asesinato del Libertador, lo que pinta los párrafos como un refresco del pasado que se cita dentro de una campaña de opinión europea dirigida a racionalizar ante el liberalismo mundial el atentado a Bolívar o al menos su derrocamiento. Se mira lo que hoy llamaríamos una campaña mediática internacional.

Constant llama «la Carta», a secas, como si fuera sagrada, a la Constitución que Bolívar se proponía borrar. Para evaluarla, se podrían revisar algunas de las acciones que al Libertador realiza en su precitada visita a Venezuela, tal como las narra Indalecio Liévano Aguirre.

Menudeaban en Colombia los atropellos causados por la aplicación del postulado liberal legal de borrar protecciones aduanales. Desde hacía un año no había dinero para pagar a los empleados públicos y se arruinaba la industria nacional por la competencia de los productos importados que entraban sin pagar impuestos.

El Libertador arregla eso. Igualmente revisa el manejo de las leyes de manumisión de esclavos, que obligaban a dar libertad a éstos cuando moría su propietario. Los jueces escondían los documentos de defunción, trucaban las herencias y ejecutaban otras argucias para mantener a los negros en la horrible condición esclava, desde luego porque la ley dejaba resquicios para ello. Bolívar había dicho al Congreso de Angostura:

«Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o revocación de todos mis Estatutos y Decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República».

Y agrega más adelante:

«En consecuencia he mandado recompensarlos —a los soldados— con los bienes de la nación. Si he contraído

para con el pueblo alguna especie de mérito, pido a sus representantes que oigan mi súplica como el premio a mis débiles servicios. Que el Congreso ordene la distribución de los bienes nacionales, conforme a la Ley que a nombre de la República he decretado a beneficio de los militares venezolanos».

Fue inútil. Los padres de la nacionalidad no estaban dispuestos a perder sus esclavos. El congreso de Cúcuta resolvió entregar bonos a los soldados, valores canjeables por tierra, en lugar de posesión de tierras. De inmediato comenzaron su compra altos oficiales y civiles. Ofrecían dinero al contado por los papeles, el 5% del valor real. Los hombres, en su mayoría analfabetos y muy pobres, preferían cambiar por dinero efectivo esos bonos.

Los propietarios de indios

Con esa y otras maneras, se había formado una nueva oligarquía. Combinadas con aristócratas por la gracia del Rey, ingresaron en ella gentes de la guerra. Varios generales acumularon grandes posesiones. Los nuevos oligarcas se hicieron con la parte del león de las tierras que pertenecieron al Rey y a los monarquistas escapados. La esclavitud continuaba. Bolívar destruye los mecanismos nombrados arriba, haciendo la libertad de muchos afrodescendientes, pero ganándose la enemistad de los propietarios, que irán, como los importadores que gozaban la falta de aduanas, a poner gordo el partido antibolivariano.

Al regreso a Nueva Granada, Bolívar visita las reservas indias de Soachá¹⁷. Horroroso era el espectáculo. Se falseaban las leyes relativas a los indios, que eran en teoría libres y dueños de la tierra reservada. Se les colocaba en una nueva esclavitud. Bolívar disuelve todo eso, sin atender a que uno de los «propietarios de indios» se llamaba Mariano Ospina y era miembro de la gran oligarquía neogranadina. Mariano Ospina actuará en la conspiración para asesinar a Bolívar en septiembre de 1828. Este regreso a Nueva

Granada es caracterizado por otras medidas antiliberales de Bolívar y por la respectiva y masiva reacción del partido concernido. El Libertador trae en mente una reformulación general del sistema de impuestos, que obliga a pagarlos en mayor cuantía mientras mayores sean las fortunas. Santander dice simpatizar con la novedad, pero no es fácil poner impuestos a una oligarquía —donde no faltan conservadores— que, previsiva y ágil, se declara «pobre de solemnidad». Los grandes propietarios ponen el grito en el cielo. Vale la pena transcribir la respuesta dada por éstos, tal como la resume Liévano:

«La respuesta al Jefe del Estado no se hizo esperar. De los mostradores de Bogotá, Cartagena y Río Negro salió la fórmula imaginada por las clases acaudaladas y sus abogados para resolver el problema del déficit sin sacrificio alguno de su parte. La solución no podía ser más sencilla: bastaba que se licenciara al ejército, se “desembarazara” el país de su marina mercante y de guerra, se vendieran al mejor postor los materiales y los cañones de las fortalezas de Cartagena, Puerto Cabello y Panamá, y se notificara al Libertador, con buenos términos pero con firmeza republicana, que dejara de pasear por el Continente como un caballero andante, libertando pueblos, soñando con Congresos Anfictiónicos y Confederaciones hispano-americanas. Que si los españoles continuaban negándose a reconocer nuestra independencia y en los congresos europeos de la Santa Alianza se insistía en ayudar a España a recobrar sus dominios de ultramar, se recurriera a Estados Unidos y se les ofrecieran en las aduanas de la República los privilegios y franquicias que desearan, a cambio de obtener la protección de la famosa Doctrina Monroe. Por lo demás, el gremio de comerciantes colombianos se declara dispuesto a sacrificarse importando textiles de Estados Unidos e Inglaterra o perfumes de Francia, para enseñarles a vivir bien a estos pobres indios, que hasta el momento habían tenido el mal gusto de utilizar

los toscos productos de las manufacturas y el artesana-
do nacionales».

Capítulo 5 Convención de Ocaña

Furibundo cambio de agresiones se producía por la prensa colombiana. De ellas cabe leer un artículo dictado por Bolívar, cuyos originales están corregidos de su puño y letra. Su blanco son los liberales:

«¿Nos negarán que los señores Zea y Hurtado se han robado los fondos públicos? ¿Nos negarán que los señores Arrubla y Montoya se han apoderado del empréstito? ¿Nos negarán que los señores Restrepo y Castillo son agiotistas y se han enriquecido a la sombra de su autoridad? ¿Se nos negará que el Vicepresidente se ha enriquecido a costa de la República y que es tan avariento como el más vil hebreo?... El Congreso ha vendido sus leyes a los más viles agiotistas; el Congreso ha puesto una feria en su augusto recinto. Elbers, Montoyas, Arrublas, Santander y otros muchos han pagado los votos del Congreso, los primeros con dinero y el último con empleos y bienes nacionales. Al Congreso, pues, nadie lo ha creído ni justo ni sabio; más bien parecían (los congresistas) los públicanos en el templo que los sacerdotes de la ley. Faltaba un Cristo que los azotase y los expulsase de aquel lugar santo. Este Cristo ha venido y aunque debiera arrojar a esos regatones de leyes, ha respetado su profanado carácter.... Todos quieren riquezas; todos quieren obligaciones nacionales, indemnizaciones, porque el Congreso las decreta y el Vicepresidente las negocia. Mientras tanto el Libertador es el único culpable a los ojos de la Gaceta de Colombia y de la cábala de Bogotá».

Al mismo género de escritos pertenece la famosa parodia de Decreto escrita por Bolívar. Llevaba por título «Ley fundamental para separar la Nueva Granada de Venezuela y Quito», y comenzaba así:

«República de Colombia, Francisco de Paula Santander,
Presidente Nato de Colombia y Protector de la Confe-
deración de Arrublas, Montoyas, Hurtado y Compañía.
Considerando...».

Adviene la tan pedida Convención, el sitio escogido para ella es la población de Ocaña. Si Bolívar quiere revisar y anular la Constitución de Cúcuta, el partido de Santander intenta destituir a Bolívar de la presidencia de Colombia. Todo se hará legalmente, con votaciones, pero ¿quiénes podrán votar? Lo informa el reglamento¹⁸: sólo podían sufragar

«...los que tuvieran una propiedad raíz o ejercitaran una profesión sin dependencia de otro en clase de jornalero o sirviente».

¿Cuál es el objetivo de esta regla? El propio Francisco de Paula Santander, describió, en carta del 18 de enero de 1828 a uno de sus hombres, Azuero, la intención política de esto:

«No debemos cerrar los ojos a lo que se presente; es decir, a ese enjambre de ciegos partidarios de Bolívar, cuyo poder no ha sido tan pequeño que no haya trastornado la República y amenazado frecuentemente nuestra existencia; todos ellos albergan la mayor desconfianza por su suerte desde que están sabiendo las elecciones y se figuran peligros inminentes en la caída de su protector, lo cual tiende a conducirlos desesperadamente a sostenerlo a todo trance. ¿Cuál puede ser el resultado? Una guerra interior en que ganen los que nada tienen, que siempre son muchos, y que perdamos los que tenemos, que somos pocos».

¿Miente Santander al asumir la alineación de Bolívar con «los que nada tienen»? Las acciones de Bolívar mostrarán que no. Se ha instalado en Bucaramanga, en una actitud que resulta pintada por sus conversaciones con Perú de Lacroix que el denunciador de los planes de Aury recogerá en el famoso *Diario de Bucaramanga*.

Bolívar con los pobres

En un párrafo del Diario se dice:

«Aquellas noticias condujeron a Bolívar a repetir lo que le hemos oído decir varias veces, a saber; probar el estado de esclavitud en que se halla el pueblo, probar que está no sólo bajo el yugo de los alcaldes y curas de las parroquias, sino también bajo el de tres o cuatro magnates que hay en cada una de ellas; que en las ciudades es lo mismo, con la diferencia de que los amos son más numerosos porque se aumenta con muchos clérigos y doctores; que la libertad y las garantías son sólo para aquellos hombres y para los ricos y nunca para los pueblos, cuya esclavitud es peor que la de los mismos indios; que esclavos eran bajo la Constitución de Cúcuta y esclavos quedarían bajo la Constitución más liberal; que en Colombia hay una aristocracia de rango, de empleos y de riqueza equivalente por su influjo, por sus pretensiones y peso sobre el pueblo a la aristocracia de títulos y de nacimiento más despótica de Europa».

¡Cómo contrasta este párrafo del Diario de Bucaramanga con la imagen patriótica pero distante y, desde luego, nada social del Libertador, que transmitieron siempre los libros de historia!

Los párrafos transcritos muestran la convención antibolivariana de Ocaña en su verdad de cosa de propietarios preocupados por organizar la nueva república de acuerdo a sus intereses. Era la última oportunidad de dialogar los dos partidos de Colombia. Problema duro fue lo federal. Se iba a reformar la Constitución de Cúcuta y se presentaron dos proyectos: el de los federalistas, alrededor del

cual se aglutinaron los santanderistas, y el centralista, de los bolivarianos. El proyecto de los santanderistas imponía la disminución de poderes al Ejecutivo, o sea a Bolívar, aunque también al propio Santander como vicepresidente, el fortalecimiento de los departamentos y la elección de los cargos de los altos jueces. El centro de este sistema era una calculada confusión de acuñación anglosajona entre la libertad del hombre y las libertades reclamadas por los poderes del dinero. Bien lo diría Bolívar:

«Quieren la libertad y las garantías sólo para los ricos, nunca para los pueblos. A éstos los quieren considerar siempre sus siervos, a pesar de sus alardes de demagogia y liberalismo».

Santander y su grupo trataron de imponer un proyecto de Constitución que dismantelaba al Estado colombiano y reducía al Presidente a la calidad de administrador obediente de los poderosos. Por su parte, el grupo bolivariano proponía un gran poder político para el Presidente de la República, que sería elegido para un período de ocho años y sería colegislador y con facultades extraordinarias en tiempo de guerra. Los magistrados de la Alta Corte de Justicia tendrían carácter vitalicio. Los santanderistas tildaron el proyecto de Bolívar como «...más monárquico que la Constitución Boliviana». Las decisiones finales de la Convención de Ocaña fueron adversas al Libertador, echándose a andar el carro de la guerra, por así decirlo. Se habla de asesinato.

Y por supuesto, no sólo en Colombia. Thomas S. Willimott, Cónsul británico en el Perú, ha informado en comunicación a su gobierno de noviembre de 1827 que la hostilidad hacia Bolívar, hace lamentar al cónsul norteamericano en Lima, William Tudor, que habiendo surgido «un segundo César» en América hispana, no hubiera aparecido todavía «un segundo Brutus». Muy metido en la política del Perú, Tudor actúa como consejero del general La Mar y

de su adlater, Javier Luna Pizarro, y los está apoyando para que asciendan, La Mar a la Presidencia peruana y Luna a la del Congreso.

Capítulo 6 Congreso de Tacubaya

Cuando La Mar era ya presidente, Tudor lo persuadió para que actuara contra Colombia y luego solicitara la mediación de Estados Unidos e Inglaterra en el conflicto colombiano-peruano y enviara copia de estas gestiones a Guadalupe Victoria, el presidente de México, porque se trata de «una causa de común interés para todas las nuevas repúblicas de este Continente». Se trata en realidad de estimular la rivalidad entre México y Colombia. El envío se hizo a través de Poinsett, delegado norteamericano ante el Congreso de Tacubaya. Poinsett estaba presionando fuertemente a Victoria, debía estar tras el desgano que mostraba el gobierno de México para corroborar los tratados de alianza firmados en Panamá. El ministro centroamericano al Congreso de Tacubaya había sentenciado: «todo me hace desconfiar de nuestra unión, en términos que no llegaré a creerla hasta no verla efectuada». Y tenía razón, el Congreso mexicano cerró sus sesiones el 21 de mayo de 1827 sin revisar los tratados. Cuando Victoria, al parecer motivado hacia la alianza con Colombia, llama a un período extraordinario, el ministro Larrazábal entiende que será inútil. En el motivo se puede sentir que tal cuerpo legislativo estaba terriblemente dividido. Los debates, entre liberales y conservadores; federalistas y centralistas; republicanos y monárquicos; promotores del modelo estadounidense y defensores del británico; panamericanistas e hispanoamericanistas, eran influidos por Poinsett desde la sombra, a través de la logia masónica yorkina. Los yorkinos, pro estadounidenses, combaten a los escoceses, que se presentan como conservadores

probritánicos, proclives a la centralización. Algunos de ellos comparten ideas hispanoamericanistas y hasta planes secretos que no excluyen reconciliación con España. En enero de 1827, el descubrimiento de un complot para restaurar el poder español hace casi violenta la confrontación de facciones. Los yorkinos acusan de cómplice a la logia escocesa. La presión del partido yorkino conduce a que Jalisco, México, Guanajuato, Coahuila, Texas y el Gobierno federal decreten la expulsión de los españoles del territorio mexicano.

Algunos acuerdos fundamentales para una alianza hispanoamericana revisados en el Congreso Anfictiónico de Panamá, habían sido referidos al Congreso de México y a los de otros países para su ratificación, indispensable para que entraran en vigencia. Pedro Gual, embajador de Bolívar en Tacubaya, sospecha que Poinsett está detrás del inmovilismo de las cámaras mexicanas acerca de los tratados pendientes. Diez años antes, Gual y Poinsett habían sido socios en la parada de la isla Amelia y en otras del mismo talante pero ahora militan en filas contrarias. José Manuel Restrepo, el Secretario del Interior colombiano, señala que las logias yorkinas representan la campaña antibolivariana y la oposición a la Anfictiónía. Y es lógico, basta recordar las instrucciones que le ha dado Henry Clay a Poinsett:

«Se rechaza por lo tanto toda pretensión de establecer un Consejo Anfictiónico, que trate de abrogarse facultades de decidir controversias entre los diversos Estados Americanos o arreglar su conducta; pues que semejante establecimiento, si en otros tiempos pudo convenir a unos Estados, que reunidos todos no ocupan tanto territorio como la menor de las naciones Americanas, no podría encargarse en el día de conducir con éxito, los diversos y complicados intereses del continente...».

O aquellas donde se explicita la oposición norteamericana a una acción de Colombia y México en Cuba. Esa acción hubiera debido

estar en preparación si se daba cumplimiento a las actas de traslado del Congreso a Tacubaya, pero no se preparaba. Este Congreso de Tacubaya dura casi tres años, en comparación al de Panamá, de dos meses.

Volvamos a Colombia. Ante las conspiraciones extranjeras en su contra y otras, muy violentas, organizadas por colombianos, Bolívar se designa Supremo Dictador de Colombia. Está apoyado por el ejército y por abundantes manifestaciones populares. En ese entonces la palabra dictadura definía algo distinto a lo que hoy en día se entiende por tal. Se aplicaba la acepción de la palabra que venía del imperio romano, vale decir un poder conferido a un general en tiempos de peligro de la patria, casi ilimitado en los alcances pero limitado claramente en el tiempo, o sea, justamente lo que hacía Bolívar. Gobernantes que en décadas siguientes ejercieron una tiranía cruel llamaron a su gobierno «dictadura» para vestirla favorablemente y la nueva acepción de la palabra, que se repitió al infinito y de manera calculada, creó el concepto actual de dictadura. Esto hay que aclararlo para la objetividad de la narración. En verdad estaba en juego la vida de la patria. No lo habría estado si el problema hubiera sido como lo presenta Liévano, de un congreso liberal ladrón al cual Bolívar insulta. Era más, estaba amenazado el futuro de un continente.

Muy atento a mantener una república legal, Bolívar anunció que depondría el poder dictatorial ante el Congreso que se reuniría el 1° de enero de 1830, limitando la duración de su dictadura a un año y tres meses. Emitió otro decreto, orgánico, cuyas cláusulas reglamentaban su poder dictatorial. Pero se suprimía la vicepresidencia de la República, o sea, quedaba desbancado Francisco de Paula Santander. Ante esto, la Cosiata se abotona en el proyecto de matar al Libertador.

Capítulo 7 Palabras proféticas

Seguía encendido el tema del canal interoceánico. Bolívar se asesoró con Alexander Humboldt, a quien había escrito en 1822, reanudando un trato interrumpido en la juventud. Napoleón había desaparecido y el Libertador ejercía un poder enorme. El prestigioso geógrafo realizó un estudio profundo de Panamá, que el Libertador consideraba zona marcada para ser el centro del mundo. Allí visualizaba la capital de América. Corroborándolo en estas visiones, Humboldt le escribió en un informe que «todas las naciones que quieran hacer el comercio por esa vía serían dependientes de la nación que fuese señora del Istmo y del canal¹⁹. Podrían conducirse por «esta lengua de tierra» el cobre de Chile, la quinua del Perú y, sobre todo, las setenta mil fanegas de cacao que anualmente exportaba Guayaquil.

«Las producciones de Nootka Sound y China²⁰, señaló, estarán 2000 leguas más cerca de Europa y los Estados Unidos. Advendrán grandes cambios políticos en el este de Asia, las olas del Océano Atlántico, que han sido por muchas edades la protección de la independencia de China y Japón, ya no serán obstáculo a la expansión europea».

En algunos párrafos de pesimismo, expresaba la convicción de que las potencias jamás cederían «Las llaves del mundo» a los países de América del Sur y Centroamérica. Otras veces, abandonando el pesimismo, insistía en la importancia estratégica de poblar y cultivar la zona panameña. Cuanto más cultivada estuviese,

«...tanto más dispuesta se hallará para resistir a los enemigos exteriores. Si alguna nación emprendedora quisiera apoderarse del Istmo, lo podría hacer mejor en el estado actual».

El tema de la protección del istmo panameño se vuelve obsesivo. No olvida a Nicaragua, donde había observado personalmente el que llamó «canal del sacerdote» que un padre Nóvita había hecho escavar con simples palas manuales manejadas por sus feligreses y funcionaba bien, combinado con el río San Juan.

En noviembre de 1827, Bolívar contrató²¹, al capitán John Augustas Lloyd, ingeniero británico y al capitán Maurice Falmarc, sueco, para determinar la línea de comunicación más practicable para canal o carretera por Panamá. Dos años estuvieron midiendo el país del Chagres los dos hombres y al final elaboraron una sugerencia de ruta que fue la que muchos años después se utilizó para el canal de Panamá. Quizá a raíz del contrato Falmarc fue que Santander escribió al Libertador invitándole a ir a medias en el negocio del canal, a lo que Bolívar respondió que éste era un asunto para el bien general de las naciones y no motivo de lucro para ningún hombre público.

Filósofo del dinero

Varias tentativas fallidas de magnicidio se produjeron, la más famosa debía ejecutarse en un baile de máscaras ofrecido por las autoridades municipales en el Coliseo de Bogotá. Cuando Bolívar llegó al Coliseo ya los palcos y el recinto estaban colmados. Como la orquesta había comenzado a tocar, el Libertador prescindió de subir al escenario y permaneció entre los invitados, acompañado de sus Ministros y los diplomáticos. Imaginemos a Bolívar paseando la mirada sobre los muchos enmascarados que bailaban ante él. Algunos escondían revólveres. Él conocía a los hombres de la conspiración. Cerraban por las tardes sus libros de cuentas para reunirse en la logia Sociedad Filológica a escuchar las soporíferas exposiciones de don Ezequiel Rojas sobre el benthamismo y los versos de Vargas Tejada contra Bolívar²². Mariano Ospina Rodríguez era de los miembros asiduos de la Sociedad. El rencoroso

propietario de indios de Soachá también se sentía despojado por las legislaciones sobre intereses. Pontificaba proponiendo que se aboliera el articulado que limitaba al 5% el interés máximo para los préstamos en dinero. Wenceslao Zuláibar Santamaría era otro. En su almacén se discutía el atentado. Era rico comerciante, vinculado por lazos familiares al grupo de Arrubla y Montoya. Zuláibar fue realista en su juventud, como lo fue su padre. Su casa de comercio era de las más prósperas de Bogotá en el negocio de importación, tan favorecido por la política librecambista que salió del Congreso de Cúcuta. Se había asociado con un francés, Agustín Horment, llegado a Colombia en calidad de agente de la casa Darthes & Cía., de Londres. Como quiera que los Decretos de Hacienda y Régimen de las Aduanas, dictados por Bolívar en Venezuela implicaban un alza general de las tarifas de Aduana, Horment hacía prácticas de tiro en el patio de atrás de la Sociedad Filológica.

La Calle Real de Bogotá se había convertido en el cuartel general de la conspiración. Los mostradores de los principales almacenes servían de agencias para la distribución de los periódicos de la oposición. La prensa, que tradicionalmente había llevado una vida económica precaria, se veía fortalecida de repente por las numerosas suscripciones que tomaban los magnates del comercio, nacionales y extranjeros, y muchas sociedades literarias y científicas se transformaban en clubes políticos antibolivarianos. La Filológica por fin pudo cumplir el artículo de sus estatutos que exigía traje de etiqueta para sus sesiones, porque a ella empezaron a asistir no sólo los estudiantes y aficionados a las letras, sino la plana mayor de los hombres de negocios de la capital y sus abogados.

Estaba también el doctor Arganil. Qué personaje. Evidentemente francés, misterioso, con rostro gastado por la vida, decían ser un famoso «sansculotte» marsellés que disparó un cañón en las masacres de Lyon cuando la revolución francesa, otros lo reconocían como el jacobino que clavó en una pica la cabeza de la princesa de

Lamballe y no faltaban quienes le creyeran el célebre Juan Lamberto Tallien. Llegó a Bogotá declarándose médico graduado en Montpellier. Se hizo famoso el tratamiento a que sometió a las tres nietas del marqués de San Jorge, víctimas del mal de San Lázaro. Y más famosos fueron los pagos que exigía. Primero 1.000 pesos por atender a cada una de las señoritas y luego empezaban los «servicios especiales». Les hacía poner los pies, deformados por el mal, todas las mañanas en unas jofainas de plata con agua serenada y permanecía observando esto, de pié, concentrado el rostro, que se le volvía palidísimo. Tales trabajos fueron inocuos pero después pasaba un recibo por 1.000 pesos más. Le escribió numerosas cartas a Santander, en las cuales le ofrecía sus servicios y sabiduría. Se entrevistó numerosas veces con él, lo que no evitó que el vicepresidente le prohibiera ejercer la medicina por informes municipales de que los pacientes se le morían.

Además del señor Rojas, filósofo del dinero y uno de los principales organizadores de la logia, asistía don Vicente Azuero, que defendía por la prensa la prisión por deudas y no sólo allí, se hacía temible en los tribunales por su extraordinaria habilidad en el manejo del Juicio Ejecutivo contra los deudores, logrando el encarcelamiento.

No bastando con esto, apareció en Bogotá José Villa, uno de los asistentes de don Josef de Berindoaga, vizconde de San Donas, en los actos de traición que entregaron a los españoles los ejércitos y las fortalezas del Perú mientras Bolívar permanecía en Pativilca. La misión de Villa era oficial, con su nombramiento en Bogotá para discutir detalles diplomáticos pendientes entre los dos países, la aristocracia españolizante peruana mostraba su verdadera cara. Mientras Villa recibía y contestaba las notas del canciller Revenega acerca del puerto de Guayaquil, la policía comenzó a entregar informaciones

«...de reuniones secretas en su casa y de entrevistas frecuentes con el señor Tayloe, de la Misión Diplomática de los Estados Unidos y el Coronel Torrens, Encargado de Negocios de México, cuya franca animadversión contra Bolívar se conoce por su correspondencia».

Atención: Villa representa a La Mar, asesorado y dirigido por Tudor, Torrens era adverso a Bolívar, lo cual lo colocaba, en cuanto mexicano, en una línea afín a Poinsett, Tayloe había actuado como asistente de Poinsett, como se mostrará después. De su exploración del terreno colombiano dedujo Villa que, si bien la oposición dirigida por Francisco de Paula Santander estaba dispuesta a aceptar la ayuda peruana para un alzamiento, no cedería en el punto de Guayaquil y optó por aproximarse al doctor Arganil, que había vuelto a la privacidad del vicepresidente y manejaba el sector más radical de la oposición. El flamante médico llegó a un acuerdo «diplomático» con Villa.

Los secretos de los tratos de Villa y los de la Sociedad Filológica se colaban. Tanto el Libertador como Manuela Sáenz recibieron vagas informaciones sobre el complot. Manuela se desesperaba porque Bolívar no daba en ninguna importancia a los avisos. Una señora que hizo la primera denuncia señaló al General Córdoba como uno de los principales instigadores de la conjura. «Dígale a esa mujer que se vaya, y que es una infamia tomar el nombre de un general valiente como Córdoba», fue la orden que dio Bolívar a su edecán. Y era lógico, Córdoba era un héroe notable, de la batalla de Ayacucho entre muchas.

Manuelita Sáenz rogó al Libertador que no asistiera al baile del Coliseo o se hiciera acompañar de una guardia. A nada de ello accedió Bolívar a pesar de que desde que se había constituido la Junta Secreta, derivación ultraconfidencial de la Sociedad Filológica, los medios de que se valdrían para asesinarlo eran objeto de exhaustivos debates. Las reuniones se efectuaban en el almacén de

Zuláibar o en casa de Arganil. Se exploró la alternativa de aprehenderlo vivo. Esta variante fue rechazada tenazmente por Arganil, Carujo y Horment, quienes alegaron que era dable esperar que Bolívar intentara resistir o tratara de huir, lo cual determinaría el fracaso del complot si no se había tomado, previamente, la decisión de liquidarlo. Que Bolívar, desde que permaneciese vivo, seguiría siendo el ídolo del pueblo y del ejército y en su calidad de prisionero significaría un peligro mayor para la causa representada por los conjurados. Entonces se planteó atacar a Bolívar en uno de los saraos a los que asistía frecuentemente. Se vio a un joven insolente ocupar, en uno de dichos bailes, el asiento preeminente destinado al Libertador. Hablan y hablan del 20 de julio y del famoso florero de Llorente.

Según declaración que aparece en el expediente, Marcelo Tenorio, uno de los asistentes a la fiesta quiso pasear por los correctores de arriba del Coliseo. Eran como las once de la noche. En la primera escalera encontró un enmascarado que le detuvo con ademán de confianza, llamándolo paisano. Iba vestido a la española antigua, haciendo el papel de viejo con un enorme coto. Y como después de las primeras chocarrerías Tenorio se incomodara, se acercó y le dijo: «¡Qué! ¿No me conoces?» y levantó la máscara. Era Pedro Carujo. Dijo: «Dentro de una hora, al golpe de las doce, morirá el tirano»; y en seguida le señaló el interior de la solapa de la casaca donde aparecía un sol pintado y el cabo de un puñal que tenía en el bolsillo, y concluyó diciéndole: «Somos doce los resueltos... silencio»; y se perdió entre la multitud. Pedro Carujo sería después famoso por una escena golpista que lo enfrentó al Presidente Vargas. Es un oficial con latines en la cabeza y se hace llamar en logia Scévola o Manoquemada, para identificarse con un jefe tribal romano que se enfrentó a Tarquino el antiguo, el primer tirano de Roma, y ante éste, colocó la mano sobre un fuego. La mano prendida en llamas y el rostro impassible del héroe aleccionaron a

Tarquino acerca de que no se aceptaría su tiranía. Carujo había gastado varios caballos en hacer conexión entre las conjuras de Bogotá y la Cosiata de Valencia y ejerce una influencia sombría y astuta.

Como en el Julio César de Shakespeare

Una hora había transcurrido desde que el Libertador llegara al Coliseo, la alegría era general, cuando en la puerta del teatro se oyeron los rumores de un violento altercado y se presentó en el recinto Manuela Sáenz. Venía vestida de hombre, desmelenada y contorsionándose como si estuviera ebria. Detrás de ella y tratando de contenerla, seguía el jefe de la policía, señor Ahumada, quien había intentado cerrarle el paso en la puerta, diciéndole categóricamente: «Aunque fuera Santa Manuela, usted no entra aquí vestida de hombre».

Al sentir Bolívar que todos los ojos se clavaban en él con mudo reproche, se volvió hacia su edecán Ferguson y le dijo en tono airado: «Esto es insufrible» y tomándolo del brazo se dirigió a la salida del teatro. Momentos después, Marcelo Tenorio que no había presenciado la escena por hallarse todavía en los pasillos, comenzó a oír preguntas dichas en voz baja: «¿Qué se ha hecho el Libertador? ¿Dónde está el Presidente?».

Le era imposible conocer a los dueños de las voces tras las máscaras. Manuela ya se había ido, cumplido su propósito de producir la salida de Bolívar de la fiesta sin que fuera un retiro de miedo, que Bolívar no podía permitirse. No asistir estando Bogotá llena de rumores de que esa noche se le asesinaría hubiera sido el principio del fin de su prestigio: «Bolívar tiene miedo», sería el comentario universal al día siguiente. Y advendrían nuevos retos, retiradas de amigos. Aquella fue la primera vez que Manuela le salvó la vida a Bolívar.

En algún momento los conjurados escenificaron la obra Julio César, de William Shakespeare, tal vez fue en el patio de atrás de la abandonada casa de la Sociedad Filológica. Imaginemos que al

concluir el drama, un orador explicó que corrieron en Roma horas antes de la muerte de César rumores de que éste no sólo se matrimoniaría con Cleopatra, haciéndose faraón de Egipto, sino excavaría, valido de ello, el canal de Suez, acercando a Europa con la India, mágica, absolutista, haciendo uno a La India, Egipto y Europa, con lo que «destruirá nuestra libertad», como dice Casio en la obra shakespeariana. Bolívar tendría el canal de Panamá. Comunicar el Caribe con el Océano Pacífico era comunicar con el Asia. Adquiriría una potencia sin segundo. Ni Francia, ni Estados Unidos, ni la mismísima Inglaterra se le opondrían. Influiría la economía universal y en un plazo de diez, veinte, o treinta años habría reorganizado la forma política de Europa y del mundo y obviamente la de la América española. ¿Hacia dónde? ¿Cuál era su plan? Conocer la historia de los cuatro últimos milenios del istmo de Suez, de los imperios de Europa, de Asia y África que lo rodean, que han excavado el canal, que lo han llenado con arena o declarado imposible, como lo hizo Napoleón Bonaparte, capacitaba para estudiar, a partir del modelo, las intenciones de Bolívar.

Algunos se sienten como Bruto, preparados para borrar de la faz de la tierra al nuevo César, tienen las cabezas revueltas de escenas de tiranos atravesados por espadas de republicanos. Uno de los virtuales asesinos publicó un poema en un diario de Bogotá elogiando el tiranicidio.

Carujo pensó un plan distinto, un audaz golpe de mano en un paraje solitario. No faltaban las oportunidades, eran frecuentes las visitas del Libertador a las haciendas de sus amigos en la Sabana, solía concurrir desarmado y seguido de uno de sus edecanes. Cuando se supo que había sido invitado a pasar unos días en una hacienda próxima a Soacha, Carujo consultó el proyecto al general Santander. Después de describir el plan, le agregó que los conjurados sólo esperaban su asentimiento a ocupar la presidencia

inmediatamente después del hecho para proceder. Grande fue la sorpresa de Carujo cuando Santander rechazó la idea.

Posiblemente por conducto de Santander se enteró Florentino González de las tentativas de Carujo y ello explica una reunión extraordinaria de la Junta Secreta. González era un conspirador con cabeza de estadista, repitiendo las observaciones de Santander, explicó que el prestigio de Bolívar era muy grande en el pueblo y en el ejército y que un atentado contra su persona sólo podría desencadenar una conmoción revolucionaria sangrienta, que los arrasaría a todos. Agregó que nada debía intentarse hasta tanto se lograra la adhesión de los mandos de algunas guarniciones de Bogotá y se tuviera la seguridad de que los generales José Hilario López y Obando, en el Cauca, La Mar y Villa, en el Perú, Bermúdez en Maturín y la facción de Caracas y Valencia, estaban resueltos a enfrentarse a la tremenda sacudida que se produciría en la república el día que se supiera la muerte de Bolívar. Habló de historia antigua, de las represalias y escenas de apoteosis multitudinaria que se cumplieron en Roma ante el cadáver de César. No quería sufrir ni querían sufrir los allí presentes, la misma suerte de los usureros, esclavistas y terratenientes que asesinaron a César en el Senado romano. En Colombia, como lo sabía González, también había Marco Antonios y Octavios y multitudes que tomarían venganza sobre «la túnica sangrienta» de la víctima.

Para la ejecución del complot, la Junta acordó tentativamente el 28 de Octubre, fecha en la cual se contaba con una circunstancia favorable, que Florentino González describe así en sus *Memorias*:

«Aguardábamos el 28 de Octubre, que era el día señalado para apoderarnos de Bolívar y sus ministros, en un baile que debía dar el Encargado de Negocios de México, (coronel Torrens) al que seríamos invitados muchos de los comprometidos»²³.

De Torrens hemos leído páginas antes que coincidía con Tayloe en reuniones secretas con el delegado Villa del Perú. También que tenía animadversión hacia el Libertador. Toca ahora precisar que John Tayloe venía de ser colaborador directo de Poinsett en las violentas peleas protagonizadas por el partido escocés y el yorkino en el Congreso mexicano, peleas que tenían por uno de sus objetivos, desde el lado yorkino, impedir la aprobación de la Anfictiónía propuesta por el Libertador y discutida en ese Congreso y en el Congreso Anfictiónico en Tacubaya, peleas que se acentuaban justamente en los meses del atentado. Más adelante veremos a Torrens y John Tayloe en otras acciones coincidentes.

A partir de la decisión sobre el 28 de octubre y el plan de la embajada de México, narra Liévano Aguirre que la actividad de las células subversivas se acentúa²⁴.

«Para estimular el entusiasmo de los burgueses santafereños, las “células” no fueron parcas en promesas. El espíritu de lucro fue el principal incentivo que emplearon los agentes proselitistas: prometieron la reforma del régimen tributario y de aduanas; la liquidación definitiva de los resguardos; la continuación del reparto de las tierras baldías y de las minas y la reanudación de las negociaciones para contratar un nuevo empréstito extranjero, que se destinaría a cancelar totalmente la deuda pública. Don Miguel Acevedo, uno de los más activos conspiradores, relató así las ofertas que se le hicieron para ganar su adhesión: “El exponente —dijo— ilusionado por las lisonjeras ofertas que se le hicieron de premiar a su familia por los sacrificios que había hecho por la independencia, y de sacarla de la miseria en que yace, entró en la conspiración por la esperanza de mudar de suerte”.»

Capítulo 8

Atentado contra la vida de Simón Bolívar

En tales circunstancias un hecho inesperado imprimió urgencia a la conjura. La noche del 24 de septiembre de 1828, Benedicto Triana, un preso consignado en el cuartel de la Artillería y quien al igual que otros tantos, se ausentaba con frecuencia del cuartel, regresó a su prisión muy tarde y ebrio. Al entrar en el dormitorio se encontró con el Subteniente Francisco Salazar y temeroso de que éste le denunciara por las horas a que regresaba, le dijo con tono amenazante: «Vengo de la Logia, donde me protegen todos y hemos de joder a ese viejo Bolívar que ha dado en un tirano».

Al día siguiente, Salazar denunció a Triana. Las autoridades, ordenaron su arresto e incomunicación, pero por ese día no se le tomó declaración. Si el Gobierno no dio demasiada importancia al suceso, otra cosa pensaron los conjurados. Suponiendo que se torturaría a Triana para que confesara los planes de la conjura contra «el viejo» Bolívar, Carujo se llenó de pánico y fue precipitadamente a casa de Vargas Tejada y después de ponerlo en antecedentes, le habló su convicción de que todo se perdería si no daban el golpe antes de que el gobierno se enterara. Vargas Tejada, no menos preocupado, lo secundó y acordaron convocar una reunión extraordinaria para esa misma noche en casa de Vargas Tejada y preparar un plan de rápida ejecución, para dar muerte al Libertador.

Cuando Carujo llegó a casa de Vargas Tejada la noche del 25, todo estaba preparado. Como se temía que algunos de los conspiradores podían arrepentirse si se llegaban a enterar de las escasas fuerzas militares de que se disponía para el golpe, Vargas Tejada arregló su casa de manera que pudieran deliberar por separado los iniciados, que todo lo sabían, y los neófitos, a quienes se daría solamente informaciones que alentarán su entusiasmo. En la atmósfera de la casa flotaba un hálito frío. Haciendo alardes de elocuencia, Carujo

terminó por imponerse a los tímidos y vacilantes. Entonces Vargas Tejada se paró ante una mesa y leyó unos versos que había redactado en el rato anterior, mientras los oradores discutían:

«Si a Bolívar la letra con que empieza
y aquella con que acaba le quitamos,
Oliva, de la Paz símbolo, hallamos.
Esto quiere decir que la cabeza,
al tirano, y los pies cortar debemos,
si es que una paz durable apeteecemos».

«Ya no podíamos lisonjearnos de triunfar —dice Florentino González evocando la salida de los conspiradores de la casa a media noche— sino con la impresión de terror que causare en nuestros contrarios la noticia de la muerte de Bolívar, y ella fue resuelta en aquel momento supremo».

Fe en estar haciendo historia es lo que corre en las botas de los hombres que se presentan en la Casa de gobierno de Bogotá la noche del atentado. Es septiembre de 1828. Llevan los pechos forrados con petos de cuero de los que cuelgan puñales, punzones, pistolas con pocas balas. Cuando atravesaron la puerta de la casa presidencial los perros empezaron a ladrar. Bolívar y Manuela se despertaron. Estaban casi solos en la casa. Aparte de los centinelas, estaban el subteniente Andrés Ibarra, un sobrino de Bolívar llamado Fernando Bolívar Tinoco y el médico inglés del Libertador, Thomas Moore. El edecán Guillermo Ferguson, que era la única defensa fuerte quizá, dormía en una casa cercana. Pedro Carujo comandaba el asalto, apostó algunos hombres en la entrada y él mismo permaneció allí para evitar que entrara alguien a socorrer al Libertador. Zuláibar y Azuero avanzaron por los pasillos gritando: ¡Abajo Bolívar! ¡Muera el tirano!

Bolívar saltó de la cama, se vistió con rapidez, tomó su espada y dijo a su compañera: «Ya estoy vestido y ahora ¿qué hacemos?».

Manuela, con su rápida intuición femenina, abarcó todos los peligros a que estaba expuesta la vida de Bolívar y le señaló imperiosamente el balcón: «¿Usted no le dijo a don Pepe París que esta ventana era muy buena para un lance de éstos?». Bolívar vaciló un segundo y después abrió el balcón. Los conjurados comenzaban en ese momento a golpear violentamente la puerta y Bolívar se descolgó a la calle, al tiempo que la madera ofrecía su última resistencia y su valiente compañera le decía: «¡Al cuartel del Vargas!». Afuera los conspiradores patean la puerta y disparan. Manuela Sáenz aparece. Es una diosa bella y peligrosa. Acciona una pistola y vuelve a cerrar. Está dando tiempo a que Bolívar se aleje de la casa. Ellos golpean otra vez la puerta, ella aparece nuevamente, les dice estar Bolívar en el salón de reuniones del gabinete y a allá va con ellos por los pasillos coloniales sin luz. La casa está sola, los soldados de guardia yacen muertos en la puerta. En el salón del gabinete no hay nadie. Interrogan a Manuelita. Ella nada dice. Regresan con ella a la habitación presidencial, uno descubre la ventana abierta y comprende que por allí ha escapado Bolívar y ve el engaño que les ha hecho Manuela. El soldado Lopotez levantó el puño para golpearla pero el francés Horment lo impidió. ¡No hemos venido a ultrajar mujeres!—le dijo con tono perentorio.

Dieron muchas puñaladas al colchón de Bolívar y salieron a la noche. Iban gritando: ¡Murió el tirano! ¡Vivan las libertades! con la esperanza de que el anuncio provocara manifestaciones de regocijo y el pueblo se lanzara a las calles a apoyar el golpe. Nadie se adhirió a ellos. Varios declararían que al pasar por frente de la casa del coronel Torrens lo vieron en el balcón acompañado de Segismundo Leidersdorf, demostrando gran interés por enterarse del curso de los sucesos.

Carujo testimonió sobre otros personajes:

«En la noche del 25, como una hora después de haber tomado el que declara la guardia de Palacio, aparecieron

allí el señor Manuel Antonio Arrubla y otra persona, que al exponente le parece era su hermano (el de Arrubla)».

Al producirse el careo entre Arrubla y Carujo, el financista negó la aseveración de Carujo y declaró que hallándose

«...recogido en su casa, oyó unos tiros y escuchó empujar la puerta de su casa, se dirigió allí, la encontró abierta por haberse reventado el palo que la cerraba; que en seguida se dirigió hacia la esquina de la calle, a la parte de arriba y a la sazón pasaba por ella a caballo el General Córdoba».

El jovencísimo general era una exhalación zigzagueante por las calles de Bogotá aquella noche. Mariano Escobar, en su indagatoria, hizo el siguiente relato respecto de la conducta de este general:

«Estando en esto, en la puerta de la quinta del señor Julián Santamaría, que también se hallaba presente con otras personas que el declarante no conoce, llegó a caballo el señor general Córdoba, el cual dijo que era una conjuración contra Su Excelencia el Libertador Presidente, intentada por un bochinche, de acuerdo con algunas tropas; que el bochinche había triunfado matando algunas personas, y que él pensaba irse para Facatativá a reunir las milicias y venir muy temprano contra los revoltosos; que el declarante se tomó la libertad de decirle que le parecía mejor volver al centro de la ciudad a ver si se lograba reunir algún cuerpo y con él contener los excesos; que el señor general desaprobó este pensamiento y entonces el que declara volvió donde el señor París, a quien refirió lo que acababa de oír al señor general Córdoba».

Dice Liévano:

«De estas declaraciones se infiere que Córdoba creyó, en un principio, que la conspiración había triunfado, lo cual explica su conducta aquella noche, tan

distinta de la que siguieron los principales generales de la República. En lugar de dirigirse a Palacio o al batallón Vargas, como era lo natural en un hombre de su probado valor personal, Córdoba se encaminó a la casa del Cónsul inglés, señor Henderson, de cuya hija estaba profundamente enamorado y como relata uno de sus biógrafos,

“...encontró a aquella familia llena de inquietudes y zozobras. La tranquilizó hasta lo posible y la hizo trasladar a la quinta del general Domingo Caicedo”»

El artículo de Liévano es magistral pero adolece de omisión generalizada de la mano imperial en los hechos. El cónsul inglés Henderson era un conspirador asociado con Córdoba, es muy difícil que no actuaran en eso en aquel rato. Acota, sí, el ensayista colombiano:

«Arrubla sería absuelto gracias a la intervención del general Córdoba, rionegrero como él y su íntimo amigo».

Despierta la ciudad por los gritos y sonidos de disparos, una inmensa multitud llenó la Plaza Mayor de Bogotá. Rodean al Libertador, que ha reaparecido en la sola compañía de un amigo. Es un delirio de alegrías. Entonces llegó Córdoba a la plaza, se dio cuenta de la situación y tomó el mando de las patrullas del gobierno que actuaban dispersas en las calles y dio las órdenes para perseguir a los asesinos. El grito de ¡Mueran los asesinos! anunciaba el próximo desborde de la venganza popular.

«No hay que dudarle —dice Posada Gutiérrez—²⁵ si Bolívar hubiera muerto, habrían muerto sus enemigos no sólo en Bogotá sino en toda la República. La capa rasgada de Bolívar habría causado el mismo efecto que la túnica ensangrentada de César. Tal era la decisión del ejército y de la masa popular».

Capítulo 9

Henry Clay racionaliza el atentado

En los días siguientes, Rafael Urdaneta bate la ciudad de Bogotá y todas las partes de Colombia que alcanza su mano, en persecución de los asesinos frustrados. Varios conocerán el pelotón de fusilamientos mientras Bolívar recibe una carta de Henry Clay²⁶:

«Estoy persuadido de que no interpreto mal los sentimientos del pueblo de los Estados Unidos, como en verdad expreso los míos propios, al decir que el interés que se despertó en este país por las arduas luchas de Sur América, se fundaba en primer término en la esperanza de que junto con la independencia se establecerían instituciones libres que aseguraran todas las bendiciones de la libertad civil, objeto cuya realización esperamos todavía ansiosamente».

Prosiguiendo, Clay admitía los estorbos opuestos a la consecución de este fin, pero agregaba que a pesar de ellos el pueblo de los Estados Unidos abrigaba la esperanza de que la Providencia otorgaría a Suramérica, como lo había hecho con su hermana del Norte, el genio de algún hombre grande y virtuoso que la condujera a salvo a través de todas sus pruebas.

«Nos habíamos lisonjeado —decía— con que contempláramos ese genio en Vd. más sería indigno de la consideración con que me honra V. E. y me apartaría de la franqueza que siempre me he propuesto usar si no declarara en esta ocasión que vuestros enemigos os han atribuido propósitos ambiguos que han provocado gran inquietud en mi espíritu».

Declarando que se resistía a creer que Bolívar abandonara el «camino brillante y glorioso» por «la senda sangrienta que pasa por sobre las libertades de la raza humana», Clay añadía:

«No dudo que en su debido tiempo S. E. dé a Colombia y al mundo una explicación plausible de los actos de su conducta pública que han excitado cierta desconfianza; y que prefiriendo la positiva gloria de nuestro inmortal Washington a la innoble fama de los destructores de la libertad, ha tomado la patriótica resolución de establecer definitivamente la libertad de Colombia sobre firmes y seguros fundamentos».

Esta carta racionalizaba el atentado y ofrecía poco disimulado apoyo a futuras acciones de ese tipo.

Córdova se encargaba del Ministerio de la Defensa.

Desde luego que no por casualidad, dos meses después del atentado y de esta carta, en noviembre de 1828, el presidente mexicano Victoria debe hacer frente a nuevas revueltas. El filósofo José Vasconcelos escribirá un siglo después:

«Lo más importante para el porvenir iberoamericano quedó definido allí, pero también allí mismo quedó condenado. Lo más importante, que jamás haya hecho un estadista del continente, fue la concertación de una Liga Aduanera Iberoamericana, que Lucas Alamán hizo aprobar. La firmaron unánimemente los delegados (del Congreso de Tacubaya) pese a la oposición del ministro (Poinsett) y del Departamento de Estado norteamericanos... No era justo, alegaban éstos, dejar a los Estados Unidos fuera de ese consorcio económico creado por la liga aduanera hispanoamericana. Los Estados Unidos “también eran república”./...“El monroísmo excluye a los europeos de las ventajas de América, pero había ayudado a los países de América; por lo mismo, los Estados Unidos debían incorporarse a la liga”.»

Continúa el filósofo mexicano:

«Alamán no tenía ningún compromiso con el monroísmo. No era ya de la generación que se alió

con Inglaterra para batir a España. Alamán creía en la raza, creía en el idioma, creía en la comunidad religiosa. En suma, Alamán daba al bolivarianismo el contenido que le estaba faltando. Sin sobresaltos, liquidaba al monroísmo. Con Alamán nace el hispanoamericanismo en clara y definida posición frente al hibridismo panamericanista. Alamán convenció a los delegados de la América española que sin excepción votaron su plan. Alamán venció en el Congreso a la luz de la discusión esclarecida. (John Quincy) Adams, derrotado, no se conformó. Al servicio de Adams estaba Poinsett...».

Esta pugna en Tacubaya y el mensaje de Clay constituyen el fondo internacional del atentado al Libertador Simón Bolívar. Quedaba aún por jugarse la última partida del intento Anfictiónico.

Encarnizadamente, el general Rafael Urdaneta buscó pruebas que incriminaran a Santander como autor intelectual del intento de magnicidio. Interrogó testigos, coleccionó indicios, pero no obtuvo hechos definitivos o éstos se ocultaron. Sucre y otros jefes del grupo bolivariano lo acompañaban en la indignación, exigieron la ejecución del jefe liberal pero finalmente Bolívar impuso su criterio de político de otorgarle un perdón con exilio. El 24 de diciembre de ese mismo 1828 el Libertador emite un decreto convocando a elecciones para diputados del Congreso Constituyente. La reunión quedaba prevista para el 1 de enero de 1830. Era un alivio para los santanderistas, una puerta de futura acción dentro de la ley, pero no calmó las cosas, el adjetivo «constituyente» dado al Congreso señalaba que ahí se definiría el rumbo con peso definitivo, gravísimo. Debían temer que se iría hacia una Constitución al estilo de la boliviana, con poder eterno de don Simón.

NOTAS

1. Leonardo Altuve Carrillo: *Genio y apoteosis de Bolívar en la campaña del Perú*, Ministerio de la Defensa de Venezuela-Herder, Barcelona, 1979, p. 595.
2. Indalecio Liévano Aguirre: «Razones socio-económicas de la conspiración de septiembre contra el Libertador». *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, N° 1968.
3. Germán Arciniegas: *Bolívar*, Editorial Planeta Colombiana, Bogotá, 1984.
4. Nicomedes Zuloaga Pocatterra: *Epitafio para un filibustero, El paso codiciado de William Walter*, Casa de la Cultura Ecuatoriana «Benjamín Carrión», Editorial Pomaire, Venezuela, 1988.
5. Arciniegas: *Op. cit.*
6. José Félix Blanco & Ramón Azpúrua: *Op. cit.* Tomo XI, pp. 179-185.
7. Miles P. Duval Jr.: *Cádiz to Cathay, The Story of the Long Diplomatic Struggle for the Panamá Canal*, Stanford University Press, Stanford University, California, 1988, pp. 18-20.
8. Miles P. Duval Jr.: *Op.cit.*
9. Aranda de Bolea, Pedro Pablo, Conde de Aranda: «Informe reservado al rey Carlos III sobre las provincias de América», en Luis M. Farías: *La América de Aranda*, Fondo de Cultura Económica, México, 1ª edición, 2006.
10. Blanco & Azpúrua: *Op. cit.*, Tomo XI, pp. 179-185.
11. François René de Chateaubriand: *Op.cit.*, pp. 57-59.

12. Armando Amador: *La Construcción en Nicaragua de un canal interoceánico*, [Folleto], Talleres gráficos Mersifrica, Caracas, 1961.
13. Miles P. Duval Jr.: *Op.cit.*, p. 23.
14. Indalecio Liévano Aguirre: *Op. cit.*
15. *Diccionario Polar*. [Voz Peña, Miguel].
16. Alberto Filippi y otros: *Bolívar y Europa*, Vol. I, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, p. 332.
17. Liévano Aguirre: *Op. cit.*
18. *Ibidem*.
19. Nicomedes Zuloaga Pocaterra: *Op.cit.*, p. 170.
20. Miles P. Duval Jr.: *Op. cit.*, p. 23.
21. *Ibid.*, p. 26
22. Liévano Aguirre: *Op. cit.*
23. Florentino González: *Memorias*. Edit. Bedout, Medellín, 1971.
24. Liévano Aguirre: *Op. cit.*, p. 60.
25. Joaquín Posada Gutiérrez: *Memorias histórico políticas*. Edit. Bedout, Medellín, 1971.
26. Calvin Colton: *The Works of Henry Clay*. 6 Vols., New York, A.S. Barnes Burr, 1855-1857, Vol. I, p. 267.

V

1828-1830

ESTADOS UNIDOS Y LA DISOLUCIÓN DE LA GRAN COLOMBIA

*Es una crisis grande – ¿Viene a matar a Simón Bolívar? –
«Al General Sucre que proclame Emperador al Libertador»
– «La misión de desorganizarnos» – Trae en su portafolio una
corona para el Libertador – «Los Estados Unidos que pare-
cen destinados a plagar la América de miserias a nombre de
la Libertad» – Un punto frágil, la gloria – Joel Poinsett en
México – Muerto Napoleón no había nadie que se le parara
al lado – «Dos malvados tan insignes como Adams y Clay»
– José María Córdova: primer levantamiento en la historia
colombiana pactado con un embajador norteamericano –
Segundo atentado contra la vida del Libertador – La OTANS
en vez de la OTAN – Inglaterra abandona a Bolívar – Muerte
de Antonio José de Sucre – Muerte de Simón Bolívar.*

Capítulo 1 Es una crisis grande

Si el 24 de diciembre Bolívar emite el decreto de convocatoria al Congreso Constituyente, el 25 sale de Bogotá hacia Ecuador, que han invadido fuerzas militares peruanas. Es una guerra muy anunciada, tiene apoyo de liberales colombianos, particularmente José María Obando y José Hilario López, hombres vinculados al atentado. Es una crisis grande, las tropas peruanas han tomado Guayaquil, el gran puerto que es la manzana de la discordia entre Perú y Colombia, que ya vio en 1822 chocar allí a Bolívar y José de San Martín. Por pura casualidad, está llegando a Bogotá el general William Henry Harrison, como embajador de los Estados Unidos de América ante el gobierno de Colombia.

¿Viene a matar a Simón Bolívar?

¿Quién era William Henry Harrison? Descendía de un regicida, del famoso coronel Harrison, oficial de distinción en el ejército de Cromwell, que actuó directamente en la muerte de Jacobo Estuardo. Tal vez el Harrison de Bogotá no se creía la historia de que en el momento en que el verdugo levantó la cabeza sangrante de Jacobo, el rollo del cielo se abrió y apareció la corte celestial centrada por el Dios padre, que lanzó una bendición sobre su hijo, por segunda vez asesinado por los hombres. O, por el contrario, sí creía en ello y se sentía orgulloso del papel jugado por su bisabuelo o tatarabuelo, habitado por una misión milenaria, conectada a las grandes cosas. De una u otra manera, los hechos señalaban a aquel

coronel Harrison como enemigo a muerte de los Estuardo, como miembro nato del Rito de York y también a su hijo, el primer Harrison nacido en las colonias norteamericanas de Inglaterra, Ben. Ben Harrison fue independentista y no cualquier independentista sino miembro del Congreso, y no cualquier congresante sino aquel que, en calidad de presidente del cuerpo, leyó la resolución por medio de la cual se declaró la independencia de los Estados Unidos. De Ben era hijo William Henry Harrison. Tras la muerte temprana de su padre, fue criado por hombres del *entourage* del libertador George Washington.

Yorkinos debían ser también Henry Clay y John Quincy Adams, integrantes del partido *whig* y yorkino se demostraba el delegado de éstos en México, Joel Poinsett, organizador allá de la dicha loggia. Y consecuencialmente debía serlo el diplomático destacado en Bogotá. Pero, a pesar de su origen tan subido, no era perfecta la adscripción de William Henry Harrison al grupo que ejercía el poder en los Estados Unidos. El presidente Adams lo detestaba y sólo por la presión de todo el gabinete aceptó darle el nombramiento en Colombia, después de haberle negado el de México, donde prefirió a Poinsett, y el de Perú, donde prefirió a William Tudor. Henry Clay fue su padrino para el cargo.

Los ministros de Bolívar calificaban de primitivo al hombre alto, con traje simple y pesado y modales secos. En general lo despreciaban. Pero en verdad tras el largo rostro ajado por el tiempo, había historias, por ejemplo, historia de guerra a los indios en el episodio que —nada menos— desencadenó la Segunda guerra de Independencia norteamericana. Sí, la carrera de Harrison estaba vinculada a la guerra que tuvo por fondo secreto un plan para la conquista norteamericana de la América española adversado por Bolívar en sus años de joven general independentista con comando en Cartagena. No es casualidad que 16 años después vuelvan a enfrentarse los dos hombres en lo que será un segundo intento. El

nombre de Harrison estaba vinculado a la batalla de Tippecanoe, que desató la guerra mencionada. Notemos este pasado en las siguientes fichas de enciclopedia:

Harrison, William Henry: «Siendo gobernador del nuevo territorio de Indiana, en respuesta a la presión de los colonos blancos, negoció unos tratados que cedían a EE.UU. dos millones de acres de tierras de los indios shawnees. Los shawnees se opusieron. Ante la situación conflictiva, el general británico Isaac Brock se juntó con los shawnees y entre todos, en alianza, tomaron Detroit. El jefe shawnee Tecumseh organizó una rebelión y un congreso indígena en el que se prohibió a cualquier jefe vender las tierras de la tribu».

Tecumseh: «Jefe de la tribu shawnee que luchó contra la expansión de Estados Unidos en el oeste a principios del siglo XIX. Nació en Old Piqua (Ohio), y era hijo de un jefe shawnee que murió combatiendo a los colonos blancos en la batalla de Point Pleasant. Tecumseh se opuso a cualquier tipo de cesión de tierra de los indios a los blancos, manteniendo que las cesiones realizadas por una sola tribu eran ilegales si no obtenían el consentimiento de todas las demás. Él y su hermano Tenskwatawa, un visionario religioso llamado “El Profeta”, pronunciaban discursos en contra de la adopción de las costumbres de los blancos, sobre todo el uso del alcohol. En 1808 fueron expulsados de Ohio y se trasladaron a Indiana, donde trataron de formar una gran alianza de tribus con la ayuda de los británicos de Canadá».

Tenskwatawa. «Hermano de Tecumseh llamado El Profeta. Mantuvo un gran número de seguidores entre los indios shawnees gracias a su declaración, hecha en 1805, de que había recibido un mensaje del “Maestro de la Vida” y tenía contacto con el mundo sobrenatural. Partidario de volver a las formas de vida tradicionales, rechazó la introducción del alcohol, las vestiduras de tela y la propiedad

personal de la tierra, todas obras del hombre blanco, y trabajó con Tecumseh por una confederación india que resistiera la invasión del territorio de los indios por EE.UU. En ausencia de su hermano, permitió que los shawnees se dejaran arrastrar a la batalla de Tippecanoe (1811), donde fueron derrotados por fuerzas estadounidenses a las órdenes del general William Harrison».

Tippecanoe, (7 nov. 1811). «Victoria de soldados de EE.UU. sobre los indios shawnees, triunfo que contribuyó en gran medida a establecer la reputación del general Henry Harrison ante la opinión pública norteamericana».

Los episodios que rodean a la batalla de Tippecanoe han sido llevados a cine en la película *Tecumseh: The last warrior*, dirigida por Larry Elikann en 1995, con una inteligente recreación de los tratos de *Tenskwatama* con el “Maestro de la Vida”. Su productor fue Francis Coppola.

Tras Tippecanoe fue inevitable la guerra, como se muestra en la siguiente nota:

Sesión especial del Congreso: «El presidente Madison convocó una sesión especial del Congreso en noviembre de 1811 para preparar la guerra. La alianza británica con los shawnees dirigidos por Tecumseh también aumentó la tensión, promoviendo el deseo de una invasión estadounidense de Canadá. Tras meses de debate, el Congreso de Estados Unidos, el 18 de junio de 1812, declaró la guerra a Gran Bretaña».

Tecumseh luchó junto a los británicos en esa guerra y murió el 5 de octubre de 1813 en la batalla del Thames, cerca de Thamesville, Ontario. De acuerdo a la última de las fichas transcritas, el despojo de dos millones de acres a los indios swanees, además de ser una operación altamente rentable para Harrison y sus mandantes, funcionó como acto de provocación de la Segunda guerra de Independencia de los Estados Unidos. Esto, asociado a la involucra-

ción del general desde el nacimiento, con los más altos cenáculos del poder norteamericano, autoriza a pensar que tal vez fue de los poquísimos ciudadanos de aquel país que tuvo conocimiento de las causas secretas expansionistas de esa guerra. Cuando ésta termina, Harrison se retira a sus tierras, intenta negocios. Como dueño de un poderoso currículum antibritánico, es elegido congresante en 1816. Apoya en el Congreso la política sudamericana de Henry Clay, que lo envía en misión a Bogotá en los mismos días del atentado contra la vida del Libertador y de la carta que le dirigía racionalizando el hecho, apoyándolo en el fondo. Desembarcó en Cartagena, se dirigió a Maracaibo, de allí a Curazao, donde se entrevistó con enemigos de Bolívar, regresó a Maracaibo y se desplazó a Bogotá, llegando en total a esta capital seis meses después de su desembarco en Cartagena. ¿Qué, además de viajes, ha hecho en ese semestre? Napoleón Bonaparte ya no existe, tampoco Tecumseh, pero sí James Monroe, Clay y Bolívar. Los tres han crecido mucho.

Capítulo 2

«Al General Sucre que proclame Emperador al Libertador»

Mientras tanto, las tropas peruanas han tomado Guayaquil, Sucre se moviliza contra ellos y en una rápida campaña sus 4.000 hombres vencen a los 7.000 del ejército peruano en el sitio de Tarqui. Luego concede a los alzados una capitulación magnánima, conocida como el Tratado de Girón. En. En vez de crear un Perú atropellado, busca crear uno perdonado, reconciliado. «La justicia de Colombia es la misma en la victoria que en la derrota», había dicho a los españoles vencidos en Ayacucho y repite aquí su actitud generosa.

Lo que se peleaba en la batalla de Tarqui y lo que se obtuvo se puede leer en la correspondencia recogida en 36 tomos del Archivo

del general Daniel Florencio O`Leary: carta del general Rafael Urdaneta a Vergara:

«Sucre está muy decidido, tanto que la primera idea que se le ocurrió para premiar la brillante conducta de Flores, fue darle el título de Príncipe de Tarqui. De los generales, los jefes y el ejército todo no hay que hablar. No se pasa lista en ningún cuerpo sin dar tres vivas al Libertador, y Sucre ha dicho que aquel es el ejército del Libertador. Acabada la batalla quisieron proclamarlo, pero O`Leary les dijo que era mejor dejarlo para después. De Venezuela me escribe Soublette en las mismas ideas...»¹.

Y más adelante:

«Entre las muchas cosas que me ha dicho O`Leary, la siguiente es muy notable. Firmado que fue el tratado, le dijo Gamarra (el general derrotado): “se acabó la República peruana” O`Leary le dijo que no concebía en qué fundaba aquel raciocinio, siendo como era ventajoso el tratado para ellos. Entonces le llamó aparte y le dijo: “mire U., la conspiración del 25 de Septiembre y la revolución de Pasto no valen nada comparadas con el estado del Perú. Hemos tenido que acogernos á esta guerra para mantenernos en pie algo más, intimidando el pueblo con los colombianos; estábamos seguros de ser batidos por ustedes cualquiera que fuese su número. ¿Cuál será nuestro estado? Derrotados ayer, no hay más que esperar”. Después le dijo: “yo conozco el espíritu de que está animado hoy el ejército y la mayor parte de los colombianos; diga Usted al General Sucre que proclame Emperador al Libertador y que cuente conmigo y esos tres cuerpos que me quedan, que después arreglaremos los medios de agregar el Perú á Colombia”. En otras conversaciones le dijo: “el Perú no será más que lo que sea Colombia; cualquiera cosa que ustedes hagan, el Perú los sigue”».

La expresión “la conspiración del 25 de Septiembre y la revolución de Pasto no valen nada comparadas con el estado del Perú”, debe entenderse como una separación de los peruanos de sus aliados liberales colombianos.

Pero todo no es paz. Un párrafo disonante aparece en la carta del jefe maracaibero:

«Por mis conversaciones con O’Leary sé que Córdoba está muy disgustado, haciéndose que está muy ligado con Obando y todos los facciosos de Pasto, y que tiene entre manos un plan de separar la Nueva Granada. Esto se ratifica por cartas de los jefes de los cuerpos que he visto, y una carta de Mosquera, su Jefe de Estado Mayor, que acabo de leer, lo confirma. O’Leary informó al Libertador desde Pasto, y mañana voy a despachar a Zárraga con mis informes y con prevención de hablar con Whittle y otros en Pasto. Estas son calaveradas de Córdoba, pero es preciso cortarles en tiempo el reversino. La facción de Pasto está viva, y muy insolente. ¡Qué capitulación tan inicua! Se la envió a Ud. en confianza y devuélvame. Es preciso quitar á Córdoba del puesto; y Obando y López deben sacarse de allí, tanto para evitar ahora cualquiera cosa, como para lo sucesivo, porque siempre nos estorban».

Y hay más. Adviene una situación ambigua. Los derrotados peruanos no se retiran de Guayaquil.

Capítulo 3

«La misión de desorganizarnos»

Harrison compró una casa amplia en el centro de Bogotá para sede de la embajada y allí lo frecuentaba, entre otros, Segismundo Leiderdorf, a quien hemos visto fugazmente en varios momentos

de este capítulo y veremos en otros. Todo pintaba al embajador como un masón yorkino pero los colombianos que lo rodeaban desde su desembarco en Maracaibo tenían un marcado olor a Jeremy Bentham, el filósofo inglés de la usura, visto con asco por los yorkinos. Benthamiano era el sistema de ideas del partido liberal de Santander y a raíz del atentado de septiembre, Bolívar había prohibido la enseñanza de Bentham en el territorio de Colombia al tiempo que proscribió las sociedades secretas masónicas. Benthamianos más o menos significaba masones escoceses, adversarios de las logias de York a lo largo de toda América. Otra cosa es que, independientemente de los matices que identificaran a los amigos de Harrison, éste no despertaba mayor alarma entre los asistentes de Bolívar. No sucedía igual con su secretario, Tayloe. El ministro de Relaciones Exteriores, Vergara, escribía al Libertador en marzo de 1829:

«...pero su Secretario merece el concepto de un intrigantillo. Ha estado mucho tiempo en la escuela de Poinsett en Méjico, y algo ha de haber aprendido de aquel famoso intrigante, autor de las desgracias de Méjico. Me parecía ayer muy poco complacido y aún azorado con las noticias del Sur. (noticias del triunfo de Sucre en Tarqui) no será extraño que él haya venido con la misión de desorganizarnos»².

De acuerdo a este párrafo, el canciller Vergara no conocía las acciones, ciertamente muy discretas, de Tayloe en el atentado de septiembre, que roza Liévano en la página 54 de su ensayo.

Añade Vergara en el próximo párrafo detalles relativos a Tayloe y a la guerra sobre Guayaquil, donde el Perú ha tenido indudable simpatía norteamericana:

«El Secretario del señor Harrison (Tayloe) me dijo con cierto aire de satisfacción y sin que se lo dijera al Ministro (Harrison), que una fragata y una corbeta de guerra

de los Estados Unidos habían salido ya para el Pacífico (Vergara asume que para la guerra de Colombia y el Perú) y preguntándole yo el objeto que llevaban, me respondió muy embarazado que el de proteger el comercio. Por el tono de su contestación, he creído que estos buques llevan alguna mira siniestra y oculta, aunque no puedo adivinar cuál sea. V. E. se acordará el aire de satisfacción con que le contestó Poinsett al señor Gual cuando éste le preguntó noticias del Perú, que no tenía otra sino que todas las providencias de V. E. y los nombramientos que había hecho, principalmente para Obispos, habían sido revocados. Me atrevo á creer que de parte de los Estados Unidos ha habido algún manejo para la guerra del Perú; tanto atrevimiento, tanta osadía en La Mar y sus secuaces, tienen algún misterio. Los norteamericanos, según una expresión del señor Harrison, no han improbadado la agresión a Bolivia. Manifestándome él los deseos de su gobierno para que terminase la guerra “entre el Perú y Colombia”. Pregunté si proponía una mediación, y me contestó que no, porque le sería embarazoso a su gobierno tratar de la invasión de Bolivia, atendiendo a que el Perú se denegaría a todo convenio en el particular».

Trae en su portafolio una corona para el Libertador

A continuación, Vergara aborda lo que constituía la contrafigura de Harrison en Colombia, Charles Bresson, diplomático francés que, según Salvador de Madariaga, era visto en Bogotá como que traía la corona para Bolívar en su portafolio.

«Ha llegado á Cartagena el señor Bresson. Ha sido muy bien recibido, y me escribe el señor Canabal que estaba muy complacido de hallarnos en tanta tranquilidad y quietud. La comparación de nuestra situación con la de Méjico, á donde fue primero y tuvo que salirse inmediatamente, debe sernos muy favorable».

Sí, Charles de Bresson trae en su portafolio una oferta de alianza de Francia con Colombia, que implica la colocación en un trono situado en Bogotá, de un príncipe francés. El canciller que lo enviaba, La Ferronay, había sido uno de los hombres más adictos a Chateaubriand. Seguramente para formular amenaza decente o disimulada, Henry Clay había dicho a Bresson

«...que él sabía de modo positivo que la ambición de Bolívar había abrazado la América entera, aspirando a constituirse en jefe de aquel vasto Imperio; pero que descubiertos a tiempo estos proyectos, resultaban ya impracticables, pudiendo confiarse en que Bolívar, de cuyo corazón era imposible esperar ya nada, atendiera al discernimiento de su cabeza para presentarse como un buen ciudadano»³.

No podía ser casual la llegada a Bogotá, al mismo tiempo, de los representantes de las dos potencias que tendían sus manos sobre Colombia, el uno para combatir la monarquía, el otro para apoyarla. Bresson viene huido de las acciones de Joel Poinsett en México.

A causa de la ausencia del Libertador, los embajadores presentaron sus cartas credenciales ante el Consejo de Gobierno, vale decir el núcleo del plan monárquico en Colombia. En carta de fecha 29 de Abril de 1829 dirigida desde Quito, Bolívar autorizaba al ministro de Relaciones Exteriores Vergara para que, privadamente, hablara con el Encargado de negocios de Inglaterra «a intento de conseguir la ayuda de ese país para salvar á Colombia de la anarquía y la desolación». No nombraba más, pero ello constituyó una autorización para los hombres del Consejo de Gobierno en los trabajos a favor de una monarquía.

En comunicación dirigida por Vergara a Moore, sucesor de Harrison, de fecha 18 de octubre de 1829, se acusará a Harrison de haber entrado en relaciones con personas

«...notoriamente desafectas» al gobierno.../...No nos queda duda de que sostuvo buena correspondencia con los conjurados y asesinos de Septiembre, a los cuales califica en su nota de 27 de Mayo⁴, de “excelentes patriotas, de hombres arrojados y de espíritus capaces de oponerse á las enormidades que venían cometéndose”, y a quienes en despacho anterior había señalado a su gobierno como “la parte inteligente del pueblo y como amantes de los Estados Unidos y de sus instituciones”»

Efectivamente, en la nota en referencia, de 27 de Mayo de 1829, asienta Harrison su percepción de que la elección de diputados al Congreso Constituyente está marcada por el fraude:

«A Usted podrá parecerle extraño que con anticipación se sepa lo que hará un cuerpo de hombres que todavía han de elegirse por el pueblo de un vasto país. Pero la sorpresa cesará cuando se sepa que los electores que han de escoger los miembros de la Convención, así como los mismos miembros, son todos designados por las mismas personas que han escogido la senda que los últimos adoptarán y que la masa del pueblo de Colombia tendrá que ver con esas medidas tan poco como las de Ohio».

El embajador continuaba muy visitado por el inversionista Leidersdorff, de quien escribe: «...está mejor informado que ninguna otra persona de los secretos de la historia política de este gobierno. En realidad, rara es la determinación de que por uno ú otro conducto no llega él á tener conocimiento». El 28 de julio escribe: «En Antioquia ha surgido un gran feeling anti monárquico», y el 21 de julio en carta a Van Buren:

«Antioquia y Popayán han elegido personas partidarias de un gobierno libre, entre ellos Sucre y Córdoba, mientras que Ambato no envía Diputados porque ya escogió a Bolívar Emperador»⁵.

Esta inclusión de Sucre entre los adversarios de Bolívar será desmentida por los hechos pero probablemente las fuentes que informaban a Harrison tomaban por tal alineación la normal moderación del mariscal de Ayacucho en la muy tensa vida política de Colombia. El embajador narra haber asistido a una fiesta de graduación de un curso de teología y haber allí un general Herrán tomado la palabra para brindar a la salud del general Bolívar. Dijo, según Harrison, que le daba lo mismo si el general Bolívar era rey, Libertador o presidente vitalicio. Circula un texto titulado «Ojeada al mapa de América española», cuya autoría se atribuye al Libertador y que explicita acerbas «críticas a los gobiernos libres (pronorteamericanos) de México y Argentina» y propone regímenes más fuertes.

El sistema de ideas que se desprende de la «Ojeada...» venía de antes. En su discurso de Angostura y posteriormente en la Constitución de Bolivia, Bolívar había dado a conocer sus ideas en punto a gobierno. Tenían más de la monarquía constitucional, tal como se practicaba en la Gran Bretaña, que de las ideas esparcidas en el mundo por la revolución francesa o por la de los Estados Unidos, por cierto prudentes y conservadoras. No eran sólo del Libertador, pensamientos monárquicos o semimonárquicos habían brotado en las demás secciones del continente hispanoamericano, mucho en Argentina, por ejemplo, y también en la América del norte, donde Jefferson había siempre calificado a Washington y a Hamilton como monarquistas disfrazados. Jefferson era el maestro de Harrison. La síntesis del pensamiento de Bolívar estaba en su proposición: presidencia vitalicia para él, derecho de nombrar su sucesor, que sería también vitalicio, un Senado hereditario, cuyos miembros serán elegidos por él. Poco después, al parecer indignado por las críticas o resistencias que salen a su proyecto, Bolívar escribe «que no quiere nada, que si quieren federación hagan federación, si quieren la constitución de Cúcuta con 20 provincias que la hagan, que si no querían monarquías, ni vitalicias ni aristocracias,

podían de una vez ahogarse en el estrepitoso y alegre océano de la anarquía» y en julio 6, ya más calmado, responde a sus ministros, que manejan el tema, eliminando la palabra «protección» pero señalando que sin eso, la anarquía devorará a Colombia⁶.

Capítulo 4

«Los Estados Unidos que parecen destinados a plagar la América de miserias a nombre de la Libertad»

Desde Guayaquil, en Agosto 5 de 1829, el Libertador⁷ remite una carta dirigida «Al Sr. Coronal Patricio Campbell, Encargado de Negocios de Su Majestad Británica» que ha sido famosísima por sus citas parciales, recortadas por historiadores interesados en «proteger» o en proteger la memoria del Libertador. Se ofrece aquí en versión íntegra porque pinta el momento político de una manera perfecta:

«Guayaquil acusar, Mi estimado Coronel y amigo:

Tengo la honra de á U. el recibo de la apreciable carta de U. de 31 de Mayo fechada en Bogotá. No puedo dejar de empezar por dar a U. las gracias por la multitud de bondades que U. derrama en toda su carta hacia Colombia y hacia mí. “¡Cuántos títulos no tiene U. a nuestra gratitud”. Yo me confundo al considerar lo que U. ha pensado, lo que U. ha hecho desde que está entre nosotros para sostener el país y la gloria de su jefe.

El Ministro inglés residente, en los Estados Unidos me honra demasiado cuando dice: que espera en Colombia sola, porque aquí hay un Bolívar. Pero no sabe que su existencia física y política se halla muy debilitada y pronta a caducar.

Lo que U. se sirve decirme con respecto al nuevo proyecto de nombrar un sucesor de mi autoridad que sea príncipe europeo, no me coge de nuevo, porque algo se me había anunciado con no poco misterio, y algo de timidez, pues conocen mi modo de pensar.

No sé qué decir á U. sobre esta idea que encierra mil inconvenientes. U. debe conocer que por mi parte no habría ninguno, determinado como estoy a dejar el mando en este próximo Congreso: mas ¿quién podrá mitigar la ambición de nuestros jefes y el temor de la desigualdad en el bajo pueblo? ¿No cree U. que Inglaterra sentiría celos por la elección que se hiciera de un Borbón? ¡Cuánto no se opondrían los nuevos Estados americanos y los Estados Unidos que parecen destinados a plagar la América de miserias a nombre de la Libertad! Me parece que ya veo una conjuración general contra esta pobre Colombia (ya demasiado envidiada) de cuantas Repúblicas tiene la América: todas las prensas se pondrían en movimiento llamando a una nueva cruzada contra los cómplices de traición a la Libertad, de adictos a los Borbones, y de violadores del sistema americano. Por el Sur encenderían los peruanos la llama de la discordia: por el Istmo los de Guatemala y Méjico: y por las Antillas los americanos y los liberales de todas partes. No se quedaría Santo Domingo en la inacción, y llamaría a sus hermanos para hacer causa común contra un príncipe de Francia; todos se convertirían en enemigos, sin que la Europa hiciera nada para sostenernos, porque no merece el Nuevo Mundo los gastos de una Santa Alianza: a lo menos tenemos motivos para juzgar así por la indiferencia con que se nos ha visto emprender y luchar por la emancipación de la mitad del mundo, que muy pronto será la fuente mas productiva de las prosperidades europeas.

En fin, estoy muy lejos de oponerme a la reorganización de Colombia conforme á las instituciones expe-

rimentadas de la sabia Europa. Por el contrario, me alegraría infinito y reanimaría mis fuerzas para ayudar a una obra que se podría llamar de salvación, y que se conseguiría no sin dificultad sostenidos nosotros de la Inglaterra y de la Francia. Con estos poderosos auxilios seríamos capaces de todo; sin ellos, no. Por lo mismo yo me reservo para dar mi dictamen definitivo cuando sepamos qué piensan los gobiernos de Inglaterra y de Francia sobre el mencionado cambio de sistema y la elección de dinastía.

Aseguro a U., mi digno amigo, y con la mayor sinceridad, que he dicho a U. todo mi pensamiento y que nada he dejado en mi reserva. Puede U. usar de él como convenga a su deber y al bienestar de Colombia: esta es mi condición, y en tanto reciba U. el corazón afectuoso de su atento obediente servidor,

Bolívar».

En Quito, Bolívar había emitido un decreto por el que la posesión del subsuelo de toda Colombia queda reservada al Estado, sin mayores derechos para el particular que posee la tierra. Radicalmente estatista, esta legislación permitiría a Venezuela ser un país rico a raíz de la aparición del petróleo. Sólo se la intentará revisar durante el golpe de abril de 2002, que derrocó a Hugo Chávez por dos días.

El Libertador regresa a Bogotá. Imaginémoslo caminando por la casa de gobierno: flaco, pequeño, nervioso, elegante por el uniforme de General en Jefe. Si se fuera a juzgar por la carta de Urdaneta sobre Tarqui está en su momento más pleno, otra sería la idea si se conociese una carta que dirigió a su Ministro de Relaciones Exteriores, Estanislao Vergara desde Buijo, frente a Guayaquil, días después⁸.

Empieza contento, «quedo enterado de cuanto me dice de Francia y Estados Unidos, y de nuestras buenas elecciones en esos cantones»,

pero enseguida agrega: «Pienso como U. que el continente americano va señalándose de una manera tan escandalosa que no puede menos que alarmar a la Europa para sostener el orden social».

Su preocupación es inspirar confianza a Europa. En ese tema continúa:

«No podemos inspirar confianza alguna a nadie. Me ha tenido tan melancólico estos días la perspectiva de la América, que ni la caída de La Mar y los servicios que nos ha hecho el Perú en su mudanza me han consolado; y antes por el contrario han aumentado mi pena, porque esto nos dice claramente que el orden, la seguridad, la vida y todo se aleja cada vez más de esta tierra, condenada a destruirse ella misma y ser esclava de la Europa. Esto lo creo infalible, porque esta inmensa revolución no la encadena nadie».

Se refiere a los alzamientos de los liberales, abundantes y lejanos geográficamente los unos de los otros. Se propone decir su pensamiento sobre el problema de la monarquía y en general de la forma de gobierno. Es muy pesimista:

«Mi opinión es vieja, y por lo mismo creo haberla meditado mucho.

Primero: no pudiendo yo continuar por mucho tiempo a la cabeza del gobierno, luego que yo falte, el país se dividirá en medio de la guerra civil y de los desórdenes más espantosos.

Segundo: para impedir daños tan horribles, que necesariamente deben suceder antes de diez años, es preferible dividir el país con legalidad, en paz y buena armonía».

Acepta, pues, la división de la unidad que hizo siempre su ilusión de prosperidad de las colonias que ha liberado. Hay más, piensa en un tiempo de diez años para que llegue su muerte. Es importante porque morirá dentro de año y medio y mientras los

pintores oficiales lo representarán como ajado y frágil, grandes de decadencia los ojos en estos años, otros pintarán un hombre fuerte, de cuerpo lleno y ojos brillantes. ¿Conspiración iconográfica dirigida a presentar ante la historia como natural una muerte que quizá es prematura, debida al veneno?

«Tercero: si los Representantes del pueblo en el Congreso juzgan que esta providencia (la fragmentación pacífica de Colombia) será bien aceptada por este, deben verificarlo lisa y llanamente, declarando al mismo tiempo todo lo que es concerniente á los intereses y derechos comunes.

Cuarto: en el caso de que los representantes no se juzguen bastantemente autorizados para dar un paso tan importante, podrán mandar pedir el dictamen de los Colegios electorales de Colombia, para que estos digan cuál es su voluntad y sus deseos; y conforme á ellos, dar á Colombia un Gobierno.

Quinto: no pudiéndose adoptar ninguna de estas medidas, porque el Congreso se oponga a ellas, en este extremo solamente debe pensarse en un gobierno vitalicio, como el de Bolivia; con un senado hereditario como el que propuse en Guayana (Discurso ante el Congreso de Angostura, 1817). Esto es todo cuanto podemos hacer para consultar la estabilidad del Gobierno, estabilidad que yo juzgo quimérica entre Venezuela y Nueva Granada, porque en ambos países existen antipatías que no se pueden vencer. El partido de Páez y el de Santander están en este punto completamente de acuerdo, aunque el resto del país se oponga a estas ideas.

El pensamiento de una monarquía extranjera para sucederme en el mando, por ventajoso que fuera en sus resultados, veo mil inconvenientes para conseguirlo».

Atención a la expresión «por ventajoso que fuera en sus resultados». En el siglo veinte, cuando hayan triunfado universalmente

las repúblicas sobre las monarquías, quedando estas últimas como anacronismo reaccionario, este pensamiento de Bolívar constituirá escándalo. Doble escándalo por venir justamente del hombre que expulsó a la monarquía española de América. En ello estarán de acuerdo los capitalistas republicanos por razones obvias, y los marxistas, cuya teoría ve el régimen capitalista burgués como una superación del régimen monárquico. Vivezas de ambos lados, honestidades de ambos lados, marcarán dos siglos de discurso histórico con la ocultación del pensamiento autoritario del Libertador, semimonárquico respecto a su persona y aceptador de monarquías europeas. Lo asumirá el nacionalismo de derecha, militarista, junto al nombre de Bolívar.

Continúa el Libertador su enumeración:

«Primero: ningún príncipe extranjero admitirá por patrimonio un principado anárquico y sin garantías.

Segundo : Las deudas nacionales y la pobreza del país no ofrecen medios para mantener un príncipe y una Corte miserablemente.

Tercero: las clases inferiores se alarmarán, temiendo los efectos de la aristocracia y de la desigualdad.

Y cuarto: los Generales y ambiciosos de todas condiciones no podrán soportar la idea de verse privados del mando supremo».

Ahí están pintadas algunas de las realidades.

«No he hablado de los inconvenientes europeos, porque pudiera darse el caso que no los hubiera, suponiendo siempre una rara combinación de circunstancias felices».

«En cuanto a mí, U. debe suponerme cansado de servir y fatigado por tantas ingratitudes y crímenes que se cometen diariamente contra mí. U. vio el caso extremo en

que me colocó la Gran Convención, de dejar sacrificar el país, o de salvarlo a mi costa. El artículo de que U. me habla, el más favorable que se ha podido escribir a mi honor, únicamente dice que mi usurpación es dichosa y cívica. ¡Yo usurpador! ¿Una usurpación cometida por mí? Mi amigo, esto es horrible: yo no puedo soportar esta idea; y el horror que me causa es tal, que prefiero la ruina de Colombia a oírme llamar con este epíteto».

Cuando dice «aceptar la ruina de Colombia» se refiere a renunciar a la dictadura que entiende como la salvación de Colombia, y lo era. Los artículos de *El Demócrata*, periódico liberal bogotano, están llenos de ataques a Bolívar. Si ante un articulista que califica su gobierno de usurpación al tiempo que de dichosa y cívica, su reacción es horrorizada, más lo es ante los que le acusan de tirano ambicioso. Junto a esto va la calificación de traidor al liberalismo. Lo raro no es que *El Demócrata* diga eso, lo raro es que Bolívar se declare torturado por ello. Porque él es un guerrero y un guerrero sabe que va a ser atacado, con armas de fuego, con hierro afilado, con intrigas, calumnias, con la crítica elevada y con la rastrera. Si Napoleón se hubiera deprimido porque los ingleses hablaban mal de él, no hubiera sido Bonaparte.

Capítulo 5

Un punto frágil, la gloria

Claro que Simón Bolívar fue liberal, claro que fue el ídolo del liberalismo europeo, claro que ahora es adverso. Claro que sólo se revela antiliberal después que se alió a la opinión liberal para apoyar la Independencia. No mienten quienes tales cosas dicen. Pero él no puede complacer a los Benjamin Constant del mundo, porque el liberalismo no es sólo versos de Lord Byron, es bancos

prestamistas como el que representa Segismundo Leiderdorf. Lord Byron planeaba, tras concluir sus andanzas de independencia griega, instalarse en Angostura a administrar un hato de ganado fino. A negocios se entrega Santander. Negocios. Varias cosas indican que Bolívar vio el futuro en la reunión de Santa Ana, figuras y cifras pintadas sobre las montañas con niebla. Inglaterra prosperando, Francia prosperando, España prosperando, Rusia prosperando con base en América. Y él como príncipe hispano, como el hombre de espada del gran negocio. Debía conocer eso antes, teóricamente, pero la reunión con Pablo Morillo dejaba atrás cualquier teoría. Tras Morillo estaba Riego y tras Riego Inglaterra. De Santa Ana bajó al poblado de Trujillo a entrevistarse con el arzobispo Lazo de la Vega para conspirar contra lo liberal. Por eso lo odiaban, tenían que odiarlo, era inevitable que lo odiaran.

Quien conozca el carácter de Simón Bolívar no le puede suponer débil. Pero su retrato muestra un punto frágil, la gloria, y por ahí lo atacan estos eficientes europeos y estos liberales colombianos. Pero si esos ataques lo alcanzan, si sinceramente considera inglorioso ser rey o aspirar a la corona, es liberal. Tal vez viven en él liberalismo y antiliberalismo juntos, desgarrándolo. Jamás se dolió de los dardos que le lanzaron los hispanos, calificándolo de traidor a la madre patria, de mal hijo que apuñala a España en el momento en que se ve asaltada por Bonaparte; mil dardos más le lanzaron y nada le importaba, ahora evidencia un dolor moral. ¿Debía preferir la anarquía y la recolonización norteamericana?

Tal vez la verdad era más simple, tal vez la carta enviada desde Bujío estaba llamada a publicación por diarios amigos en Europa, a ser mostrada por los ministros a personas en Bogotá, personas de fondo liberal que despertarían a la decepción cuando las cosas maduraran. Desprendimiento había en cuanto Bolívar había nacido millonario y ahora poseía casi nada. Muy poco podía añadirle la corona a su gloria, más bien mucho le estaba quitando, pero den-

tro del sistema de medias verdades de la política, desprendimiento era no ser rey, querer serlo era ambición.

«U. dirá que después no será lo mismo. Replico: que no pudiendo nuestro país, (tener) ni la libertad, ni la esclavitud, mil revoluciones harán necesarias mil usurpaciones. Esto es un hecho, mi amigo: y tómese por donde se quiera, los sucesos del año 28 han decidido de mi suerte».

Depresión, otra vez.

«U. verá por la Secretaría general lo que escribe el Gobierno del Perú, mandando entregar la plaza de Guayaquil por medio de un armisticio que ya debe haberse concluido, y debe traerlo el parlamentario de guerra, de hoy a mañana».

Es la ratificación del triunfo de Tarqui, pero a continuación Bolívar lanza un plan extraño, sugiere a sus ministros que dividan ellos a Colombia, sin esperar a Santander. ¿Es una idea real o una acuñación para que la lean los llamados a ser ilusionados por ella?

«Advertiré á U. de paso que si Us. adoptan la medida que he indicado antes, de establecer un gobierno particular para cada sección, Us. aseguran su suerte de una manera irrevocable. Sin duda alguna Us. se pondrán á la cabeza de la opinión pública, y aún mis enemigos mismos los considerarán a Us. como los verdaderos salvadores. Mis amigos son inmensos y los de Santander casi son imperceptibles. Ligándose U. para este fin, ahogan al otro y le quitan las armas de que se está valiendo. Deben Us. contar para afirmar este plan, con todos los Generales adictos á mí, inclusive los venezolanos, porque yo sé muy bien cuáles son sus ideas, y siempre preferirán el partido más sano. Desde luego creo que Santander no debe componer por ahora parte de este Gobierno, pues sus enemigos son muchos en todas partes, y los medios que puede emplear

para destruirlos serán muy criminales, y por lo mismo dañosos. Si Uds. adoptan este partido y se oponen desde luego a Santander, cuenten Us. con el Sur, pues el General Sucre, Flores, el ejército y todas las personas pudientes de este país, preferirán estar ligados á Us., que dividirse, porque conocen muy bien que solos están expuestos con el Perú a cuanto quiera aquel país; y Pasto, por el Norte, es un peligro horrible.

Ruego á U. que muestre esta carta a los Sres. Ministros para que la mediten y decidan lo que tengan por conveniente».

A continuación el Libertador muestra un desgano total por el poder. Recordemos que el hombre que escribe esta carta viene de obtener un éxito trascendental, que el rebelde La Mar, el conspirador La Mar, declaró su aceptación del imperio de Bolívar.

«Un país que está pendiente de la vida de un hombre, corre tanto riesgo como si lo jugaran todos los días a la suerte de los dados. Y si este hombre ha sufrido mucho durante veinte años, tiene muchos enemigos que lo quieren destruir, está fastidiado del servicio público, y lo aborrece mortalmente; entonces la dificultad de mantener este estado se multiplica hasta lo infinito».

En el final de la misiva, Bolívar insiste en que su deseo de retiro es sincero.

«Esta es la verdad, mi querido amigo, y créame U. sobre mi palabra. Yo no quiero engañar á UU., ni perderme yo, no puedo más; y este sentimiento me lo dice mi corazón cien veces por día. Póngase U. en mi lugar para que me pueda excusar, y penétrese U. bien de su posición para que conozca que lo que digo es cierto. Ambos necesitamos de tomar un partido. UU. el suyo, yo el mío. Con esta medida quedaremos todos bien o al menos menos mal».

«Quedo de U. de corazón, Bolívar».

¿Por qué Bolívar necesita demostrar que su desazón es sincera?
¿Necesita convencer a sus ministros o a lectores que están más allá?

Capítulo 6 Joel Poinsett en México

Si bien la causa de Bolívar había triunfado en forma trascendental en Tarqui, había sido golpeada en México. Joel Poinsett había impedido que el presidente Victoria y el Congreso mexicano aprobaran una Unión aduanera o mercado común hispanoamericano, del que se excluía a Estados Unidos. Mantenía amenazado a Victoria y particularmente a su ministro Lucas Alamán, de quien, recuérdese, escribe Vasconcelos que obtuvo que la Unión aduanera fuese firmada unánimemente por los delegados del Congreso de Tacubaya. La posibilidad de que México participara en una acción militar sobre Cuba también quedaba anulada. No se quedaba ahí Poinsett, se movía en la compra de Texas. En Texas estaban instalándose miles de norteamericanos sin autorización. Los Estados Unidos aspiraban a poseerla en forma legal a cambio de cinco millones de dólares. Guadalupe Victoria se negaba a eso pero el Congreso, manejado por los yorkinos examinaba la situación. Una campaña de calumnias azotaba a Alamán.

La impresión que esto da es la de una campaña de alcance continental, que tiene su comando en el Departamento de Estado y concretamente en la oficina del Secretario de Estado Henry Clay. Despliega acciones en ciudad de México (Tacubaya), Texas, Bogotá, Caracas, Guayaquil, Lima y Bolivia. Su objetivo es el Libertador, destruir o al menos mediatizar fuertemente la Anfictionía, el proyectado estado colombo-peruano y en última instancia, la

Independencia hispanoamericana, substituyendo al poder español con el poder norteamericano, compartido o no con el británico. Joel Poinsett actúa como el principal general en campaña mientras que Harrison, aunque está en el sitio de mayor acción, parece no tener la jerarquía para ello. O quizá es una disposición correcta porque México está al lado de los Estados Unidos, es su zona de expansión inmediata, que empieza a invadir con la acción sobre Texas. Otro general en campaña es William Tudor. Tudor había sufrido a Bolívar en Lima. Miedo y odio, quizá fascinación, debieron correr por él viendo en carne y hueso al que consideró nuevo César. Cabe imaginar su examen furtivo a la pequeña y poderosa figura en el salón de los virreyes del Perú.

La estrategia norteamericana cuenta con aliados internos en los países hispanoamericanos —Santander, Vicente Guerrero, Páez, La Mar— una quinta columna que tiene motivos propios, oligárquicos, que la hacen muy vivaz. Se alimenta de las profundas grietas que existen entre Buenos Aires, México, Perú y Colombia, rivalidades que debieron estar cifradas en el silencio del general San Martín al retirarse de Guayaquil y del poder cuando su choque con Bolívar.

El momento de Tarqui parece ser de éxito de Bolívar, su triunfo definitivo o casi definitivo parece estar cifrado en las palabras de La Mar «el Perú no será más que lo que sea Colombia; cualquiera cosa que ustedes hagan, el Perú los sigue». Pero algo va a derrotar las cosas. Lo indicia el pedido de la mediación de los Estados Unidos, que era reconocerles un trozo de poder. Había más, si Texas era una herida, Cuba era peor. La importante isla dominaba el mar Caribe. Si los Estados Unidos la controlaban terminarían dominando los canales de Panamá y Nicaragua y con esto a Venezuela, Nueva Granada, Perú. Sin el concurso de México una invasión de Bolívar a la isla se dificultaba mucho, máxime estando José Antonio Páez rebelde en Venezuela. Harrison acababa de es-

cribir, entusiasmado por esta rebeldía, que Páez mandaba la mejor caballería ligera del mundo.

Para tener acceso a Panamá y Nicaragua, Bolívar necesitaba poseer aunque fuera las menudas islas de San Andrés y Providencia. Poseyendo Inglaterra a Jamaica, constituía ya un control de los canales, y con ello de la economía mundial. Meter a Europa en América era quebrar la doctrina Monroe. ¿Sería eso posible?

El largo rostro de Bolívar aparecía a veces marchito, marcado por un brillo de furia, atribuible a derrotas como la descrita en el informe enviado a Washington por Harrison en mayo de 1829:

«El general Páez acaba de dirigirme una proclama al pueblo de Venezuela en la cual le hace saber que Bolívar no ha alimentado otro deseo “que el de sentar las libertades del país sobre las más sólidas bases; pero que si llegara a apartarse de esos principios, él (Páez) sería el primero en clavarle un puñal en el pecho.../...Esta inesperada declaración ha llenado de consternación a los ministros, los cuales hacen lo posible por no dejarla circular. Algunos suponen que esta actitud se deba al hecho de que los sobrinos de Páez (sus hijos adoptivos), que han estado educándose en los Estados Unidos y que recientemente regresaron a Colombia, han llevado a su mente los principios de que se saturaron en nuestro país. Mi opinión es que a oídos de Páez ha llegado el proyecto de hacer que un príncipe extranjero será el sucesor de Bolívar, herencia a la que probablemente se cree él con mejores títulos»⁹.

Esta opinión de Harrison quizá constituye la mejor dilucidación del punto, discutido con aspereza entre paecistas y bolivarianos, acerca de si Páez propuso a Bolívar la corona o no. El tiempo trabajaría el punto, enemistados los dos líderes, convertida la corona en una vergüenza, ambos partidos la atribuyeron al otro.

Capítulo 7

Muerto Napoleón no había nadie que se le parara al lado

A veces, Bolívar aparecía imponente, majestático, como aquel a quien halaga la constatación de que su superioridad es total. Como hombre de peligros militares supera a todos, intelectualmente, redacta constituciones en discusión con los más eminentes juristas, como diplomático, su intriga toca muchos puntos del mundo. Y todo eso está al servicio de una filosofía de superación de la humanidad. ¿Quién en el continente podía parársele al lado? La idea de la corona para él había comenzado en los días de su juventud de Cartagena, cuando se rumoraba que Napoleón se proponía cruzar el Atlántico para venir a montar un imperio a orillas del Orinoco. Al Orinoco o a aquella Cartagena decían que iba a venir. Los hombres no despreciaban verlo comandar contra el corso que asustaba al mundo. Eso lo halagaba en sus tardes a bordo de un yate, entregado al amor con las dos hermanas.

Había visto a Napoleón Bonaparte desde lejos, en su coronación. En 1828 confesó a Perú de la Croix:

«Vi en París, en el último mes del año 1804, la coronación de Napoleón. Aquel acto magnífico me entusiasmó, pero menos su pompa que por los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba por el héroe. Aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular, excitado por las glorias, por las heroicas hazañas de Napoleón, victoreado en aquel momento por más de un millón de personas, me pareció ser, para el que recibía aquellas ovaciones, el último grado de las aspiraciones humanas, el supremo deseo y la suprema ambición del hombre. La corona que se puso a Napoleón sobre la cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica; lo que

me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que conquistaría el que lo libertase; pero ¡cuán lejos me hallaba de imaginar que tal fortuna me aguardaba!»

La práctica de la guerra le había puesto en comparación con Julio César, con Bonaparte, con Alejandro Magno. Era inevitable, consultando antes de la batalla lo que hicieron los grandes capitanes, quedaba medido con ellos a la hora en que los muertos alfombraban el campo de batalla y los incendios aún humeaban. ¿Se había sentido superior? El mundo lo veía. Sus cercanos le notaban indignación ante las comparaciones que le hacían con Jorge Washington, el pálido héroe de la Independencia norteamericana. Al poeta José Joaquín Olmedo, que le remitió el *Canto a Bolívar*, donde comparaba Junín y otras batallas suyas con las Termópilas, le había respondido: «Si he entendido bien, usted ha pretendido comparar las grandes gestas griegas con nuestra pobre farsa». «Si he entendido bien», modestia de gigante dirigiéndose a poeta con palabras que recogerá la historia. ¿Eran pobres farsas Junín, Carabobo, Ayacucho? Pero quien había dicho la verdad era el inca y doctor Choquehuanca: «...para que alguno pueda imitaros será preciso que haya un mundo por libertar»¹⁰.

Su superioridad se sintió en la reunión de Santa Ana que concluyó en su abrazo con Pablo Morillo. Generales hispanos que un mes antes se habían sentado ante Fernando Séptimo estaban ante él. ¿Qué era Fernando Séptimo? Un gordo astuto, dotado de fuerza. Ciertamente, había bailado con los dos hombres más potentes de su tiempo, Napoleón Bonaparte y Simón Bolívar. Y paró a los ingleses que pretendieron gobernarlo en cobro de que le habían rescatado a España. Y paró a Chateaubriand, que le liberó de los ingleses, cierto, y ahora mareaba a los americanos y británicos que le urgían reconocer la independencia. Ciertamente, es astuto y fuerte y lo

es en la debilidad, que es donde se miden los hombres, pero no hay en él grandeza de miras, tampoco genio militar que la sirva. Aquellos militares hispanos debían sentir la distancia de abismo que existía entre él y su soberano descendiente directo del rey Sol.

Después de la muerte de Bonaparte no había sobre la tierra nadie que se le parara al lado.

El barón de Les Cases había viajado a Bogotá a entregarle personalmente un ejemplar de su libro *Memorial de Santa Elena*, contenido de confesiones oídas a Napoleón en su prisión. Tal vez no fue distinto el trato dispensado a Bonaparte del dado al Libertador por el memorialista. Lord Byron había hecho pintar en la proa del barco en que se dirigió a Turquía a morir, un nombre: Bolívar. ¿Algún poeta famoso había puesto a algo el nombre Santander? ¿O Poinsett? ¿O Quincy Adams? ¿U Obando? ¿O William Tudor? ¿O Wellington? A Wellington quizá, Wellington había derrotado a Napoleón. Una derrota no muy clara, pero derrota al fin. Era el hombre más honrado de Europa y era en el presente Primer Ministro, tras la desaparición del nefasto Canning. Importante para Bolívar resultaba el conde de Aberdeen, ministro de Asuntos Exteriores de Wellington. Parecía no asignar ningún respeto a la Doctrina Monroe en tratos con la América española.

Ante Bolívar venían los condes a ofrecerle la corona, los delegados del zar ídem, obsequiosos, serviles. Entre los adláteres de él había varios buenos, Rafael Urdaneta, Flores, Antonio José de Sucre. Sucre, el mejor. Respetuoso pero no adulante, suyo sin límite ni traición, sin ambición de cosas distintas a las que Bolívar quisiera discernirle. Su único defecto era el desprecio a los oropeles del poder. Un defecto que lo hacía superior incluso a Bolívar. Hubo de prohibirle que usara las blusas sueltas de pescador de Cumaná con que se presentaba ante el Estado Mayor, supo que se bañaba desnudo y a la vista siendo presidente de Bolivia, supo que le

llamaban por sobrenombre, «Muley». No lo hacían delante de él pero aún así era fea omisión de aquel muchacho permitirlo. Bolívar no era popular, no le gustaba hablar español, lo hacía con sus generales y doctores por necesidades del servicio. Para su placer, sólo francés. Su único detalle popular era que, paseando de noche por el campo de batalla, como le gustaba, cuando veía a algunos soldados cantando, acompañándose con el guitarrico alrededor de la hoguera, se sentaba en el suelo a cantar como uno más. El culo más importante del mundo en tierra, junto a los simples soldados. No les hablaba, no cantaba las quejas de amor de ellos sino cantos de la patria que mucho le gustaban. Le gustaba en exceso la Patria, más incluso que la mujer, que era su otra dilección, siéndolo otra el baile y otra los buenos libros y otra, la mayor, la gloria.

Tenía enemigos. Inteligentes en Santander, feroces, en Obando, curales en José Hilario López, viciosos y señoriales en los condes y marqueses que gobernaban en Perú como si fuera todavía un virreinato. Aquellos hombres le daban el trato debido a un semidiós, no por la obligación protocolar que pauta el trato al soberano en las cortes europeas sino naturalmente. No le decían su majestad sino su excelencia. Apenas cambiarían si la república de Perú apareciera un día convertida en reino de Perú o en parte de Colombia. Apenas títulos antepuestos al nombre. O ni siquiera porque ¿para qué necesitaba él imitar a los Borbones de París o a los de Madrid o a los Hannover británicos? ¿Cuál de esos reyes podía compararsele? ¿Cuál de aquellos políticos de maniobra que firmaban como presidentes de los Estados Unidos? Ficción de hombres ilustres eran John Quincy Adams, James Monroe, más valía el paño inglés con que se vestían que toda su ciencia democrática. Idem el conspirador Henry Clay. Hombres con más poder que él eran esos, también el zar de Rusia, pero ninguno podía pararsele al lado de hombre a hombre. Él podía ser el Libertador vitalicio, poniendo el heredero también vitalicio, y lores hereditarios, y ministros que

ejecutaran sus visiones, por igual las civilizadoras que las terribles, las educativas que las limpiadoras del virus de la anarquía. Había escrito en su delirio sobre el Chimborazo:

«He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas; llego al eterno con mis manos, siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos, estoy mirando junto a mí rutilantes astros, los soles infinitos».

Capítulo 8

«Dos malvados tan insignes como Adams y Clay»

En los días de regreso de Bolívar del sur William Harrison escribió a Henry Clay la siguiente carta:

«William Harrison, embajador de los Estados Unidos de América en Colombia a Mr. Henry Clay, Secretario de Estado de los Estados Unidos

Bogotá, 7 de septiembre de 1829

Presente

El drama político que se desarrolla en este país se apresura hacia su desenlace. La calma aparente ha hecho creer a los amigos del general Bolívar que no se presentaría obstáculo para la realización de sus planes, mas el espeso velo que lo cubría está casi completamente descorrido. En carta recibida esta semana y dirigida a un miembro de la Convención, residente en esta ciudad, Bolívar propone la presidencia vitalicia; el derecho de nombrarse sucesor, también vitalicio; la designación de todos los empleados, que serán responsables ante él únicamente, así como también un Senado hereditario, cuyos miembros serán elegidos por él. Sin embargo, y de acuerdo con sus deseos a no dudarlo, sus amigos

insisten en la idea de la monarquía, tanto de nombre como de hecho. El Sr. Vergara, Ministro de Relaciones exteriores, celebró anteanoche una conferencia con el encargado de Negocios británico a fin de conocer la manera como el gobierno británico haya de mirar una medida de este orden. Existe escasa duda de que entre este gobierno y el comisionado francés, Charles Bressón, que aquí se encuentra, se ha efectuado una negociación sobre el particular y generalmente se cree, no sé si con razón o sin ella, que el proyecto ha encontrado apoyo por parte de Bressón. Los ministros están muy alegres con sus perspectivas de éxito. Confían en que no habrá la más ligera conmoción y que este importante cambio se realizará con la aquiescencia casi completa del pueblo. El presidente del Consejo dijo hace dos días que “nadie se opondría a las medidas del gobierno, a no ser algunas viejas y unos cuantos pulperos”. Otros ministros han tenido expresiones semejantes.

Pero su confianza será su ruina. Una mina ya cargada se halla preparada y estallará sobre ellos dentro de poco. Obando se encuentra en el campamento de Bolívar seduciendo las tropas. Córdoba ya ha seducido el batallón que está en Popayán y se ha ido del Cauca a Antioquia, todas están preparadas para la revuelta. Una gran parte de la población de esta ciudad está comprometida en el plan. Constantemente se celebran juntas. Se distribuye dinero entre las tropas, sin que el gobierno tenga todavía conocimiento de estos movimientos. El medio a que acuden los liberales para ocultar sus designios consiste en una eterna y extravagante alabanza del general Bolívar.

No he tomado parte alguna en estos asuntos ni tenido la más ligera conversación con los que se encuentran comprometidos en ellos. Mis informes provienen de aquellos que se hallan en situación igual a la mía. Comprendo cuan delicada es la situación, y el gobierno no debe temer que yo me haya comprometido de manera

alguna o que haya comprometido a la nación que aún tengo a honra representar.

Córdova procederá con prudencia. Espérase que en el curso de Octubre o en los primeros días de Noviembre principiará por dirigirle una proclama al pueblo. William Harrison»¹¹.

José María Córdova: primer levantamiento en la historia colombiana pactado con un embajador norteamericano

No hubo que esperar a octubre o los primeros días de noviembre, el 14 de septiembre de 1829 ese general hacía el primer levantamiento en la historia colombiana pactado con un embajador norteamericano. En su proclama señala:

«Consecuente a mis principios republicanos y en el amor a la libertad, y por consiguiente desesperado de la conducta y proyectos del General Bolívar, que oprime toda la República, he determinado hace muchos días, ponerme al frente de los verdaderos patriotas y hombres libres, para frustrar las miras ambiciosas y restituir a la nación su libertad perdida»¹².

Más adelante habla del

«...tránsito repentino de la quietud de los esclavos a la libertad.../...Desde ayer está de hecho desconocido el gobierno del General Bolívar, inmediatamente se hará, en las ciudades y cantones, con las formalidades que demanda un acto tan solemne. El fuego de libertad, encendido en esta provincia, se comunicará como la electricidad hasta Pasto y luego a toda la República, porque este mismo fuego está encendido en el pecho de todo honrado colombiano.../...Yo no soy más que un soldado defensor de los derechos de la sociedad y de los derechos de los hombres.

Antioqueños : Viva la Constitución de Cúcuta, viva la libertad!

Medellín, 14 de setiembre de 1829. El General, José María Córdoba».

Pero las esperanzas de Harrison habían sido exageradísimas. El general de la región informa:

«El General Córdoba no ha encontrado en el pueblo bajo un hombre decidido á su favor: 40 ó 50 hombres de Medellín, entre ellos muchos jóvenes, y muy pocos de Río Negro, que a sí mismos se llaman liberales, he aquí todo el partido que le acompaña.../... El 15 que yo salí de Medellín, tenía acuartelados 43 hombres, habiendo devuelto á Río Negro los que trajo para atacar a Medellín, a quienes gratificó con cuatro pesos por cabeza, cuya cantidad hizo sacar del Tesoro».

La Gaceta de Colombia responde a Córdoba así:

«Apenas empezaba Colombia a consolarse de sus recientes desgracias, con la esperanza de la paz próxima con el Perú, y la de ver sancionada en breve la Carta de su prosperidad, cuando tiene que empezar a sentir la defección de uno de sus hijos predilectos, y la desgracia de una Provincia benemérita.../... Es en vano que el General Córdoba quiera escudarse con el sagrado nombre de la libertad para disfrazar su atentado. Todos los que han pretendido destruir los nuevos gobiernos del Continente la han invocado para encubrir sus miras particulares y el mundo entero los ha condenado.../... ¿Tiene algún poder de ella (la nación), o siquiera la Provincia de Antioquia había manifestado deseo alguno de rebelarse contra el orden establecido? .../...Y si es que su alma, como dice, es toda republicana, ¿no sería el mejor modo de manifestar sus sentimientos, el de haber concurrido al Congreso constituyente de que era miembro?.../...estamos persuadidos de que muy pronto

terminará el desorden promovido en la provincia de Antioquia, a virtud de las poderosas y eficaces medidas que ha adoptado el Gobierno al efecto»¹³.

A todas éstas Harrison ya no era embajador. Había llegado su sustituto, enviado por el nuevo presidente, Andrew Jackson, con una urgencia que habla de desconfianza o descalificación a las acciones que Harrison adelantaba en Colombia para peligro de las buenas relaciones de la potencia del norte con Colombia. El nuevo embajador se llamaba Thomas Moore.

Harrison visitó al Consejo de Gobierno, presidido por Simón Bolívar, a fin de anunciar su retiro de Colombia. Explicó: «El Presidente de los Estados Unidos ha creído conveniente prescindir de un aviso mas formal de mi retiro»¹⁴. Salía, pues, rápido. Concluyó: «ninguno puede desear más sinceramente que yo, el que (Colombia) goce sin interrupción alguna de paz, prosperidad y dicha».

A esto contestó Bolívar ratificando que

«...las esperanzas que concibió Colombia, cuando se anunció el nombramiento de un General tan distinguido, y de uno de los más eminentes ciudadanos de la primogénita de la América, se han visto realizadas con vuestra permanencia en esta Capital como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca de este Gobierno».

Tales elegancias marcaron la corta escena. Pero algo más está sucediendo ese día. La colección *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador* titula el documento que lo describe así:

«Vuelven al goce de sus antiguas relaciones los pueblos de Colombia y el Perú. Tratado celebrado entre los gobiernos de ambos países ajustado el 22 de septiembre de 1829. El Plenipotenciario de Colombia promete espontáneamente que el Gobierno Colombiano tendrá la

satisfacción de derogar el Decreto del Gran Mariscal de Ayacucho, expedido en el portete de Tarqui con fecha 27 de febrero, luego que llegue a su noticia que el Gobierno peruano ha hecho lo mismo restituyendo al Libertador y al Ejército libertador las distinciones y honores que les están conferidos por sus servicios en el Perú».

Lo que esto dice en claras palabras es que los alzados peruanos se rinden, aceptan entregar el puerto de Guayaquil a Colombia y suspenden el alzamiento que habían iniciado con el desconocimiento del Libertador como presidente y la separación del Perú respecto a Colombia. La colección *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador* es monumental en su contenido y está magníficamente indizada pero es inútil buscar en ella huellas de las acciones antibolivarianas de Harrison, a causa probablemente de órdenes de su fundador y financista, el presidente Antonio Guzmán Blanco, que estuvo alineado con la estrategia norteamericana de su tiempo, (mucho más rico en ese sentido lo es su contraparte, el archivo O'Leary), pero la cronología muestra que el alzamiento peruano se había iniciado mientras Harrison llegaba a Bogotá, tras seis meses de estadía no oficial en Colombia, y concluía cuando el diplomático renunciaba al cargo.

Las tramas tenían todavía mucho desarrollo por delante. Bolívar había enviado contra Córdova y los tal vez doscientos hombres que éste había logrado reunir (aunque algunas cartas los cuantifican entre 40 y 50), un ejército de dos mil hombres. Lo presidía el general Daniel Florencio O'Leary, británico, secretario del Libertador. La nacionalidad del oficial tiene un evidente sentido: contra un instrumento norteamericano lanza a un inglés.

Capítulo 9

Segundo atentado contra la vida del Libertador

Poco después, Harrison emprendía un viaje de aparente paseo en compañía de Tayloe y de un doctor Sheyne. Fueron en un barco a Zipaquirá, a treinta y cinco millas de Bogotá, a ver un salto de agua. También visitaron a la familia Henderson, del cónsul británico, departiendo con éste y con su bella hija, Fanny, novia del general Córdoba. Dos días después, se reseña que tomaron un barco y entonces a las 12 de la noche les llegó un expreso enviado por el nuevo embajador, Moore, informándoles que el señor Goodwin, norteamericano de profesión relojero, estaba preso en Bogotá y el gobierno colombiano no lo soltaría hasta que Harrison dijese cuando abandonaría Colombia. Inmediatamente regresaron a Bogotá, donde Harrison y los miembros de su comitiva enfrentaron lo que fue, a todas vistas, un juicio secreto por intento de asesinato de la dirigencia política de Colombia, tal vez incluso del Libertador. Cosas como ésta se mantienen secretas por los culpables por causas obvias y por los agraviados porque constituyen un mecanismo de presión sobre los culpables. Sólo siglo y medio después se le revelaría en un estudio de título *William R. Harrison*, realizado por la publicación *Indiana Historical Collections* y por la revista norteamericana *Hispania*, de 1912¹⁵. También describen los episodios cartas contenidas en el archivo de O'Leary. El primero es una carta de Vergara, el canciller colombiano de fecha octubre 15, 1829, donde dice:

«Hemos estado en estos días muy ocupados y aún lo estamos con los señores Harrison y Henderson, que habían formado un complot infernal contra nosotros. ¡Qué malvados tan execrables son, principalmente el primero! Él tenía meditada aquí una insurrección sangrienta en apoyo de la de Córdoba, con quien ambos han estado en comunicación y cuyas empresas sabían dos meses hace. Se nos ha asegurado que un cierto

Goodwin, relojero norteamericano y amigo íntimo de Harrison, era el instrumento de que éste debía valerse para asesinar al general Urdaneta, al Sr. Bresson, al Sr. García del Río, a Miranda (Leandro, hijo del general Francisco de Miranda) y a mí, y este anuncio nos ha venido por persona respetable. La revolución que se meditaba es efectiva é indudable; Harrison era su cabeza, y sus colaboradores Henderson, Tayloe, secretario del primero, Leidersdorf, y ese Gooding, y otros norteamericanos; y nos hemos salvado porque Dios ha querido remitirnos un ángel en forma de hombre para revelárnosla. Por ahora no puedo decir a V. E. el nombre de ese hombre: lo haré cuando hayan cambiado las circunstancias. Me he puesto de acuerdo con el Sr. Campbell para Henderson, y saldrá muy pronto de aquí; y en cuanto a Harrison, he tratado con el nuevo ministro norteamericano; pero no creo esto bastante decisivo; será necesario tomar una medida fuerte contra aquél para que salga del país. Estos son los efectos de la intrigante y maliciosa administración de dos malvados tan insignes como Adams y Clay».

Harrison había escrito una o varias cartas políticas con fecha antedatada, detalle que permitía desvincularlas de la acción asesina en la investigación tribunalicia que indudablemente iba a motivar tan enorme hecho. Así lo explica Miranda en octubre 15 de 1829¹⁶ a propósito de una con fecha septiembre 27 de 1829, en la que Harrison increpa al Libertador y le aconseja «abandonar el cambio a una forma despótica de gobierno en Colombia que proyecta y adherir los verdaderos caminos de la libertad». Señala los desastres que acompañan a un sistema de este tipo y le incita a emular el ejemplo de Washington, acto con el cual, concluye, «obtendrá el aplauso de los amigos de la libertad en todo el mundo y el de Estados Unidos, cuyo gobierno mira con ansiedad los episodios que se están sucediendo en Colombia».

La comunicación constituía racionalización y apoyo explícito al alzamiento de Córdova. No se la conoció hasta el 11 de octubre, su verdadera fecha de redacción según Miranda, que estaba en el centro de los hechos y era una de las víctimas señaladas. Miranda acota también, en vista de la similitud de la carta de Harrison con la dirigida por Henry Clay en octubre de 1828 al Libertador, apoyando implícitamente el atentado de septiembre, que probablemente Clay había ordenado a Harrison expresarse así. Con esta suposición, Miranda está emitiendo la gravísima presunción de que los asesinatos habían sido ordenados por el Secretario de Estado. Contradicción radical había entre esto y una detallada instrucción que Clay entregara a Harrison, cuando lo envió a Bogotá, pautando que debía abstenerse de toda acción en la política interior colombiana, «independientemente de que encontrara en ella elementos que pudieran colidir con las republicanas costumbres norteamericanas». Si las deducciones y conclusiones de Miranda son acertadas, ese limpio documento habría sido redactado pensando en su presentación para exculpar a Harrison y al poder norteamericano ante tribunales que revisarían delitos, habría sido componente de un plan de magnicidio, de un golpe continental que implicaba la guerra en Perú, como lo imponía la jerarquía del Libertador, el alcance de su autoridad y en definitiva el destino de la América hispana para los próximos cien o doscientos años, que era lo que estaba en juego. La coordinación de acciones contra Bolívar ha sido estudiada sólidamente en base a la documentación relativa a Perú y Colombia contenida en la colección Manning por Francisco Pividial, en su libro *Bolívar, pensamiento precursor del antiimperialismo*¹⁶.

Otra comunicación, del 14 de septiembre del mismo año¹⁷ no aparece mencionada por Miranda, debido indudablemente a que no la conoció, porque fue dirigida por Harrison a Clay por canales diplomáticos y publicada sólo en 1932. Harrison informa en este despacho que el día anterior había llegado a Cartago un mensajero

del general Córdova, trayendo una carta de éste para el agente del partido liberal y el borrador de la proclama que publicaría hacia fines del mes y de la cual remite copia. Luego da detalles acerca del plan de operaciones que Córdova seguiría y que, según dice, le fue comunicado por tercera persona y con aprobación del partido interesado.

El párrafo siguiente contiene malicia delincuente:

«En el evento de que en esta ciudad llegue a haber una contienda, temo grandemente por la seguridad de mis dos amigos personales que representan a los gobiernos inglés y francés, y quienes son sumamente aborrecidos por los liberales».

Harrison se está curando en salud y cura en salud a la Secretaría de Estado de los Estados Unidos por el asesinato de políticos que se prepara. Se adelanta la inculpación de «los liberales», que desde luego estarían vinculados al hecho, pero si, como es muy factible, actuaría Tayloe, y el propio Harrison tendría actividad de comando, quedaban o se intentaba que ambos quedaran exculpados por la calificación de Charles Bresson y Patrick Campbell como «amigos personales».

El día 12 de octubre, en la noche, se ofrecía una cena de bienvenida al nuevo embajador norteamericano Moore y naturalmente estaban invitados Harrison y Tayloe. No asistieron y en sus declaraciones revelarían que estuvieron esa noche en una cena con Goodwin, el relojero ahora preso por intento de asesinato de las altas autoridades de la nación.

El «ángel» que había debelado el complot era un joven apellidado Carr, norteamericano original de la región de Virginia, incorporado al ejército colombiano. Hay en estos episodios frecuentes oposiciones entre miembros de una misma nacionalidad. Henderson es adverso a Campbell, siendo ambos ingleses, Carr espía a Harrison

y denuncia sus manejos y el mismo Moore denunciará implícitamente las actividades de su predecesor. También colombianos conspiran contra colombianos. Carr informó de conversaciones conspirativas de Harrison en la casa de la familia Henderson, cargo al que éste respondió con palabras de honda inocencia, donde reconocía, sin embargo, haberse expresado livianamente. El diálogo, según Harrison, fue el siguiente: Ante sugerencias de la señora Henderson, preocupada por la carencia de mantas que sufría el ejército colombiano, contestó que el gobierno proveyera al ejército si éste necesitara mantas. El reporte de Carr afirmaba haber el embajador dicho que los soldados podían conseguir mantas si las querían «cortando las gargantas de sus malditos opresores». Harrison negó esta interpretación.

Hemos apuntado páginas antes la aparente existencia de una guerra contra Bolívar y sus aliados, dirigida desde Washington por Henry Clay y adelantada por embajadores: Notemos que, repitiendo la coincidencia cronológica de episodios mexicanos y bogotanos que se vio cuando el atentado de septiembre de 1828, coincide con el alzamiento de Córdova y las actividades de Harrison una masacre en ciudad de México. Pero en ésta hay una diferencia de sonido y de triunfo. La acción de Harrison había tenido un ruido mínimo y fue un fracaso, lo sucedido en México bajo la dirección de Joel Poinsett fue un escándalo mayúsculo e impuso un gobierno títere. Una carta de La Habana a un individuo residente en Kingston¹⁸ describe los hechos como «los más terribles y horrorosos que la historia nos presenta». El presidente Guadalupe Victoria, favorable en ese momento al proyecto Anfictiónico, fue derrocado en medio de motines de la facción yorkina. La carta los narra así:

«El 30 de Noviembre se pronunció el General Lobo por el plan de Santa Ana, con 800 hombres que estaban de guarnición en la capital.../...El 5 la leprada se agregó á las tropas de Lobo, estimulada por las cinco horas

de saqueo que ofreció, de manera que las cinco horas se convirtieron en veinte, en las cuales se han cometido los mayores desórdenes que una canalla desenfadada puede ejecutar. Quinientas familias mejicanas quedaron reducidas en un momento a la miseria, sin contar los españoles y todos los ingleses, a quienes se ha perseguido con encarnizamiento mayor que a los españoles. Han atacado la casa del enviado inglés, asestando contra ella dos cañones de campaña, hasta echarla por el suelo, todos los ingleses que se refugiaron en ella y algunos españoles han perecido. El enviado, unos dicen que se salvó mal herido, y otros que estaba fuera de la ciudad. El gobierno se ha disuelto y cada uno huyó como pudo.../... el número de las víctimas que fueron sacrificadas al furor de los vándalos es, o lo hacen subir á 2.000 personas...»

El coronel Torrens, embajador mexicano, y Henderson fueron invitados a abandonar el territorio de Colombia en seis días, en compañía del embajador norteamericano, su hijo, y los otros integrantes de su equipo¹⁹. A bordo del barco que los transportaba por el río Magdalena fueron noticiados del final de Córdova. Había sido derrotado. A la casa donde se refugió herido, en un sitio llamado El Santuario, penetró un oficial inglés, Rupert Hand, que lo remató a golpes de machete.

Capítulo 10

La OTANS en vez de la OTAN

Ningún general había acompañado a Córdova en su pronunciamiento, ningún ejército. Sucre, a quien Harrison había supuesto participante de los preparativos del general rebelde, no tuvo el menor gesto de solidaridad con éste, gesto que hubiera negado toda una vida de solidaridad del mariscal de Ayacucho con el Libertador.

Días después, el general Guerrero, presidente entrante de México, solicitaba el retiro de Poinsett, aunque era éste quien lo había instalado en la primera magistratura. Viene una nueva coincidencia: para sincerarse de los cargos que se le hacían, se valió Poinsett de palabras análogas a las empleadas por Harrison con el mismo fin. En carta a su superior Van Buren, afirmó que no había cometido en México ninguna falta, «a menos que de tal pudiesen calificarse sus inflexibles principios republicanos y sus amistosas relaciones con los directores del partido popular».

Dos años después, el presidente Jackson enviaría a Texas a un político, Samuel Houston, con la encomienda de negociar tratados con las tribus indias de Texas «con el fin de proteger a los colonos estadounidenses allí instalados». Houston se estableció en Texas y el 2 de marzo de 1836, en nombre de los dichos estadounidenses, publicó una declaración de independencia y dos días más tarde se puso a la cabeza de un ejército rebelde que pronto realizó una secesión, primera etapa del despojo a México de más de la mitad de su territorio.

En diciembre 6, día siguiente al del motín mexicano, Patrick Campbell escribe a lord Aberdeen²⁰ una carta en la que se puede leer el que tal vez fue el fondo último que unía a los episodios colombiano y mexicano. El diplomático inglés escribe que en la cuestión colombiana Inglaterra tenía un interés especial, para disminuir la influencia política y preponderancia comercial de los Estados Unidos. Consideraba un magnífico asunto la corona de Bolívar, por salvar de la anarquía a Colombia y por negocios de Inglaterra. Era muy desagradable para Campbell (quizá no lo fuera pero así escribía) ver enfrentadas a dos potencias muy poderosas y unidas por amistad pero en caso de hostilidades entre Estados Unidos y la Gran Bretaña, era probable que el estado suramericano actuara a favor del país con el cual tuviera mayor conexión. El desarrollo del presente plan (de monarquía) en Colombia sería ventajoso

para Gran Bretaña «porque creaba un poder rival en las puertas de un oponente marítimo». En caso de una guerra, Colombia sería un aliado poderoso. Campbell concluía enfatizando los beneficios del plan y el sentimiento popular a favor de Gran Bretaña existente entre los colombianos. La frase relativa a «un caso de hostilidades entre Estados Unidos y la Gran Bretaña» debía referir a una confrontación inminente entre las dos potencias anglosajonas, confrontación muy poco atendida por la historia, de la que serían episodios el de Bogotá y el de ciudad de México, que inclusive se coloreó con la destrucción a cañonazos de la embajada británica. Confrontación que implica la larvada pero fuerte subsistencia del desentendimiento que alentó en la Segunda guerra de Independencia de los Estados Unidos dieciocho años antes. Y sugiere que a eso jugaba Bolívar. Habría estado a una distancia de milímetros de triunfar. En vez de un mundo regido por la OTAN viviríamos uno regido por la OTANS, Organización del Tratado del Atlántico Norte y Sur, o, para usar las palabras de Bolívar, «la liga más vasta que ha aparecido hasta el día sobre la tierra». La Doctrina Monroe sería un tema para estudio de eruditos. Era frágil la posibilidad, los hombres que producían las violencias antibritánicas en Colombia y México pertenecían a la administración Quincy Adams-Henry Clay, el nuevo presidente, Andrew Jackson, los estaba retirando.

Capítulo 11 Inglaterra abandona a Bolívar

En fecha 16 de diciembre de 1829 se produce una carta que recoge una conversación entre Fernández Madrid, embajador colombiano en Londres, y lord Aberdeen, Ministro de Relaciones Exteriores inglés, que resultó trascendental²¹:

«Aberdeen indicó que Inglaterra no apoyaría el proyecto en la forma sugerida. Inglaterra vería con placer una monarquía surgir en Colombia pero ella no permitiría a un príncipe francés cruzar el Atlántico y ser coronado, ni tampoco permitiría a un miembro de la familia británica hacer esto.

Había otras objeciones al plan. Ningún príncipe de una dinastía prominente consentiría en aceptar una nominación que tuviera efecto solamente después de la muerte del Libertador. Si Colombia necesitaba una monarquía, debía llamar a un príncipe inmediatamente, de otra manera ningún príncipe sería persuadido de aceptar la oferta. A esto Fernández replicó que el trabajo de transición a una monarquía era una medida peligrosa que solo podía realizarse bajo la dirección de Bolívar. Aberdeen estuvo de acuerdo, pero expresó que en ese caso no había en el presente necesidad de nombrar un príncipe. La sucesión podría ser determinada en una fecha posterior y un príncipe español podía ser escogido. Fernández respondió que los colombianos no aceptaban nada de la casa española y que eso era materia terminada».

Una combinación de cortesía hipócrita con adhesión a los compromisos de Inglaterra con los Estados Unidos es la realidad de la respuesta. Hipocresía resumida en la afirmación de que «Inglaterra vería con placer una monarquía surgir en Colombia», para enseguida añadir: «pero ella no permitiría a un príncipe francés cruzar el Atlántico y ser coronado, ni tampoco permitiría a un miembro de la familia británica hacer esto». Hipocresía, porque si fuese posible una unidad o imperio hispanoamericano sin alianza con una potencia europea no hubiera ofrecido el Libertador una corona a Francia o Inglaterra.

Inglaterra había, pues, rechazado la alianza que Bolívar le proponía, lanzaba al cesto de la basura la invitación que les formu-

ló para el Congreso Anfictiónico, que concluía señalando: «Este congreso parece destinado a formar la liga más vasta... que ha aparecido hasta el día sobre la tierra». Entre las causas de esta escogencia hay que señalar que los Estados Unidos habían llegado a la Independencia treinta años antes, durante los que habían creado ventajas militares y económicas que los hacían fuertes y les permitirían a largo plazo someter a la recién llegada, necesariamente desordenada por la guerra. Otra causa, menos tangible pero factible y trascendental va por el lado del racismo, de visiones de predominio de la raza blanca, anglosajona, sobre la española e india, existentes en los círculos máximos del poder británico, que pudieron propiciar la Independencia norteamericana para plenitud de una Inglaterra sucursal y del futuro, portadora de esos genes, en primer lugar, pero en segundo para que, llegado el momento de la Independencia hispanoamericana, que ya estaba planteada por Miranda y otros, y planeada largamente por Inglaterra, hubiese la dicha ventaja en vista a la estructuración general del mundo por venir.

El 20 de enero de 1830, 35 días después de la conversación de Madrid y Aberdeen, se reúne en Bogotá el Congreso Constituyente convocado por el Libertador al encargarse de la dictadura, congreso que debía definir la futura estructura política de Colombia en base a la voluntad de los electores. Bolívar, en su proclama a los colombianos del mismo 20 de enero, llama al Congreso «... la sabiduría nacional, la esperanza legítima de los pueblos y el último punto de reunión de los patriotas...» De 67 diputados electos asistieron 48 ó por lo menos éste fue el número de los que firmaron la Constitución finalmente aprobada por el cuerpo. La Junta Directiva la integraron Antonio José de Sucre, como presidente; el obispo de Santa Marta, José María Esteves, como vicepresidente; y Simón Burgos, como secretario. En mensaje al Congreso, del mismo 20 de enero, Bolívar renunció a la presidencia de Colombia. El

Congreso le pidió aplazar su decisión hasta que fuera promulgada la nueva Constitución.

Mientras progresaban las reuniones se desarrollaba el proceso de desmembración de Colombia. Bolívar pide al Congreso poderes ilimitados para entrevistarse con José Antonio Páez en Mérida, en busca de la solución de la crisis, el Congreso se los niega porque, asienta, no está ello dentro de la misión para la que fue convocado. No explica más, pero Benjamín Frankel²¹ escribe a partir de correspondencia diplomática:

«Desde La Guaira, el cónsul norteamericano Williamson escribía a Van Buren que los británicos se habían adelantado a garantizar la integridad del gobierno de Venezuela contra Colombia, si fuese necesario. Williamson creía que la protección de Inglaterra a Venezuela aseguraría a aquella una posición de favor en el futuro».

El Congreso nombra una comisión integrada por Sucre, el obispo Esteves y el licenciado Francisco Aranda para que se entreviste con otra enviada por Venezuela a fin de tratar el gravísimo problema. Las reuniones fueron en la Villa del Rosario de Cúcuta porque José Antonio Páez prohibió que la comisión ingresara a territorio venezolano. La comisión presentó el deseo del Congreso de mantener la integración y elaborar la nueva Constitución que establecería como régimen el republicano, con gobierno alternativo y estructura centralista, la proposición fue rechazada por los delegados separatistas venezolanos. La Constitución fue promulgada el 29 de abril. El 4 de mayo el Congreso nombra presidente de la República a Joaquín Mosquera y vicepresidente al general Domingo Caicedo. Clausuró sus sesiones el 11.

La anterior es, por así decirlo, la versión oficial del Congreso al que se adjetivó de «Admirable». Según la biografía de Harrison de *Indiana Historical Collections*²²,

«...cuando los amigos de Bolívar vieron el rechazo británico a apoyar un príncipe francés, o por otras razones, el Congreso Constituyente no apoyó el “esquema” monárquico. La Constitución dada fue liberal y republicana. Los detalles del fiasco nunca fueron revelados pero fue del conocimiento general que el plan había fallado».

Para visualizar la OTANS planeada por el Libertador puede ser útil compararla con la OTAN, con la diferencia de que el tamaño de la América hispana era aproximadamente siete veces mayor que los Estados Unidos de entonces y poseía, además del Potosí, los estrechos de Panamá, Nicaragua y Tehuantepec.

Capítulo 12

Muerte de Antonio José de Sucre

En junio de 1830 Bolívar está semirretirado y Colombia cayéndose a pedazos. Sucre emprende un viaje al Ecuador. El héroe joven y continental avanza a caballo hacia esa región, cuyo aire está contaminado para siempre por el del gran puerto de Guayaquil. Va casi solo, lo cual es raro porque es *vox populi* que se ha decidido matarlo. Contra él confluyen dos conspiraciones. La primera es de José María Obando y otros liberales colombianos decididos a acabar con todo lo que huela a Bolívar, a cortarle al Libertador el brazo con el que podría todavía manejar por igual la espada que la administración, la segunda es la de Juan José Flores, bolivariano pero opuesto a Sucre por razones de emulación y envidia. Flores había tenido la inelegancia de enviarle al mariscal un cobrador de impuestos por los que debía la hacienda de su esposa, la marquesa de Solanda.

Sucre ha podido dar las cuentas que dio el Gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba a Fernando el católico, que lo acusaba de desaparición de dinero: «la mitad de la suma que me reclamáis la gasté en amolar las espadas que amellé cortando a los enemigos de vuestro reino para conquistar Sicilia para vos, la otra mitad en perfumes para quitarme de las manos el olor de su sangre». Pero lo hubieran acusado de pretender lucrarse con su condición de héroe. En vez de eso se puso a trabajar. La agricultura le fue fácil, máxime siendo ingeniero. Trabajó y pagó. Mientras tanto la política había avanzado, los peruanos invadieron Guayaquil y Bolívar le escribió urgiéndole que organizara y comandara un ejército que los hiciera retroceder. Le respondió excusándose, las cartas exponen su desgano por «los empleos» como se llamaba entonces a esas cosas. Bolívar insiste, Sucre vuelve a explicar que su desencanto por los empleos es tal que nada podría hacer bien. Lo que no dice pero está reclamando es que cuando Flores le irrespetó, Bolívar no intervino. Quizá también había diferencias de opinión respecto a lo que debía hacerse con Guayaquil, pues sólo cuando Bolívar le escribió dándole carta blanca: «Gane el sur, pierda el sur», se abocó a organizar y ganar la batalla de Tarqui. Flores está deseoso de poseer un país, Quito, para sí, pronto lo logrará. El país se llamará Ecuador.

Los liberales colombianos no se quedan atrás, han colocado hombres con comisión de asesinar al mariscal en las dos rutas del viaje a Quito. En Panamá espera un general Herrera con tropa y esa comisión, en Berruecos otros, jerarquizados y juramentados. Sucre lo sabe. Ha podido traer con él una tropa numerosa, como corresponde a su jerarquía y a sus peligros, pero avanza casi solo; visita al general José Hilario López, director con Obando del grupo que prepara su asesinato. Visita eminencias, deteniéndose a dormir en ventas y a cenar en casas sospechosas. En Bogotá está circulando un artículo inserto en el diario *El Demócrata*, del Partido liberal²³ que se titula

«Sedición criminal»

«Acabamos de saber con asombro, por cartas que hemos recibido por el correo del Sur, que el General A. José de Sucre ha salido de Bogotá ejecutando fielmente las órdenes de su amo, cuando no para elevarlo otra vez, a lo menos para su propia exaltación sobre las ruinas de nuestro nuevo Gobierno. Antes de salir del Departamento de Cundinamarca empieza a manchar su huella con ese humor pestífero, corrompido y ponzoñoso de la disociación. Lleva el proditorio intento de minar la autoridad del Gobierno en su cuna, ridiculizándole y burlándose aún de su misma generosidad. Bien conocíamos su desenfrenada ambición, después de haberle visto gobernar a Bolivia con poder inviolable; y bien previmos el objeto de su marcha acelerada, cuando dijimos en nuestro número anterior, hablando de las últimas perfidias de Bolívar, que éste había movido todos los resortes para revolucionar el Sur de la República. Pero hablemos de lo que actualmente sucede.

Va haciendo alarde su profundo saber... Se lisonjea de observar una política doble y deslumbradora. Afirma que los liberales y pueblo de Bogotá, es lo más risible, o más ridículo que ha visto. En fin, osa decir, denunciando sus alevés intentos, que si todos los pueblos son así, está seguro de cantar victoria en todos ellos. Dice además contra el Gobierno, que el actual Excmo. Vicepresidente de la República sólo tiene capacidad para oír demandas verbales; que carece de talentos para intervenir en el Gobierno, pues actualmente no sabe lo que deba hacerse; niega la aptitud de todos los Ministros y tiene el descaro de asegurar que en toda la Nueva Granada no hay quien pueda desempeñar esos destinos. Se burla de que se piense en la restauración del orden, y manifiesta su conato, su decisión por separar los pueblos del Sur.

Sería difícil marcar cuál de estas dos aserciones es más fatua, más atrevida, más subversiva, más calumniosa, más llena de esa voraz ambición que le destroza las entrañas, y que en vano procura cubrir con una risa falaz y maligna. ¡Ved, colombianos, el más digno de los Generales de Colombia! Pero él tiene razón cuando dice que en vano se procura restablecer el orden; él está al cabo de todos los planes para insurreccionar las tropas, él mismo es un agente de la intriga, él ve en la generosidad de nuestro gobierno apenas debilidad e ineptitud. Ya empiezan a germinar las consecuencias de no haberse permitido al pueblo, el 7 del corriente, amarrar a todos los factores descubiertos del motín que dio ocasión a la alarma de aquel día, para juzgarlos y castigarlos, probados que hubieran sido sus crímenes. El 7 de mayo pudo haberse hecho célebre en nuestros anales destruyendo del todo las esperanzas de Bolívar y asegurando la estabilidad de Colombia. Bolívar es hoy un Vesubio apagado, pronto a romper su cráter vomitando llamas de odio, de destrucción y de venganza...

Los pueblos del interior, que sirven obedientes al Gobierno y sin peligro, no tendrían motivo de armarse, pero afortunadamente se levantan batallones con qué auxiliar, su fuese preciso, a nuestros compatriotas del Sur, bien oprimidos aún por el General Flores. Las cartas del Sur aseguran también que este General marchaba sobre la provincia de Pasto para atacarla; pero el valeroso General José María Obando, amigo y sostenedor firme del Gobierno y de la libertad, corría igualmente al encuentro de aquel caudillo y en auxilio de los invencibles pastusos. Puede ser que Obando haga con Sucre, lo que no hicimos con Bolívar».

Muerte de Simón Bolívar

La muerte de Sucre es una derrota terrible para Bolívar y para Colombia. Ha sucedido el 4 de julio de 1830. Eso lo notician todos

los libros de historia, mucho menos publicitado es que en esos mismos días la flota del Vicealmirante británico Charles Elphinstone Fleming patrullaba en aguas venezolanas, beneficiada de la base británica de Trinidad y preparada a respaldar a Páez en caso de guerra con Bolívar²⁴. María Antonia Bolívar, hermana del Libertador, le informaba versiones corridas en Curazao, según las cuales la estrategia de Fleming era separar a Venezuela de Colombia y colocarla bajo la ley española; o de fallar esto, bajo el dominio británico. Si se ve que los grandes ríos de la mitad oriental de Nueva Granada tienen su desembocadura en Venezuela, se puede mirar el objetivo de debilitación de las dos excolonias que se logró. Habían existido juntas con el nombre de virreinato de Nueva Granada, Carlos Tercero las separó, Simón Bolívar intentó corregir la fragmentación, regresaba al estado separado. Sistemas de intereses de respectivas oligarquías bogotana y caraqueña acrecerán y solidificarán la separación, desarrollándole ramas que penetran todo el organismo nacional, convirtiéndola en una fuerza que hará la caída de los gobiernos que intenten revertirla.

El bloqueo de Venezuela para impedir el regreso de un presidente y facilitar la instalación de otro es un episodio que veremos repetirse 78 años más tarde, en el derrocamiento de Cipriano Castro.

Mientras Fleming patrullaba las aguas venezolanas, en el Congreso reunido por José Antonio Páez en Valencia²⁵ los representantes Ramón Ayala, Ángel Quintero y otros, propusieron:

«...que se participara al Congreso de Bogotá la instalación del de Venezuela, a fin de que, reconociendo su independencia, pudieran entenderse; pero que no tendría lugar ninguna negociación, mientras permaneciera en el territorio de la antigua Colombia el General Simón Bolívar».

En la modificación del Diputado José Osío se exigía de la Nueva Granada, para que Venezuela entrara con ella en relaciones

de mutuo reconocimiento, la expulsión del General Simón Bolívar de todo el territorio de Colombia. Añade la misma fuente que mientras Bolívar hacía la guerra de Independencia, «todos o casi todos los hombres arriba mencionados vivían tranquilos bajo el imperio español. Sus nombres no aparecen en los anales de la independencia».

Bolívar había escrito «...sin Inglaterra nos perderemos», e Inglaterra estaba perdida para Colombia. La presencia de la flota del Almirante Elphinstone Fleming era la objetivación de la alianza de Inglaterra con Washington para condominio sobre la América Latina verbalizada en la Doctrina Monroe. El conato bolivariano parecía haberle servido a Aberdeen en el mismo sentido en que fueron útiles los de Francisco de Miranda a William Pitt, para regateo. Es dable pensar que había llevado a los Estados Unidos a ciertas concesiones.

El actual Ecuador se separa, Venezuela también. Resta la antigua Nueva Granada, la más rica porque incluye a Panamá. Mantendrá el nombre de Colombia y la fidelidad al Libertador mientras su Presidente sea Rafael Urdaneta. Poco después Bolívar abandona Bogotá, casi solo, seguido por la rechifla de algunos santanderistas que lo califican de «longanizo», sobrenombre que se daba a un loco bogotano. Poco después muere, abriendo la puerta a la recolonización, cuyos dramas describirá Eduardo Galeano con palabra maestra, en *Las venas abiertas de América Latina*. El testamento de Bolívar será concluido con la expresión: «Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro».

NOTAS

1. O'Leary: *Op. cit.*, Vol. VII, pp. 194-195.
2. *Ibid.*, Vol. VII, p. 174.
3. Rivas: *Op.cit.*, p. 147./ Blanco & Azpurua: Vol. XI, pp. 179-185.
4. William R. Manning: *Diplomatic correspondence*, Dispatches from Colombia, IV, Carnegie, New York, p. 1589.
5. Rivas: *Op.cit.*, pp. 231-233.
6. Historical Society of Indiana, *Indiana Historical Collections*, William Henry Harrison, p. 269. / *Remarks of General Harrison, late Envoy to the Republic of Colombia, on certain charges made against him by that Government*, Washington, 1830. / MSS. Div. Lib. of Cong. (Harrison, W.H. papers).
7. Blanco & Azpurua: *Op.cit.*, Vol. XIII, p. 597.
8. *Ibid.*, Vol. XIII, p. 584.
9. Rivas: *Op.cit.*, p. 226.
10. Leonardo Altuve Carrillo: *Op. cit.*, p. 595.
11. Manning: *Op. cit.*, p. 1593.
12. Blanco & Azpurua: *Op. cit.*, Vol. XIII, p. 633.
13. *Ibid.*, Vol. XIII, p. 635.
14. *Ibid.*, Vol. XIII, pp. 648-650.
15. Historical Society of Indiana: *Op.cit.*, p.272; Hispania, Baltimore, Willingford, com., etc. (1912) También describen los episodios cartas contenidas en el archivo de O'Leary: Vol. I, p. 224.

16. O'Leary: *Op.cit.*, Vol. 9, p. 525./ Francisco Pividal: *Bolívar, pensamiento precursor del antiimperialismo*, Editorial Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires, 2005.
17. Rivas: *Op.cit.*, p. 235.
18. O'Leary: *Op.cit.*, Vol. VII, p. 177.
19. Historical Society of Indiana: *Op.cit.*, p. 281
20. *Ibid.*, p. 291.
21. Benjamín A. Frankel: *Venezuela y los Estados Unidos, 1810-1888*. Universidad de California, Berkeley. Fundación «John Boulton». Caracas, 1977, p. 63.
22. Historical Society of Indiana: *Op.cit.*, p. 293
23. *El Demócrata*. Bogotá, Julio 1830.
24. Frankel: *Op.cit.*, p. 63/ Vicente Lecuna: *Papeles de Bolívar*, Caracas, 1917, Tomo II, p. 369. / José Antonio Páez: *Autobiografía*, Tomo I, pp. 387-473. / Rivas: *Op.cit.*, pp. 225-227.
25. Blanco & Azpúrua: *Op.cit.*, Vol. XIV, pp. 294-297.

FONDO EDITORIAL IPASME

Presidente:

José Gregorio Linares

Asesores:

Alí Ramón Rojas Olaya y Ángel González

Edición:

Nelly Montero, Janeth Suárez, Freddy Best, Darcy Zambrano y Odalys Marcano

Diseño Gráfico:

Luis Durán, María Carolina Varela y Fabiola Berton

Plan Revolucionario de Lectura:

Luis Darío Bernal Pinilla, Yuley Castillo, Verónica Pinto, Mervin Duarte, Saudith Felibertt, Enricelis Guerra y Tania Cañas.

Administración:

Tibisay Rondón, Juan Carlos González Kari y Yesenia Moreno

IPASME va a la Escuela:

Alexis Cárcamo

Informática:

Enderber Hernández

Apoyo Logístico:

Eduardo Ariza y Víctor Manuel Guerra.

Distribución:

Jazmín Santamaría y Ronald Carmona.

Secretaria:

Gladys Basalo.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de ???
en la ciudad de Caracas,
en el mes de junio de 2009
Printed in Venezuela

Esta obra constituye una relectura de la historia de América y de España a un tiempo profunda y audaz, iniciada con la revisión del Descubrimiento de América con base en las poderosas revelaciones documentales del Archivo de Medina Sidonia, las cuales muestran una explotación de El Dorado anterior en dos siglos al viaje de Colón, en regiones de la Colombia actual. Da seguimiento a un complot de siglos para separar la región del Zulia de Venezuela y tres departamentos de Colombia, y a un plan dirigido a anexionar América Latina a los Estados Unidos, cuyos episodios de guerra sorda pero real, han movido a los hombres de poder en el continente desde su Independencia y aun antes, guerra secreta que tiene por protagonistas a los Estados Unidos e Inglaterra, imperios sustitutos de España. Esta dinámica ha sido ocultada bajo la denuncia genérica al “imperialismo norteamericano”, ignorándose al británico. Entre sus apasionantes episodios están la conspiración de Gual y España, articulada con un atentado al rey español Carlos IV; las muy desconocidas acciones de Napoleón Bonaparte, verdadero padre de la Doctrina Monroe, y asimismo los planes para coronar rey al Libertador Simón Bolívar; el atentado de septiembre de 1828 contra él y un segundo atentado que permaneció desconocido y aquí se revela.

El anexionismo de venezolanos hacia los Estados Unidos marca todos los períodos, en choque con las presiones inglesas sobre el río Orinoco en una dinámica que desemboca en el bloqueo naval de 1902, enfrentado por Cipriano Castro y en los intentos de éste por rehacer la Gran Colombia, dando origen a la Guerra de los mil días colombiana, poetizada por Gabriel García Márquez en Cien años de Soledad. Liberales y conservadores del siglo XIX, democracias y dictaduras del XX viven este juego hasta que la caída de la URSS desata el neoliberalismo y como reacción adversa, la asombrosa Revolución Bolivariana que ocupa los capítulos finales, centrados en las conspiraciones desatadas por el poder mundial y local en torno al petróleo y la “Caja negra” de PDVSA. La derrota de todo esto constituye precedente histórico y virtual inicio de una nueva era para la humanidad.

FONDO EDITORIAL DEL IPASME

«Este libro ausculta el pasado para entender el presente y quizá augurar el porvenir y ofrece otra virtud: una exposición de novelista, que presenta los protagonistas históricos con la penetración, la vivacidad y la fuerza de personajes narrativos. Todavía otra cualidad exigimos a la buena Historia: que revele las tramas que subyacen tras la ficción de las apariencias. Y debemos añadir que también cumple este cometido Pérez Rescaniere de manera brillante».

LUIS BRITTO GARCÍA

